

INICIACIONES

de Paul Sédar

Traducido del francés por Juan Manuel Muñoz Reinón

PRESENTACIÓN DE LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

Esta novela que tienes en tus manos, lector, es una de las mejores obras de Paul Sédir (1871-1926). Si la lees con una actitud abierta y sincera, entrará y crecerá en ti, quizás sin darte cuenta. Es la fuerza de lo verdadero, de lo genuino, que tanta falta nos hace.

Paul Sédir conoció a un hombre excepcional, el personaje Andreas en la novela, en 1897, a partir de ese momento fue abandonando todos sus cargos en las sociedades esotéricas y ocultas más importantes de su época y se dedicó a extender el mensaje del Cristo con toda la energía de la que fue capaz. Fundó la sociedad Las Amistades Espirituales en 1920, que todavía mantiene viva su obra y su mensaje. Esperamos que este mensaje cale en ti y puedas ir y vivir al menos un poquito más allá del lugar en el que ahora estás.

Damos las gracias a Les Amitiés Spirituelles por mantener viva la obra de su fundador, Paul Sédir.

“Bueno es recordar las palabras viejas
que han de volver a sonar”.

(Antonio Machado)

Entre los que vinieron a adorar a Dios en la fiesta se encontraban algunos griegos. Estos se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, haciéndole esta petición: "Señor, queremos ver a Jesús". Felipe fue a decírselo a Andrés, yendo los dos juntos a decírselo a Jesús. Éste les dirigió entonces estas palabras: "Ha llegado la hora en la que el Hijo del Hombre debe ser glorificado. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo que cae en tierra no pasa por la muerte, queda solo; pero si llega a morir, da mucho fruto. Quien ama su vida la perderá, y quien odia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna. ¡Que me siga el que quiera servirme! Y allí donde esté yo mi siervo estará también. Si alguien me sirve, mi Padre lo honrará. Ahora mi alma está agitada y qué voy a decir: ¿Padre, líbrame de esto? ¡Pero si es por esto por lo que he venido! Padre ¡Glorifica tu nombre! Del cielo llegó entonces una voz: "¡Lo he glorificado y lo glorificaré todavía!". "Son truenos", dijo la muchedumbre presente que lo oía. Había quien decía "es un ángel el que le ha hablado".

Entonces Jesús dijo: "Esa voz no se ha hecho oír por mí, sino por vosotros. Es ahora cuando se hace el juicio de este mundo; es ahora cuando el príncipe de este mundo va a ser expulsado; y yo, cuando haya sido elevado de la tierra, atraeré a todos los hombres hacia mí". Decía eso para indicar de qué muerte iba a morir.

La multitud respondió: "La Ley nos enseña que el Cristo debe permanecer siempre. ¿Por qué dices entonces: Es necesario que el Hijo del Hombre sea elevado de la tierra? ¿Qué Hijo del Hombre es este?". Jesús les respondió: "Por un poco más de tiempo, la Luz está con vosotros. Caminad mientras tengáis la Luz, por miedo a que las tinieblas no os sorprendan. El que camina en las tinieblas no sabe dónde va. Mientras que tengáis la Luz, creed en la Luz, para convertirlos en niños de la Luz". Así habló Jesús, tras lo que se apartó, escondiéndose de ellos.

(Juan 12, 20-36)

ESTADO DE ÁNIMO

Yo acababa de llegar a los cuarenta. Mi existencia ajetreada como médico en los suburbios no había extinguido mis sueños de juventud, tiempos felices en los que era libre de dejarlo todo por un libro raro o por la conversación de un místico. Mis recuerdos volvían siempre sobre mi viejo amigo Desiderio, muerto desde hacía casi veinte años, y a los desconocidos que me había encontrado en sus funerales. Y, cada noche, cuando mi cansancio no me lo impedía, prolongaba mi día hojeando los libros que él me había legado, sobre todo un pequeño cuaderno negro, en el que me paraba siempre, sin motivo razonable por otra parte, sobre los nombres de Andreas y Teofanías.

Un incidente trivial vino a romper la monotonía de mi vida. Mi torpe criada le hizo un desgarrón a una hermosa seda bordada, que un colono de mis padres me había regalado.

Este magnífico paño representaba un haz de ramas de melocotonero con flores rosas, mezcladas con ramos de cerezo cubiertos de blanco. El relieve del bosque, de las hojas, de los pétalos vaporosos salía del fondo de la tela como una protuberancia policromada; los difuminados, las sombras transparentes, las exquisitas asociaciones de colores, todo plasmado con la delicadeza desenvuelta de un pastel de La Tour. Tres flores habían sido afectadas por el accidente y, desde hacía quince días, buscaba para repararlo, a una bordadora virtuosa. Del Marais me mandaron a Epinettes; de Epinettes a la escuela profesional de Plaisance. Allí, me dijeron que cerca del Lago Saint-Fargeau, encontraría a una especie de anticuario, vendedor de toda clase de objetos curiosos; la mujer de este artista debía poder restaurar mi obra maestra.

Salí pues una mañana de Billancourt, donde vivía, hacia las alturas de Menilmontant. Conocía este barrio desde hacía mucho tiempo. Allí había visitado con frecuencia a un zapatero alquimista. Sin embargo, me llevó tiempo encontrar la calle que buscaba. Pero el paseo era agradable, con el fresco sol de abril. Uno hubiera creído encontrarse en el extrarradio de alguna ciudad de provincias. Las lilas de los pequeños jardines hinchaban sus yemas; las hojas nuevas de las acacias sobrepasaban las verjas de las casas deshabitadas, al estilo Paul de Kock, sobre los adoquines yerbosos corrían bandas de niños; el organillo, entrañable para el oriundo parisino, despedía sus envejecidas melodías. A medida que la calle subía hacia la Porte du Pré¹, los arbustos reemplazaban a los muros; los merenderos, las casetas cubiertas de cartón asfáltico, los terrenos de petanca se multiplicaban.

Entrando en la calle donde vivía mi anticuario, vi un coche parado frente una casa que tenía un letrero. Era un amplio, antiguo y confortable automóvil; y mi sorpresa fue extrema, cuando eché un vistazo por la puerta y reconocí el puesto ambulante que mi venerado profesor de histología, el Doctor B... se había hecho arreglar para no perder el tiempo con sus compras. Los papeles, las ediciones especiales de la Sociedad de Medicina, la lámpara eléctrica, la pequeña máquina de escribir, todo estaba allí.

No queriendo explicar mi presencia, en caso de que el profesor apareciera, continué mi camino. El coche estaba aparcado justo delante de la casa a la que me dirigía.

Decidí regresar un cuarto de hora más tarde. La calle conducía a las fortificaciones. Un

¹ Puerta del Prado. Nota del traductor.

rebaño de ovejas pasaba por allí justo en ese momento, guiado por un hombre y dos soberbios perros, de la perdida raza de los viejos bocerones. Alguien se paró cerca de mí para mirar también el trabajo de estos buenos animales. Era de esos individuos con los que nos sentimos a gusto desde el principio; de gran talla, de gran presencia, perfectamente vestido, cosa bastante extraña para ese barrio y esa hora, su trato era distante, pero de gran cordialidad. Me dijo: ¿Le gustan a usted también los perros pastores? Sí –respondí yo- me vuelven loco, sobre todo los de la Brie. Como a mí; sin duda somos los dos viejos pastores. Y añadió sonriendo: ¿No me reconoce usted, doctor? No importa, nos volveremos a ver. Me saludó y desapareció tras la valla sin que yo me preocupase de acordarme de él.

Ese rostro no me era desconocido, ni ese porte, ni sobre todo esa mirada. Pero, ¿dónde lo había visto? ¡Y qué palabras enigmáticas! Cuando pronunció la palabra: pastor, sentí un ligero golpe en el pecho y, ahora, una ola de fuerza me penetraba por entero. ¿Qué quería decir aquello? Pensativo, volví por donde había venido. El coche se había ido. Una nueva sorpresa me detuvo. En el letrero leí estas palabras.

ANDREAS

Reparador – Anticuario

Toda clase de reparaciones

¿Era Andreas el misterioso firmante de las Cartas, el dandi del entierro de Desiderio? Pero entonces, ¿era esa misma mañana que había visto al personaje de hacía un momento; era él, el jefe de los herederos desconocidos; sí, sus ojos, su estatura; era él, o bien el nombre no era más que una coincidencia!

Hice un esfuerzo por recuperar mi sangre fría. Examiné la casita de ladrillo. Toda la planta baja era una tienda de segunda mano. Un jardín se extendía por detrás, hasta el bulevar por donde habían pasado las ovejas. Estaba plantado de hortalizas en buen orden, algunas flores, y arbustos exóticos en un pequeño patio, gallinas, una perrera, un pozo. El techo de la tienda servía de terraza al único piso de la casa, construida sobre el desnivel del terreno. A través de los barrotes de la balaustrada, un perro rojizo y plateado metía su gran cabeza cejuda y bigotuda vigilándome. Sobre el tejado, una cabaña se elevaba como una especie de observatorio. Me acerqué al escaparate. En el interior vi tornos fijos; un taller de joyero, bien provisto de pinzas, de limas, de punzones, de los listones colgaban todas las variedades de tijeras y de gubias de tallador en madera; sobre las estanterías, botes, frascos, recipientes. El revoltijo más heteróclito que Balzac hubiera podido imaginar para servir de marco a un tipo de viejo artesano.

ANDREAS

Cuando me encontraba examinando mi descubrimiento, un hombre salió del interior, dirigiéndose hacia la puerta, vestido con la camisa sin mangas de los estampadores. El cuello de su camisa, la anchura de su torso, el grosor de sus brazos, indicaban un vigor extraordinario, siendo sus músculos parecidos a los de los tártaros, su rostro era sin embargo el de un honrado francés, un poco bruto, como el de un viejo soldado. Más tarde, pude leer en él, además de la bondad, la finura y la inteligencia, y muchas más cosas.

Estaba tan seguro de encontrarme frente a un simple obrero, que le pregunté: ¿Está el señor Andreas?

-Soy yo, me contestó, dándome así una sorpresa más, y también una decepción; ya que no se parecía en nada al elegante joven con el que me había cruzado antes.

-Esto es lo que traigo, dije. Se me ha roto este paño y me han recomendado que venga a verle, ya que parece que su mujer es la única artista capaz de repararlo.

-Bien, señor; entre. Si tiene usted algo de tiempo, puede usted ojear estas carpetas de estampas; tengo que terminar algo urgente; vuelvo en cinco minutos. Y el hombre volvió a su fragua, después de haberme dirigido una mirada viva y profunda, que no me esperaba.

Pensé que había dado con un aficionado a alguna actividad original. En este almacén-taller había visto muy bellos grabados, delicadas cerámicas, verdaderas rarezas. Me dispuse a ganarme la confianza del tal Andreas. Me uní a él en su patio, con el pretexto de que prefería disfrutar del buen sol que hacía. El gran perro bajó, dio unas vueltas y se sentó entre su amo y yo.

-Tranquilo, le dijo el herrero, es un amigo. Dele su mano señor, a estos perros les gusta ser tratados como personas, añadió sonriendo.

Y, en efecto, el perro se acercó, olfateó mi mano apoyando su gran y fresco hocico, tras lo que volvió a subir a la terraza.

El hangar donde me había unido al dueño del lugar estaba preparado para el trabajo del hierro. En el rincón más pintoresco del cercado, el robusto reparador iba y venía, colocando sus bigornias y activando su fuego. Un gato nos espiaba desde encima de la leñera, los gorriones y petirrojos piaban en los arbustos; en el primer piso, una voz de contralto cantaba por lo bajo un viejo y noble aire; los gritos de los niños llegaban de los solares cercanos; toda una atmósfera apacible, alegre y activa.

-Creo, me dijo el hombre, con una voz profunda aunque un poco sorda, creo que todas estas antiguallas le pueden interesar. Tengo todavía más. Mire esto –era una cuchilla damasquinada - ; el secreto de este templado se ha perdido; mire, ¿no es un gran trabajo? – Y doblaba la hoja hasta hacer un círculo, soltándola luego, con lo que recobraba su rectitud. Yo creo que este temple es sebo hirviendo de chivo.

-Eso son recetas de andar por casa, dije yo.

-Perdóneme señor, la grasa de chivo no tiene la misma composición química que la grasa de oveja, sus propiedades son diferentes.

Hablaba como un loro, a la vez que martilleaba una pequeña cadena. Cuando hubo

terminado, examinó mi sedería.

-Es una pieza muy bella, dijo; proviene del Kuang-Si, y se intuye la influencia japonesa; pero no importa, rara vez he visto una tan buena. ¿Sabe usted cómo hay que colgarla para que haga todo su efecto? ¿No? Muy bien, vea: la sombra de esta camelia es gris cuando la luz del día le da de lleno, y rosa como éste cuando el Sol está en su punto más bajo; la sombra de esta ramita horizontal es horizontal; la cosa está por lo tanto hecha para ser vista en la puesta de sol, colgada de un muro orientado hacia el este, con el espectador sentado sobre el suelo.

Sorprendido de estos comentarios ingeniosos, inmediatamente fingí unas preguntas en materia de bordado y de cerámica de extremo oriente. Él me dio los nombres que yo fingía buscar y, sonriendo, añadió:

-Querido señor, desconfía usted de mí; usted cree que me conoce desde hace poco tiempo, pero nos entenderemos. Mi mujer no podrá hacer la reparación por menos de doscientos francos, y le harán falta tres semanas. Voy a hacerle un recibo que indique el valor de su paño, garantizándole los riesgos. Por cierto, aquí está la obrera.

Una mujer ya mayor bajaba lentamente por la escalera. Era de talla media, bien formada, con atuendo simple pero muy limpio; un bonito pelo gris enmarcaba su rostro resplandeciente aunque marchito; su mirada encantadora obtenía enseguida la simpatía. Los movimientos de su cabeza, su actitud, la elegancia de sus manos me sorprendieron; por momentos parecía por entero una gran señora.

-Stella, dijo el herrero... e inmediatamente, algo extraordinariamente suave vino por el aire a oprimirme la garganta; nunca había visto brotar el amor como lo hacía entre estos viejos esposos. La vibración de su voz profunda, la sonrisa de sus ojos, todos los pliegues de un rostro moreno, como si hubiera sufrido las ventiscas y las tormentas de la tierra entera, toda la actitud de su cuerpo, expresaba la indecible ternura y la inmutable gravedad de sentimientos más que humanos.

Mi emoción fue instantánea. No había ya duda de que tenía frente a mí al Andreas y la Stella de Desiderio. ¿Era posible? Un segundo más tarde, mi desconfianza estaba de vuelta. Yo disimulaba mi incomodidad; decidí esperar ya que, después de todo, ¿qué pruebas tenía de la identidad de estos personajes?

-Stella, dijo entonces el herrero, aquí está la obra que te concierne; he acordado doscientos francos y tres semanas.

Y la mujer, sonriente, asintió con unas palabras. La miré mejor. Sus rasgos, tomados uno a uno, expresaban cualidades opuestas: la boca era prudente y buena; la nariz, imperiosa; el mentón, voluntarioso, el contorno de los pómulos, enérgico hasta la violencia; la curva de los párpados, de la más noble melancolía; las líneas de la frente y de las sienes muy suaves; en la mirada, tenía la feliz luz que brilla en las inocentes pupilas de los niños. En resumen; dos seres enigmáticos.

Como Andreas rechazó la señal que yo quería depositar, insistí:

- Usted no me conoce, dije.

-¿De verdad? Respondió él con una sonrisa, diciendo después: "El gamo llama al tigre", añadió, citando este refrán de Laos.

-Pero dígame, exclamé vencida ya mi desconfianza, ¿quién es usted? ¿Dónde ha aprendido todo lo que se ve que sabe? ¿Ha vivido usted mucho tiempo en oriente para

conocer tantos pequeños detalles?

-He viajado en efecto por allí; de allí me traje sobre todo recuerdos, también errores, y verdades. Así, por ejemplo, el signo que yo veo ahí, en su palma derecha, quiere decir, según los adivinos amarillos, que se dedica usted a las ciencias ocultas, no sin éxito. Pero otra marca me indica que usted posee, por encima de la mayor parte de los aficionados, una ventaja muy rara...

-¿Qué es...?

-Si se lo digo, la perdería, respondió gravemente. Ha buscado usted mucho; acuérdesse de que la verdadera Luz viene sólo de Dios.

Comprendí entonces que este hombre sabía, y que yo me acercaba a la meta de toda mi vida. Yo lo había sacrificado todo persiguiendo lo oculto: familia, placeres, una lucrativa posición. Veinte años de investigaciones me habían llevado delante de una muralla. Entre los que había tomado como maestros, unos me habían prometido más de lo que podían cumplir, otros me habían repelido por su intolerancia de raza o de religión; otros aún me habían abandonado sin piedad; o bien, hubieran querido que me fuera a buscar su verdad a un país lejano. ¿La Verdad no está en todas partes? Tantos fracasos me habían cansado. Y este hombre, ¿era él mi Andreas? ¿Y esta mujer? ¿Y el personaje de hacía un momento? ¿Estaba por fin en el buen camino?

Mi interlocutor continuó hablando.

-El fenómeno milagroso no prueba lo Verdadero, porque ¿cómo discernir si la fuerza que lo produce viene de abajo o de arriba? La ciencia no es tampoco una prueba; ¿qué cerebro podría contener todos los secretos de la inmensa Naturaleza? ¿De qué modo conviene al estado espiritual, intelectual, físico del discípulo, a su pasado, a su futuro, a su medio social, a los seres de los que es el jefe de fila, a los que él sigue; juzgar una dosis de saber? No crea usted, señor, que yo sé algo. Yo no sé nada. Ni siquiera conozco la profundidad de mi ignorancia.

-Sin embargo, ¿qué hacer para avanzar? Pregunté yo, eligiendo mis palabras, ya que todo mi vocabulario técnico y solemne me parecía fuera de lugar con este hombre tan simple. Yo, iniciado en un gran número de grados, afiliado a todas las sectas europeas que tocan de cerca o de lejos el iluminismo, persona principal de bastantes de ellas; yo, que había escrito tantas obras de estudio; a quien mis interlocutores extranjeros llamaban: Muy docto maestro, y que había terminado por creerlo a fuerza de oír decirlo; yo, que había llevado a cabo ritos mágicos y renovado las curaciones paracélsicas; que había "arrojado Luz" sobre un gran número de hombres y mujeres respetuosamente atentos; yo que me creía impávido e impasible, sentía cómo mi torre de marfil se tambaleaba por su base; estaba desorientado; y me hubiera reprochado tomar con este desconocido una actitud distinta de la más sincera: el deseo ardiente de llegar a una síntesis, a un descanso.

-Le responderé, dijo Andreas, cuando venga a comer con nosotros. ¿Fijemos una fecha, quiere usted?

Acepté sin remilgos, y me fui. Mis ocupaciones profesionales me impedían reflexionar sobre todos estos incidentes; y cuando volví a casa de Andreas, estaba más indeciso que nunca. La costumbre del análisis había borrado mi intuición. Me tuve que dar cuenta luego de lo atrasado que estaba no reconociendo al individuo desconocido del Bulevar Serurier.

ORIENTALISMOS

Stella había puesto la mesa bajo el cenador del jardín. En espera del almuerzo, Andreas me hizo beber un aguardiente blanco rebajado con agua, explicándome que el licor fabricado con uva cogida por la noche no es nocivo, sobre todo si se le destila varias veces, y que no destruye las células grasas de los que los temperamentos como el mío no están, por lo que parece, bastante provistos. Mientras fumaba, mi anfitrión me preguntaba.

-He aquí mis cuestionamientos, le dije: voy a abreviarlos lo mejor que pueda. Comencemos por la filosofía búdica. Ella proclama que la materia es indestructible y eterna; ¿por qué? ¿De dónde viene el movimiento que anima al mundo? ¿Hay que seguirlo o separarse de él? ¿Este deseo de vivir que llevamos dentro, quién nos lo ha dado? ¿Y qué inspira a algunos el deseo contrario? Tal y como somos, tenemos que luchar contra la potencia mágica de los sentidos por medio de una mente que es también un producto de las fuerzas que quisiéramos destruir. Por otra parte, los que han alcanzado la iluminación imponen al que medita un método experimental, positivista, analítico. Por lo tanto, si la extinción de la ignorancia aniquila la fuerza sensorial, hará falta que el discípulo, para escapar del karma, para no renacer, conserve su conciencia después de la muerte, en otras palabras, que haya descubierto con anterioridad, por intuición, la existencia de un universo invisible que sus meditaciones racionales no pueden demostrarle. El Mahayana enumera las ocho ramas del camino. Admito que, por la primera, la ciencia, constatamos el vacío de lo físico; por la segunda, las cinco prohibiciones, y por la tercera, la abstención de los diez pecados, siendo de una evidente moralidad; pero la práctica de las seis virtudes trascendentales, o cuarto sendero, me parece imposible. Porque, si me he hecho monje, si ya no poseo nada, ¿cómo puedo dar limosna? Lleno de egoísmo, de vanidad, de desprecio, ya que me creo mejor que los demás, ¿cómo podré practicar el “amor a todo lo que existe”? Los budismos cingalés, tibetanos, japonés, chino, tártaros, sólo presentan al que quiere seguirlos una sucesión de síntesis provisionales, de compromisos entre el estado del discípulo y el ideal hacia el que se esfuerza. Evidentemente, el dolor es inseparable de la existencia; pero nadie puede probar que la existencia sea producida por la ignorancia. Si un placer me deja insensible, ya no es un placer para mí, pero no por ello deja de existir. Por consiguiente, es todavía posible que en el futuro sea de nuevo atraído por su encanto. Si me resisto, habré privado a algunas células de su florecimiento; y yo, budista, escrupuloso por toda existencia, habré matado energías. No pretendo insinuar que yo deba satisfacer mis pasiones; expongo simplemente una antinomia de dos reglas budistas.

Y además, ¿dónde encontraría hoy, no ya un maestro, sino una doctrina? ¿Cómo elegir entre la docena de sectas japonesas? Los bonzos chinos ya no saben gran cosa; en el Tíbet, ¿cómo discernir lo que viene del culto Bompa, de la Escuela Yogacharia, o del tantrismo de Kala Chakra? Queda el budismo siamés, sobre el cual no tengo documentos.

-Todo esto me parece bastante correcto.

-Tomemos ahora los misterios procedentes directamente del brahmanismo.

Admito que el Yoga haya sido construido para permitir al espíritu humano recibir los gérmenes del más grande número posible de fuerzas, y así poder removerlas. Los

códigos especiales para controlar el sonido, la música, la óptica, el magnetismo, la forma muscular, la pasión, no me interesan, porque me parece que, si llegáramos a comprender el centro de todo eso, conquistaríamos todo lo que depende de él. Por ello sólo he estudiado el Raya Yoga. Perdona todos estos detalles; quería proporcionarle los elementos de un diagnóstico certero.

EL NIÑO RAQUÍTICO

Alguien llamó desde la calle. Andreas fue a ver y vino a buscarme. Era una mujer del pueblo que llevaba bajo el brazo un bebé enfermo.

-Vea doctor, a ver qué tiene este pequeño.

Después del examen, concluí que tenía raquitismo de herencia alcohólica.

-No lo creo, retomó Andreas; debe ser simplemente el apéndice xifoideo.

Y, en efecto, la punta del esternón se curvaba hacia adentro, toda blanda.

-Tengo ahí algo para los huesos, continuó, pero no soy médico, no puedo recetar medicamentos.

-Enseguida firmo la receta, si le parece bien.

-Se lo agradezco, doctor; no quiero comprometerle.

He aquí algo más simple que la mamá podrá hacer con la frecuencia que quiera. Acostó al bebé en un sillón, pidiéndole a la madre que paseare su dedo índice a lo largo del pequeño esternón.

-¿Siente usted algo? Preguntó.

-Sí señor, respondió la mujer; es como si me cayera agua fría en el centro del dedo.

-Eso está bien; vea usted la pequeña punta que se mueve.

En efecto, el cartílago parecía volverse hacia delante en pequeñas sacudidas.

-¡Oh, señor! Se lo agradezco, gimoteaba la pobre mujer.

-Nada, nada, decía Andreas haciendo muecas para distraer al pequeño. Cuando una madre ama a su hijo, el buen Dios le ayuda. Es a él a quien hay que agradecersele, es a él solo a quien hay que pedir... en vez de chismorrear con las vecinas. Haga lo mismo cada vez que el pequeño se duerma. Venga, adiós; y, si no funciona, mi amigo el doctor está aquí.

Y cuando estuvimos solos

-Tenía usted razón, me dijo; es por el alcoholismo, pero más vale que esta mujer no desprecie a su marido. Vayamos a la mesa.

PROLETARIOS

No estuvimos tres minutos tranquilos durante ese almuerzo. Una fila de visitantes nos interrumpía constantemente. Todos eran obreros u obreras que corrían a pedir un consejo antes que el silbato de la fábrica los llamara.

Debía pronto darme cuenta de que, si bien Andreas no tenía muchos admiradores entre la élite intelectual o social, tenía, entre la gente del pueblo, amigos numerosos y fervientes. A menudo el hangar estaba abarrotado.

Era un mal resfriado, una herida, una disputa con el capataz, una pelea con el patrón, con el sindicato. Andreas parecía estar al corriente de todo. Conocía las fábricas, a los ingenieros, a los pequeños industriales, a los mutualistas, a los secretarios de los comités; hablaba todas las jergas, comprendía al albañil, al mecánico o al montador, como si fuese parte de ellos. Las ideas de todo este medio social le eran familiares; sabía cómo conmover los corazones y calmar a las malas cabezas; deshacía los planes de los ambiciosos; hablaba con ellos sobre la burguesía, de los niños, de los días de campo. Más de una familia le debía ver entrar al padre, el sábado por la noche, por su propio pie y la paga casi intacta.

-¿Cómo hace usted, le pregunté yo, para que esa gente le escuche? Yo, cuando estaba en el hospital, tenía muchísimos problemas para contentarles, o más bien, para no ofenderles. Y los mejores eran los menos manejables; con los pequeños granujas hacíamos lo que queríamos.

- ¡Eh! Es muy simple; he vivido con ellos. Usted es un burgués; mil detalles lo indican; usted no los siente, lo que le impide comprenderlos. Por otra parte es el obstáculo que nos cierra cualquier ámbito de la vida: no poder salir de sí.

-Sin embargo, ¿asimilar una metafísica no es lo mismo que penetrar en los espíritus?

-Puede que sí; sabe usted, ignoro tanto la metafísica como la psicología...

Miré a Andreas, creyendo que estaba evocando un refrán, pero no, no sonreía; hablaba en serio.

-Comprender, conocer, no es lo mismo que percibir o concebir; es tomar con, nacer con, organizar, corporeizar con la ayuda de todos los materiales intelectuales, estéticos e incluso físicos. Si quiere usted saber lo que es el obrero, tendrá que hacerse obrero, y sin intención de regresar; de otra manera sería usted un desclasado. No es nada fácil. Al menos, vaya a ver a los obreros, dese cuenta de lo que piensan, cómo se sienten, sin ideas preconcebidas.

-Sí, ¿lo que los docentes llaman: observar objetivamente?

-Sí usted lo dice.

-Me parece que el auténtico inventor de la cosa es Abelardo.

-Da igual. Quedémonos únicamente con que, para conocer, de una manera plena, haría falta poder abdicar totalmente de la ecuación personal, del temperamento, de la individualidad. Con meditaciones sistemáticas podemos llegar a eso, en la mente. Los brahmanes lo dicen, y los jesuitas también llegan a esa conclusión, a su manera. Pero, si consideramos que el intelecto se encuentra perpetuamente modificado por las variaciones psicológicas, magnéticas, sentimentales, espirituales, somos llevados a buscar

otro órgano de conocimiento, más central, más alto. Este órgano, es “el corazón”. Ningún objeto puede ser conocido si no lo amamos antes. Y sólo obtiene el conocimiento perfecto el que es un “pobre de espíritu”, simple hasta la unidad, despojado hasta la desnudez, y humilde hasta tomarse por un cero.

-¿El Evangelio alberga pues un sistema de lógica?

-Sí, entre otras mil cosas. Pero sigamos hablando de los obreros. Tienen, sobre todo los parisinos, mucho amor propio. Ignoran que son el terreno fértil donde brotan árboles vigorosos y flores encantadoras; lo único que ven es que están cerca de la tierra y que todo el mundo los pisotea desde hace siglos. Sin embargo, todos los campos necesitan el arado. Los obreros saben bien que tienen muy poca instrucción, poca educación; pero no les gusta que se lo digan, ni siquiera con una mirada. No quieren que se les trate como parias. Al primer contacto con un señor lo primero que hacen es cerrarse. Creen firmemente que se les desprecia porque no llevan ropa cara o porque se expresan incorrectamente. Es como su horror de los hospitales; se imaginan que, ya que no lo pagan, son utilizados para realizar experimentos; preferirán darle su dinero a un médico recién llegado, cuya prescripción no cumplirán. El capataz es siempre la bestia negra del taller porque es oficialmente un obrero más fuerte que los otros; por otro lado, admira al patrón, excita sus malos instintos, sobre todo el de restringir los costes.

-¡Cómo!, interrumpí yo, ¿le echa usted la culpa al ahorro?

-Tesorizar no está inscrito en las leyes del Cielo. Por otra parte, el patrón se equivoca muchas veces; demasiado a menudo ávido de ganancia, sin piedad, considera a sus trabajadores un poco como máquinas. El pequeño patrón olvida que él también fue uno de esos trabajadores de los que echa pestes todos los días; su corazón se ha transformado en una caja fuerte, y juega a ser un tirano a pequeña escala. Así, una invencible desconfianza separa a las dos castas. Cada una está convencida de que la otra la explota. Las preocupaciones de la dirección, agrian a los jefes; las discordias sindicales alimentan el mal humor del proletario. El sindicalismo no provee ventajas reales porque es la caricatura de la fraternidad. Basado en la materia, está movido por el espíritu de división y de intriga; Son frecuentes los privilegios. Para que estos grupos den los frutos sociales que se espera de ellos, hará falta que sus miembros puedan ponerse de acuerdo sobre una idea general, pero ¡cuántos siglos serán necesarios para difundir en las masas la tendencia del individuo a olvidarse en beneficio de la colectividad!

-De modo que, ¿por el momento...?

-Que cada uno haga lo que pueda, cada uno en su pequeño ámbito. Está muy bien ir hacia el pueblo, sin frases, como un camarada. Por otra parte, si queremos que nuestros superiores lleguen a vernos, es necesario que nosotros bajemos antes hacia nuestros inferiores. Y puede usted estar seguro de que, si en una charla, no tenemos en cuenta quien es cada cual, si nos separamos de las ideas preconcebidas, y si se lo pedimos, el Cielo nos inspirará las buenas palabras, tranquilizadoras y justas.

EXAMEN DEL VEDANTA

Habiéndose iniciado de esta manera, la comida terminó muy tarde. Yo tenía citas; tuve que irme.

En mi siguiente visita, fue Stella la que situó la conversación en terreno metafísico.

-Mi lugar está ahí arriba, dijo sonriendo; pero me gusta mucho oír hablar de estas cosas, aunque no sepa mucho de ellas... o porque... Usted criticó el budismo, doctor, el otro día, ¿el brahmanismo le es más agradable?

-No creo que al budismo le afecten mucho mis críticas, ni al brahmanismo las que le voy a hacer. Le pido su opinión.

Los Vedas dejan entender que el hombre contiene, en miniatura, representaciones de todo lo que existe en el universo. En un hombre como en otro, existe un principio central, un pivote, sobre el que se engranan, siguiendo formas diferentes, los mecanismos de dos máquinas. Este pivote, en el hombre, es el *Atma*, cima del inconsciente superior, que da lugar a la mente. Parece que éste puede, apropiarse de los sucesivos mecanismos del inconsciente. Agrandar, profundizar, sublimar así la esfera consciente hasta el *Atma*, es lo que se proponen los grandes yoguis.

-Todo esto es perfectamente exacto, respondió Andreas. Sabe usted que la *Gupta Vidya* posee, entre todas las ciencias, la propiedad original de complicarse en razón de la complejidad del intelecto que la asimila. Sus manuales auténticos, al menos lo que he leído en las criptas, sólo son resúmenes; los más detallados no tienen más que una veintena de páginas, hechas de esas hojas de palmera que se vuelven incorruptibles a través de un curioso procedimiento. Son ayudas para la memoria; y el alumno debe inventar él mismo la adaptación personal de cada regla general. Pero le estoy impidiendo que siga con su exposición; discúlpeme, estoy llegando a la edad en la que a uno le gusta tener un oyente benévolo.

-Estoy seguro del gran provecho que obtengo de los recuerdos que usted tenga a bien contarme; pero sigo con mi explicación; me parece que mi espíritu se verá aliviado cuando le haya contado mis dudas. Esto es lo que he creído comprender del Raya Yoga; deténgame si me equivoco. Yo cojo una piedra, la sensación del contacto se produce en tiempo infinitesimal; en el movimiento voluntario por el que dejo o retiro mi mano empleo un tiempo más o menos igual: alrededor de treinta y tres millonésimas de segundo, según parece. El yogui busca ser consciente de este doble movimiento y de los fenómenos cerebrales que se llevan a cabo en el corto intervalo que acabo de explicar. Cuando haya conseguido discernir conscientemente los nervios a lo largo de los cuales corren la sensación y el reflejo, las células cerebrales implicadas y las fases de la ideación, casi habrá controlado su mente, es decir, que la mente ya no estará atada al cerebro; podrá ser transportada a cualquier punto del cuerpo; el yogui podrá ver con la punta de sus dedos, oír con sus ojos, etc. Comenzará un entrenamiento similar para las sensaciones hiperfísicas, para los pensamientos, para la memoria, para el mismo principio del pensamiento y por último, para la noción del "yo". Llegado de esta manera a la cima de lo consciente, se lanzará

a experiencias indescriptibles que harán de él un "liberado".

-Completamente exacto, interrumpió Andreas, al menos según mis intentos personales.

-¡Muy bien!, continué, he comenzado estos trabajos. He obtenido un cierto estado amorfo de la mente, me he acercado al monodeísmo, que me he sentido cerca de alcanzar; de repente, cada vez, una barrera me ha arrojado al tumulto ordinario. Hay un muro.

-Si usted lo dice. ¿Pero este muro, aparece para ayudarlo?

-¿Tengo que saltarlo o que demolerlo? ¿Soy yo quien lo ha construido con anterioridad? ¿Es un adversario? ¿Es un amigo?

-No sé qué decirle, doctor. Tiene que verlo usted mismo. Puede usted demoler ese muro, darle la vuelta, saltarlo por encima o cavar por abajo, pero no intente nada todavía: espere. Estos ejercicios sólo se aplican a personas con sus facultades. Comete usted el mismo error que un atleta novato que desarrolla los pectorales o los bíceps, sin pensar en ensanchar primero el tórax o en robustecer el corazón.

-Sí, exclamé, contento de entrever una idea nueva. Su punto de vista difiere del brahmánico; ¿pero conoce usted un principio más central que el intelecto que no pertenezca al inconsciente? Los libros hindúes sitúan todos “la luna mental” por encima del “sol vital”.

-Es correcto para ellos, pero nosotros tenemos otra cosa.

-¿Qué es?

-Ha visto usted el nombre mil veces, doctor, y era usted todavía un niño...

-¿Pero en qué libro?

-En el Evangelio, murmuró dulcemente Stella; Jesús habla sin cesar de nuestro corazón.

-Nuestro corazón, el corazón, repliqué: es un símbolo, es una figura retórica.

-Nada de nada, nada de nada, dijo Andreas con fuerza; en el Evangelio sólo hay símbolos para los que viven en el reino de las alegorías. ¿Qué significa una palabra delante de un acto? ¿Qué es un sistema delante de los hechos? ¿Qué es el saber delante del poder? Conocer un fenómeno a fondo, exige que lo hayamos experimentado mil veces antes.

-¡Pero es el fracaso de la Ciencia lo que usted sostiene! ¿Ha agotado usted tantas ciencias? ¿Dispone usted de insospechados poderes de acción? Si lo que dice es cierto, todos mis sueños se desmoronan, sólo me queda olvidar mis libros, mis jeroglíficos, mis números, mis esquemas; He perdido estos veinte años de estudios; ¡soy una ruina! ...

-Doctor, yo también he tenido mis dudas, replicó Andreas con un tono afectuoso; me he desesperado hasta que no me quedaban lágrimas; y, sin embargo, debiera haber sido sostenido por el orgullo, por un gran orgullo, por el orgullo de haber salvado una pendiente por la cual, desde hacía siglos, ningún europeo se había aventurado. Hoy, sé que no fueron mis propias fuerzas las que me ayudaron a realizar esta ascensión. Pero en aquel tiempo, sólo creía en mí mismo. Las desgracias habían caído sobre mi cabeza sin hacerla agacharse; nunca había parado de avanzar, todos mis discípulos fueron adelantados por mí; y de repente, me sentí solo. Mis maestros eran despiadados; si se cae, pensaban, es que es demasiado débil para subir más, y maldistaríamos nuestras fuerzas ayudándole. Había aprendido tanto, visto tanto, luchado tanto, solucionado tantos enigmas contrarios que el bien, a mis ojos, ya no se distinguía del mal, ni la derecha de la izquierda. ¿Existe un Dios, existe un

Diablo? ¿La creación está ordenada, es un caos? Yo mismo, ¿quién soy? ¿Libre o esclavo? ¿Qué será de mí? ¿Sucumbiré? ¿Es la nada quien me acecha? ¿Es una eternidad gloriosa lo que me espera? Repitiendo así mis trabajos, mis viajes, mis reflexiones, pasaba sin interrupción del temor a la indiferencia. Todas esas filosofías, esas dialécticas, esas teologías, los misterios prácticos que había experimentado, los venenos, las presencias horribles y macabras, las desesperanzadoras sentencias de los que estaban de vuelta de toda ilusión, qué se podía deducir de todo ello? Yo había visto, en los éxtasis iniciáticos, la forma de los dioses de la Naturaleza y de la Ciencia. Como el constructor de puentes de Kipling, ebrio del opio oculto, a veces había sido testigo de las conversaciones secretas de esos seres formidables. De todo ello me quedaba sólo un cansancio infinito. ¿Qué hacer? Como los adeptos de Benarés, tendría que volver a pedirle a la Materia, a pesar de todo victoriosa, el elixir del olvido?

-Fascinado por el acento vivido de sus confidencias, escuchaba con todas mis fuerzas. Por fin había encontrado a un hombre que no hablaba en balde; ¡Había encontrado a un auténtico experimentador! Entreveía el final de mis días a tientas; cataba la esperanza, la clara esperanza, el alba, por fin. Y Andreas, tranquilo, fumando con bonhomía su larga pipa flamenca, oscura y lisa como un bambú de opio, continuó diciendo:

-Durante esta crisis interior, yo tenía por otra parte que temer por mi seguridad personal, a pesar de que todo parecía tranquilo en torno mío. Conocía que los rencores orientales son máquinas terriblemente pacientes y sabias; y yo había despertado algunos resquemores. Fue de la siguiente manera. Mi estrella quiso que fuese admitido en prácticamente todas las asociaciones esotéricas musulmanas, hindúes y chinas; tántricos shivaítas, brujos javaneses, gorros rojos del Bután, montañeses del Nan Chan me habían iniciado en sus magias. Conocía las lenguas perdidas, los ritos que sólo se murmuran al oído, los objetos horribles que sólo se consiguen mediante el crimen, las piedras o las hierbas raras cuya búsqueda necesita de meses de peregrinación; había vivido en retiros perdidos en el fondo de los bosques; había visto preparar venenos sutiles, filtros irresistibles; había acompañado a cazadores intrépidos que se atreven a arrancarle a las fieras las garras, los dientes o los pelos que el ritual rechaza si provienen de un animal muerto. En el humo de los holocaustos, en el vaho de la sangre derramada, muchas veces se me aparecieron las formas monstruosas de los dioses del más allá; mis pensamientos fueron a menudo confundidos por la mirada malvada irónica de esos seres; delante de los cuales los más fuertes y los más sagaces humanos no son más que pigmeos. Los evocadores hábiles que, gracias a los cálculos de astutas correspondencias, detienen un segundo a estos titanes y les arrancan una respuesta, son para ellos un objeto de mofa y a menudo les sirven de juguetes.

Pude progresivamente convencerme de que sólo la teoría de la magia es ciencia exacta; su práctica abunda en oportunidades de error; demasiados datos siguen siendo imprecisos. Quien quiera arrancar a la Naturaleza, por la fuerza, algún poder inédito, se arroja al abrazo del Destino; y sus debates, aunque aflojen un momento su

tenaza, sólo conducen a hacerlo más inexorable y más doloroso. Hace falta a toda maduración el tiempo que se le fija desde el origen. Si el hombre guarda el deseo de todos los poderes, es que posee los brotes del mismo. Pero, demasiado impaciente, los hace madurar mediante artificios, obteniendo sólo plantas débiles, destinadas a perecer

ante las primeras ráfagas del huracán... Estas conclusiones condenaban por lo tanto los trabajos de mi juventud, me hacía falta, o bien cerrar los ojos a la evidencia, o bien volver a empezar.

-Estoy estupefacto, dijo, de ver cómo me aclara usted a mí mismo mi propia situación. ¡Cuánto me he preocupado en buscar en lo lejano y lo oscuro una verdad simple, resplandeciente y tan cercana!

-Todo el mundo hace lo mismo, doctor; consuélase usted. Debe ser muy difícil escapar a la seducción del misterio. Porque yo me acuerdo de que, desde el principio de mi estancia en las Indias, los adeptos a los que me dirigí, me lo avisaron lealmente. Me explicaron que me equivocaba buscando en los símbolos extranjeros, mientras que mi religión natal me proporcionaba algunos admirables; me dijeron que nuestro Maestro eterno, el de los europeos, es Jesús, y que las esperanzas de los que se confían a él no podía ser decepcionada. Sin embargo, guardé estas palabras durante años en mi memoria, ¡sin “oírlas” ! ¡ Cómo nos equivocamos de no intentar vivir olvidándose tanto de lo moral como de lo intelectual ! Cuando estos brahmanes me hablaron así, si hubiera ignorado la idea preconcebida de que querían echarme de allí, esos dos minutos de presencia de espíritu me hubieran hecho ganar años que no volverán. Sí, he tenido la debilidad de arrepentirme algunas veces de esta pérdida.

-¿La debilidad?, pregunté yo, un poco sorprendido.

-Claro, es una debilidad creer que algo ha sido inútil.

-Y ahora ¿qué piensa usted de los consejos brahmánicos?

-Los encuentro correctos.

-¿Entonces hay que seguir su religión? ¿Hay que ir a la iglesia, y a “yo iglesia”?

-Hay que conducirse según la propia conciencia, después de haberla iluminado lo mejor posible.

-En efecto, el hombre tenía una conciencia antes de que existiera toda organización eclesiástica...

Aquí, Andreas leyó sin duda mi pensamiento, porque me interrumpió con una sonrisa:

-Doctor, no nos desviemos del asunto, no somos obispos, ni usted, ni yo; no nos corresponde juzgar a los curas, ni su teología, ni su casuística. Si usted cree que el Cristo sigue vivo, siga su palabra; con ella basta.

El acento con el que Andreas pronunció sus últimas palabras me pareció especial. Me vino una inquietud. Yo repetía casi involuntariamente.

-¿El Cristo aún vivo?

Y me di cuenta entonces, con un estremecimiento, de las consecuencias extraordinarias que podía tener tal hipótesis. Porque la palabra de Andreas impresionaba por su acento definitivo. No era que él fuera orador; se expresaba de la manera más simple; pero, detrás de sus discursos familiares, sin que ni sus gestos o su mirada lo indicasen, yo percibía cada vez más el resplandor misterioso, muy suave pero muy fuerte, anunciador verídico de presencias sobrenaturales. Esta dualidad me desconcertaba. Ya no me atreví a hacerle preguntas precisas sobre sus posibles relaciones con Desiderio o con Teofanías; me hubiera mostrado inocente si él hubiera querido engañarme; o

desconfiado, si él hubiera sido sincero. Esperaba que el tiempo me liberara de esta incertidumbre, lo cual me dolía, ya que todo el interés de mi vida se jugaba durante estos días.

Después de una pausa, mi interlocutor recommenzó, como hablándose a sí mismo.

-Sí, mire como mire los actos y las palabras de éste ser divino, no puedo evitar compadecerme de las imaginaciones indecentes y las tonterías que se han escrito sobre él. Los brahmanes incluso se sorprendieron cuando les dije que muchos espiritualistas occidentales creen en la iniciación de Jesús con los esenios, los egipcios o los lamas; que los espiritistas lo representan como a un médium, los magnetizadores como a un *du Potet* adelantado a su época, y los ocultistas como a un mago; que todos pretenden llegar a su altura, ¡sin contar a los que ponen por encima de él, porque han llegado dos mil años más tarde...!

-¡Ah sí!, interrumpí yo, he oído proferir esa tontería al famoso...

-No dé usted nombres, doctor; no juzguemos; solamente comparemos, me replicó levantándose. Y, ve usted, aprendamos de Cristo su profunda indulgencia: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen".

EL BRAHMÁN

Habían pasado ya dos meses desde mi primera visita. A partir de las primeras semanas, Andreas me había enviado clientes de su barrio. A pesar de que fuera un auténtico viaje, me ocupaba de los enfermos de buen grado; eso me daba un pretexto para visitarle.

Una mañana, después de mi ronda de visitas, subí a su casa. Volviendo la esquina de la calle, me paré en una lavandería a cuya dueña había curado. Naturalmente, conocía a toda la tribu de obreros, de valientes muchachas, que consumían su juventud en los vapores insípidos de la ropa y el calor desagradable de la estufa. Este pequeño mundo parlanchín, travieso, pero sincero, me había acogido con amabilidad. Se me permitía charlotear un rato y pagar cuatro perras de castañas, de vez en cuando. La semana anterior, me habían avisado de que pronto sería la fiesta del aprendiz.

Subiendo al suburbio del Templo, esa mañana, yo había adquirido una magnífica sortija marqués –con rubí de vidrio-, de la que un vendedor ambulante había querido deshacerse en mí favor, por la módica suma de cuarenta y nueve perras, ¡“en vez de veintisiete francos cincuenta”!

Entré pues en la lavandería, ofreciendo primero la sortija, seguida, con el permiso de la patrona, del vino blanco. Me asaltaron con consultas acerca de múltiples pupas; y, mientras tanto, me enteré de cosas sobre la mujer del policía, del empleado del ayuntamiento, del barrendero...

-Y sabes usted, *señó*, su amigo el *señó* Andreas, tiene un chino en casa. Llegó anoche; menudo susto me dio; entró preguntando la dirección; todavía no había encendido la luz; no habla bien francés, pero es un hombre guapo...

-No es un chino, no tiene coleta.

-Que sí, tiene la cara amarilla.

Y comentarios similares.

Me escapé lo antes que pude; y para no presentarme como un intruso en casa de Andreas, me fui a comer a casa del tratante de vinos. Después, sobre las dos, me presenté en casa de Andreas.

Su “chino” era un soberbio hindú con turbante, barbudo, derecho como una vela, claramente perteneciente a una casta del Kourou. Tras las debidas presentaciones, tuvo a bien dejar de lado un poco de su triple orgullo de ario, de aristócrata y de sacerdote; y charlamos bastante libremente, sin ningún tapujo. La cultura inglesa, la arqueología, la medicina, la astrología, la epigrafía, el agnosticismo, el monismo fueron pretextos para adquirir, el uno del otro, una excelente opinión. De vez en cuando, Andreas lanzaba un comentario. Por último, el hindú se puso a elogiar la Ciencia de las ciencias, el Raya yoga. Por otra parte, era un placer oírle; era hablador más que elocuente, pero con tal soltura, tal precisión en las palabras, con tantas combinaciones afortunadas de ideas, que uno no se cansaba nunca, al parecer, de seguir sus explicaciones. Los hechos, las teorías, los cuadros se encadenaban, se oponían, se reunían, sin fin; era una trama brillante, una composición abigarrada como, sobre los muros de los templos, los frisos esculpidos rebosan de guerreros, de monstruos, de genios, de dioses, de danzarinas, con tal lujuria sobreabundante, que el cerebro del visitante se entumece en una especie de ensoñación

intermitente, en el seno de la cual todo parece posible y fácil, todos los misterios explicables, y todas las utopías razonables.

Así escuchaba yo al brahmán cuando Andreas lo interrumpió diciendo.

-Me permito de interrumpir aquí a mi huésped para hacerle una pregunta, más bien dos.

Habiendo el oriental asentido, Andreas continuó.

-Si no me falla la memoria, sus libros ordenan no intentar ninguna práctica del yoga antes de haber seguido con éxito dos sistemas de entrenamiento moral, sin los que los ejercicios prácticos se convertirían en perjudiciales y hasta mortales para el alumno imprudente.

-Lo que dice usted es correcto, admitió el sacerdote.

-¡Muy bien! ¿Querría usted tener la amabilidad de proporcionarnos los detalles de dicha preparación?

-No le enseñaría nada nuevo ni a usted, señor, ni tampoco a su honorable amigo, diciéndole que se trata de las diez observancias, y de las diez purificaciones.

Estas son las primeras:

Ahimsa, que es no causar ningún dolor ni por el pensamiento, ni por la palabra, ni por el acto, a ningún ser vivo.

Satya, que es decir siempre la verdad por la inteligencia, por la palabra, y por los gestos.

Asteya, que es la indiferencia a la posesión de lo que sea, por la inteligencia, por el pensamiento, por la palabra o por el acto.

Brahmacharya, que es la castidad del cuerpo, de las palabras, y de los pensamientos.

Daya, que es el ejercicio de la bondad hacia todas las criaturas, incluso hacia los demonios.

Aidjaya, que es la igualdad de humor en el cumplimiento de todos los actos prescritos, y en la abstención de todos los actos prohibidos.

Kshama, que es la virtud de sufrir con paciencia todas las cosas agradables o desagradables.

Dhriti, que es la conservación de la voluntad inquebrantable tanto durante la desgracia como en la dicha.

Mithaara, que consiste en alimentarse sanamente, con un volumen de alimentos igual al cuarto de la capacidad del estómago.

Y por último *Sancha*, que es la purificación del cuerpo con ritos religiosos, y la purificación del corazón con la distinción de lo absoluto y lo relativo.

-Dígame también, se lo ruego, preguntó Andreas, las diez fórmulas de la segunda serie.

-Aquí están, continuó el hindú.

Primero *Tapas*, la penitencia corporal moderada.

Santhosha, que consiste en estar satisfecho con todo y de estar agradecido por todo a Dios.

Astikeya, que es la adopción de la doctrina védica sobre el mérito o el demérito.

Dhana, la caridad hecha a las personas merecedoras.

Ixwara-Pouja, el culto debido al Señor, según los ritos.

Siddhanta-Sravana, el conocimiento de la filosofía religiosa.

Kriti, tener vergüenza de las faltas religiosas o cívicas que se cometen.

Mathi, seguir las prescripciones de los libros sagrados con fe y amor.

Djapa, recitar las oraciones cotidianas.

Por último, *Vrata*, abstenerse de los actos prohibidos por las reglas religiosas.

-Así pues, preguntó Andreas, ¿un discípulo es únicamente apto para los trabajos prácticos del yoga cuando es incapaz de faltar a ninguna de estas prescripciones?

-Sí señor, respondió Nagendra-Nath (era el nombre del oriental). Esa es la doctrina de los antiguos *rishis*, pero los innovadores modernos la olvidan o la mutilan.

-Lo sé, oh brahmán, dijo Andreas; perdone que le haya hecho dar tantos detalles; era útil que los conociera nuestro amigo, el doctor. Y lo dijo insistiendo sobre la palabra "nuestro". En cuanto a mí, descifré el venerable texto en mi juventud... Justo antes de haber alcanzado mi decimosexto año...; y esta lectura me absorbió completamente, veintiún días y veintiuna noches.

La mirada del sacerdote se encendió un segundo entre sus largos párpados desgastados, pero preguntó con el acento simple de la amabilidad mundana:

-¿Entonces, ha visitado usted mi patria, señor? ¿Qué estados visitó?

-Varios, respondió suavemente Andreas; es porque estaba buscando la piedra que se encuentra en la cabeza del ciervo.

Debo decir aquí que el pueblo, en la India, atribuye a esta piedra hipotética una virtud soberana contra la mordedura de serpiente; y una importante hermandad oculta, dando a esta creencia una acepción simbólica, ha hecho de la frase que Andreas acababa de pronunciar una contraseña.

-En verdad, respondió el brahmán, con el mismo aire de indiferente cortesía; tengo en mi casa una de esas piedras; también tengo una flauta de siete agujeros para encantar a las cobras.

-Su país es rico en curiosidades, dijo Andreas. Y, habiéndose levantado para coger su pipa, se quedó de pie cruzando su pierna derecha sobre la izquierda y añadió:

-Así, uno de sus compatriotas, un viejo que andaba apoyándose sobre un bambú, me dio una vina (una lira) cuyos sonidos encantan incluso a las víboras grises. Era, si recuerdo bien, en el reino de Oudh, cerca de Rudrapura.

Aquí Nagendra pareció perder su impasibilidad; puesto que esta réplica de Andreas no era otra que la frase por la cual los agentes errantes del Reino de Agarta se hacen conocer a sus inferiores. De todas formas, en razón de mi presencia, el sacerdote se limitó a levantarse también, haciendo un saludo.

-Se lo ruego, hizo Andreas retomando su silla, permanezca sentado. Volvamos a nuestros entrenamientos. Me permitiré algunas observaciones que comprenderá usted inmediatamente, si es tan amable de olvidar por unos minutos quien es usted y quienes fueron sus instructores. He aquí. Primero, ¿dónde está el hombre que puede vivir, aquí abajo, sin causar dolor a ninguna criatura? Esta cerilla sufre cuando la hago arder; y sufrirá cuando la apague. Y mi sola respiración sacrifica a millones de pequeños seres. Expresar la verdad presupone que la conocemos: Si yo conozco la verdad, ¿para qué vale el yoga? Ser indiferente a todo, es una grosería hacia Dios. Todo lo que nos da es precioso, ya que es sólo a través del uso de lo que nos da cuando hacemos posibles, me

atrevo a decir, nuevas y aún más generosas dádivas. ¿Ser casto? Si mis padres lo hubieran sido, mi espíritu chocaría aún con las puertas de la tierra y esa inacción forzosa sería para él un suplicio infernal. ¿Ser bueno para todas las criaturas? Para empezar, sólo Uno es bueno; luego si soy bueno es que he alcanzado el objetivo. Por lo tanto, ya no hay necesidad de yoga. ¿Guardar un humor inalterable? Para ello habría que haber pasado por todas las experiencias; La iniciación sería inútil; nadie puede permanecer impassible delante de un dolor si no lo ha padecido antes; y aún se pide principios. Estar agradecido a Dios por todo lo que nos mande, incluso por los peores sufrimientos, sólo puede hacerlo un hombre libre, pero en absoluto el alumno yogui. En cuanto a las observancias rituales, se las dejo a usted, porque por el sólo hecho de que naciese en la tierra bendita de Bharat, los Vedas contienen para usted toda la verdad.

El hindú saludó y dijo:

-Me descubre usted un horizonte como la cima del Meru.

Andreas prosiguió.

-Sí, usted, venerable brahmán, usted tiene su propio camino, el musulmán también, y lo mismo pasa con el cristiano. Nos movemos por los artificios de la diosa ilusión. Mantengamos cada uno nuestra vía. Vuelve usted de América y de Londres. Le han colmado de honores, de condecoraciones, de tés y de discursos. Una vez devuelto a su ermita, cuando haya hecho los sacrificios y pagado en el templo las extraordinarias sanciones que os corresponden por haber, usted, sacerdote, abandonado la tierra sagrada y vivido en el país de los Mlecchas, malolientes comedores de vaca, verá usted si el último de los jefes de policía en uniforme caqui, montado sobre su caballo australiano, no os hace correr a lo largo y ancho del país, si le apetece, llamándoos: negro e idólatra idiota. El anglosajón habla de fraternidad, pero no la pone en práctica. ¿Es que no ha visto como los civilizados “yanquis” se comportan con los caballeros de color? Se ha dejado usted asombrar, sí, asombrar, aunque nadie lo haya sospechado ni por un minuto, por las bellas oyentes de Nueva York, de Boston o de Filadelfia, por las bellas comensales del Carlton. Ha creído usted que comprendían algo de su metafísica. Está usted separado de los occidentales por un muro. Perdóneme que le diga estas cosas tan bruscamente, pero es necesario que esté usted advertido.

Y como el hindú, un poco ofendido, me lanzaba una mirada, Andreas dijo.

-¿Mi amigo? No se preocupe usted; se apoya con una muleta de mendigo.

-¡Oh!, dijo Nagendra aliviado, yo sé muy bien que la prudencia más sabia guía todas sus acciones. No tengo la menor duda acerca de la del caballero.

Y me hizo un gran saludo, y otro a Andreas. Luego, empezó un largo discurso en hindi, del que no comprendí gran cosa. Las siguientes veladas, invitado expresamente por nuestro anfitrión, volví para escuchar nuevas tertulias. Él y Nagendra hablaban en francés, en inglés, “vernaculares”. De vez en cuando, yo pillaba un nombre de mulá, o de general ruso, o de jefe musulmán; y aprendí de esta manera, entre estos dos hombres, muchas más cosas de las que se pueden confesar acerca del mundo asiático. Un viaje del zar, una misión etnográfica japonesa, los apostolados lazaristas, la construcción de una vía férrea, un movimiento de la bolsa en la City, y otros acontecimientos igualmente anodinos, fueron disecados; me mostraron los resortes; y pude comprobar una vez más la verdad del viejo adagio hermético:

“Todo está en todo”. El esoterismo se daba cita en situaciones imprevistas; ¡y qué sabiduría la de estos hombres! ¡Qué amplitud de miras, qué habilidad! Decididamente, Andreas debía de ser el héroe de mi pequeño cuaderno negro. Habían pasado muchas cosas desde entonces, me decía yo; había tenido éxito; parecía haber llegado al último grado de la iniciación.

Mis ulteriores visitas me volvieron a sumir en la perplejidad.

EL DURACAPALAM

No eran estas nuevas cuestiones las que me preocupaban; seguían siendo los viejos enigmas, las viejas antinomias. Se las volvía a contar a Andreas con una tenacidad enfermiza. Él me escuchaba pacientemente, y me contaba, como respuesta, algunos de los episodios de su ajetreada juventud.

Sin embargo, en general, sus relatos contenían siempre una palabra que, pareciendo haber sido pronunciada completamente por azar, aclaraba uno de los problemas rompiendo así mis cortas lógicas.

He aquí una de las más completas de estas maravillosas historias. Es Andreas quien habla. Me la contó en varias visitas.

-Había acordado en París, antes de partir, algunas cosas con los contactos de ciertos hindúes y todo había sido preparado para que allí encontrase inmediatamente a quien dirigirme.

Desembarcado en un pequeño puerto malabar, tenía que pasearme por la ciudad, vestido como un sacerdote shivaíta, con un cierto amuleto en la muñeca. Apenas había recorrido el barrio hindú cuando un hombre de baja casta vino a mí y se presentó. Él me llevo al campo. Allí, un carro ligero nos transportó hasta los Ghats, de los que comenzamos la ascensión hacia el atardecer. La dificultad del camino no me permitió disfrutar del frescor nocturno, ni de la serenidad del paisaje. Las zarzas, las piedras, cierto temor a las fieras y a las alimañas venenosas absorbían toda nuestra atención. Un poco antes de la aurora, llegamos a una especie de meseta granítica, cubierta de una hierba dura y quemada, sobre la que se disponían espaciados algunos montones de piedras colocadas en círculo. Mi guía se dirigió hacia una masa rocosa, que se parecía bastante a las piedras levantadas de Cornualles. Cuando apenas había tenido tiempo para echar un vistazo al magnífico amanecer sobre el mar, a mi derecha, tuve que arrastrarme bajo la bóveda que formaban las piedras. Al fondo, encontré una especie de agujero por el que seguí a mi guía; después un pasillo en pendiente nos condujo a una especie de mazmorra donde reptiles se arrastraban entre huesos blancos. El hindú silbó para espantar a las serpientes y, tras dar unos pasos, desembocamos en una hondonada estrecha. La vista de una banda de cielo azul me gustó, lo confieso.

Entramos en un nuevo túnel bastante corto. Y por fin, salimos al aire libre encontrando delante de nosotros el espectáculo conmovedor de una ciudad en ruinas. Los *pandits*² afirman que el Decán contiene muchas de estas ciudades muertas, destruidas por los cataclismos o las guerras. Supe más tarde que ésta se quedó aislada por un terremoto que, separando las rocas, cavó alrededor un círculo de acantilados cuyas murallas lisas impedían toda tentativa de descenso. La posición de esta ciudad, más debajo de la meseta que habíamos subido, y la naturaleza yesosa del suelo, retenía el agua de lluvia. Por esta razón, las ruinas estaban cubiertas de una vegetación exuberante, donde habitaban poblaciones de monos y de pájaros. Era un paisaje fantástico. Las largas calles de losas agrietadas por el tiempo estaban bordeadas de palacios derrumbados. Aquí y allá, algunas columnas de mármol rosa, pequeños estanques, que habían sido baños,

² Título honorífico otorgado en la India a los eruditos. Nota del traductor.

retumbaban con el concierto provocado por el lento derribo que el crecimiento de las plantas producía en los edificios, escaleras monumentales, con sus largos escalones desunidos; todo ello invadido de plantas y de flores, retumbando con el concierto de pájaros y el estruendo de los monos. Orquesta extraordinaria, de ensordecedoras armonías, de majestuosos silencios y llena de secretos. Por doquier, árboles enormes, cuya magnífica frondosidad debía impedir ver nada al curioso que se hubiera aventurado a subir por los precipicios que rodeaban la ciudad.

Mi guía se daba prisa entre las terrazas, las columnatas inestables y cruces de calles convertidos en descampados. El inmenso frontón esculpido de una pagoda apareció de repente frente a nosotros. Habíamos llegado. Un brahmán salió, saludándome en inglés. Me acomodó en el balcón de una galería a la sombra, hizo que trajeran fruta y bebidas frescas y me invitó a descansar por unas horas sobre un catre de campaña- Pero la sorpresa, la expectación de espectáculos desconocidos me impidieron dormir.

Examiné el templo. La belleza de su masa, la riqueza de los detalles, la medida de las proporciones lo igualaban a los más famosos monumentos de Benarés y de Ellora. Si mis recuerdos de lecturas tántricas no me engañaban, el edificio debió ser construido en honor de Ganesa, el dios elefante. Se componía de un inmenso recinto o galería circular, conteniendo otros cinco recintos escalonados y concéntricos, llenos de portales. La galería central más alta, estaba ocupada por el templo propiamente dicho. Vi más tarde que contenía tres altares, bajo una bóveda sostenida por enormes columnas muy decoradas. Cada altar, constituido por una masa cúbica de tres metros de lado, servía de base a una pirámide truncada de cinco caras, un poco más alta. El techo era una terraza elipsoidal, con dos pedestales desde los que se elevaban un cuarto y un quinto altar. El centro de esta terraza, entre estos dos últimos altares, se abría sobre la nave inferior para dar paso a una enorme estatua del dios, cuya aureola sobrepasaba todo el conjunto.

El conjunto de bajo relieves y de frisos representaba la leyenda de Mahadeva, más o menos como la describe el Skanda-Pourana. Sólo estaban hechos de piedra, ni madera ni metal.

Parama-Shiva y sus veinticinco murtis se veían sobre el primer altar. Sobre el segundo, Daksha, en medio de los Prayapatis, hacía penitencia a Shiva, después engendraba a sus hijos: los primeros mil, los Hariasuas; los segundos mil, los Sabalasúas, que gobiernan las esencias sutiles del universo, o Tatvas, después a sus sesenta hijas, entre las que resplandeció Uma, la esposa de Shiva. Y la larga teoría de todas estas figuras, acompañando cada una al símbolo de una fuerza cósmica particular, se desarrollaba sobre las cuatro caras del altar, sobre las cinco filas de columnas se sustentación, sobre los cinco planos de la pirámide que remataba el conjunto.

El tercer altar me mostraba la caída de Daksha, y la transformación de su hija Uma en Parvati, en el monte Himaván, mientras que Shiva, bajo el aspecto de Dakshinamurti, trata en vano de iniciar los munis a la sombra del ficus, tras lo que vuelve a empezar en la cima del Kailasa. Durante esta iniciación, los Asuras se expanden por la tierra y cometen mil atrocidades. Entonces, el Mahadeva emana Humará o Subramania, el guerrero espiritual.

En la terraza superior, el cuarto altar retrataba los incidentes del nacimiento del otro hijo de Shiva, Ganesa, el pacífico. Por último, el quinto altar, según

El mito del Linga Purana, representaba al quíntuple Shiva y sus veinte hijos. Es

Sadhodjyata, por quien la vida es reabsorbida, Vamadeva, que ejecuta la ley y el ritual; Tatpurusha, que fija a las criaturas en la ciencia suprema; Aghora el terrible, que enseña el Yoga; por último Isana, la forma de todas las formas, sintetizando la Unión, la Razón, la Penitencia, el Saber, la Observancia religiosa y las veintisiete otras cualidades del alma que ha conquistado la liberación.

A lo largo del peristilo exterior se arrastraban las serpientes de la eternidad, con sus siete cabezas. Los guardianes simbólicos de los misterios aparecían a intervalos regulares. Los elefantes sagrados, portadores del saber oculto, guardianes de las puertas del templo, bajaban hacia el visitante sus trompas y sus colmillos de granito. El muro de contención desaparecía bajo el caos esculpido de formas demoníacas, confinadas, según los Libros, en los mundos inferiores de lo Invisible. Detrás de las masas de cactus, de euphorbias y de chumberas, se adivinaban, en la sombra, las caras morrudas, los caninos bestiales de los vampiros, de los Pisatchas, de los Kataputanas y de los Ulkamukhas Pretas. Las columnas soportaban largos bajorrelieves donde danzaban los Gandharvas músicos. En el norte estaban las imágenes de Soma y de Indra; al este, las de los Yakshas, guardianes de los tesoros, presididos por Kubera y Yakshini, su esposa: al oeste, el terrible ejército de los Rakhshasas dirigido por Khadgha-Ravana, el dispensador de victorias. El sur conformaba la entrada principal.

El brahmán que me había acogido, fino y delgado, con un largo rostro racial, hermosos y circunspectos ojos de prelado romano, vino a unírseme al final del día. Él me explicó que todo ese viejo templo, transformado en laboratorio, estaba a mi disposición, y que todos sus huéspedes, a causa de la alta personalidad que me había recomendado a ellos, se consideraban mis servidores. Se lo agradecí, utilizando las fórmulas hiperbólicas del buen vivir oriental, y procedimos a visitar el lugar.

“Existe una actitud mental en la que le ruego que se sitúe para comenzar, me dijo mi cicerone. Se trata de que no tenga prisa, de que tiene mucho tiempo ante sí, y de que va usted a ser puesto delante de cosas totalmente nuevas. La impaciencia, incluso la prisa serían obstáculos para usted, y no ayudas”. Prometí hacer todo lo que pudiera para llegar a esa tranquilidad que sabía que era el signo distintivo de los sabios de los que iba a ser alumno; le pedí que confiaran en mí, preparándome para recibir mi primera lección.

Este templo pertenecía al género de los laboratorios y a la clase de los talleres. En él no encontré pues ni minerales raros, ni esencias preciosas, ni aparatos de magia psicológica. Los sabios que allí trabajaban sólo estudiaban lo que los europeos llaman “fuerzas físicas”, y ello, por medio de instrumentos muy sensibles. Estos deben ser aislados de las corrientes magnéticas del suelo y de la atmósfera. Se obtiene este aislamiento mediante procedimientos manuales de fabricación. Nunca se trata de máquinas; las piezas metálicas, los hilos, todo está amartillado, forjado, laminado, ajustado a mano, con una paciencia increíble. He visto a uno de esos obreros golpear sin pararse una pieza de cobre desde la salida del Sol hasta su puesta, con un martillo de relojero. Durante la noche, otro lo reemplazaba, y este trabajo duraba, según me dijeron, hacía meses.

No me detendré a describir todos los aparatos de los que mi guía me enseñó los mecanismos. Sin embargo, hay uno cuyo uso increíble sobrepasa la más extraordinaria imaginación de las novelas de ciencia ficción.

Paseando a través de este museo de máquinas, Sankhyananda –tal era el nombre de mi guía – me hizo ver una especie de gran caja cúbica hecha de una sustancia amarilla como el oro y transparente como el cristal. “Esto, me dijo, es un Duracapalam, lo que se podría traducir en su lengua por “teléfono”. Nos servimos de él para viajar en los planetas de nuestro universo material”.

Se me pusieron los ojos como platos, pero mi interlocutor continuó: “Ve usted aquí una aplicación del sistema de Tattvas, del que nuestros filósofos monistas han descubierto una parte en la teoría de la cuarta dimensión. He aquí la cadena de razonamientos de la que nos hemos servido”.

De toda la minuciosa física sankhya que pretendo exponer sólo le resumiré lo indispensable, que he aquí.

“Existe una sustancia universal única de la que todos los objetos no son sino formas. Estas formas, nosotros las percibimos solamente por los cinco sentidos; por lo tanto, pueden clasificarse bajo el título del sentido que las percibe. Cada sentido es sensible a este modo del movimiento atómico; oído, vista, tacto, gusto, y olfato pertenecen respectivamente a vibraciones del éter, de la luz, del aire, del agua o de la tierra, que conllevan también movimientos de átomos; el éter, movimiento en todos los sentidos, la luz: rayos rectilíneos; el aire: remolinos; el agua: movimiento equilibrador; la tierra: movimiento de parada.

“Por otra parte, cada uno de estos elementos posee, en su base, las características de los otros. El éter, además del sonido, contiene un color, una forma, un sabor, un olor. Vea usted mismo las otras aplicaciones.

“Por último, cada una de estas formas cinéticas se encuentra representada en la mente humana. Todo puede por lo tanto corresponderse, bajo ciertas condiciones”.

Pero Sankhyananda me describió sobre todo las propiedades del fluido acústico.

El sonido, dijo, entre otras cualidades, posee la de la movilidad, la fluidez, la suavidad. Llamamos a esto Sneha. Además, sabíamos bien antes que vuestros físicos que transmite el calor. Por último, el sonido incita al movimiento por un poder de impulsión que llamamos Pranamitva. Los instrumentos musicales de cuerda, las melodías rítmicas, la forma de la sustancia universal que llamamos Akasa, posee, como cualidad específica, el sonido y, como cualidades genéricas, la forma, el movimiento y el calor.

“Largas y numerosas experiencias nos han enseñado que tales clases de sonidos contienen las formas más perfectas, otras son más ricas en el elemento calórico, otras desencadenan un fuerte movimiento. Sabemos distinguir estas clases, producir sonidos, e incluso aumentar su intensidad, a través de diversas recetas psico-fisiológicas. Así, por ejemplo, un faquir puede elevarse en el aire y permanecer suspendido un cierto tiempo mediante el empleo de un cierto sonido bajo una cierta tensión nerviosa; en otros términos, la fuerza nerviosa puede actuar sobre la materia a través del sonido. He aquí algo comprobado”.

Y aún hay más:

“El concepto de espacio es uno de los más difíciles de fijar. Ustedes, los europeos, no conciben más que un espacio físico. Lo llaman espacio real. Para nosotros, esto es ilusorio; mientras que nuestro espacio real es el que alguno de sus geómetras y

matemáticos han llamado hiperespacio. El espacio físico es finito porque, si fuera infinito, sólo podría ser medido por un número infinito; sin embargo, no puede existir un número infinito concreto. La tradición está de acuerdo sobre este punto en el apartado teórico, y la experiencia os lo demostrará, espero.

Si el espacio es finito, tiene una forma, y esta forma es esférica, porque no hay razón para que se extienda por un lado más que por el otro. El espacio es el lugar de todas las criaturas y seguro que recuerda a los personajes cosmogónicos que lo simbolizan.

Sus moradores están sometidos a la ley ineluctable de la transformación. He aquí verdades elementales. Ellas serán suficientes para desentrañar el principio del telemóvil.

Esta máquina debe poder transportarse sobre todos los planos del espacio y subsistir. Le hace falta pues la inalterabilidad de su materia, y una fuerza motriz independiente de las fuerzas físico-químicas y de flujos, es decir, de la esencia superior. Queda entendido que no salimos del universo visible.

Estas condiciones parecen irrealizables; y sin embargo lo hemos hecho. He aquí cómo. Los químicos de nuestras criptas pueden fabricar metales inatacables por cualquier agente físico; pero para obtener metales inatacables a las fuerzas de otro planeta, habría que conocer el mundo que tratamos de explorar.

¿Cómo salir de este círculo vicioso?

Nuestras observaciones del firmamento, desde el punto de vista mecánico, matemático y biológico –lo que podríamos llamar la astronomía y la astrología-, se conservan desde hace más de doscientos siglos. Todavía hoy, cada noche, se elaboran mediciones. Las centralizamos, las clasificamos, las sintetizamos y así establecemos para cada cuerpo celeste una tabla hipotética de todas sus propiedades físicas, químicas y naturales. Lo que elaboramos aquí no son más que probabilidades, pero el cálculo demuestra que las posibilidades de error son ínfimas.

Por lo tanto, si un observador se transportase en telemóvil al punto más cercano del planeta más próximo, podría rectificar la tabla establecida para dicho planeta. Entonces, nuestros químicos y nuestros ingenieros podrían inventar una segunda máquina, para el examen del planeta siguiente.

La antigua y venerable magia que cada siglo se manifiesta bajo formas circunstanciales, no es un terreno de divagaciones; es una ciencia exacta y positiva. Los auténticos magos no son sabiondos exaltados, sino ingenieros, físicos, químicos de lo invisible. Los inocentes que se hipnotizan con pentáculos o con mantras para obtener un poder, no saben que estos diseños son esquemas de una cinemática desconocida, cuyos ámbitos son los misteriosos espacios de cuatro, cinco, seis y siete dimensiones. Imaginar esto les parecería pura locura a vuestros filósofos. Existen sin embargo entidades activas en estos espacios; inteligencias que allí piensan, organismos corporales que allí trabajan y fabrican máquinas, las estructuras de estas estatuas invisibles, de estas sinfonías inaudibles, de todas estas creaciones incognoscibles, y sin embargo fecundadoras de los corazones nobles y de los espíritus profundamente humanos.

Ustedes consideran, con Descartes, que toda materia es extensa, y que toda extensión es materia, es decir, el espacio lleno.

Sí, la extensión es sustancial; sí, las fuerzas simples que la fecundan existen independientemente.

Apropiarse de la una y de la otra, ese es el doble problema que nuestro telemóvil pretende resolver.

Poseemos ya la energía acústica especial de la que le he hablado al principio. Busquémosle un punto de apoyo, un centro de fijación, y por último un mecanismo de dirección.

Por otra parte, los elementos simples de la materia, los átomos, no pueden actuar los unos sobre los otros, ya que no se tocan; si no, a causa de su infinita pequeñez, se tocarían por toda su superficie, y la materia, siendo un bloque lleno, permanecería inmóvil. Es necesario pues suponerlos bañándose en un medio más fluido, constituido por otros átomos mucho más pequeños, movidos por velocidades vertiginosas, chocando sin cesar con los átomos del éter, e imprimiéndoles así movimientos vibratorios. Esta hipótesis se basa en el cálculo diferencial. Lo hemos verificado por numerosas experiencias realizadas por medio de aparatos ópticos mucho más potentes que sus microscopios, y de los que los espejos mágicos de las leyendas populares son un boceto.

¿Cómo se organiza la materia? La respuesta a esta cuestión va a proporcionarnos el dato que nos falta.

Hemos establecido los volúmenes atómicos de los, así llamados, cuerpos simples. A pesar de la incertidumbre de estos cálculos, ha sido hallado que los volúmenes atómicos de los cuerpos de una misma familia son múltiplos simples. Es inútil que le recuerda a Dumas y a Wurtz. Si una feliz casualidad pone entre las manos de un químico un agente capaz de modificar las posiciones de los átomos en un cuerpo, será posible transmutar el cloro en yodo o el carbono en rubidio.

“Sin embargo, este agente existe; nuestros sabios lo conocen; nuestros libros lo nombran. Es el Vyoma-Panchaka-Akasa.

El Mandala Brahmana entre otros describe sus cinco formas. La cuarta, el Surya Akasa, se caracteriza por una propiedad especial de condensación. Y hemos encontrado un cuerpo que puede recibir una carga considerable de estas moléculas volátiles, para las que todas las formas materiales de tres dimensiones son permeables. Nuestro acumulador tiene el aspecto de un bloque –como un libro grueso- compuesto de quinientas o seiscientas finas láminas de cristal. Sabe usted que el cristal, en lenguaje de alquimista, es un cielo de Saturno. Estas hojas están cortadas siguiendo una forma que recuerda a las superficies catacaústicas. Cuando hay que cargar el aparato, uno de nuestros *sannyasis* se entrena para alcanzar una cierta tensión nerviosa. Entonces se encierra para repetir sobre el libro de cristal un cierto mantra, alrededor de unas cien mil veces. Es necesario que, desde los laboratorios situados en la superficie del suelo, se pueda oír la vibración armónica de las láminas de cristal, guardadas por el operador en su cripta situada a una veintena de metros bajo tierra.

Ese es, esencialmente, el motor de nuestro telemóvil. Esta máquina necesita un marco, un abrigo contra los cambios de temperatura, las tormentas eléctricas, las incursiones de visitantes imprevisto, toda clase de incidentes posibles en el curso de una travesía interplanetaria en la que cualquier mínimo percance sería mortal para el conductor del aparato.

Volvamos, por hablar en un lenguaje occidental, a las teorías de la pangeometría.

Podemos adoptar el sistema de Euclides o el de Bolyai, la geometría de la esfera sigue siendo la misma; mientras que, en la geometría hiperbólica, la circunferencia, a medida que aumenta su radio, tiende, no ya hacia la línea recta, sino hacia una línea curva, distinta de la recta aunque quedándole tangente; es el *horociclo*. Esta curva fantástica, paralela a una recta, engendra superficies y volúmenes que se desarrollan naturalmente al interior de las superficies y de los volúmenes euclidianos. Es esto lo que hemos conseguido realizar en el interior de un cuerpo material físico.

Este cuerpo, inatacable a todos los agentes mecánicos y a todos los reactivos físicos conocidos, es un metal precioso que transmutamos gracias a numerosas batidas y templados especiales. En estado de oro, sólo condensa el éter luminoso, el *Tajjas*; mientras que ahora este cofre cúbico que ve aquí está repleto, si podemos hablar así de una sustancia intangible, de *Surya Akasa*.

No lo toque, dijo el brahmán, cuando tendí la mano hacia la caja brillante; le molestaría mucho su contacto. Para utilizar sin peligro este aparato, es necesario haber seguido un entrenamiento para que el organismo pueda soportar enormes tensiones eléctricas. Es un yoga especial. Por el momento no tenemos a nadie preparado para ello en nuestro templo: y por otra parte, en esta estación, el estado fluido de la comarca es desfavorable. Pero si se queda usted algún tiempo, podrá ver la experiencia”.

Estas son, retomó Andreas, las primeras informaciones que me dio mi guía. He aquí otras complementarias que recogí poco a poco y que ensamblaré según me lo permitan mis recuerdos.

El problema, en resumen, consiste en encontrar un acumulador capaz de absorber la fuerza sónica, el fluido acústico, si quiere usted, y el fluido nervioso por medio del cual el ser humano percibe las sensaciones y concibe las ideas. La materia prima de este aparato es un metal extraído de ciertas alúminas, por medio de cuidados infinitos. La caja transparente de la que le he hablado lleva en su centro ese pequeño aparato que recuerda a un libro de cristal. Para cargarlo, siete sacerdotes se someten antes durante cuarenta días a un riguroso entrenamiento. Sólo comen una vez al día: avena, sesos de ciertos animales, y peces muy eléctricos. Viven en una celda cuyos muros están pintados de malva y dibujos de los esquemas de la fuerza que tienen que captar. Cada veinticuatro horas, tienen cuatro horas de descanso, en sesiones de cinco horas cada una, dispuestas de manera que la mitad de cada uno de estos períodos coincida con la salida del Sol, el mediodía, la puesta y la medianoche. Deben, mediante la repetición del mantra de la fuerza sónica y de la concentración de la mente sobre las propiedades conocidas de esta fuerza, llegar a verla, a tocarla, a degustarla, a olerla y a oírla. Estos entrenamientos sólo se llevan a cabo en momentos fijados por los astrólogos por medio de un estudio minucioso de las variaciones magnético-telúricas. El emplazamiento del lugar se elige con un mapa de dichas corrientes.

El entrenamiento dura cuarenta días. Hay después tres días de sueño continuo, que se imponen a los operadores. Luego, durante siete días, seis de ellos cargan la máquina imponiéndole las manos, sin descansar, sin comer, sin dormir. Fui llevado a su presencia la noche del séptimo día. Su aspecto era fantástico. Habiendo vivido en la oscuridad durante siete semanas, ya que la luz solar contiene rayos inadecuados para esta

experiencia, la piel de estos hombres había tomado el color del marfil viejo; sus ojos brillaban con un destello fijo bajo sus párpados morenos. Medían todos sus movimientos para economizar sus fuerzas. Los bajaron a la celda donde se encontraba el telemóvil, a un veintena de metros bajo tierra, colocándoseles en puntos prefijados, sobre pieles de lince. Imagínese el silencio absoluto de esta gruta, su atmósfera extraña, el aspecto fantasmagórico de estos personajes. Se me antoja estar allí todavía, doctor; era la primera vez que veía un espectáculo parecido – y Andreas se puso a imitar la escena yendo y viniendo para representar la colocación de los actores.

He aquí el séptimo operador –siguió diciendo. Entra en la caja transparente, de la que se sellan las doce aristas por medio de una masilla especial. Se coloca en diagonal, con las piernas replegadas y las manos juntas, siguiendo un cierto *asana*. Detrás de él se encuentra el acumulador; a la altura de los ojos, un disco de oro oscurecido, bajo los codos, dos palancas de cristal comunicadas por dos varillas de plata con el acumulador. Está sentado sobre un asiento hueco, lleno de un carbón en polvo hecho con la leña de una especie de laurel. Se queda inmóvil, con la respiración cortada y los ojos en blanco, en *dharana*. Todo eso se efectúa en silencio bajo el resplandor de una mecha empapada de aceite de camelias. Encogido en un reducto exterior, yo lo observo todo a través de un grueso cristal violeta; las intensas corrientes que la atraviesan hacen que permanecer en la célula sea peligroso, si no se ha seguido el entrenamiento.

El operador acciona las palancas dos o tres veces. Un silbido agudo me taladra las orejas, seguido de un rumor enorme de mar encrespado. Y la caja desaparece de repente de mi vista... Mi sorpresa es tan grande que creí haber sido hipnotizado. Sin embargo, veía todavía a los otros seis sacerdotes inmóviles, oía como me hablaba mi maestro, no tenía fiebre. Acababa de asistir a una desintegración, de la manera más extraordinaria. Mi maestro me explicó que el aparato había estado tan saturado de fluido sónico, así como el cuerpo del operador, que su doble permanecía en la celda, visible para un vidente, fijado por una figura geométrica –que los magos occidentales llaman un pentáculo – dibujado en el suelo de la celda.

Una semana más tarde, Sankhyananda me hizo bajar al reducto de observación. Los otros seis participantes estaban allí todavía, como si fueran estatuas. Esperé una hora. Una fluorescencia atravesó la penumbra; los seis ayudantes levantaron sus manos hacia el esquema. Un vapor flotó en el aire y, silenciosamente, de repente, la caja traslúcida apareció, con su operador, en la misma posición que al inicio. Lo sacaron, rígido como una momia, lo transportaron rápidamente a una habitación vecina donde un baño bien caliente había sido preparado; fricciones, masajes, unciones, cuidados minuciosos le fueron prodigados. Luego lo volvieron a subir al aire, lo hicieron tomar algunos alimentos, y se puso a hacerle su informe al jefe de la comunidad, paseándose con aspecto tranquilo, como si no fuera el héroe de una increíble odisea.

LA EVOCACIÓN BRAHMÁNICA

-Ve usted, doctor –me decía Andreas en una de mis siguientes visitas-, nosotros los europeos no hemos terminado aún de deletrear el alfabeto de la ciencia. Los orientales tampoco, añadió sonriendo; a pesar de que parecen conocer mucho más que nosotros; pero es que deletrean otro alfabeto.

-¿Otro alfabeto?, dije interrumpiéndole, un poco escandalizado, ya que yo creía en los dogmas esotéricos: La Ciencia una, la Religión una, el Poder uno. Existen por lo tanto varios “Saberes”.

-Por supuesto, doctor, Yo por ejemplo, que no soy gran cosa, conozco una docena de sistemas de química, y todavía más de física; ¡y no le cuento de fisiología! Y Andreas continuó sonriendo. Y luego, a modo de consuelo dijo:

-Tenga, he aquí una historia: Los brahmanes enseñan que las fuerzas cósmicas están organizadas, formando cada una un reino, análogo a los reinos que estudia la historia natural. Ellos creen que el magnetismo es un mundo; la electricidad otro, etc. ¿Cómo verificar esta hipótesis? ¿Cómo percibir, analizar, utilizar estos universos desconocidos? ¿Inventando aparatos de medición? ¿Educando nuestro sistema nervioso? Los materialistas habrían elegido la primera vía; los místicos habrían empleado la segunda. Mis maestros utilizaron tanto una como otra, porque tienden siempre a resolver las antinomias.

Tomemos un de los magnetismos terrestres, que designaremos con la letra C. Los brahmanes han definido algunas de sus propiedades; Después buscaron las de las fuerzas psíquicas humanas que presentan las mismas características. Y como, dicen ellos, todo se corresponde, supusieron que desencadenando éstas, las otras se manifestarían automáticamente. Las variaciones del magnetismo C están, según parece, en relación con ciertas manchas solares; y en el organismo humano, su fuente de emisión es, dicen, el ombligo.

Sabe usted que algunos sonámbulos pretenden ver con el plexo solar o con la frente. En Oriente se conoce el arte de transportar los sentidos físicos a cualquier punto del cuerpo; es un Yoga; se ha establecido pues un entrenamiento que permite sentir y pensar con el plexo umbilical.

Ya no se trata, a partir de ahora, de tomar a un sujeto preparado, de elegir una hora y lugar por donde pasen fuertes corrientes C. El experimentador, arrastrado por esta ola de flujo, plenamente consciente, haría sus observaciones y, gracias a un “apoyo” fijo, volvería a hacer pie, en el momento previsto para el refluo, sobre el plano físico, tal y como haría un buceador no limitado por la necesidad de volver a tomar aire.

He aquí el muy corto resumen de las explicaciones que me fueron dadas. Inmediatamente pedí participar en una experiencia similar. Se me respondió evasivamente: había que esperar, nada había sido decidido, la empresa era delicada, se arriesgaba la salud, el equilibrio cerebral. Respondí con diplomacia que mis maestros juzgarían acerca de mí mejor que yo mismo; y parecimos, de una parte y de la otra, olvidar el proyecto.

Algunas semanas más tarde, Sankhyananda habló de próximos temblores de tierra, de corrientes C, de nudos que pasaban por nuestro templo; comprendí lo que sólo estaba insinuando; volví a formular mi petición, y fui aceptado entre los cinco operadores.

El agua que fluye en el reguero que le cavamos es la imagen exacta del procedimiento que se quería emplear. Este magnetismo C se precipita siempre hacia los puntos de menos tensión; busca el equilibrio, pero lo busca con estruendo, sin duda, pensé yo; porque se le llama así: la tormenta de las regiones subterráneas.

Hubo semanas de severo entrenamiento: comida, sueño, posturas, respiraciones, conjuros, todo estaba previsto con una minuciosidad tiránica. No sé lo que estos esfuerzos añaden al ser humano, pero le procuran por un tiempo una deliciosa alegría física y mental; volvemos a ser jóvenes, con los sentidos activados, el pensamiento lúcido, el entendimiento claro como un lago tranquilo. La serenidad de la Naturaleza nos penetra; nos liberamos de las aprensiones y las preocupaciones. Los días transcurren en una apacible alegría.

Nuestra experiencia tuvo lugar justo antes de la puesta de Sol. Se había elegido, en los alrededores, un pequeño circo rocoso. Se había limpiado el suelo, sobre el cual se había trazado, con polvos de color, las figuras y los caracteres que significan las propiedades de la tormenta subterránea. Los objetos, los perfumes, las ropas, la orientación fueron fijadas según las correspondencias sabidas entre la fuerza estudiada y diversos minerales y vegetales, los olores, los espacios, las formas, los sonidos. Conoce usted la teoría de las firmas, ¿no es así?

Yo tenía órdenes de no moverme de mi lugar, bajo ningún pretexto, aunque se abriera la tierra. Colocados todos, en la postura requerida, se nos hizo adoptar un cierto estado físico-psíquico de *Dhyana* en el que se mantiene la consciencia Vigía. Yo veía a mis compañeros; el jefe, desnudo, de pie delante de nosotros, murmuraba sus mantras, con varillas olorosas en las manos; se quemaban algas junto a resinas nauseabundas. De repente, tuve la sensación de bajar a un palacio muy antiguo, en el fondo de un gran pozo de mina. La arquitectura de este edificio, los seres que lo habitaban eran manchas sobre el paisaje, como, en las fotografías espiritistas, vemos a los fantasmas difuminar los contornos de los objetos materiales. Poco a poco, el aire parecía volverse más seco y, aunque el insoportable olor de la asafétida no me llegaba ya –ya que, en el estado en el que me encontraba la respiración sólo se realiza cada media hora-, otro aroma me invadía las narices y la garganta. Pesado, graso, amargo, con notas agrias, este horrible perfume fue acompañado enseguida del ruido enorme de un trueno, en el centro del cual nos encontrábamos. Mis huesos temblaban bajo estas profundas vibraciones; yo sufría la pesadilla de una caída sin fin. Mis músculos se contraían sin que pudiera evitarlo, mi cuerpo tenía miedo y quería huir. Pero yo sabía que eso sería la muerte para mis acompañantes y para mí. Uno no se expone impunemente a los rayos desnudos de las fuerzas secretas.

Añada a esta angustia la de ignorar qué hacer, el temor de no ver una señal posible del maestro, la ansiedad de aguantar hasta el final. Allí pasé un momento muy desagradable que me pareció muy largo.

Sin embargo, en el centro de mis esfuerzos, vi de repente en el centro de nuestro círculo, un poco por encima de nuestras cabezas, dos ojos que nos miraban con

curiosidad, con astucia, con poder. Un rostro apareció, enmarcado por cabellos de rizos flotantes. Luego un cuerpo se formó, de pie, sobre una sola pierna, con la otra encogida. Todo estaba decorado con telas suntuosas, con joyas resplandecientes. Pero de los hombros salían numerosos brazos, un veintena quizás, muy gesticulantes. Las manos, de ágiles dedos, parecían decir cosas, como hacen los sordomudos. Dos de ellas, sobre el pecho, hacían sin cesar el gesto que enciende el fuego mágico del mundo inferior. Por momentos, aparecían rayos aquí y allá. Y esta forma fantástica, gigantesca, modelada en negro sobre negro, emanaba terror. Daba idea de una enorme máquina, viva, inteligente, obediente sin duda, pero como un monstruo antediluviano apenas domado. Un frío intenso nos aniquilaba; el estruendo continuo y penetrante nos atravesaba hasta la médula. En un abrir y cerrar de ojos percibí cómo el cuerpo del maestro chorreaba de sudor. Las hojas sobre las que estábamos agachados se volvieron amarillas y arrugadas. Con este signo supimos que la presencia había dejado de hablar. Todo el fantasma desapareció pronto, en efecto, en la claridad de la luna, ya alta. Nos levantamos penosamente. Hacía seis horas que estábamos allí, en contacto con el más terrible de los pánicos, el de los hostiles invisibles.

Dormí todo el día y durante la noche siguiente; nuestro sistema nervioso no posee la elasticidad ni la plasticidad del de los hindúes.

Al despertar, durante la meditación de la mañana, me di cuenta de que había dado un gran paso. Vi que las fuerzas se desvelaban progresivamente, a la medida del ojo que las contempla. Al principio parecen ser ciegas casualidades; luego se les descubre cierta lógica y en consecuencia se les llama: fluidos, corrientes, vibraciones, leyes. Por último nos damos cuenta de cuáles son las obras de estas criaturas a las que el politeísmo saludaba con el título de inmortales.

Pero sobre todo, sobre todo, empecé a comprender que no sabía nada. ¡Ojalá pueda un día simplemente sentir la Vida! ¡Ah! ¡Deseaba eso con toda mi alma! Pero entonces ignoraba totalmente que, para la realización de este deseo, la ayuda más efectiva me vendría de una mujer.

Y Andreas, diciendo esto, dirigió a Stella una mirada grave de inefable ternura.

CONSUELOS

Un domingo, cuando llegué a su casa, Andreas no se encontraba allí. Tuve que esperarle varias horas. Stella, para entretenerme, me enseñó toda la trastienda del establecimiento: cartonajes de grabado, muebles con cajones repletos de baratijas, vitrinas atestadas de objetos raros. Stella me desplegó sus encajes de punto de Francia, de Génova o de Honiton. Luego, sus turquesas reverdecidas macerando con trozos de raíz de fresno; en sus cuencos, ópalos agrietados, grajeas preparadas para una medicación; la carcasa de un viejo *crowth*³ irlandés, reconstruido a partir de viejas miniaturas, secándose al sol, y mil curiosidades más.

-No se imagina usted, decía Stella, lo paciente, cuidadoso e incluso meticuloso que es Andreas. La caja de esta viola, la cogió de un trozo de madera de peral que sometió durante meses a la acción del sol mediante un sistema de lentes; para barnizarla, ha preparado una resina de pino marítimo, y recuerdo que ha aplicado sobre este *crowth* una veintena de capas. Este caldero lo compró en el Trône; va a hacer con él un cuenco tibetano. Estos trozos de marfil están sumergidos desde hace meses en estos frascos, para coger su color.

Además del taller de reparaciones, había en esta tienda elementos que podrían haber estado en un verdadero museo: objetos de madera flamencos del siglo XVI, antiguos laúdes, pipas de pieles roja, cofres, fruteros persas de pasta con el ciprés de Zaratustra, una tetera japonesa de tierra gris amarilla veteada de mica, de un precio incalculable; algunas porcelanas de China, con una de la familia verde con los caracteres benéficos escritos en *ta chuang*; piedras sonoras, gongs cincelados, monedas raras, sortijas estilo Marat, estilo Rocamble, de hierro, con una piedra de la Bastilla en el chatón⁴; carteles oficiales, aguafuertes, retratos hechos con fisionotrazo⁵, tapices enrollados, puñales tibetanos para ahuyentar las sombras, máscaras tungusas⁶, qué sé yo.

-Y todos esto cachivaches tienen su historia, decía Stella. Seguro que le cuenta algunas un día de estos. Mire, acaba de llegar.

Andreas regresaba, en efecto, afable y cordial. Me pidió permiso para ponerse a trabajar mientras hablaba conmigo, poniéndose como objetivo terminar con la lima un

³ Instrumento musical irlandés. Nota del traductor.

⁴ Parte plana del anillo. Nota del traductor.

⁵ El fisionotrazo es un instrumento óptico mecánico operado manualmente e inventado en 1786 por Guilles-Louis Chrétien. Fue utilizado a lo largo del siglo XIX como una máquina de dibujo capaz de trazar los perfiles de objetos y modelos sobre láminas de cobre. El fisionotrazo se basaba en un instrumento anterior denominado pantógrafo, diseñado para aumentar o disminuir con precisión dibujos de planos y diseños. El fisionotrazo ha sido considerado en algunas ocasiones como un antecesor manual de la fotografía. Debido a su diseño este instrumento resultaba adecuado para la realización de retratos en perfil otorgando a las placas obtenidas un aspecto característico. Nota del traductor.

⁶ Los pueblos tunguses son aquellos que hablan lenguas tunguses, entre los que destacan los ewenki, evens, yurchen, manchúes, negidal, hezhen, oroch, orok, orogen, udege, ulchs yxibe. El más numeroso de los pueblos tunguses es el manchú, con unas 10.000.000 personas. Su localización original era el noreste de China. Sin embargo, tras la conquista de la totalidad de China por parte de la dinastía Qing, manchú, fueron asimilados progresivamente por la cultura han. El segundo grupo más importante, los ewenks, viven en la Siberia rusa oriental. Nota del traductor.

aguamanil de estaño. Cuando le conté la mala semana que acababa de pasar: cansancio, fracasos, rencores, impacencias, abatimientos, perezas, me contestó para consolarme:

-No será la última vez que le pase.

Stella nos sirvió té, té en bloques, proveniente directamente de China, que llaman en el Tibet Kiapa Ka Kig, según me comentó Andreas. Estaba delicioso. Sin parar de limar, mi anfitrión escuchaba mis quejas, con una paciencia infinita. Y yo me maravilla con este personaje tan simple, tan sobrio, tan vivo, tan centrado: afectuoso pero sin camaradería, patriarcal pero sin pose, humano, en una palabra; como un viejo sabio que me hubiera amado a mí, entre todos sus hijos; a pesar de que, yo lo sabía, cualquiera que se dirigiera a él con el corazón abierto tenía la sensación de ser la niña de sus ojos. Quizás, pensaba yo, exista un estado desconocido de Amor. Mis impresiones del momento sobrepasaban en frescura, en limpia alegría, en verdor, las alegrías más puras que hubiese conocido hasta entonces. Me sentía tranquilo, confiado, descansando a la sombra de una afecto sereno y estable.

Andreas había empezado a tutearme. No me sorprendió en absoluto; cerca de él, aquel día, todo me parecía natural y claro.

-Retoma posesión de ti mismo, me decía; toma aliento; encuentra tu calma. Ese que tú amas, el Ser ideal que, aún siendo externo a ti, se convierte sin embargo en tu huésped de vez en cuando, ese héroe de la eternidad, está rodeado de enemigos, es verdad, y las brumas te lo ocultan; pero su victoria es segura, y su influencia sobre ti permanece intacta. ¿Crees que él no preveía los baches del camino por donde te ha invitado a seguirle? Nada le pasa al hombre que no sea producto de su propia voluntad. Lo que tú puedes hacer es inútil y perjudicial que otro lo haga en tu lugar.

Mira al mal estudiante; no ha aprendido nada de su lección; para hacer su tarea, ofrece canicas a su vecino más estudioso. Cuando se haya copiado, ¿habrá aprendido su lección? Habrá perdido su tiempo, habrá mentido, y en el examen de fin de año, su ignorancia y su pereza saldrán a la luz. Así pues, no rechaces los problemas que se presenten; no imites al perezoso, en vez de avanzar, retrocederías.

Esta prisa, por otra parte, junto con el desánimo, trasladaría a ti la agitación de nuestra época. La vida bulle, los deseos se exageran, las fuerzas se crispan y luego desfallecen. Si pudieras ver las almas de tus contemporáneos, de mil no encontrarías ni a cinco, quizás ni a dos, que busquen la verdadera Luz con intenciones puras.

Sabes que los tratados de magia prometen el poder sobre los invisibles y sobre los hombres; esta promesa está implícita en las lecciones de los magnetizadores. ¿No existen acaso, en el seno de nuestra civilización positivista y utilitarista, sociedades que propagan estas doctrinas absurdas acerca de la influencia de la voluntad sobre todas las cosas "serias" de la vida, sobre la riqueza, el éxito y otras frivolidades? Sabes muy bien que esos apóstoles son o bobos engañados o cínicas alimañas. Sin embargo, gozan de cierto éxito.

Estos sabios proclaman que el universo material está perfectamente organizado, que todo sucede según la justicia, porque, dicen, todo está sometido a la ley de la causalidad y de la conservación de la energía. De acuerdo. Sostienen que el universo moral es anárquico y el universo invisible, caótico. ¡Qué inconsecuencia!

No pueden negar que la justicia actúa en todos los ámbitos. ¿Por qué incitan al hombre

a rebelarse contra su destino en vez de enseñarle a utilizarlo? ¿Por qué quieren que el deudor espiritual no pague sus deudas? ¿Por qué enseñan a atacar y a atracar en la sombra?

Persuaden a un ingenuo de que, por medio de algunos entrenamientos, podrá suggestionar a un adversario, camelar a un comprador, seducir a un indiferente. ¿Con qué derecho enseñan a cometer este doble crimen?: Perjudicar a través de una maniobra tenebrosa y hacer que fuerzas que han sido creadas para el trabajo del espíritu sirvan al egoísmo material.

¿Cómo no ve esta gente que fomentan la envidia, la discordia, el odio? Al actuar gracias a un hálito de lo invisible indebidamente adquirido, atizan el fuego infernal en el corazón humano y en el mundo. ¿No son ciegos que empujan a otros ciegos al precipicio?

La tierra corrompe de esta manera casi siempre las luces que recibe. Me acuerdo que en Rusia, bajo el Zar Alejandro I, un amigo fue enviado a un distrito donde estableció las bases de una pequeña sociedad de Hijos del Cielo. Algunos campesinos comenzaron el trabajo; lograron la fraternidad entre ellos. Las persecuciones comenzaron enseguida. Un hombre de bien los defendió ante al gobierno. Después de mil trámites, consiguió que esta pobre gente pudiera vivir sin impedimentos administrativos. Este hombre se llamaba Lopoukhine. Pero lo que el Estado cesariano no había podido hacer, lo hizo el Espíritu de las tinieblas. Los hijos de estos trabajadores escucharon a falsos sabios y hoy, los dujubores⁷, porque es de ellos de los que hablo, pervertidos por los libros de un escritor que goza de reputación universal, han abrazado la revuelta, la alienación mental, el odio al trabajo, las peores locuras. Igualmente, cuando el hombre, en la escena universal, hubo comprendido que llevaba en él la semilla de poderes ocultos, tuvo muchísima prisa para hacerlas germinar por cualquier medio, pervirtiéndolas con el hipnotismo, la sugestión, el autohipnotismo, la magia. Por lo tanto, aquellos que han comprendido las enseñanzas de Dios, que acepten la pobreza voluntaria, de cuerpo, de espíritu e incluso de la inteligencia. Las curiosidades que sacrificarás ahora, mi querido doctor, te aseguro que un día te serán pagadas cien veces.

Así habló Andreas. Estas enseñanzas reanimaron mi valor. Entreví horizontes más claros. Una fuerza se despertó en mí. Tomé conciencia de la vanidad de los títulos y los diplomas, de la incertidumbre de mi saber. Sentí una enorme gratitud hacia un viejo hombre tan acogedor, hacia una mujer tan buena. Después de todo, ¿por qué buscar si eran o no los amigos del Desiderio de mi juventud? ¿No era más sabio aceptar, utilizar lo que me ofrecían de buena voluntad?

⁷ Los dujobori, dujobory o dujobores ('luchadores espirituales', ruso Духоборы) fueron los miembros de un movimiento religioso y social pacifista que existió en Rusia entre los siglos XVIII y XIX, extendiéndose a Canadá en 1898. Si bien el movimiento empezó básicamente por motivos religiosos, el movimiento pronto se transformó en un movimiento social asentado en el descontento popular. Nota del traductor.

EL ESPIRITUALISTA

Le iba a comentar mis reflexiones a mi interlocutor, que estaba guardando su banco de trabajo, cuando Stella nos anunció la cena.

Tocando al final de la cena, oí entrar en la tienda a varias personas. Cuando Andreas y yo nos unimos a ellos, me sorprendió reconocer, entre una quincena de visitantes, algunos rostros que ya había visto en las escuelas o en las sociedades neo-espiritualistas. Saludé a un viejo médico magnetizador; a otro, más joven, astrólogo y homeópata; a un ebanista del barrio parisino de Picpus, famoso en el barrio por curar las fracturas y los esguinces; a un tipógrafo libertario y místico; a un obrero guarnicionero⁸, discípulo de Boehme; a un capitán jubilado, presidente de un grupo espiritista; a un electricista kardecista; a un empleado de librería obispo gnóstico; a un farmacéutico hermetista; a un pastor protestante, un hombre todavía joven, rubio, de mirada clara; a un viejo republicano del 48, fourierista. En los ojos de todos se podía leer la sinceridad, el ardor y la convicción.

Siempre tuve gran simpatía por estos innovadores idealistas. Ellos perpetúan la bella tradición liberal de los celtas. Estos hombres del pueblo, elevados por encima de su clase a fuerza de trabajo, remediando las lagunas de su educación por medio de una inteligencia a menudo original, ricos en iniciativas generosas, cándidos a pesar de las desilusiones, alegres a pesar de sus heridas, arreglándoselas entre los densos matorrales de las viejas utopías, para mí representan vivamente los mejores aspectos del alma francesa.

Nada les parece demasiado para alcanzar su objetivo, aceptan simplemente las pequeñas y las grandes privaciones. He conocido algunos que, después de salir de sus talleres a las siete y media de la tarde, cenaban un trozo de pan en sus calles sombrías, antes de irse a una conferencia; y a las once de la noche, volvían a pie a sus barrios, ahorrándose el billete de ómnibus para poder comprarse un libro importante. ¡Qué enternecedores son los pequeños sacrificios sin gloria! ¡Qué ardor nos dieron en el trabajo, qué confianza en el futuro de la raza!

¡Su vieja sangre generosa no está pues extinguida y la luz de su espíritu no está pues completamente apagada!

Más tarde me di cuenta de que los invitados de Andreas no lo conocían muy bien. Unos lo creían curandero, otros lo tomaban por sobreviviente de los primeros grupos kardecistas; o por un extraordinario médico: Dos o tres suponían que era un iniciado en las sectas orientales. Todo el mundo fumaba y bebía, salvo un miembro de la Estrella Azul. Sobre todo se hablaba de un congreso de metafísica anunciado para la próxima primavera.

Andreas participaba poco en la conversación, respondía de forma evasiva a los que le preguntaban, diciendo que no sabía, que no tenía capacidad suficiente para dar consejos, que quería estar tranquilo, que allí había bastantes sabios para escrutar las cosas abstractas, y cosas por el estilo. Yo veía que todos estos excelentes muchachos estaban un poco desconcertados. Como conocía a varios, decidí intervenir. Declaré, sirviéndome de mi propia autoridad, que no se le pediría a Andreas que aceptase un puesto en el

⁸ Obrero especializado en sillas de montar. Nota del traductor.

congreso, que ni siquiera se pronunciaría su nombre, pero que, si tenía consejos que dar, nos esforzaríamos en seguirlos.

Andreas pareció aceptar. Se le explicó el programa, se le nombraron los organizadores, los oradores; se habló acerca de los objetivos que se perseguían. Pero él se calló durante un largo momento, tras lo que se volvió hacia mí para decirme:

-¿No cree usted, doctor, que si los miembros no son prácticamente unos santos, ese congreso está destinado a la esterilidad? Si los participantes esperan brillar, si elogian sus trabajos, si se denigran, si coleccionan los recortes del Argus de la prensa... Y su frase, comenzada irónicamente, acababa con una franca sonrisa.

-Es por eso, interrumpió el tipógrafo, hombre oscuro y delgado, de rostro apasionado, es por eso que los egipcios hacían sus congresos en secreto, entre iniciados.

-Sí, afirmó Andreas, no eran los únicos. Pero hoy es útil, es necesario que todo sea descubierto. Está escrito en el Cielo. Debe de estar escrito en el Evangelio.

-Sí, respondió el pastor, citando el libro, el capítulo y el versículo.

-Por otra parte, la perfección no es de este mundo. No se puede exigir que los investigadores permanezcan en el anonimato. ¿Cómo hacer? Buscad una etiqueta, una bandera, un título que os unifique a todos. Os daréis un reglamento de organización, de manera que ninguna personalidad, ni ninguna escuela prevalezca sobre las demás. Que cada grupo tenga, no un presidente, sino un secretario, que todos los participantes sean iguales. La acción individual se plegaría mejor a la influencia del Espíritu. ¡Pero qué! Queréis un congreso, haced vuestro congreso. Al menos no lo baséis en el dinero, ni en una personalidad determinada, basadlo en un ideal.

-Podemos arreglar eso, dijo el ebanista con su gruesa y ronca voz. Somos todos hermanos, ¿no es cierto? ¿No tenemos las mismas opiniones? A pesar de eso, hablamos, nos explicamos. A mí, sabe usted, no me gusta leer. Me da sueño. Pero oír hablar, eso sí, ahí me entero.

-Por supuesto, aprobó Andreas. Nos instruimos escuchándonos los unos a los otros si nadie piensa en destacar.

-¿Ha leído usted el programa?, preguntó un joven aprendiz. Proponemos el estudio del magnetismo, en su aspecto físico y terapéutico, el de los fluídos, el del *od⁹*, del doble, de los fenómenos espiritistas, de la fotografía trascendente. Usted sabe que se ha fotografiado el fantasma de una persona viva. Intentaremos proporcionar pruebas experimentales, afirmaciones del esoterismo.

-Bien, mi querido maestro. ¿Tiene usted un sujeto de experimentación?

-No, dijo el abogado. Yo estoy en la sociología.

-¿Quién tiene un buen sujeto, sano, robusto, una mujer valiente?

-Yo, dijo un magnetizador de provincias, un buen y jovial gigante.

-Entonces, alarga la mano así. Vamos a pedirle al Cielo que tenga a bien hacernos ver otro lado del magnetismo, aparte de los tres polos conocidos. ¿Estáis todos de acuerdo?

-Sí, sí, respondimos todos.

-Daos cuenta de que no ejerzo la mínima sugestión, dijo Andreas. Tampoco empleo la voluntad. Simplemente pido. ¡Bien! ¿Qué sientes?

-Noto el índice, dijo el gigante, pero duele, sabe usted.

⁹ Una fuerza coercitiva. Nota del traductor.

-No pasa nada, continuemos.

-Ahora es el corazón. La carne está apretada, y helada... Ahora el anular, está caliente, como si me acercara a una vela. El meñique tiembla, como cuando nos da la corriente. En el pulgar también, en el hueso, hay una corriente fresca... Ya no siento nada más.

-¿Te acordarás de estas cinco sensaciones? He aquí lo que ha pasado. Los espíritus de los dedos han sido por un momento liberados del magnetismo general del cuerpo. Cada vez que lo pidas –teniendo las manos limpias, se sobreentiende- está libertad le será devuelta a uno u otro de tus dedos, durante un minuto, y tú podrás servirte de ellos para ayudar a los enfermos. El índice para las enfermedades del hígado, el corazón para los huesos, el anular para el corazón, el meñique para el sistema nervioso, el pulgar para los problemas psíquicos. Pero mantén las manos limpias, quiero decir tu conciencia pura. ¿Nunca te han hablado de eso?

-No señor, dijeron algunas voces.

-Daos cuenta de que yo no sé magnetizar. Se podría fotografiar estos efluvios desconocidos. Se podría incluso tratar de obtener fotos en color.

-¿Me permite usted investigar sobre ello? Pidió el farmacéutico espagirista.

-Ciertamente, respondió Andreas, pero no me corresponde a mí permitir o prohibir nada. Lo que les muestro aquí no es nada nuevo. Ya le hablé de algo análogo al barón du Potet, pero creo que no lo utilizó.

- ¿Cómo conoció usted a du Potet? Exclamó alguien. Pero inmediatamente, el oficial espiritista preguntó.

-¿Y para los muertos, señor?

Andreas sólo pareció entender la segunda pregunta.

-A los muertos haría usted mejor dejándolos tranquilos, respondió suavemente. Pero ya sé yo que no me hará caso. Al menos rece, antes de sus sesiones, y busque la manera de evitar el agotamiento de sus médiums.

-Sí, pero si apagamos la luz, los escépticos dirán que hacemos trampa.

-¿Por qué no prueba usted con lámparas de cristales malva o violetas? Meta en las lámparas aceite perfumado con canela o con clavo.

-¿Y si empleáramos animales, o sangre y perfumes? Insinuó un discípulo de Eliphaz Levi.

-No, el animal sufriría demasiado. Además, no sabe usted lo que es un perfume. Intenten más bien esto. Tomen una mesa sólida y cuadrada. En ángulos opuestos fijen bajo el tablero dos láminas de cobre y dos de cinc. Júntenlas con hilos de forma que se construya una especie de solenoide. Sentarán al médium en una silla colocada sobre la misma alfombra de lana que la mesa y cerrarán la corriente sobre él. Puede que bajo estas condiciones se produzcan desplazamientos de objetos sin contacto, con un rozamiento mínimo. Que el número de asistentes sea par y que el director de la sesión tenga sangre fría, sobre todo si se les ocurre hacer pasar una corriente por los hilos.

-Todo eso, dijo un viejo discípulo de Wronski escondido en un rincón oscuro. Todo eso está muy bien, pero el fenómeno sólo convence si se posee ya la convicción eleutérica. Haría falta un cuerpo de doctrina, una síntesis...

-¿Una doctrina? Pero si ya la tiene, querido profesor, dijo Andreas. Los cuadros del

Mesianismo son tan reales como es posible. Además, hay tantas teorías ya, tantos sistemas. Pero usted, doctor -continuó dirigiéndose a un médico- usted que es conocido, usted debería poner en marcha una fundación en la que se acogiera a los médiums. Se les restablecería la salud, se les arreglaría un poco el espíritu, se les quitaría durante dos o tres meses la preocupación de la materialidad. Para comenzar, bastaría que encontremos en casa de alguien acomodado dos o tres habitaciones, en medio de los bosques. Así, obtendrían fenómenos más interesantes y menos trampas. Muchos investigadores famosos han sido engañados. Pero estos pobres sujetos tienen muchas excusas: se les engaña, se les abandona, se les acosa, se les fastidia, se les paga poco...

-Pero -preguntó tímidamente un gran y pálido muchacho, admirador de los contemplativos católicos-, ¿es que todo eso no son sino redescubrimientos, rejuvenecimientos? ¡Claro que sí!, le dijo Andreas con una especie de sonrisa. Se trata de lo viejo nuevo. De aquí a algún tiempo verán ustedes lo nuevo. Pero entonces desconfíen. Serán frutos venenosos. De todas formas, después de algunos años, nuestra atmósfera oculta algunas fuerzas nuevas. Hasta ahora, no veo a más de dos o tres hombres que las puedan manipular.

Varios quisieron más información. Andreas les advirtió:

-No, no, no quiero añadir nada. Estos hombres quieren permanecer en el anonimato. Pero son libres de buscar por su cuenta. Lo que han descubierto está al alcance de todos.

-¿Cómo es eso? ¿Qué hay que hacer? Preguntaron varias voces.

Andreas se puso a reír con malicia. Pero lo saben muy bien, lo saben desde hace mucho tiempo, lo que hay que hacer para que el Cielo nos dé un secreto. ¿Es que no se acuerdan? Tú, hace ya veinte años, cuando tu madre estaba tan enferma. O vosotros, el año de vuestra gran huelga, cuando nos encontramos una noche sobre el Puente de Tolbiac. Y usted, doctor, cuando hizo usted esa suplencia en Niza. Era usted todavía interno. Casi se equivoca usted de tubo.

-Sí, pero desde entonces, pongo más cuidado, respondió por lo bajo el médico.

-¡Muy bien! Para volver a lo que decía nuestro amigo Alejandro el Grande -Andreas llamaba así al obrero guarnicionero-, sería bueno que alguien en ese congreso rinda un homenaje público de reconocimiento a vuestros predecesores. Tienen derecho a ello. Que se hable de estos precursores, que se les rehabilite, que se publiquen los nombres de aquellos que la intolerancia sometió al suplicio en el pasado, de aquellos que soportaron durante toda su vida la miseria y el sarcasmo. Ellos son los que les han abierto el camino, no lo olviden. Son sus lágrimas las que regaron el campo cuya cosecha comenzáis a recoger.

-Permítanme señores -dijo el viejo de 1848- que les diga lo imprudentes que se me antojan. Cuánto ignoran la disciplina del secreto, que las antiguas cofradías iniciáticas y su heredera, la francmasonería, tanto recomendaron. ¿Cómo es esto? ¡Le enseñáis a la gente a adormecer, a actuar a distancia, a captar fluidos, a sugestionar! ¿Qué sé yo qué más? ¿Y ninguno de vosotros no prevé que estas recetas pueden ser leídas por criminales, o simplemente por utilitaristas? ¡No creen ustedes que Mesmer se lleva la culpa por todas las fechorías cometidas por el hipnotismo! ¿No creen ustedes que las actas de sus experiencias de exteriorización les convierten en responsables de un cierto

número de hechizos? ¡O es que sus teorías sobre la reencarnación o sus sermones sobre el karma no son más que frases!

Y el viejo entusiasta nos lanzaba miradas indignadas.

-Tiene razón, concluyó Andreas. Pero habla en el desierto. Ustedes son todas personas valiosas, muy amables, pero sienten demasiado placer en ver sus textos impresos y su nombre acompañado de adjetivos elogiosos. De todas formas, piensen en las medidas, en su congreso, contra el posible mal uso de sus descubrimientos. Pero es tarde. Viven ustedes lejos y hay que levantarse temprano mañana por la mañana. Váyanse rápido. Y cuando vuelvan a ver al viejo parlanchín, él tendrá otras cosas que decirles.

EL MAGNETIZADOR

Algunos días más tarde, volviendo de casa de Andreas, lo encontré hablando con el magnetizador de provincias. Las curas de este último habían molestado al sindicato de médicos de su ciudad y se le había citado ante los tribunales. Este buen hombre estaba muy enfadado. No hacía más que despotricar contra esos ignorantes de las costumbres, que tanto se ocupaban de los pobres enfermos pero que les curaban tan poco. Insistía, apoyándose de anécdotas, sobre su afán de ganancia, sobre su falta de dedicación, sobre su intolerancia, etc.

Andreas se esforzaba en calmarlo.

-Hace usted, le decía, como esos oradores de las logias que, porque algunos curas se muestran poco dignos, meten a todo el clero en el mismo saco. Yo no soy practicante, tampoco tengo una confianza ilimitada en la ciencia, pero sé que hay buena gente en todas partes. Conozco a algunos curas admirables, y a algunos médicos también y, en resumidas cuentas, toda corporación cuenta con un número igual de ambiciosos, de avaros o de egoístas. Dice usted que los médicos piden mucho dinero. Eso no es exacto para los médicos rurales o de barrio. Los seis o siete años de estudios les han costado caro. Han pagado su diploma, tienen unas tasas profesionales, un cierto tren de vida que sostener, mujer e hijos que mantener. ¿Con qué derecho les exige usted una abnegación que no posee ni un hombre de cada mil?

-¿Pero, por qué me impiden curar, si lo hago mejor que ellos?

-¡Eh! Pues porque es usted un competidor. Así es la vida. No es lo ideal, estoy de acuerdo, pero ¿dónde está el que consigue lo ideal? Los daños e intereses que le van a hacer pagar van a compensar las tasas que no ha tenido que pagar usted.

-De hecho, es bastante justo lo que dice usted. No había pensado en ello. Es verdad. Han pagado para tener el permiso de ejercer...

-Mientras que usted, usted cura naturalmente, sin estudios, o con estudios muy reducidos en comparación con los de las facultades de medicina. Además –entre nosotros, podemos hablar en confianza, ¿no es cierto?- usted cura, de acuerdo, pero también se le paga, aunque más barato que a un médico. Por otra parte, ¿está usted seguro de curar siempre?

-Eso, respondió el magnetizador, es verdad. He tenido algunos fracasos, pero bastante raros.

-Sí, ya lo sé. Pero no es de eso de lo que quiero hablar. Pienso en los enfermos que, saliendo de su casa, parecen haber sido curados. ¿Está usted seguro de que lo estén, en el fondo?

-Claro, estoy seguro, dijo el magnetizador un poco sorprendido. ¿Qué quiere usted decir?

-Simplemente esto. Que a menudo usted no los cura sino en apariencia y por un cierto tiempo, al cabo del cual la enfermedad vuelve bajo otra forma. ¿Es que acaso convierte usted a sus enfermos en inmortales?

-Evidentemente no.

-Por lo tanto, sólo los cura usted parcialmente. Parece que digo paradojas, pero escúcheme un poco. Usted es partidario de la teoría de los fluidos. Una enfermedad

significa malos fluidos. Usted los elimina, introduciendo buenos fluidos en su lugar, muy bien. Alguno de sus colegas recetará hierbas, otro actuará a través de la voluntad, un tercero empleará espíritus. En el fondo, todo eso es más o menos lo mismo. Pero ¿dónde van los malos fluidos que usted elimina? Cuando tiene usted cucarachas en la cocina, usted tapona las grietas, y las cucarachas van a casa del vecino. ¿Nunca se ha preguntado usted adonde van esas fuerzas malsanas que su fuerza curativa elimina? Van a otra parte, buscando otro organismo que esté dispuesto a recibirlas.

-Pero entonces, señor, dijo el hombre, incómodo, entonces ¿no debo magnetizar más? ¿Qué quiere usted que haga?

-Sí, continúe. Lo hace usted bien, tiene usted el deber de aliviar con los medios que la Naturaleza le ha proporcionado. Hace usted muy bien. Simplemente quería hacerle ver que no es usted todopoderoso, que sólo es usted un poco más fuerte que los médicos, un poquito más, y eso porque cree usted en la Vida.

-Lo que veo es que destruye usted la confianza que tenía en mí mismo. Ponga algo en su lugar, dígame algo.

-¡Muy bien! No le diré que si alguien cae enfermo es porque se lo ha merecido, y que hay que dejarlo sufrir para que expíe...

-¡Oh! No, interrumpió el magnetizador. Si dice usted eso no le escucho más. Yo no tengo nada que ver con esas teorías de sabios. Yo soy del pueblo. Mi padre no pude darme una gran educación. Sólo sé una cosa y es que si alguien sufre y yo puedo quitarle su mal, menudo tipejo sería si no lo hiciera.

-Lo sé, respondió Andreas. Tiene usted un gran corazón. No economiza nunca su pena y es usted honesto. Al contrario, le recomiendo seguir con su magnetismo. ¿Pero cómo impedir que los malos fluidos vayan a otra parte a hacer estropicios? ¿Con la magia? De acuerdo, es posible hacer conjuros, atar un mal a un lugar concreto. Pero, más tarde, una terrible tormenta estallará sobre su cabeza. ¿Con sus propios medios? Pero usted no ve los fluidos. ¿Ayudándose de un sonámbulo? Sí, si su sujeto se muestra perfectamente lúcido y si puede usted protegerle ya que, en el sueño, somos mucho más vulnerables que cuando estamos despiertos. Así, sólo nos queda un único recurso, que es recurrir al maestro de la vida y de la muerte.

-¿Decir padrenuestros? Dijo el magnetizador con una mueca. Pero ¿es que acaso curan las mujeres que se pasan la vida en la iglesia? Al contrario, son las más chismosas y las más malvadas.

-Dejemos a las beatas. Dios sólo nos manda ser caritativos. Cuando era usted pequeño, si traía usted buenas notas el sábado por la tarde, su padre le daba unas monedas el domingo.

Siga así. Ayude a los pobres un poco más de lo que lo hace, no se enfade nunca y, cuando esté frente al enfermo diríjase a Dios. Dígale: "no sé lo que hacer, ayúdeme, voy a pasarle a este enfermo la fuerza vital que Usted me ha dado. Cúrele con ella y haga que las cosas se arreglen después". Luego, actúe usted como de costumbre.

-Sin embargo, el buen Dios tendrá mucho que hacer si...

-No se preocupe usted de eso, interrumpió Andreas. Sabe usted bien que en palacio el administrador manda más que el amo. Con el buen Dios, cuanto más simples somos, mejor nos escucha. Y no olvide nunca que los enfermos sólo se curan cuando Él quiere.

-Sin embargo, ¿no puede Él querer que suframos?

-Al contrario. Le gustaría que fuéramos felices. Por eso tenemos siempre menos dolor del que deberíamos, en toda justicia.

-Pero, ¿por qué hace falta que suframos? ¿Dios podría evitarnos eso?

-Sí, si no fuéramos unos cabezotas. Nos obstinamos en no hacer lo que nos dice. Cuando le hemos hecho una visita demasiado larga a la bodega, al día siguiente nos duele la cabeza. No es Dios quien envía la migraña. Es la Naturaleza que reacciona. Las enfermedades no tienen otra causa. Nos comportamos mal. Eso molesta a otros seres, naturalmente, visibles e invisibles. No hay ninguna razón para que se dejen pisotear. Protestan. Y entonces, eso engendra la enfermedad, la infelicidad, la mala suerte. Por eso hay que decirle a Dios: "Cure a este enfermo si esa es Su voluntad" porque podría ser que la persona en cuestión soporte la enfermedad y que soporte peor la pena o la pérdida de dinero que remplazaría a la enfermedad que usted, como curandero, desea quitarle.

-Bien, lo he comprendido. En resumen, tengo que hacerlo lo mejor que pueda pero no obstinarme en curar.

-Eso es. Ve usted, hay veinte maneras de romperse una pierna, pero siempre será una pierna rota. De igual manera, hay veinte maneras de curar. Es por eso que un hombre que cura sólo puede ser un buen hombre. Un médico duro y avaro curará si es sabio. Así, algunos seres de lo Invisible pueden dar a algunos el poder curativo, porque así obtienen influencia sobre los enfermos.

-Pero entonces, todo eso es muy peligroso, exclamó el magnetizador.

-Sí, es peligroso. Pero usted no tiene nada que temer por ese lado, siempre que se acuerde de que no es más que un instrumento en manos de Dios. El buen Dios no permite nunca que se extravíen los que tienen confianza en Él.

LA UNIÓN DE ESPIRITUALISTAS

Cuando volví a casa de Andreas, el joven obrero guarnicionero estaba allí preguntando por los medios necesarios para realizar la unión de las escuelas espiritualistas, en ese famoso congreso del que se había hablado recientemente. Andreas trataba de meter un poco de realidad en las generosas utopías del místico entusiasta.

-Para empezar, decía, el espiritualismo moderno está aún en esbozo. Su vocabulario ni siquiera ha sido fijado. Un término técnico reviste un significado diferente para cada escuela. Una misma idea recibe nombres diferentes. Hace falta todo un estudio de preparación para entenderse.

-¿Se podría quizás publicar un léxico?

-Sí, si encuentras a un espiritualista con suficiente autoridad para que todo el mundo acepte sus definiciones. Si no, tu léxico no será más que el manifiesto de una escuela.

-Pero, ¿y si fijáramos antes una doctrina?

-Sal un poco de tu habitación, ve a hacer algunas visitas a los grupos de espiritualistas, de magnetizadores, de astrólogos, de ocultistas, de teósofos. Ya volverás para darme los elementos de tu cuerpo de doctrina. Sin embargo, todos se dicen muy tolerantes. Pero su tolerancia consiste, para cada escuela, en demostrar que todas las demás sólo poseen una parte de la verdad, mientras que sólo ella detenta toda la verdad. De todas maneras, esta multiplicidad de teorías es natural, necesaria y útil. La verdad tiene innumerables caras, y hay que conocerlas todas. Además, la unidad sólo surge de la multiplicidad, en la Naturaleza. Por último, sólo el choque de los sentimientos y las ideas engendra la verdadera tolerancia.

-¿Entonces mi proyecto no es viable? Preguntó el joven hombre.

-Yo en tu lugar lo pondría en marcha a pesar de todo. Verás un apelo-tonamiento general de sumos sacerdotes. Es un espectáculo instructivo. Además, interviniendo en el momento oportuno, podrás hacer salir de la batalla una noción importante, a saber, que el único punto de unión posible consiste en que, lo importante de todos esos sistemas no es producto de la inteligencia sino del corazón, no es producto del saber sino del poder, no es producto de la teoría, sino de la práctica. Lo importante es la moral.

-Sí, objetó el obrero. Sin embargo, si los espiritualistas sólo se ponen de acuerdo sobre la moral, no merece la pena centralizarlos, porque la más elevada moral espiritualista es igual a la más elevada moral materialista. Hacer el bien por el bien, no por temor a los guardias visibles o invisibles, ni por esperar una recompensa. Epícteto y los grandes santos católicos así lo enseñan.

-Tienes razón, pero intenta de todas formas unir a esa gente. Ya ves, hay que soñar. El sueño es útil. Pero no hay que embriagarse de sueños.

¿Dónde estamos? Estamos todos sobre la tierra. ¿Dónde queremos ir? Todos juntos a lo Absoluto. Pero la distancia es enorme, tan grande que los números astronómicos pueden darnos una idea de ella. Y no podemos tomar todos el mismo camino, porque no somos idénticos los unos a los otros. Mira cuando los viajeros parten en direcciones opuestas. Cada uno verá paisajes diferentes, ciudades, pueblos, monumentos, museos diferentes. Lo mismo pasa con las diferentes religiones, con las diferentes iniciaciones.

Pero todos esos viajeros llevan a cabo el mismo acto: caminan, sin lo cual no serían viajeros. He aquí el papel de la moral. Sin ella, aunque acumulemos misterios, ritos, ciencias, no avanzamos. Con ella, sin nada más, avanzamos tan rápido que no nos detenemos a ver las curiosidades del camino.

-En otros términos -concluyó el joven-, los espiritualistas necesitarían sentido común: que no aborden trabajos que todavía no están capacitados para realizar con éxito.

-Exactamente, querido amigo, mantenga el sentido de la realidad. El día en que dos espiritualistas sean incapaces de hablar mal el uno del otro, habrán hecho más para la unión de las escuelas que si hubieran organizado veinte congresos y firmado veinte volúmenes de exhortaciones. ¿Qué opina usted doctor? Añadió Andreas volviéndose hacia mí.

-Estoy completamente de acuerdo con usted, respondí. Creo que se nos conduce sin que nos demos cuenta, pero nuestros guías, buenos o malos, no nos transmiten sus propósitos, de igual forma que un general no confía sus planes a sus tropas. Sin embargo, los jefes de las Tinieblas, hábiles y retorcidos, saben hacer nacer curiosidades nefastas en los corazones cándidos, bajo loables intenciones. Por lo tanto, seamos prudentes.

-¡Dios no dejará que un hombre sincero se extravíe! Exclamó el boehmista.

-Además es necesario -respondió Andreas-, que ese hombre reconozca antes que es capaz de errar, que no confíe únicamente en su saber y su inteligencia, que tenga modestia.

-Sí -concluyó el joven-- sólo tenemos que seguir siendo sinceros, volvernos humildes, demostrar nuestra valentía. Dios hará el resto ya que, por encima de todas las religiones, de todas las adhesiones, se encuentra el culto al Espíritu. Y, uniéndonos al Padre, por el Hijo, solamente entonces podremos darnos el título de espiritualistas.

Durante estas últimas réplicas, nuestro amigo el pastor había entrado con familiaridad. Expuso las tentativas de algunos de sus colegas para favorecer un acercamiento entre el catolicismo y el protestantismo. Hoy es el día de las generosas utopías -pensé yo.

-Me parece -continuó el ministro-, que nosotros, los partidarios del libre examen, representamos el principio universal del individualismo, de la liberación. Somos un poco los exploradores en religión. Mientras que los católicos, conservadores, tradicionalistas, sistemáticos, representan el pasado. Querer fundir estas dos tendencias me parece muy arriesgado. Los curas y los pastores deben saber, ya que son ministros del mismo Dios y testigos de sus solicitudes, que entre las actividades divinas, la que se ocupa sobre todo del hombre es la Providencia. Gracias a ella, nuestras aspiraciones más altas encuentran respuesta y, sin obligarnos en lo más mínimo, ella nos presenta los medios para salir de los hoyos en los que nos meten, cada uno en su turno, tanto la carga fatídica del pasado como los arrebatos sin freno hacia el futuro.

-Yo veo, señor, en sus correligionarios, una división indefinida de sectas, además de una influencia del racionalismo, sea en los estudios filosóficos, sea en los estudios históricos, que conduce a olvidar el sentido divino del Evangelio. ¿No es cierto que los más sabios de entre su clero no ve ya en el Salvador más que a un hombre, y en sus milagros, tan sólo símbolos o fenómenos científicos? ¿Y no son esas mismas las enseñanzas de las iniciaciones anticristicas orientales?

-Nadie deplora más que yo, doctor, tal estado de ánimo -replicó el ministro. Es una

falta que el catolicismo no comete. Pero sus teólogos, perdone mi franqueza, se hipnotizan demasiado en el pasado, exageran el valor de los ritos, la letra asesina al espíritu, y el gobierno de su Iglesia parece un poco demasiado político. El único terreno de entendimiento sería entonces, no la divinidad de Jesucristo, ya que demasiados de mis colegas, desgraciadamente, no creen ya en ella, sino la acción moral, la caridad.

-En efecto, las controversias son inútiles. Los habladores no son realizadores, dijo Andreas. Dígame un solo pastor o un solo cura que sean santos. Quiero decir hombres de sentido común, de voluntad fuerte, y que hayan realizado cada uno el ideal práctico de su religión. Pronto se hablaría de ellos. Hombres cuya entera existencia no sea más que una continua evocación de la Providencia. A fuerza de ofrecer a la Unidad todas sus fatigas físicas y morales, la Unidad desciende sobre ellos, y ellos aprenden a encarnarla, volviéndose capaces de construirle un cuerpo orgánico en el colectivo social.

-¡Ah, sí! –exclamó el joven obrero. ¡Hombres así podrían quizás convencer al Consistorio, al Colegio Sacro, a los políticos y a los indiferentes! Pero yo he leído ciertos libros de apologética. ¡Queremos experimentar los fenómenos del misticismo, queremos catalogar los millones de factores que concurren en la organización de un alma colectiva religiosa o política, y no podemos ni siquiera enumerar las fuerzas que fabrican un microbio!

-El ejemplo es un poco simple –hizo ver Andreas con una media sonrisa- pero en general, es correcto. Para conquistar la materia, hay que estudiarla con medios materiales. Pero el Espíritu no se deja captar, se escapa cuando le apetece. Es el Espíritu eterno por el que nuestro espíritu inmortal se perfecciona. La religión sólo es una por arriba. Yuxtaponer formas religiosas es hacer un mosaico. Lo que hace falta es que los fieles de las distintas religiones suban hacia Dios. Allí serán uno. El Eterno es un Dios vivo. Eso es lo que hay que experimentar.

-Estas tentativas de unificación no son nuevas –dije yo, queriendo inducir a nuestro anfitrión a desvelarnos algunos puntos oscuros de la historia de las cofradías místicas. Cité nombres, mencioné a los Rosa-Cruces, a los Filaletes, la Iglesia interior de Eckartshausen, pero Andreas cortó mi maniobra, haciéndonos notar que íbamos a perder el último ómnibus. Como de costumbre, él me retenía hasta bien entrada la madrugada. Comprendí que no lo haría hablar más esa noche, y me fui con el bohemista y el pastor.

INCERTIDUMBRE

Las circunstancias hicieron que transcurrieran largas semanas antes de que pudiera volver a Menilmontant. Este intervalo estuvo plagado de dificultades. Los negocios, las amistades, las relaciones, todo se volvió para mí una fuente de descontento. Me enteré por casualidad de varias historias malintencionadas sobre Andreas. Oí como gente en apariencia honrada se quejaba de él. Las dudas me invadieron de nuevo. No habiéndome nunca atrevido a preguntarle sobre Desiderio, mi confianza se debilitó. La irresolución y el desánimo aparecieron. Sin embargo, no acusé a Andreas. Un oscuro presentimiento me ordenaba no juzgarlo. Yo sabía cómo los comentarios mundanos lo travisten todo. Y sin embargo hubiera querido borrar de mi memoria su recuerdo. Lo ilógico de estos impulsos interiores me desconcertaba. Entonces no tenía mucha experiencia de los purgatorios del alma.

Cuando llegué arriba, la vista de la casita fue suficiente para serenarme. Stella me recibió con su encantadora jovialidad. Ella me enseñó su trabajo.

-He tenido que fabricar un cartón con papel de China. Andreas le ha aplicado un ligero barniz transparente hecho por él. Entonces he podido recortar los pétalos de las flores que faltan, de manera que mi nuevo bordado se quede traslúcido, como el original.

-¿La entretela no hubiera bastado? –pregunté sorprendido por tanta minuciosidad.

-No. Hubiera quedado opaco. Por lo demás, juzgue usted por sí mismo.

El paño, en efecto, estaba admirablemente arreglado. Era imposible distinguir los arreglos. Yo estaba encantado y se lo agradecí calurosamente a Stella. Pero cuando quise pagar, ella se negó en redondo, diciendo que su marido le regañaría. Sin embargo, pensé yo, ¿me dicen que esta gente es poco escrupulosa e interesada!

Andreas, que apareció mientras tanto, le dio la razón a su mujer. Por otra parte, añadió, como para hacerme aceptar el regalo, seguro que tendrá usted ocasión, un día u otro, de devolvernos el favor.

Nos sentamos todos bajo la pérgola. Stella nos hizo probar licores que había preparado ella misma, siguiendo antiguas recetas y, gracias a una conversación sin orden ni concierto, pude hablarles a mis anfitriones de mis vacilaciones y, subrepticamente, de algunos de los rumores que circulaban sobre ellos. Estas confidencias les dejaron indiferentes.

-Se cuentan muchas historias sobre mí, y me encanta –declaró Andreas. Prefiero con mucho ser atacado a ser adulado. Como dice la Biblia, todo tiene su peso, su número y su medida, ¿no es cierto? Hay una cierta cantidad de calumnias circulando por el mundo. Me gusta más que caigan sobre mí, que no las tengo en cuenta, que sobre otras personas a las que afectarían o causarían daño. Es el bien quien alimenta al mal, porque es el bien el que posee la vida. Más vale servir de pasto al mal que ser alimentado por el bien. Más vale ser atacado que atacante... Siempre que permanezcamos humildes.

-Responde usted a la pregunta que tenía en los labios –dije yo. Sin embargo, he oído a un místico, un viejo médico de la marina al que usted conoce sin duda, enseñar que no defenderse de la maledicencia o de la calumnia es un suicidio.

-No niego que la maledicencia provoque heridas. Pero si la rechaza usted, irá sobre el

vecino. Además, el sólo hecho de que una cosa le venga a usted, significa que le estaba personalmente destinada.

-¿Es la doctrina del abandono a la voluntad de Dios? Pregunté yo.

-Sí, pero no caigamos en el quietismo. Hay que soportar los sufrimientos y hacer el bien.

-¿Reunir lo pasivo y lo activo?

-Eso es. Examine el último período de su vida. ¿No ve usted de dónde vienen sus dudas actuales?

-No –le confesé. No puedo remontar del efecto a la causa. ¿Serán mis estudios de ocultismo, mis tentativas con el yoga? ¿No es necesario, como decía San Pablo, probar antes de juzgar?

-Ciertamente pero –respondió Andreas con una sonrisa-, es usted un europeo, siempre con prisa para actuar. Actuar es excelente, pero reflexionar algunos minutos, pedir la Luz, son precauciones que nunca perjudican a la obra.

Y viendo que yo permanecía en silencio, añadió:

-Veamos doctor. ¿Ha estado usted haciendo algunos entrenamientos, eh? ¿Fijación de la mirada, formación de imágenes mentales, autohipnosis, desarrollo de la voluntad? ¿La gran operación de después del ritual de Elifas Leví?

Mi sonrisa me delataba. Andreas continuó:

-Se le ve en la cara. Está usted agotado. El hígado no va muy bien. Los pulmones tampoco. Admitamos que se le ha aparecido un genio. ¿Y luego qué? Suponiendo que tenga usted una fuerza de 10, ¿Puede usted creer que vaya a conducir una fuerza de 1.000?

-Sin embargo, el conductor, con un gesto, pone en marcha su locomotora.

-No son fuerzas de la misma clase. El mago actúa por su fuerza... digamos astral, sobre seres igualmente de naturaleza astral. Además, el conductor conoce ciertas leyes de la materia. Mientras que el mago evoca para conocer justamente estas fuerzas misteriosas. Lo que hace es una petición de principios.

-Es exacto, evidentemente.

-Su magia sólo ha podido llegar a usted gracias a un ser un poco más fuerte que usted y, dese cuenta, de que hablo de fuerza y no de Luz. El químico que descubre un nuevo compuesto se arriesga a envenenarse o a saltar por los aires junto a su laboratorio.

-Creo –dije yo- que no intentaré más operaciones mágicas.

-Entonces –concluyó Andreas- prepare su espalda, asuma sus responsabilidades. Considere uno solo de sus entrenamientos y piense en esto: en todas las células de sus alimentos, en todas las moléculas de las tinturas, de las drogas, de los muebles, de las plantas, de los animales que ha empleado, en todas las fibras del cuerpo que ha puesto usted en movimiento para alcanzar su objetivo, en todos los invisibles que su voluntad ha utilizado. Todos estos desórdenes y estas ruinas tienen que ser reparados.

-Es de justicia –dije yo.

-Quédese pues en paz. El Cielo hará algo por usted, concluyó Andreas con acento paternal.

Una vez más me fui de allí sosegado. En la boca de este hombre tan simple, la metafísica más abstracta se volvía claro sentido común. Su mirada, tan honesta, me

había transmitido fuerza. Su sonrisa había disipado mi pesimismo. Regresé lleno de confianza y casi con vergüenza por mis recientes inquietudes.

LA VISIÓN DE LO MENTAL

Mi siguiente visita encontró a Andreas a punto de salir. Me invitó, o más bien, como si yo fuera a serle útil, me rogó que le acompañara. Su cortesía, exquisita en sus modales, parecía siempre brotar espontáneamente como una fuente fresca. Sus miramientos con sus huéspedes eran un encanto. El santo de Asís debía poseer estos mismos modales tan atractivos. Andreas quería verdaderamente a sus visitantes, y aquellos a los que proporcionaba los más grandes servicios, veían desorientados cómo se comportaba, como si fuera él el que debía algo. Así aprendí lo que es un hombre verdaderamente humilde.

-Voy a Plaisance a ver a un enfermo, me dijo Andreas. ¿No le importa caminar?

-¡Oh! –respondí yo-, me gusta caminar, pero ¿no sería mejor para ahorrarse tiempo tomar un coche o el tren del extrarradio?

-Me dijo que prefería caminar. Y, de hecho, durante años, nunca lo vi utilizar ningún vehículo en la ciudad. Quizás se imponía estas fatigas por penitencia. Quizás empleaba estas horas de viaje, gracias a su poder de atención, al trabajo mental. En cualquier caso, me di cuenta muchas veces de que apenas elegía el camino más corto.

Era la primera vez que salía con él. El interminable trayecto, a través de ruidosas calles, se hizo sin que me diera cuenta de su longitud. Andreas llevaba el paso tranquilo de esos corredores de ruta que caminan quince leguas sin descansar. Fumaba mucho, pero hablaba poco. Y debo mencionar que, cada vez que salí con él, me encontraba en un estado nervioso muy especial. Los espectáculos del camino ya no me distraían de una cierta tensión interior, gracias a la cual, los temas de nuestros diálogos se aclaraban casi antes de haber sido formulados. Me parecía estar sobre una plataforma desde donde percibía la cara oculta de las cosas, que a decir verdad era su auténtica cara. Ya no sentía mi cuerpo, aunque no por el cansancio y, de vuelta, tenía la sensación interna de haber aprendido muchas otras cosas de las que él me había contado.

Aproveché la ocasión para hablarle a Andreas de otro campo de mis estudios, de mis intentos de práctica contemplativa, de todas mis tentativas indecisas por alcanzar un resultado tangible.

-Y –me dijo en punto Andreas-, lo mejor de sus resultados es un inicio de tisis.

Luego, para mi sorpresa, me enumeró los diversos síntomas patológicos de los que yo no le había hablado a nadie. No me atreví a preguntarle cómo había podido saber esos detalles. Continuó dándome una larga explicación técnica del Yoga. Evitaba, como por miedo a resultar pedante, el empleo de términos sánscritos, cuidando de traducirlos de una manera muy exacta e ingeniosa.

-En resumen –concluyó-, la gimnasia respiratoria, practicada con moderación, es útil. Pero si le añade usted un tensión voluntaria, magnética o mental, infringe usted la Ley. El volumen de oxígeno, de ácido carbónico, la cantidad de alimentos, todo está fijado con anterioridad para cada uno. Sobrepasar estos límites, incluso con la intención en apariencia noble de conseguir una cultura psíquica intensiva, provoca reacciones. Por muy sutilmente que razonemos, no probaremos nunca que hagamos el bien mediante un mal procedimiento. Será un bien aparente, provisional y promotor de un mal cercano.

Yo me callaba, buscando objeciones sin encontrar ninguna. Ante mi silencio, Andreas continuó:

-Le voy a contar lo que vi una noche, durante mi segundo viaje al Tíbet. Durante el sueño, se me apareció lo que parecía ser un batallón de soldados que trabajaban construyendo estructuras para el asedio de una fortaleza que no se podía ver. Los mensajeros llegaban y se iban al galope. Una luz lunar iluminaba todo el paisaje. Concluí entonces que el sueño era de orden intelectual. Cosa curiosa, el suelo, rocoso y grisáceo, parecía moverse, como un corazón palpitante. De repente apareció un grupo de seres cuyas cabezas enormes y desproporcionadas en su parte superior me recordaron inmediatamente a las efigies de sabios chinos que usted conoce bien, doctor. Esta falange se dirigía hacia la tienda del general. Estaba dirigida por un macrocéfalo extraordinario, cuyo cuerpo era completamente traslúcido. Le hablaba al general con dureza. Pequeñas luces violetas salían de su boca. Los movimientos de los exploradores y de los zapadores cambiaron inmediatamente. Muchos de ellos, vestidos de rojo, fueron expulsados del campamento. Los vi correr aquí y allá, por el campo, para luego caer uno por uno sobre el suelo. Sus compañeros, que permanecían en el campamento, se volvieron poco a poco similares a los seres de las enormes cabezas. Los trabajos del asedio fueron abandonados y nos dirigimos, a través de la planicie movediza, hacia una ciudad de ensueño, que percibí en la cúspide de una cadena montañosa. Supe que este cuadro fantástico no era más que un espejismo. La ascensión duró años. De vez en cuando, los caminantes se encontraban con formas fantásticas, con animales antediluvianos, con monstruos que sólo los videntes conocen. De repente, el batallón fue cercado por los rojos que creía muertos. Un oficial con el pelo largo los dirigía. Se aproximaron tranquilamente a los seres cristalinos los cuales, en cuanto fueron alcanzados, cayeron sobre el suelo, como reducidos a cenizas. Las rocas tomaron el aspecto del terreno y, en poco tiempo, apareció una vegetación exuberante. Todo desapareció. Me desperté. Iba a amanecer y subí a un montículo cercano para gozar de la aurora, siguiendo mi costumbre.

-¡Qué bello debe de ser –dije yo- olvidando la visión, si es igual a lo que he visto en el macizo de Belledonne!

-Es inimaginable. Los valles más bajos están a tres mil metros. La claridad de la atmósfera, la pureza del aire, el indecible silencio, el drama patético de colores que se desarrolla en el horizonte, antes de que el Sol aparezca de repente, todas esas inmensidades entran en el alma, impetuosamente, y os la renuevan. Esa mañana pues, de pie en el aire helado de las nieves perpetuas, murmurando las fórmulas del Sendero que yo seguía entonces, comprendí el sentido de mi visión y quedé conmocionado. Creo que no le ha hecho falta todo el decorado que me rodeaba, para comprender también.

-Me parece –respondí yo- que el Sol árido, es el plano mental, no fértil por sí mismo, y sobre el cual sólo se edifican las ilusiones. Los soldados rojos y los exploradores representan las sensaciones. Los seres cristalinos son lo que Boehme llama la propia voluntad. Esta visión enseña que el hombre no tiene derecho a yugular ninguna de las manifestaciones vitales que la Naturaleza ha puesto en él. Querer gobernar los movimientos del principio mental es una ilusión peligrosa porque, para reconocer cuáles de nuestras imágenes mentales hay que borrar o reforzar para llegar a la omnisciencia,

deberíamos antes poseer la omnisciencia.

-Y además, nuestro único instrumento, el cerebro, sólo es capaz de reflejar una pequeña parte del universo –añadió Andreas. Tras un corto silencio, dijo con una media sonrisa.

-¡Muy bien, querido doctor! Ha entendido muy bien uno de los significados de mi visión. Pero le contaré mis suposiciones. A los solitarios les gusta hablar cuando encuentran a alguien que les escuche. Y sobre todo cuando se hacen viejos.

EN PLAISANCE

La travesía del Bulevar Saint-Michel me impidió responder. Pero a partir del Jardín de Luxemburgo, retomé de prisa la conversación.

-Comprendo todo lo que me enseña –declaré- y sin embargo no me dejo convencer.

-Tiene usted razón, doctor –exclamó Andreas. Se nos ha dado el juicio, el análisis. Hay que utilizarlos.

-Permítame que precise lo que he dicho. He aquí lo que no me explico. La Providencia es justa y buena, ¿no es cierto? ¿Por qué permite que los hombres inventen métodos perniciosos de evolución?

-En efecto, lo que usted propone es un problema difícil –respondió mi compañero con aire grave. Haría falta descentrarle mentalmente –añadió tras un minuto de reflexión.

-No comprendo –repliqué. ¿Descentrarme?

-Es verdad. Tengo la mala costumbre de utilizar comparaciones absurdas. Sabe usted, el entendimiento funciona como un sistema algebraico, o como un alzado de geometría descriptiva. Pero está también el cálculo diferencial y el hiperespacio.

-Sigo sin comprender –confesé tras reflexionar bastante tiempo.

Andreas hizo un gesto dubitativo y me preguntó:

-¿Cuándo haya usted comprendido, me promete seguir comportándose como si no lo hubiera hecho?

Iba a decir que sí, pero bajo la sagaz mirada de mi interlocutor, me di cuenta de la orgullosa vanidad de mi respuesta. Me contenté en decir que lo haría lo mejor que pudiera. Estábamos entonces, me acuerdo, delante del hermoso parque de Couesnon, que luego fue demolido para construir en su lugar una cochera de tranvías. La noche comenzaba a caer. Andreas se paró, puso derecha la cabeza, pues la llevaba a menudo inclinada, me miró a los ojos durante unos segundos y dijo:

-¡Bienaventurados los pobres de espíritu!. Eso es lo que podemos leer en el Libro del Cordero.

Sin embargo, el espíritu del hombre sólo lo conocen los que pueden vivir en la atmósfera del Consolador. Nosotros no podemos respirar ese aire tan vivo. No obstante, cada prueba tonifica nuestros pulmones y precisa del boceto, que todos llevamos, de una estatua del Verbo. Pero no podremos nunca, con nuestras propias fuerzas, animar a esta estatua. Sólo el Verbo puede insuflarle la Vida, su Vida. Sin embargo, muchos hombres, cegados, creen que esta estatua está viva. Se apegan a ella, hacen de ella su obra, su cosa. Agrandan la sombra y, creyendo ir hacia el Ser, se extravían hacia la Nada. Algunos sin embargo sospechan de su error. Son aquellos que no han sido totalmente invadidos por el orgullo. Pueden escuchar las advertencias del ángel guardián. Comienzan a palpar la inconsistencia de este mundo. Aprenden a olvidar. Y el Cielo se acerca cien pasos a ellos, por cada escalón que descienden hacia el centro del mundo. Todo lo que has leído, todo lo que exótico y misterioso que has escuchado, sólo te ha devuelto un único axioma: "Toda acción tiene su reacción. Tu mano sólo puede alzarse hacia el firmamento si tu hombro y tu cuerpo pesan sobre el suelo con un esfuerzo equivalente". A esto lo llamabas tú la ley de lo binario ¿no es así? A lo largo de tus años de estudio, las células grises de tu cerebro han almacenado, las células blancas han madurado, has descubierto en ti

muchos organismos desconocidos, a los que has bautizado con nombres griegos, hebreos, o sánscritos, o egipcios, o chinos, según tus esperanzas del momento. Has cogido fuerza cómo y dónde has podido. Te has convertido en una especie de atleta decorativo e inútil, capaz en ocasiones de un esfuerzo extraordinario, pero condenado el resto del tiempo a un régimen meticuloso. Te admiran y tú te enorgullecés.

Todos los cuerpos nacen, crecen y luego disminuyen. ¿Acaso tus cuerpos invisibles escaparán a esta ley? No. Deberás restituir todos estos órganos, todos estos poderes prematuros. Y es ahora que vamos a conducirte hacia el camino descendente.

Andreas se calló. Habíamos llegado. Penetramos en una barriada obrera con casas de ladrillos sucios, en planta baja, con corralas pobladas de ruidosas pandillas. Una vieja y gorda mujer reconoció a Andreas, haciéndonos entrar en una triste habitación donde, al fondo, en una cama bastante limpia, un hombre miraba con ansiedad a los visitantes. Era uno de esos parias que las ciudades engendran por millares, usados desde la infancia para un trabajo precoz, a quien sólo el alcohol proporciona la fuerza para vivir a pesar de la mala alimentación, la mala higiene y la abulia.

El hombre se explayó en lamentaciones, a coro con su mujer. Andreas, de pie, sombrero en mano, les escuchaba atentamente, meneando la cabeza con compasión. Parecía reflexionar. Por fin, el viejo terminó con sus quejas gritando con lo que le quedaba de voz:

-¡El buen Dios no es muy justo que digamos! ¡Además, todo eso son cuentos de los explotadores! ¡El buen Dios no existe!

-¡Cómo! ¿El buen Dios no es justo? Murmuró Andreas. ¿Y usted? ¿Es que usted es justo? ¿Tengo que decirlo todo delante de la señora? Añadió más bajo, mientras que la mujer había ido a buscar unos vasitos para tomar un licor. E, inclinándose, añadió algunas palabras junto a la oreja del enfermo.

-¿Cómo sabe usted eso? Exclamó el hombre asustado.

-Cállate, cállate, respondió Andreas contento de la jugada que acababa de hacerle al buen hombre. Estamos en paz. No te quejes más y no diré nada. Pero –dijo amenazándole con el índice-, habrá que andar derecho...

La mujer regresó. Brindamos. Bebimos. Y empezó su turno de quejas.

-¿Se curará, mi buen señor? Gimió. ¿Qué le va a pasar?

-¡Ah! Eso no lo sé, querida amiga, replicó Andreas. Aquí está mi amigo el doctor que se lo va a decir. Es grave, ¿no es verdad, doctor?

Yo estaba bastante incómodo por el personaje que me tocaba representar. Médicamente el hombre estaba acabado, pero Andreas estaba allí. Decidí confesar la verdad.

-Sí, es muy grave. Será un milagro si sale de ésta.

-Entonces señora, preguntó Andreas. ¿De verdad quiere usted quedarse con este viejo granuja que tiene de marido?

Por toda respuesta, la vieja se puso a llorar.

Pero Andreas le tomó afectuosamente el brazo, y lo puso sobre el suyo. Se va a arreglar, consuélase. Pero no deben pelearse más, no valdría la pena. Y acuérdesse de que hay gente más desgraciada que usted. ¿Lo has oído, verdad? Le dijo al marido. Entonces adiós, nos vemos un día de estos. ¿Viene usted, doctor?

Yo estaba un poco decepcionado. Me esperaba ver un milagro.

-¿Por qué no lo ha curado usted en el acto? Pregunté.

-¡Bah! Primero que no soy yo quien le curará. Luego que no necesita ponerse de pie inmediatamente. Tiene algún dinero. Puede esperar una semana.

Por cierto, ¿qué habría hecho usted, el ocultista, para curar a este hombre?

-Está muy enfermo –respondí. No lo sé muy bien. Habría intentado trasplantarle el mal a un árbol, a un animal...

-Sí, introducirlo en un lugar donde no tiene derecho a ir. Me gustaría mucho verle a usted si le enviaran una enfermedad de los dioses. Sí, podría usted gemir.

-Es verdad. No había pensado en eso. ¡Muy bien! ¿Y si lanzara a otro genio sobre el genio de la enfermedad?

-Si su genio es más débil, su enfermo caerá en un estado aún peor. Debe de haber una parábola en el Evangelio a propósito de esto. Si su genio elimina el mal o lo mata, es usted quien será responsable de lo que ocurra a continuación. El genio de la tuberculosis irá a buscar a sus colegas para vengarse. Y usted, ¿qué hará usted? ¿Y si, furiosos, estos seres atacan a inocentes?

-Entonces no veo ninguna solución. ¿Ceñirse a la medicina ordinaria?

-Ni hablar, doctor. La cosa se pone interesante de verdad cuando se presenta lo imposible. Hay que obstinarse. O bien el Cielo aplazará la deuda del enfermo, o bien cambiará el modo de pago.

-Me gustaría creerle –dije yo- pero no estoy convencido.

-Lo sé –respondió él sonriendo. Adiós doctor. Que le vaya bien. Venga a verme la próxima semana. ¿Le va bien el miércoles?

-Sí, ciertamente –dije un poco distraído por mis pensamientos. Me había hecho a la idea de un agradable paseo de vuelta, lento y largo, con conversaciones interesantes, con pausas cómodas, con novedades. ¡Tenía tantas cosas que explicar, tantos proyectos que proponer! Pero Andreas ya había desaparecido en la naciente noche que sólo algunas farolas punzaban de tarde en tarde. Entré en mi casa bastante melancólico.

EL HOMBRE UNIDO A LA TIERRA

Dos meses antes, yo había recibido, de una sociedad de publicaciones científicas, el encargo de un trabajo bastante grande en relación a una cuestión de patología. Había enviado mi manuscrito desde hacía algunos días y, volviendo de la rue du Château¹⁰, encontré en mi correo una carta del editor anunciándome la devolución de mi manuscrito con una excusa cualquiera. Primera desilusión. Afortunadamente, estuve muy ocupado durante unos días con el fin de distraerme. Dos semanas más tarde, pasando por la Plaza de la Escuela de medicina, encontré un nuevo libro que trataba del mismo tema que el mío. Me pongo a ojearlo: era una copia de mi trabajo, salvo algunas modificaciones insignificantes. Mi desilusión se convirtió en una auténtica, en una cándida indignación. Esa mañana había previsto comer con Andreas. Por lo tanto no tuve que decidir en ese momento si había primero que informar a mi editor o poner una denuncia. Tomé mi ómnibus, llegando un poco tarde al Lago Saint-Fargeau.

Julio comenzaba. En los suburbios, me distraía y me interesaba todo ese pequeño y agitado mundo que se congrega sobre el medio día, los bebedores de las terrazas, las comerciantas incombustibles acosadas por los agentes, los mariposeos de los corsés claros, las tiendas, los muros blancos, los abigarrados escaparates, las aprendices con sus cucuruchos de patatas fritas, los gritos, los olores, los gestos, las palabras graciosas, también las palabras trágicas renovaban mi simpatía por el pueblo y mi admiración por toda la inextinguible e impetuosa fuerza que despliega con generosidad.

Apenas hube estrechado la mano de Andreas y de Stella cuando, agobiado por mi asunto, les conté lo que pasaba. Mis anfitriones reían al tiempo que llenaban mi plato y, como único consuelo, Andreas me decía:

-Olvídese de eso. Su editor seguramente no le toma por un inocente. Por consiguiente, ha debido de maniobrar con prudencia. Relea su tratado. Usted no lo ha leído. Estoy seguro de que no podría contar lo que se dice en él.

- Es verdad –declaré. Lo he leído mal.

-¡Muy bien! Stella, ya que confiesa su ingenuidad, dale, danos, un poco de Tokay.

Y mis amigos me mimaban como si fuera su hijo. Me reñí a mí mismo. Estaba sientiendo tonto, a causa de mi rencor, que contribuía a aumentar todavía más el mal que la falsedad de un comerciante astuto me había hecho. Abandoné mi rencor, queriendo disfrutar de la felicidad de aquel momento.

Nos habíamos sentado bajo la pérgola para tomar café cuando llamaron a la puerta de la calle. La sirvienta presentó a un hombre maduro que parecía ser comerciante. Pero, bajo aquel hermoso sol, envuelto en un abrigo, apoyándose sobre dos bastones, andando con dificultad, su rostro parecía devastado por el sufrimiento.

Andreas lo invitó a sentarse, rogándole que le explicara el motivo de su visita.

Hacía un mes desde que, sin ninguna razón, le habían dado unos dolores violentos, pertinaces, a veces insoportables, sobre todo en la espalda. Empezaban desde la mañana y duraban hasta la noche, deteniéndose entre el medio día y las dos de la tarde, y algunos pequeños alivios de vez en cuando. Había consultado a todos los médicos, a todos los curanderos. No era reumático ni sifilítico. No tenía artritis ni taras nerviosas. Sus

¹⁰ Literalmente, la Calle del Castillo. Nota del Traductor.

padres eran personas perfectamente sanas. Eso es lo que le dijeron los médicos, añadiendo que no comprendían nada de su enfermedad y que no conocían nada para aliviarle.

Y este hombre, cuyos rasgos respiraban voluntad, incluso cabezonería, confesaba su desesperación y su incapacidad para aguantar más tiempo un martirio semejante.

-Mis dolores son atroces, nos dijo. Se me antoja, ahora, mientras les hablo, que me cortan la espalda, que me desgarran los músculos con peines de hierro, que recibo golpes violentos, que me pinchan, que me descuartizan las vértebras. Y, de hecho, el pobre hombre apenas podía articular palabra, retorciéndose en su asiento buscando escapar a su lacerante tortura.

-Si tuviera algún enemigo, si creyera en esas cosas, pensaría que he sido hechizado – concluyó. Señor, si no puede usted hacer nada por mí, creo que sólo una bala me libraré de este infierno.

-Nunca hay que desesperar –dijo Andreas-, aunque estemos atados en la boca de un cañón cargado. Sí –añadió mientras fumaba-, su caso es curioso. ¿Está usted ocupado este medio día?

-¿Eh? Sí, estoy libre –dijo el enfermo. ¿Cree usted que puedo trabajar con el suplicio por el que estoy pasando?

-¡Muy bien! Si usted quiere, vamos a dar una vuelta por el campo. Eso cambia las ideas, ¿no es verdad, doctor? Dijo Andreas volviéndose hacia mí.

-Ciertamente –respondí sin comprender, pero sospechando que iba a ser testigo de alguna cosa extraordinaria.

-¿Ir al campo? Dijo el enfermo. ¿Para qué? No creo que quiera usted reírse de mí. Bueno, después de todo me da igual. Todo me da igual...

-Sí –concluyó Andreas como respondiendo al pensamiento de su interlocutor. Quizás encontremos hierbas.

Así pues, salimos en un coche por la Estación de Vincennes. Allí, Andreas compró tres billetes de ida y vuelta con destino a una pequeña y lejana estación, donde bajamos después de hora y media de trayecto. En el hostel, Andreas supo encontrar rápidamente una vieja victoria¹¹. El hijo de la casa se montó en la parte delantera, otorgándole Andreas el nombre de un cultivador del vecindario. Todavía quedaba una buena legua hasta la hermosa granja compuesta de tres alas de edificio en cuyo patio nos apeamos Andreas y yo, mientras que el enfermo se quedaba en el vehículo.

Andreas preguntó por el dueño a un mozo, poniéndonos a caminar entre el gallinero y la marranera mientras esperábamos, bajo el ojo vigilante de dos perros barbudos.

-¡Ah! –Exclamó Andreas- ¡Ya lo sabía yo! Deteniéndose su mirada en un pozo que cavaban dos obreros en un rincón de dicho patio. Se fue hacia donde se guardaban los aperos, cogió un puñado de tierra y lo examinó, haciéndola colarse entre sus dedos, sopesándola, pareciendo reflexionar.

Al cabo de algunos minutos llegó el granjero.

-¡Ah! Buenos días señor Martineau. ¿No me ubica usted? Preguntó Andreas siempre atento en hablarle a cada quien en su lenguaje habitual.

-Válgame, no, respondió el agricultor. Déjeme pensar...

¹¹ Modelo de calesa.

-Veamos. ¿No se acuerda usted, que cuando era muy pequeño, sobre los diez años, se fue de vacaciones a casa de su tío de Bagnolet y se rompió la pierna por tres sitios?

-Sí, exclamó el hombre. Fue usted quien me curó. Me dejó usted muy bien. Sí, sí, era usted. Yo era muy pequeño, pero me fijé en sus ojos y en su pipa.

Sí, sigo siendo yo, dijo Andreas sonriendo, pero esta no es la misma pipa.

-¡Ah! Bien, Me agrada mucho verle de nuevo. Entre usted un momento para refrescarse. La patrona va a llegar. Está llenando los comederos.

Yo seguí a los dos hombres. Nos sentamos, bebimos, charlamos, pero yo pensaba en el enfermo que gemía fuera en la calesa.

-Entonces –dijo de repente Andreas-, está usted haciendo un pozo, por lo que veo.

-Sí, el viejo se secó. Déjeme que le explique.

Y el granjero se puso a dar innumerables detalles sobre sus planes de administración doméstica.

-¡Muy bien! Dijo Andreas después de haberle escuchado. Le voy a hablar francamente. Me molesta que haga usted ese pozo.

-¿Cómo que le molesta? Exclamó el granjero. ¿Cómo es eso? ¿Por qué? Yo sé lo que le debo pero, en fin, esto es demasiado, es muy raro lo que me dice.

-Sí, me molesta que el pozo esté justo ahí –insistió Andreas- mirando al buen hombre directamente a los ojos. De hecho he venido para pedirle que lo excave en otra parte.

-Pero –dijo el granjero, como impresionado por un estupor súbito-, ¿cómo ha llegado usted hasta aquí? ¿Cómo ha encontrado mi granja? Hace mucho tiempo que mi tío y mi tía murieron, y mis padres no son de esta región. ¿Cómo sabía usted que estaba cavando un pozo?

-Paseándome –dijo Andreas suavemente.

-¡Hum! En fin. Reconozco que le debo mucho. Además, está en su derecho si no quiere contarme sus asuntos.

-Escucha –dijo Andreas sin que su interlocutor se sorprendiera de que repentinamente le tuteara-, ¿cuánto te has gastado ya en ese pozo? Te lo pago y te indico gratis un lugar donde el agua es mejor. Aquí has dado con una derivación, pero yo te voy a decir donde está la capa. Y, ¿sabes? Es un agua buena para la salud.

-¡Ah! Maneja usted las varillas. Debí haberlo supuesto, dijo el campesino.

-Salvo que no tengo varillas. Venga, tenemos que coger un tren. Lo primero es pagarle lo que se ha gastado. Tú, para a tus obreros, hazles cavar en el lugar que te voy a dibujar. Si pasado mañana la sonda no te ha dado un hilo de agua exquisita, me oyes, exquisita, te puedes quedar con mi dinero y continuar con tu primer pozo.

-¡Muy bien! Dicho está, exclamó el campesino. Lo vamos a poner por escrito, ¿no es cierto?

-Perfectamente. Pero empieza a cerrar, enseguida.

Volviendo a la granja, el enfermo que habíamos olvidado gritó desde lejos:

-¡Díganme! ¿Les queda mucho todavía? Me va a entrar fresco.

Fuimos a pedirle que tuviera un poco de paciencia. Y he aquí que, de repente, en el momento en que los poceros lanzaban en el agujero las primeras paletadas, el rostro de este hombre cambió. Palideció, abrió la boca, pero sólo al cabo de algunos segundos pudo decir con pavor en los ojos.

-Mis dolores se han ido.

-Ya le decía yo –replicó Andreas- que el campo tenía cosas buenas...

Concluimos rápidamente el asunto. Andreas le pagó alrededor de quince luses al granjero, que todavía desconfiaba- dándole su dirección para tener noticias del agua del nuevo pozo.

Y volvimos a la estación a trote ligero. La vuelta fue un poco incómoda. Yo no comprendía nada, el enfermo tampoco. Sólo repetía de vez en cuando. Ya no me duele, ya no me duele.

Cuando nos separamos de él en la Plaza de la Bastilla, Andreas se lo llevó un momento aparte y yo oía que el hombre respondía con tono enérgico: Se lo prometo, señor, así se hará.

Una vez solos, aventuré algunas preguntas.

-¿Qué tienen que ver los dolores con el pozo? ¿Hay alguna relación?

- Por supuesto, doctor –me contestó Andreas con aire indiferente. Esa tierra y la espalda de ese hombre son de la misma familia.

Comprendí que no le apetecía hablar.

-¿Pero cómo ha sabido usted eso?

-Paseándome.

-¿Cómo ha encontrado a ese campesino?

-Te digo que paseándome.

Estaba claro que Andreas no tenía ganas de enseñar esa noche. Por otra parte, se disculpó por ello, con su gracia afable y encantadora, antes de dejarme. Había, decía, asuntos complicados que le preocupaban en ese momento. Pero no supe nada más. Parecía que tenía prisa por quedarse solo.

LA MOMIA

Nos paseábamos, Andreas y yo, en una hermosa mañana de otoño a lo largo del admirable Quai Voltaire¹², cuyo encanto noble y discreto sólo saben degustar los auténticos apasionados de París. Los viejos álamos de la ribera, en esta estación, cubren con el velo de su follaje enrojecidos por las primeras heladas, la larga silueta gris del Louvre. La cúpula del Institut¹³, las mansiones señoriales, el perfil de la Place Dauphine, se disponen con gracia en la perspectiva de una luz delicada, y el Sol, a la derecha, deja en una sombra lejana la flecha de la Sainte-Chapelle¹⁴ y las torres de Notre Dame¹⁵. Paisaje intelectual, hermoso por una elegancia aristocrática, vibrando con todo lo que las generaciones y los siglos han marcado con sus ardores, con sus dolores y con sus pensamientos.

Andreas fumaba en silencio, con los ojos fijados en el suelo cuando, delante de las vitrinas del mineralogista que tiene su establecimiento frente a la vieja casa del caballero pintor, el marqués Desboutins, se apartó de repente, cogiendo del escaparate del comerciante de enrojecido rostro un pequeña estatuilla egipcia del dios con cabeza de gavián.

Gastado, corroído, cubierto de un color gris verdoso, deforme, el bronce no tenía nada de extraordinario.

-Mírelo un momento, doctor, me dijo.

Observé entonces el objeto con un poco más de atención, cuando un malestar me invadió sin motivo.

Andreas me echó un vistazo y añadió sonriendo:

-¿Ves? Más vale que nos llevemos este pájaro. A otro le pasaría algo aún peor. Ven, sígueme. Y, llamando al anticuario, le compró la estatuilla sin regatear.

En el mismo momento, mi bastón se me enredó entre las piernas, habiéndome caído pesadamente si Andreas no me hubiera sujetado. Al principio no vi en ello más que una torpeza. Sólo más tarde establecí una relación entre este incidente y el bronce.

Andreas torció hacia el Pont-Neuf¹⁶, bajando las escaleras que están al pie de la estatua de Enrique IV. No entró en el jardincillo pero, pasando por detrás de algunos pescadores, se detuvo en el borde de la orilla y, dándome la espalda, se puso a estudiar la estatuilla, en silencio, durante cinco largos minutos. Acostumbrado a sus rarezas, yo me quedé detrás, sin decir nada.

Me pareció ver un fogonazo azulado salir de sus manos antes de disolverse casi inmediatamente en el leve aire. Andreas cogió un periódico de su bolsillo, envolvió

¹² Paseo parisino a lo largo del Río Sena.

¹³ Instituto de Francia, en París.

¹⁴ La Santa Capilla.

¹⁵ Catedral de Nuestra Señora de París.

¹⁶ El Puente Nuevo.

cuidadosamente la estatuilla, la ató con hilo y esperó a que un *bateau-mouche*¹⁷ que remontaba el río hubiera pasado. Entonces, lanzó su paquete al agua lo más lejos que pudo. Volviéndonos, subimos al puente.

-¿Y bien? Dije yo.

Andreas me ofreció tabaco y, después de haber fumado un poco, dijo:

-¿Te acuerdas de la historia de esa momia del Museo Británico que, desde hace ocho años, causa tantos problemas a los visitantes?

-Sí –contesté yo-. Todos los periódicos han hablado de ello. Me han dicho que un matrimonio inglés ha hecho un enorme archivo sobre el caso.

Sin embargo –continuó-, cuando morimos, ¿no es necesario que el cuerpo se pudra para que sus células reposen? Muchos espíritus esperan este momento entorno al hombre, ¿no es verdad? Por lo tanto, si impedimos que el cuerpo se corrompa, violamos una ley natural, hacemos sufrir a las células, privamos a ciertos seres de su evolución, paramos una o varias ruedas del tiempo.

-Es cierto. Nunca había pensado en ello.

-Cuando los sacerdotes egipcios embalsamaban miles y miles de cadáveres, ¿no crees que movían esas ruedas con una fuerza enorme? ¿Qué encadenaban las almas a la tierra natal de sus cuerpos? ¿Qué estaban cargando una formidable batería con una fuerza especial?

-Sí –dije yo-, me lo parece. ¿Pero con qué objeto?

-Ese es su secreto. Es inútil revelarlo. Piensa un poco, lo encontrarás rápidamente. Pero si alguna persona o alguna cosa que no esté aislada o protegida entra en contacto con un circuito eléctrico con voltaje, ¿no se produce una descarga eléctrica que puede tener las características peligrosas de un cortocircuito?

-¡Ah! Exclamé. Los egiptólogos hacen eso y sus botines deben causar, de manera natural, un desorden en el medio extraño refractario donde están expuestos. Sin embargo, parece ser que el sarcófago en cuestión ya no contiene su momia.

-¿Y qué cambia eso? Sabes bien que, según los ritos, las imágenes, los signos y los colores que decoraban los sarcófagos expresaban la personalidad vital del difunto, y que estaban unidos a él por medio de encantamientos especiales. Han debido de traducir eso, por otra parte.

-Sí, en efecto, lo he visto en los anales del Museo Guimet.

-¡Muy bien! ¿Lo entiendes ahora?

-Sí, creo. ¿Pero no podemos hacer nada para atenuar ese mal?

-¡Ah! Si eres capaz de encontrar a un hombre capaz de ver cosas que han pasado hace cuatro mil años, capaz de hablar con almas atlantes, capaz de desatar nudos atados por organizaciones centenarias, capaz de volver a poner en movimiento a orbes poblados de miles de espíritus, inmóviles desde aquellos tiempos, ese hombre puede hacer algo.

Sin embargo, como Andreas había adoptado al decir eso el aire de misterio por el que a veces imponía a su interlocutor la sensación de una fuerza desconocida, no le pregunté nada más. Fue él quien rompió el silencio.

-Me acuerdo, doctor mío, hace una quincena de años, pasaba justamente por aquí con uno de mis amigos, un cierto señor d'Annovilliers.

¹⁷ Tipo de embarcación que transita por el Sena, típica de París.

-¿El que ha dejado unas memorias sobre Jean Lorrain?

-Exacto. Y bien, me contó que la víspera había cenado en casa del Sr. Sadi Carnot, que entonces era presidente del Senado, entregándole esa noche, para satisfacer su petición, un pequeño Buda de basalto, que había recibido de un explorador. Este último la había encontrado en el país de los Song. Está en la Alta Birmania, hacia la derecha. También he pasado por allí, en mi juventud. Esa estatuilla había pertenecido sucesivamente a cinco o seis jefes que habían fallecido todos de muerte violenta. Y el bonzo, al que el explorador se la había comprado, siendo budista, había sido bastante honesto avisándoles de estos pormenores. El explorador murió también en un accidente. Y según contaba esto en la mesa el Sr. D'Annovilliers, el Sr. Carnot, no creyendo en absoluto en estas supersticiones, insistió en tener este ídolo. Bueno, ya sabes cómo murió Carnot.

-Entonces, maestro, si lo he comprendido bien, no hay que alterar el orden de las cosas, ni violar el curso de las leyes naturales, ni siquiera sacar de su país a los seres que están unidos a ellos.

-Sí, doctor, es mi consejo de amigo. Deje que los muertos amortajen a sus muertos. Y si alguna vez vas a un viejo país, deja en paz a las estatuillas que parecen haber sido olvidadas en los rincones. Más tarde, te lo prometo, te enseñaré cómo podemos tocarlas.

-¿Y el diamante azul de Tavernier?

-Esa es otra historia. Ya hablaremos de ella un día.

Y habiendo de nuevo encendido nuestras pipas, seguimos fumando, entre los amigos librereros y los familiares plátanos.

EL PRIMERO DE MAYO

Se anunciaban, para el primero de mayo de ese año, imponentes manifestaciones populares y yo se lo había comentado a Andreas, expresándole el deseo de saber a qué podía corresponder, en lo invisible, las agitaciones políticas y los movimientos sociales.

Él me dio cita para la tarde-noche de la víspera. Lo encontré en compañía de una mujer de cierta edad, a la que me presentó como vidente.

-No podemos ir juntos al otro lado del telón. Haría falta un mayor dominio de sí del que tenemos. El aspecto de ciertos seres y la violencia de ciertos torbellinos nos desconcertarían. Esta mujer irá en nuestro lugar y nos contará lo que vea.

-¿Pero no corre ella los mismos riesgos que nosotros?

-No. No estará tan al descubierto como nosotros lo estaríamos. Estará en una especie de observatorio.

-¡Muy bien! ¿Y no podría dármele a mí, esa defensa?

-Sí, sería posible, si fueras sensato, pero no eres lo bastante obediente. Cometerías imprudencias.

-En ese caso –consentí-, sólo me queda inclinarme.

Me esperaba ver algo parecido a una ceremonia mágica, a conjuros, a una mistagogía. No había nada de eso. Andreas le dijo simplemente a su invitada:

-Siéntate en el sillón. Vamos a empezar.

-La vidente se instaló cómodamente, durmiéndose inmediatamente.

-Veamos –me preguntó Andreas. ¿Qué es lo que deseas?

-Lo primero querría saber –contesté-, en qué estado se encuentra.

-Pero doctor. Se encontrará en el estado en el que tú quieras que se encuentre. No se trata del fluido ódico del que yo me sirvo. Sabes bien que existen varias clases de magnetismo. El que vamos a hacer actuar es poco conocido. Yo no empleo ni fórmulas ni sugerencias y esta mujer practica los mismos métodos. Nunca me permitiría enredar con algo a nadie. Además, puede ver tan bien lo que hay en tu tarjetero como lo que hay en tu mente o en Pekín.

Omito aquí una decena de experiencias que llevé a cabo para verificar estas afirmaciones, las cuales reconocí como exactas. Incluso vi que el sujeto conservaba, durante sus visiones, la conciencia del plano físico. Sólo moverse le resultaba penoso.

Finalmente, solicité que Andreas la enviara al invisible social, lo cual me interesaba especialmente estudiar.

La vidente se volvió hacia Andreas con una mirada interrogadora.

-Sí, tu escolta está llegando –le dijo él sonriendo.

-¿Qué escolta? Pregunté yo.

-Pero, ¿irías sólo a un país completamente desconocido? Me contestó. Y si pudieras ir a través de una línea férrea lo preferirías antes que un viaje pedestre de varios meses. La gente con la que se va a encontrar no son ni terrestres, ni siquiera hombres. Es preciso pues librarla de sus preguntas y sus curiosidades. Hay tantas aduanas en otras partes como aquí.

-¿Quizás es a eso a lo que se refieren los guardianes de los que se habla en la Pistis

Sophia, y las contraseñas de las habitaciones simbólicas de la masonería?

- Por supuesto. Y volviéndose hacia el sujeto le dijo: Puedes irte ya.

-¿Cómo se guía? Pregunté. ¿Hay diferentes tipos de espacio? ¿Qué sentidos la guían?

-¡Oh! Pero lo quieres saber todo, respondió Andreas riéndose. Espera, estudiaremos eso más tarde.

-Aquí está el oso, el unicornio, el leopardo, el reno, el dragón, el león, el águila, el dromedario, la vaca, el castor, el gallo... Dijo el sujeto.

-Sí, no cuentes todo el zoológico –dijo Andreas. Mira sólo lo que hace el gallo, por ejemplo, porque es Francia la que nos interesa lo primero.

-Así –pregunté yo- existe en el Más Allá un lugar, un espacio, en el que las naciones son representadas bajo forma de animales. ¿Cómo es eso? Pensaba que los egrégoros eran campos fluidos. ¿Qué hace ahí un animal?

-Pero –respondió Andreas sonriendo. Todo está en todo. Una piedra aquí abajo puede tener forma humana en otra parte. Un arcángel de lo invisible puede ser una gema, en las profundidades de la montaña, o más bien puede residir allí. ¡El enigma de universo es tan simple! Por eso es por lo que no lo resolvemos. ¿Un animal? Pero si todo es un animal: Yo, la Tierra, la Vía Láctea, un automóvil, la geometría... Jonás y su ballena, es una escena vivida en un rincón de lo invisible.

¿Qué caracteriza biológicamente al animal? Es una individualidad voluntaria, responsable, móvil, que mantiene bajo un dominio temporal un principio abstracto, de energías fluidas, de minerales, de organismos vegetativos, de vísceras similares a los astros. Sólo vemos las especies animales físicas terrestres, pero existen especies igualmente terrestres, hiperfísicas, sociales, religiosas, humanas, políticas, cósmicas, industriales, intelectuales, etc...

Las modernas teorías de la materia irradiante, de los iones, de los electrones, haciendo ver que la célula orgánica o el átomo inorgánico son minúsculos soles, pueden ayudar a comprender las antiguas visiones de los animales sagrados, de los Devas demiurgos, de los dragones ígneos. ¿Nuestro cuerpo no se presenta como una pequeña nebulosa tan compacta y brillante que resplandece por encima de nuestras cabezas si se inventara un instrumento que hiciera perceptibles los iones de los que se compone?

Pero me haces hablar como una cotorra... Mira bien tu gallo –continuó Andreas-, dirigiéndose a la vidente tras dos segundos de examen.

-Era muy hermoso –dijo ella- pero justamente parece desvanecerse en humo, y otros animales salen de la bruma en la que se ha convertido. Parece un campo vallado. Aquí hay un rebaño de ovejas en plena confusión que patalean y balan. Están muy sucias. Alrededor de ellas, hay perros bulldog. Están defendiendo a estas bestias enloquecidas, pero de vez en cuando matan a una y la devoran. Viniendo hacia este primer grupo hay una horda de pequeños animales que parecen perros. Son de todos los colores y de todas las formas. Una especie de monstruo inmóvil, con brazos como los de un pulpo, está cerca de ellos, excitándoles para lanzarlos al asalto de las ovejas.

En el centro de éstas hay un zorro hacia el que se vuelven sin cesar, el cual manda sobre los bulldogs. En un rincón, detrás de los arbustos, un cocodrilo parece dormir, pero las cornejas, las urracas, los arrendajos, van y vienen de él hacia el zorro y hacia el pulpo.

Se posan aquí y allí sobre los dos rebaños, cuya confusión aumentan con gritos y picotazos, mientras que el zorro y el pulpo se consultan de vez en cuando y parecen estar de acuerdo para reforzar el terror de las ovejas y la agresividad de los perros. Devoran de vez en cuando a los heridos que les llevan pero no se dan cuenta de que en realidad, es el cocodrilo quien les dirige. Veo a un hombre. Lleva una red de pesca. La extiende entre los dos rebaños. Los perros se paran poco a poco. Las ovejas vuelven a pastar. El hombre mira a los tres animales jefes y les hace venir a un rincón. Les habla varias veces.

-Está bien –interrumpió Andreas. Descansa un poco.

-¿Qué quiere decir todo eso? Pregunté yo.

-Si esta mujer se ha inventado esta historia o si soy yo el que se la ha sugerido, eso no quiere decir nada. Quizás es verdaderamente la escena que ha visto desarrollarse ante ella.

-¿Y en ese caso?

-Te corresponde a ti encontrar la respuesta. Quizás se trata de alquimia. Quizás se trata de astrología, o de un fenómeno social, ¿qué sé yo? El sujeto lo único que ha hecho ha sido observar. Habría hecho falta que conversara con esos seres. Pero eso hubiera sido demasiado cansado para ella.

-¿Entonces para qué sirve esta sesión de sonambulismo?

-No para mucho, doctor. Compréndelo, está muy bien tener entusiasmo, pero no hay que emprender trabajos que estén por encima de nuestras fuerzas. Si tú o yo fuéramos puros, si pudiéramos llamarnos hijos de Dios, nada de la creación se nos ocultaría. Lo comprenderíamos todo, y todos nos entenderían. Entonces, como seríamos humildes, nos sería posible, por ejemplo, ponernos en contacto con el espíritu de las naciones, o de las sectas políticas o religiosas, y guiarlos según los designios de la Providencia. Hasta entonces, sólo podemos trabajar en silencio, entregarnos y tener confianza en nuestro Amigo.

LOS INVISIBLES

Andreas había ido a Bretaña en uno de esos cortos viajes imprevistos que solía realizar. Me recogió cuando pasó por Nantes. Esa noche debíamos visitar juntos a un campesino enfermo, que vivía, a dos leguas de Vannes, una casa gris con un gran tejado del cual las hayas del camino sólo dejaban ver la cúspide.

El rector creía que ese campesino estaba poseído. En cuanto al médico, sabiendo que era alcohólico, lo quería ingresar lo más rápidamente posible.

En casa de estos taciturnos bretones, Andreas había sido parco en palabras. En la sala oscura, en la que una pequeña lámpara animaba las sombras, la abuela y la hija trajinaban entre la marmita y la cuna. El hombre estaba sentado con nosotros, con su bastón en la mano, el sombrero puesto y la pipa en los dientes. Andreas fumaba también y los tres bebíamos un bol de sidra. Un gato flaco merodeaba y dos perros salpicados de barro, de brillantes ojos, se calentaban frente a la chimenea.

Fuera, el viento empezaba a soplar. Comenzó con una pequeña canción en la chimenea, pero pronto se convirtió en una furiosa orquesta que hizo resonar de arriba abajo la vieja y sólida casa. Como en septiembre las tormentas son raras, una de las mujeres, un poco sorprendida, se levantó y entreabrió la puerta para mirar fuera. La vi hacer un gesto, dar unos pasos por el camino y volver a entrar corriendo. Su rostro se había vuelto del color de la ceniza. Dijo en voz baja: No corre ni una pizca de brisa en el camino, y se persignó.

Su hombre había levantado la cabeza como alguien que se despierta de un adormecimiento. Se puso de pie levantando su bastón con una agilidad salvaje. Pero Andreas estaba ya de pie y le miraba con la luz de sus inmutables pupilas.

El campesino se puso a cuatro patas, comenzando a mordisquear los bancos, aquí y allá, y a aullar como hace el lobo, cuando está furioso por el hambre. Las mujeres temblaban, en grupo, bajo la escalera, habiéndose escondido los animales tras ellas. Cuando la tormenta soplaba fuerte, el hombre ladraba más agudo. El demonio negro del Terror agitaba en esta sala sus venenos más mortíferos. Yo me inquietaba de que Andreas no reaccionara. Tenía que hacer algo, hacía falta que hiciese algo...Y sin embargo, los minutos seguían pasando, siempre en la misma penumbra y con el mismo concierto del viento y del poseído.

Pero he aquí que una Cosa marrón empujó la puerta con su pata silenciosa y, muda, alta como un gran lobo viejo, ágil, con el pelo liso, babeante morro y los ojos encendidos de rojo, vino a sentarse enfrente del hombre, que seguía ladrando, y que, con el aliento pestilente de la bestia, fue atacado por temblores compulsivos.

Andreas se puso entre los dos, y la bestia dirigió hacia él sus grandes pupilas, claras, crueles y astutas. Andreas cogió suavemente la enorme cabeza salvaje, sus manos recorrían su espesa pelambre y, sin embargo, yo los percibía como si el cuerpo del lobo hubiera estado diáfano por momentos. Esto terminó por hacerme perder mi sangre fría. Un olor indecible salía a bocanadas de su espumeante morro. De repente, la bestia se recogió para atacar, pero Andreas la había cogido de los hombros, y así se quedaron los dos, mirándose a los ojos, hasta que, como se apaga una vela, el fulgor rojo que bailaba

en el centro de las salvajes pupilas se apagó.

-Haz salir a todo el mundo. ¡Sienta al hombre, rápido! Me dijo Andreas.

Empujé fuera a las mujeres, la cuna y los perros, e incorporé penosamente al hombre, que se había callado. La tormenta se debilitaba al mismo tiempo. La bestia cayó sobre sus patas, retrocedió hacia la boca de la chimenea y se desvaneció en vapor. El campesino se estiraba, se frotaba los ojos y mascullaba. Vio baba en la manga de Andreas, dando un pequeño sobresalto.

-Escucha Jean Marie, le dijo Andreas. Dentro de una hora te acordarás de todo, pero no hablarás nunca de ello. Vete inmediatamente. Vas a ir a buscar a la señora Le Dallo. Estarás allí mañana al amanecer. Volverás también a pie. Le darás cien francos, ya sabes, los cien francos de hace veinte años, y cien francos más por los intereses. Cuando muera, harás que se diga una misa por ella todos los sábados. ¿Prometido?

-Sí, dijo el hombre, yéndose delante de una pequeña Virgen de escayola que estaba sobre la chimenea. Se persignó, rezó un Padre Nuestro, un Ave María, y dijo:

-Juro devolver las veinte pistolas¹⁸, hacer decir las misas y nunca hablar de ello.

-Está bien, dijo Andreas. Ve, que te vea yo marcharte. No tengas miedo. No te pasará nada en el camino. Al menos esta noche.

Tres minutos después, nos encontrábamos en la carretera, y Jean Marie se alejaba hacia el norte, mientras que nosotros volvíamos a Vannes.

Como era natural, cosí a preguntas a Andreas.

-Era una venganza –me contestó.

-Pero el lobo era traslúcido y sin embargo, pesaba, era material, porque ha ensuciado su chaqué.

-Sí –dijo él. ¿Acaso no has estudiado la magia? Sabes bien lo que es la licantropía. Estamos en el país de los hombres lobo. En los parajes donde la vida de la Naturaleza es fuerte, el hombre es poco intelectual, ofreciendo a los espíritus de las piedras, de los bosques, de los charcos, de las nubes, de los vientos, de las tierras incultas, muchos medios de actuar. Así, las criaturas psíquicas son videntes, intuitivas, médiums, y las criaturas invisibles están más cerca de la materia.

-Una prueba más de que la Naturaleza procede siempre por gradaciones imperceptibles; de que, en todas partes, los hombres tienen, innata, la intuición de lo invisible.

-Sí, en todas partes el hombre recibe interiormente lo que necesita. Hoy tendemos a decir que las ciencias misteriosas nos llegan todas de oriente. No es correcto. No solamente en los libros occidentales, sino también en las tradiciones populares se encuentran todas las teorías que enseñan el esoterismo de la India, de China o del Tíbet. Simplemente estamos bajo el imperio de una fascinación mental, enviada sobre nosotros por ciertos hombres poderosos, pero que no durará por siempre.

-Es verdad que el Zohar contiene todas las ideas que yo había visto antes en los Puranas. La teoría brahmánica de los períodos cronológicos está también en el Sépher y en Trithemius, y en Arbatel. Si completamos a Agripa con ciertos padres de la Iglesia, podemos construir una pneumatología tan complicada o tan completa como la de los Vedas. Paracelso da las mismas enseñanzas de medicina, de historia natural, de física y

¹⁸ Nombre familiar que designa veinte lises. Antigua moneda francesa. Nota del traductor.

de química que los samhitas hindúes. ¿Pero podemos siempre decir que Oriente es la fuente de la que todos los iniciados europeos han bebido?

-Es verdad. Es ocioso discutir sobre quien fue primero. Sabes muy bien que nadie comprende nada de nada. Sólo tenemos apariencias de comprensión. Ni el cabalista, ni el pitagórico, ni el yogui, ni el arhat, ni el wali, ni el santo han llegado, más que cualquiera, al zenit del conocimiento y del poder. Sólo poseen aproximaciones, más o menos cercanas. Están cada uno en una cima de la montaña. Todos ven piedras, árboles, animales, pueblos, nubes. Esa es la concordancia de tradiciones, pero ninguno ve los mismos bosques, ni las mismas aldeas. Esas son las divergencias entre las tradiciones.

-¿Quiere decir que los objetos de los que se ocupa el esoterismo están demasiado alejados de nosotros para que podamos distinguir otra cosa que grandes conjuntos?

-Sí, y cuando el investigador encuentra algo claro, preciso, en ese punto se reúnen tantas fuerzas diferentes que le es imposible nombrarlas a todas, y por consiguiente no es posible darse cuenta de la verdadera naturaleza de su descubrimiento. Así, la escena de hace un momento es el último acto de un drama que comenzó hace cuatrocientos años. Ese campesino y la bruja que tomó la forma de un lobo son viejos enemigos. Van a reconciliarse enseguida, pero ¿quién contará los millones de espíritus de todas clases que su odio secular puso en movimiento?

-¿Y quién va a poner orden en todo eso?

-Dios, por medio de ciertos seres. Todo está vivo, todo tiene su espíritu, su inteligencia. Toda forma material es el espíritu de un genio. Si, suponiendo que pueda hacerlo, quiero reconciliar estos millones de destellos de vida, me hará falta todavía más tiempo del que este hombre y esta mujer emplearon para hacerles batallar. Si me dirijo a varios jefes de estos genios, hará falta que los busque, que los encuentre, cuando probablemente se hayan marchado muy lejos de esta tierra. Es más sencillo que me dirija a Dios, que lo sabe todo, y que en un abrir y cerrar de ojos, habrá hecho que esa multitud comparezca ante Él y la juzgará, reorganizándola.

Entonces, ¿todos los libros de magia, de pneumatología o de angelología, a pesar de contener informaciones exactas, incitan al investigador a dirigirse a las causas secundarias y no a la causa primera?

-Justamente. A pesar de que todos dicen dirigirse a Dios, no emprender nada sin conciliar su ayuda por medio de una conducta pura, se saltan siempre esta página, se piensa que es buena para el populacho, pero no para el iniciado que creemos ser. Corremos hacia los secretos, hacia las cosas curiosas y, a fin de cuentas, nos perdemos.

-En resumen, existen genios, jefes, príncipes, sátrapas y reyes invisibles, dioses de los planetas, las razas, las naciones, las ciudades y las chozas, guías de las profesiones y las situaciones individuales, socorristas que nos ayudan. La cábala, las religiones, el sufismo, el budismo, el brahmanismo, todos son unánimes en ese punto. Pero es más prudente y más eficaz no buscarlos, y no pedirle a nadie más que a Dios.

-Sí. El hombre debe actuar con la Luz que le hace hombre, es decir, con la chispa divina depositada en él desde el comienzo... Si actúa con uno de los cuerpos de esta chispa, con su inteligencia o su magnetismo, o su voluntad, actúa en el exterior y sobre el exterior, y no ya en el centro y sobre el plano central del mundo. Quédate en el centro, en la unidad, en la armonía, y todo lo que harás irradiará unidad, armonía y paz. Te lo repito,

todo lo que los más grandes hombres han enseñado, todo lo que ha sido revelado a los más puros no constituye ni la millonésima parte de la Ciencia total. Cada cual sigue su camino. No hay por lo tanto polémicas, ni críticas, ni combates en este plano Uno en el que deberíamos estar. Lo que crees verdadero, dilo y sobre todo, hazlo realidad. Los otros hacen lo que tienen que hacer. El Amigo está ahí para arreglarlo todo, para poner a cada uno en su lugar, según un plan que sólo Él conoce. Trabaja así y permanece en la paz.

LA VID

En vez de regresar directamente a París, Andreas cogió el tren de Chinon, apeándose en l'Île-Bouchard. Desde allí, subimos por una pequeña vía férrea de interés local, junto a una multitud de granjeros y de granjeras que volvían del mercado. La pequeña locomotora avanzaba jadeando entre colinas calentadas por el sol del verano. Separados por muros de piedra seca, los viñedos escalonaban sus líneas de cepas, sucediéndose, hasta donde alcanzaba la vista, las plantas de hojas azuladas por el sulfatado. La temporada se anunciaba mala. Los campesinos se quejaban, la cosecha sería apenas la mitad de la normal. El vino probablemente no podría guardarse. Ni los polvos, ni los líquidos, ni los abonos ni los injertos podían parar las nuevas enfermedades que siempre aparecían. Se veía venir la ruina. Haría falta que vinieran buenos años para recuperarse un poco.

-Han tenidos años muy buenos –les dijo Andreas. ¿Para qué les han servido? Han agarrado sus perras, no se han consentido ni un solo placer de más. ¿Acaso ha arreglado su junta municipal los caminos o hecho algo por los indigentes? No. Muy bien. ¿Por qué esperan que la tierra sea mejor que ustedes?

-No cuenta usted todo lo que nos hemos gastado en plantas de América, en abonos, en fertilizantes, en regadíos.

-Les han servido de mucho este año –les contestó Andreas. Y, de hecho, nada hubiera podido detener la enfermedad. La ciencia de los agrónomos hubiera debido declarar su impotencia, y se hubiera vuelto a las prácticas empíricas de las que hablaban los viejos, sentados bajo un nogal, con el bastón bajo la barbilla y la pipa en la boca.

-Sí –continuó Andreas- en otros tiempos, se paseaba al buen Dios por los campos, pero hoy, son ustedes demasiado listos. Su buen Dios, es el sulfato de cobre, y sus ángeles son los fosfatos. Sáquenles algo, ahora que han agotado la tierra. Han sido perezosos y han dejado de plantar viveros, lo que no es natural. Saben bien que si un hombre sólo bebiera orujo sin comer, pronto moriría. No hay que forzar. Saben tratar bien a sus caballos y a sus bueyes. Hagan lo mismo con la viña.

Los campesinos escuchaban si decir nada, para no parecer que cambiaban de opinión como veletas, pero algunos se dan cuenta en su fuero interno de que ese señor podía estar en lo cierto.

-Sin embargo –le pregunté a Andreas-, ¿no intenta usted acercar a esta gente a la iglesia y al cura?

-¿Por qué no? Me respondió él. Ellos no necesitan tener una visión general del gobierno. Han nacido campesinos. Eso quiere decir que sólo deben obedecer, por esta vez. Sepa que el catolicismo es la mejor de las religiones.

-Sí, ¿pero qué relación tiene el catolicismo con la enfermedad de la viña?

-Muy estrecha, doctor. Y también con las enfermedades del ganado, con el granizo, con la lluvia, con el viento y con muchas otras cosas.

-¿Cómo es eso?

-Pues de una manera natural. Sabes bien que lo característico de la religión de Jesús, es unir con Dios la creación entera, porque es la religión del Verbo. ¿Lo comprendes?

-Sí, más o menos. Pero me parece que me va a costar trabajo explicárselo a los

filósofos.

-¡Oh! Ni falta que hace. Habría antes que hacerles comprender la realidad objetiva de la religión. Lo único que ven es un conjunto de fórmulas subjetivas. En los dogmas sólo ven símbolos intelectuales y en los ritos, sólo símbolos morales. El dogma es algo en sí mismo, y el rito contiene en sí mismo una virtud. Si, además, el cura es un santo, esta virtud aumenta. Pero, para no desviarnos de nuestro tema, hay que darse cuenta, para explicar la influencia que una oración litúrgica puede tener sobre un fenómeno físico, de que el círculo colectivo de una Iglesia abarca más que los hombres que forman parte de ella. La Iglesia católica, por ejemplo, no abarca únicamente a los sacerdotes y a los fieles muertos y vivos, sino que incluye a muchos otros seres, visibles e invisibles. Primero están los genios de las naciones que la reconocen y los genios subordinados que les obedecen. Incluye a una cierta porción de espíritus infernales y de espíritus celestes, de espíritus de las ciencias y de las artes propios a estas naciones; los espíritus de las ciudades, de los pueblos, de los ríos, de las montañas, de los bosques, de los campos que dependen de los genios nacionales o étnicos; los espíritus de las instituciones, políticas, civiles, intelectuales; de las máquinas, de las casas, de los palacios. En suma, los espíritus de todas las clases de seres y de formas materiales, construidos por la fuerza de la Naturaleza o por la voluntad de los hombres, que han entregado su fe al señor de esta religión.

-¿Podríamos inventar una fisiología espiritual de la religión, del estado, de la industria, de todo lo que constituye la civilización?

-Sí, respondió Andreas. Acuérdate siempre de que la Naturaleza sólo trabaja según un único plan, y de que la misma ley por la que el astro se desarrolla rige al grano, al saber, a la virtud y a todo lo demás. ¿Ves cómo el Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza? ¿Ves con qué actitud interior hay que estudiar el Evangelio?

-Sí –dije yo-. Intuyo vastos horizontes. Pero –añadí-, volvamos a nuestros desgraciados viñedos –porque sabía lo hábilmente que Andreas podía eludir la pregunta.

-¡Muy bien! Me contestó. Volvamos. ¿Cuál es el acto más elevado que un hombre puede hacer, el acto en el que aplique sus energías más profundas y más puras y que, por consiguiente, despierte más ecos en todas las esferas de su individualidad? ¿Acaso no es el acto religioso? Por eso, ya que todo está relacionado en el universo, ya que no podemos hacer nada sin que haya repercusiones sobre el medio, con más razón la oración, removiendo nuestros centros más secretos, moverá por reacción todos los centros del medio al que estamos atados.

-¿Hay algo más? Pregunté yo.

-Si, en la comunidad social, la célula encargada de representar la función de oración, el sacerdote, pide alguna cosa, según las fórmulas que le fueron indicadas por la tradición, es decir, por la cadena de sacerdotes ancestrales hasta llegar al fundador de esa religión, esa petición encuentra primero un eco en los otros miembros de dicha colectividad. De igual manera, cuando tu corazón reza, el resto de tu cuerpo siente algo. El resto de la colectividad, tanto la visible como la invisible, oye esta oración y, a causa del nombre de Dios que está siendo invocado, las partes de esta colectividad que no están de acuerdo con la ley terminan, voluntariamente o por la fuerza, por acatarla.

-Sí –respondí yo. Me gustaría creerle pero no comprendo con claridad.

-Claro que no lo comprendes, exclamó suavemente un sonriente Andreas. No te digo estas cosas para ahora mismo. Sólo te harán falta mucho más tarde. Las habrás olvidado tiempo atrás pero, sabes, a veces se producen, en nosotros, temblores de tierra. A veces las capas profundas de nuestro espíritu vuelven a subir hasta el sol de la conciencia, mientras que lo que estaba en lo alto se entierra en el oscuro subsuelo. Eso debe de estar escrito en el Evangelio.

-Quizás es cuando se dice: Él rebajó a los poderosos, etc.

-Sin duda, respondió Andreas. ¡Bien! Cuando el cura del pueblo, junto al maestro, los niños, algunos campesinos y algunas buenas mujeres paseaba los Santos Sacramentos por los campos de trigo cantando salmos con voz desafinada, había espectadores invisibles de esta ceremonia. Y ellos escuchaban las palabras latinas, o más bien la fe que dinamizaba estas palabras les aparecía como rastros de luz, como barreras de fuego, como puntas. Y los pequeños seres que hacen el granizo, la lluvia o el viento, obedecían mejor que obedecen a esas trombas que han puesto por todas partes en las viñas.

-¿Es tan simple como dice usted?

-¡Eh! Sí, la Naturaleza campestre es muy sensible a las fuerzas psíquicas. Es por eso que los brujos o los ensalmadores tienen más éxito en el campo que en la ciudad. La religión es algo tan natural, el corazón es tan manifiestamente receptáculo de la vida, que ambos encuentran su expansión más normal fuera de las creaciones artificiales del ingenio humano.

-¿Podemos buscar aquí la razón del fracaso de los tratamientos químicos en los viñedos este año?

-Sí, podemos. La tierra, que está viva, se acostumbra casi a todo, como un simple Mitridates. Además, el producto químico está muerto la mayor parte del tiempo. En consecuencia, no puede dar lo que no posee. Por lo tanto, sólo se trata de un excitante para el suelo, como el alcohol o el café para nuestro cuerpo. Por otra parte, al igual que nuestro cuerpo, la tierra sólo tiene una capacidad limitada de absorción. Una vez saturada, llega al límite de su rendimiento y no puede sobrepasarlo. Entonces, hace falta que el cultivador busque otra cosa. Por último, es lo que pasa este año en este país. La justicia inmanente emite a veces decretos que son ejecutados a pesar de todos los artificios del ingenio humano. Cuando los hombres se muestran durante mucho tiempo obstinadamente avaros o maldicientes, por ejemplo, a pesar de la clemencia del clima o de la bondad del suelo, ciertos seres –los justicieros-, abren cierta puerta del otro lado. Entonces, la avaricia y la maledicencia humanas entran en un lugar donde reciben de la vida una cierta facultad de procreación orgánica. Se forma entonces en la superficie del Sol, en los mohos, un poco por todas partes, microorganismos al principio unicelulares que evolucionan rápidamente, convirtiéndose en animálculos. La filoxera no tiene otro origen. Y lo que te digo es tan cierto que, en todo este país que recorreremos, sólo hay una viña casi sana, y es la viña de un hombre que ha rezado.

-¿Habría por lo tanto relaciones estrechas entre lo que los ocultistas llaman lo astral y lo físico?

-Claro que sí. Todas las partes del universo están perpetuamente relacionadas, se bañan las unas en las otras. Salvo cuando, excepcionalmente, un muro se construye para realizar un aislamiento local y temporal. Esa es la causa de esta infusión universal que las

religiones tanto recomiendan que es dar a Dios todo acto y todo pensamiento.

-Pero a tus pobres, ¿No hará algo el Cielo esta vez para salvarlos de la ruina? Quizás, al verse tan mal esta vez se enmendarán.

-Hace ya muchos años que el Cielo tiene paciencia con ellos –dijo Andreas. Pero eso no ha cambiado nada. Sin embargo, el buen Dios tiene mucho tiempo. Si al menos hubiera entre ellos alguien que comprendiera lo que Dios pide, se ahorrarían muchos sufrimientos. ¡Pero nada!

-Entonces, ¿Por qué no avisar a ese hombre del que me hablaba hace un momento?

-¡Muy bien! Le avisaremos –me contestó Andreas con el tono con el que nos quitamos de encima las preguntas inoportunas de un niño. ¡Si los hombres se dieran cuenta de qué incesantes solicitudes son objeto! Somos vulnerables por todos lados, desde nuestro cuerpo hasta la misma punta de nuestro espíritu. Rozamos la muerte –las muertes-, varias veces al día. No, el hombre no cultiva lo suficiente el agradecimiento. Así, nosotros viajamos sin mayor complicación desde esta mañana, y encontramos eso tan natural. ¡Somos unos ingratos!

Y, con estas palabras, Andreas se sumergió, con los ojos medio cerrados, en una larga y taciturna meditación.

AVALANCHA EN EL HIMALAYA

Llegando una noche a casa de Andreas, lo encontré ayudando a su mujer en preparativos de viaje. Una amiga íntima, enferma, le había pedido que fuera, debiendo coger el Expreso del Sur inmediatamente. La acompañamos a la Estación de Austerlitz. Me di cuenta de cómo Andreas se las apañaba para asegurarle toda la comodidad que se pueda imaginar, así como de la cortesía exquisita de sus modales, un don que yo nunca había encontrado antes salvo en dos o tres viejos grandes señores. Me di cuenta también de que Andreas conocía mucho al personal, desde el comisario especial hasta los hombres de equipo.

Una vez se fue el tren, me propuso un paseo nocturno por el campo. Acepté con entusiasmo. Una noche de charla con semejante compañero de ruta era una suerte. Propuse tomar un tren suburbano para llegar antes al silencio de los campos. Y es así que, hacia la una de la mañana, los habitantes de Villaine, que no durmieran todavía, pudieron percibir, gracias a la Luna, dos sombras a través de los campos, dirigiéndose hacia las colinas arboladas que dominan el valle de la Bièvre.

-Estos son –dije yo- los países que me gustaría mucho conocer: ¡La vasta Tartaria, esa India, esa China!

-Sí, ¡Pero cuantos viajeros se han dejado allí el pellejo! Hay regiones que tienen ya una reputación, para las que podemos prepararnos, como la India, el Himalaya. Pero el clima del Turquestán, de Mongolia, no es menos mortal. Me acuerdo de haber sufrido mucho allí.

-¿Cómo es eso? Pregunté yo.

-Fue así. Era mi primer viaje a Lhasa. En ese momento tenía la moral particularmente baja, como esas ocasiones de las que usted me ha hablado. Como la desgracia no viene nunca sola, además tenía otras fuentes de preocupación. Me encontraba en la siguiente situación: En toda Asia, como sabe usted sin duda –continuó Andreas salvando un repecho, la política y las ciencias ocultas están estrechamente ligadas y se ayudan mutuamente. Los brahmanes están más o menos tranquilos en su etnogenia. Los musulmanes son ya más activos, dándoles bastantes quebraderos de cabeza tanto a la emperatriz de las Indias como al Zar. En cuanto a la China, todo el mundo está hoy al corriente de las sordas y lentas maquinaciones de las sociedades secretas contra la dinastía manchú. Los anamitas sueñan aún con recuperar su autonomía, y los tibetanos vigilan desde lo alto de sus nevados observatorios los movimientos de los pueblos que se agitan en este inmenso continente.

Las migraciones de los nómadas budistas de Tartaria, de los mahometanos iraníes, afganos e hindúes, de los taoístas, de los miembros de la Tríada y del Nenúfar blanco les son fielmente relatadas por rápidos emisarios y por una especie de telégrafo sin hilos que conocen desde hace siglos. Los lamas estudian con interés la bajada de los rusos hacia el sur y la subida de los ingleses hacia el norte. Por otra parte, todas sus simpatías se dirigen hacia los primeros.

No puede hacerle un fastidioso resumen de la política tibetana, ni de las vicisitudes de este sacerdocio central. Baste con saber que el Dalai Lama y los grandes lamas de Tartaria están mucho más de acuerdo de lo que cree la masa de sus fieles. Su consejo supremo, que incluye además de a estos budas vivientes a los jefes de todos los cultos iniciáticos de la India, de China, del Japón, de Anam y de Malasia, proyectaba iniciar un acercamiento hacia el jefe de un gran imperio Europeo. De eso hace ya bastantes años. Necesitaban un emisario que estuviera al corriente de las cosas de Occidente y pusieron sus ojos en mí.

Pero los mensajeros, las caravanas, el ceremonial no les permitía mantener estas negociaciones en absoluto secreto. La muchedumbre del pueblo, los novicios, los lamas e incluso los Khampos o cardenales, hubieran estado pronto al corriente por las inevitables idas y venidas que ocasionan estos procedimientos diplomáticos. Les hacía falta por lo tanto buscar un pretexto que justificara a los ojos de la población la importancia otorgada a mi persona.

Aquí –Andreas se detuvo, encendió su pipa y, considerando los valles dormidos bajo la Luna dijo:

-La Naturaleza es clemente aquí.

Luego, alejándose unos pasos, se mantuvo inmóvil en una contemplación silenciosa. El levante se aclaraba ya un poco. Los conejos se aventuraban sobre la avenida, las golondrinas empezaban a gorjear en torno a una granja, en el valle. De repente apareció el Sol delante nuestro, por encima del Bosque de Hay y, al mismo tiempo, una alondra surgió de un surco, como una bala, entonando su oración matutina.

Andreas volvió hacia mí para continuar con su relato.

-El Transcaspiano no estaba terminado. Mi cortejo y yo hicimos la ruta a caballo, a través de las planicies del Turquestán. Vi las ruinas de la antigua Amarcanda, de Merv, centros desaparecidos de la brillante civilización árabe. Allí me hubiera gustado verte: asado durante el día, por la tarde cegado por el polvo, helado por la noche, sufriendo de sed continuamente, no pudiendo calmarla por el miedo a las enfermedades intestinales, presa del mal de arena que vuelve gruñón a los más pacientes. Pero ya te contaré eso otro día.

Una vez completada mi misión, volvimos al Tíbet. El viaje se hizo apaciblemente hasta los altos macizos del Hindukush. Cosas terribles me aguardaban en el techo del mundo.

Era la tercera vez que mi destino me llevaba a las nevadas soledades del Himalaya. Pero, a pesar de que el frío, el cansancio o el hambre me repeliesen –a pesar de la paz que siempre he sentido en lo más profundo de un desierto-, las penosas subidas, las peligrosas bajadas, las tormentas, las terroríficas ilusiones ópticas, no eran nada comparadas con las alegrías del montañero. Llenarme los pulmones con el aire helado de las cimas, embriagarme, de noche, con la vista de un firmamento espléndido, saborear la magia del Sol naciente y las trágicas orquestaciones de los colores del Sol poniente, sumergirme en la tranquila beatitud de las noches, cuando la Luna ilumina el silencio formidable, sólo perforado de tarde en tarde por el grito de una bestia cazada en el fondo de los valles. En esta paz inmensa, inmóvil y llena de vidas, la majestad de la Naturaleza visible exalta el corazón del hombre hasta lo Invisible. Allí descansa más cerca de la Gran Madre. Lo artificial y lo inútil se caen, como cortezas secas. La misma enormidad de las formas materiales terrestres, abrumándolo por doquier hace surgir del fondo de su corazón la pequeña queja, tan débil, que es la única que puede subir hasta el Cielo y hacer que de él descienda el Amor.

No es por casualidad que los episodios más importantes de la historia religiosa sucedan en las cimas de las montañas. El Meru, el Nebo, el Horeb, el Tabor, el Calvario, son trampolines misteriosos desde donde se lanza, con esfuerzo sobrenatural, la oración de los iniciados. Son refugios de Gracia donde aterriza, desde orillas eternas, la nave que le trae al sacrificado las ayudas necesarias para la consumación del holocausto.

Las miasmas de las corrientes electro telúricas se depositan en el fondo de los valles. El aire de la montaña es más sano, la tierra es más rica. Bajo la nieve, los roquedos incuban silenciosamente la formación de alúminas vírgenes. El agua de los manantiales fluye por ellos, vigorizante, saturada de los sabores del suelo materno. El olor de los bosques ensancha los pechos, los vastos horizontes agudizan las miradas, la escalada de abruptas pendientes forja músculos de acero. El cataclismo imprevisto de las avalanchas, las traicioneras grietas, ponen los nervios bajo el control de una vigorosa voluntad. La

soledad exalta el alma, volviéndola ávida de absorber también ella los vientos impolutos de las cimas místicas.

En la intimidad de la Naturaleza, la cultura del civilizado se seca y perece. El sentido íntimo recupera su lugar normal. El instinto de lo verdadero, una vez despojado de los prejuicios y de las convenciones sociales, puede abrir libremente sus verdes frondosidades, en la perpetua primavera de un alma de nuevo inocente. ¡Ay! Si los hombres no quisieran ser más sabios que la Naturaleza, ¡qué rápidamente se darían cuenta de que sus sistemas son estériles y no dan más que frutos insípidos, cómo dejarían, sin preocuparse del mañana, a las fuerzas vivas de su interior, retozar aquí y allá, abrirse a los rayos del verdadero Sol, propagar la alegría entorno a sí y en sí, como un corro de niños bailando frente a la puerta de la choza!... Pero ya no queremos entender que lo simple es lo verdadero.

Una noche, habíamos acampado en la cara sur de una montaña para resguardarnos de un viento recio que nos había estado azotando cruelmente durante todo el día. El cielo estaba despejado. Nada hacía prever una tormenta y, sin embargo, yo había visto algunos halconcillos de cabeza blanca dirigirse hacia el norte, contra el viento, por debajo de nosotros, en los valles. Les comenté mis temores a mis compañeros, habiendo hecho que se instalara mi tienda donde, como candidato al *Nomekhanat*, yo dormía solo, entre dos rocas, en una orientación sur – norte.

Esa noche me despertó el ruido sordo de una caída sobre mi tejado de fieltro. Como estábamos rodeados de grietas y de precipicios, esperé hasta la mañana, pasando algunas horas escuchando la tormenta de nieve golpear las paredes de mi yurta tártara.

Cuando cesó el ruido quise salir. Tuve que abrirme paso por la nieve. Un sol resplandeciente hacía brillar la meseta inmaculada y los picos de diamante. Pero mis compañeros, sus tiendas, los camellos y los caballos, todo había desaparecido. Un témpano se había formado entre las rocas que enmarcaban mi yurta, como si fuera una cabaña con muros de nieve. Inspeccionando el lugar, encontré un retazo de fieltro a varios cientos de pies por debajo de mí. La caravana entera había sido arrastrada como una hoja por la avalancha y yo estaba solo, con una bolsa de té, sin agua ni fuego, a cerca de cinco mil metros de altitud, y 35 grados bajo cero.

Sin embargo, no estaba excesivamente preocupado. Si mis servidores habían sido realmente víctimas de un accidente, yo podía, por medio de la aplicación de lo que ustedes llaman telepatía, pedir ayuda al convento más cercano, y esperar varios días sumergiéndome en uno de los estados letárgicos del Hatha Yoga. Pero si mi abandono había sido premeditado, sólo podía contar conmigo mismo. Ni un lama respondería a mis llamadas. Lo más prudente era por lo tanto protegerme contra el hambre.

Ciertamente has oído hablar de los adeptos que pueden materializar por ejemplo una bolsa de arroz siempre que tengan un grano para servirse de base, de punto de apoyo. Yo sólo disponía de té, lo cual no es alimenticio. La nieve había cubierto las boñigas donde hubiera podido encontrar un fragmento vegetal olvidado por el estómago de los camellos. No podía utilizar ese procedimiento. Pero me era relativamente fácil, con un poco de paciencia, atraer y absorber ciertas partículas que provienen de la descomposición de las rocas expuestas a la lluvia. El mineral, que vuestros médicos han estudiado mucho desde hace un siglo, posee todo lo que el hombre puede necesitar. Así pues, la materia prima no escaseaba.

Ya había recogido un puñado de polvo rojizo, preparado un lugar bajo mi yurta, escrito las fórmulas y planeado la operación, cuando, sin razón, estas palabras que había leído antaño y ya había olvidado, atravesaron mi memoria: Haz que estas piedras se conviertan en pan. Me levanté, profundamente conmovido. ¿Con qué derecho iba a molestar el plan de la Naturaleza? ¿Qué sería de todas esas vidas microscópicas que mi voluntad iba a arrojar a un país espiritual –que no era el suyo-, destruyendo la curva de su evolución,

tiranizándolas para hacerlas realizar una tarea para la que no estaban preparadas? Y sin embargo, mi vida es quizás más preciosa que todo ese polvo, pero si continúo con mi operación, prevalecerá la ley del más fuerte. Si hago una injusticia hoy, ¿Qué abusos de poder no haré mañana?

El tiempo pasaba. Pronto tendría que aplazar al día siguiente la transmutación que había previsto. Las ideas se amontonaban en mi cabeza. Si resisto a esas sugerencias será la muerte. No tengo miedo de morir, pero no quiero morir. Más que el deseo de vivir, es mi orgullo el que está herido. Empiezo de nuevo con los preparativos de mi operación. Todo está listo, voy a pronunciar las palabras rituales y.... mis labios siguen callados. Algo descendió sobre mí, como un licor amargo y astringente. De repente me sentí tan pequeño, tanto en inteligencia como en cuerpo, que me quedé ahí, como un insecto, aferrado a la pared rocosa, esperando lo desconocido, y feliz de esperar, en una noche de refulgentes estrellas.

Al alba, salí de este peligroso estupor. Los escrúpulos místicos habían desaparecido. Me había olvidado de las dignidades, de los misterios, de la política mundial y de la iglesia de los lamas. Ya no era más que un montañero hambriento, pero despierto y queriendo enfrentarme con la mayor destreza con la nieve, el frío y los precipicios.

Plegué el fieltro de mi tienda en forma de trineo, al que me até lo mejor que pude. Luego, habiéndome provisto de una estaca en cada mano como timón y, confiando en mi buena estrella y en mi experiencia con la nieve, me dejé deslizar por una pendiente que tenía cierta continuidad, al pie de la cual esperaba poder encontrarme, en unas horas, con algún ser vivo.

Las contusiones no faltaron, ni el riesgo de romperme el cuello. Pero, hacia la mitad del día, habiendo descendido cerca de dos mil metros, localicé una franja de hierba y, un poco más abajo, algunos árboles. Estaba salvado.

Junté mis fuerzas para lanzar, desde los límites del bosque, algunos gritos agudos, que el eco podría llevar hasta los oídos de un pastor. Tuve la alegría de oír resonar en el aire una lejana respuesta. Una media hora más tarde, un campesino subía la cuesta corriendo, todo contento de poder ayudar a un santo lama, sentado bajo los abetos, con gran aire de nobleza y desprendimiento.

LA PRUEBA

Algunos días más tarde –continuó diciendo Andreas-, conducido por unos pastores, volví a mi celda para esperar allí, con la mayor tranquilidad posible, acontecimientos que presentía decisivos. Pronto llegó el embajador del Gran Lama de Urga, con el pretexto de festejar un aniversario. Al día siguiente vinieron a buscarme con gran pompa, en medio de un estruendo de campanillas, de petardos y de aclamaciones populares. El consejo de los doce *nomekhans* estaba reunido. Me situaron en el centro. En silencio me presentaron un largo pergamino en el que, para sorpresa mía, leí que hubiera sido elegido para ostentar un alto cargo si, durante mi misión europea, no hubiera yo dado pruebas notorias de mi incapacidad. Dirigí a la asamblea una mirada apagada, ya que presentía que todos estaban ocupados en espiarme con toda la fuerza de su atención. Cualquiera que hubiera estado en mi lugar se hubiera defendido de estas acusaciones, puesto que el castigo habitual de estos juicios secretos era la muerte. Pero mis experiencias anteriores con la astucia oriental me sirvieron. Si habían decidido suprimirme, sólo podía salvarme un milagro. No podría escapar con mis únicas fuerzas. Era necesario adivinar antes lo que esperaban de mí. Yo sabía que era superior a ellos en ciertos ritos que los santuarios brahmánicos nunca habían comunicado a los budistas. Obligarme a desvelarles esos misterios. Eso es lo que perseguían con tan enrevesadas maniobras. Sin embargo, yo no quería incumplir con la palabra que había dado. Por lo tanto, esperé, frente a la potencia de esas doce voluntades, ávidas por arrancarme mi secreto, en el silencio de aquella sala, en medio del bullicioso monasterio y de la ciudad jubilosa. Ningún desierto me había parecido antes tan terrible.

Mi impasibilidad debió de sorprender a mis jueces. Se me llevó de vuelta a mi celda, tras haberme puesto en el pulgar, en señal de honor, un soberbio *teco*, que es un anillo de jade grabado y cincelado.

Los *nomekhans* no pretendían pues atentar contra mi integridad física. Pero yo temía ser sometido a torturas de otra índole, que no les eran desconocidas, y a las que nunca había visto resistir a ninguno de los desgraciados que los políticos de los consejos secretos habían apresado. Los sabios no hablan de este arte, pero la gente del pueblo cree que ciertos lamas pueden lanzar detrás de ti a una horda de demonios. Entiende que no te diga nada sobre este punto.

De hecho, es lo que pasó. Los planes de fuga empezaban a brotar en mi cerebro pero, ¿cómo llevarlos a cabo? No podía salir solo. No tenía otra ropa que una gran toga de lana y un gran sombrero. No tenía dinero. Me desesperaba. Luego intenté emplear la sugestión hipnótica para ganarme a uno de mis servidores. Pero se habían anticipado a mis planes. Todos estaban, por decirlo así, hechizados por el gran consejo. Tuve las mayores dificultades para conseguir que mis intentonas permanecieran secretas. Estaba atrapado como una mosca en una tela de araña. Durante una semana, estuve dudando, cumpliendo con los ritos públicos, con el rosario de cuentas en los dedos, las enseñanzas en los labios, ya que me habían permitido conservar el decoro y las funciones de un dignatario. Lo que por otra parte no eran sino cadenas. Luego mi nerviosismo se calmó y el cansancio comenzó a minar mis energías. Es lo que esperaban mis tentadores. Cuando me supieron lo suficientemente debilitado, impresionable, desesperado, mandaron buscarme, proponiéndome el cargo de abad de uno de los conventos de Lhasa, haciéndome visitar desde los sótanos hasta los tejados. Las riquezas que allí había amontonadas son inimaginables. Habitaciones enteras llenas de piedras preciosas sin cortar, otras colmadas de joyas, otras de monedas, de armas, de objetos de arte, de manuscritos, de dibujos, de muebles, de colecciones de plantas, de minerales, de animales desaparecidos, de instrumentos mágicos, de vestidos. Fui deslumbrado. Mis

manos se abrieron a pesar mío hacia estos tesoros. Pero, antes de que la fiebre de poseer me invadiera completamente, pude decir a los que me acompañaban: ¿Para qué vale esto? El oro desaparece, la ciencia es vana, la belleza no habita en absoluto en esta tierra. Entonces, cambiando de táctica, me saludaron como al que esperaban para llevar a cabo sus proyectos, los cuales me explicaron. Se trataba de echar la mitad del antiguo continente sobre la otra mitad, para subyugar la tierra entera bajo su dominación. Me vi héroe, semidiós, adorado por millones de hombres. Toda la belleza, toda la potencia, toda la riqueza serían mías, toda la inteligencia también y todo el amor que el corazón humano puede contener. Una llama se encendía en mi agotado organismo. Escondí mis manos en las mangas para que no las vieran temblar. A mis pies estaban los tesoros de los hombres, bajo mis ojos el horizonte espléndido, las cimas, el éter, los bosques, en la inocencia de su esplendor primaveral, sobre las terrazas inferiores, los novicios y los monjes, doblándose en dos en mi presencia, me servían el vino de la ambición.

Tú establecerás la gloria de nuestro señor, el Buda, sobre toda esta tierra, me decían los cardenales lamaicos. Quizás cambies tú el destino de nuestro mundo. Quizás puedas tú, ayudado por el entusiasmo de las multitudes, someterlo a nosotros. Vivirás por siempre, presente sobre estas montañas, también presente por donde quieras, ignorado, si así lo quieres, objeto único bajo la mirada de los hombres, si así lo quieres. Y durante horas, estos solitarios, normalmente mudos, desgranaron durante horas en mi oído el rosario de las sublimes concupiscencias.

El reino invisible de Buda se abrió a mi espíritu, su aureola me rodeó por un instante. Pero, entre las ruedas fluidas de rayos de diamante, a través de las llamas de oro que brillaban en mi cerebro, al fondo de las lavas de rubí que fluían por mi pecho, en todo lo alto del dado de zafiro inclinado sobre mi cabeza, apareció un ligero resplandor, fresco como una gota de rocío, dulce como un soplo de viento en los vergeles floridos. Entonces pude responder: El señor Buda ha dicho: Todo es ilusión. Por lo tanto no pueden destruir las ilusiones creando nuevas ilusiones. Permitan, oh muy sabios, que solo, tanto en el desierto como en la ciudad, destruya primero en el fondo de mí la ilusión radical. Solamente entonces la Verdad querrá quizás bajar, entonces podré responderles, entonces serviremos juntos a todos los budas y a su padre, el Inconcebible. Con estas palabras, los *nomekhans*, vencidos, se retiraron.

Mis sufrimientos habían acabado. Algunos días más tarde, un hombre llegó con una caravana de comerciantes chinos. Por otra parte, me parece que usted conoce a este personaje –añadió Andreas. Llegamos a la conclusión de que mi salud necesitaba un clima más benigno, ofreciéndome bajar con él hacia la India. Acepté. Qué encanto el de este viaje a través de silenciosos valles, a la sombra de los bosques de pinos, de carrascas y de abedules. De tarde en tarde nos encontrábamos con un pequeño oso pardo, con un gamo, con monos; el águila gris nos seguía desde lo alto del cielo; las flores de las montañas de Europa, ranúnculos, philadelphus, clematis, anémonas, se multiplicaban a medida que avanzábamos hacia las fértiles colinas del Alto Nepal. Sólo tomamos el tren en el Sarán, para dirigirnos hacia el Bihar, el Burdwan y Madhupur en dirección al Ganges hasta Calcuta. Y durante estos tres meses, cuántas lecciones vivientes me fueron enseñadas por este misterioso compañero al que ya no creía volver a ver sobre esta tierra.

El sol estaba ya fuerte cuando Andreas se calló. Se tumbó a la sombra, en una cuneta, invitándome a dormir como él un par de horas.

Bajamos entonces a la granja de su amigo, que hacía tiempo que divisábamos desde la cima en la que estábamos. Nuestro anfitrión era un campesino viejo y grande, que llevaba patillas y aros de oro en las orejas. Nos hizo visitar sus establos, sus cuadras y, después del almuerzo, sus vastos campos de cultivos hortícolas. Charló a solas con Andreas, aproximadamente media hora, tras lo que nos despedimos.

Apenas en ruta, Andreas me preguntó: ¿Ha soñado usted esta mañana?

-Sí –contesté yo-, pero eran mis recuerdos de la víspera: la granja, el trabajo, la lluvia...

-¡Ah! ¿Y por qué –preguntó- si la vida material influye sobre el sueño, no influiría el sueño sobre la vida material?

-Es ingenioso lo que dice usted. ¡Qué ciencia tan oscura la oniromancia!

-Es un poco culpa nuestra. Nos ponemos vendas en los ojos y luego nos quejamos de no ver claro.

Caminé unos minutos en silencio, juntando mis fuerzas para franquear definitivamente el muro que notaba delante de mí.

-¡Muy bien! –dije con todo el ímpetu de mis esperanzas más queridas, con toda la fuerza de mis deseos más profundos. ¡Hágame ver!

-¡Oh! Doctor –exclamó él suavemente, con un aire de reproche- ¿Por quién me toma usted? Entienda usted que yo soy ignorante, impotente, incapaz. Cuando todavía era joven, hay cosas que creía poder hacer, pero ahora, cada día, cada minuto me doy cuenta de que no valgo nada.

Se calló. Su mutismo estaba lleno de cosas incomprensibles para la razón, pero que mi corazón escuchaba. Sin embargo, yo analizaba mis sensaciones con plena consciencia. Mis piernas recorrían alegremente el camino bajo la sombra creciente de viejos manzanos. Mis pulmones se llenaban con las delicias del viento fresco del crepúsculo. Una fuerza magnética se estremecía en mis músculos y en mis huesos. La cabeza estaba tranquila, ya que en ese momento yo enumeraba los motivos lógicos que habrían podido explicarme la conducta de Andreas. Y entonces, desde el fondo profundo de mí mismo, muy lejos de la sede ordinaria de mi voluntad, había otro yo, no desconocido, pero poco conocido, que se elevaba, y que replicaba a Andreas con la voz, con la boca de mi primer yo, pragmático y cotidiano.

-Sin embargo, hay hombres que saben, que pueden. Hay un hombre... Quizás muy lejos... Quizás muy cerca... Aquel del que me habló... -dije pensando en el compañero de viaje al que había hecho alusión por la mañana. Por otra parte, no podía evitar asociar a este hombre el recuerdo del desconocido que presidía los funerales de Desiderio, ni del personaje con el que me había cruzado la mañana de mi primera visita a Andreas.

-No sé si debo –murmuró Andreas meneando la cabeza. Si le enseño la Luz que yo he visto, usted querrá también tomar una parte de ella. Pero en el camino que conduce hacia ella, todo ha sido dispuesto para alejar al paseante. Pavimento malo, polvo, cuestas, baches, sin sombra, cruces donde nos arriesgamos a ser atropellados, pasos sombríos donde los bandidos tienden emboscadas por la noche...(su voz vibró de repente, como una cuerda de violonchelo). Y cuanto tenemos los pies ensangrentados, empapados de sudor o helados por la ventisca, con las rodillas despellejadas y el estómago vacío, ¡aún tenemos que seguir avanzando! Gritó con una extraordinaria concentración de energía y toda su potente estatura.

Este hombre, por momentos, te removía el corazón, como el león sacude a su presa antes de llevársela. Yo me maravillaba de todo lo desconocido de lo que él me parecía ser el guardián. Y como es normal, hice, en el intervalo que siguió, los más pueriles juramentos de valentía, de perseverancia, de todo lo que me pasó por la cabeza.

EL TIGRE

Para la comprensión de la narración, debo mencionar desde ahora el relato que me hizo Andreas, bastantes meses más tarde, de uno de sus viajes a Siam. Lo cuento tan exactamente como mi memoria me lo permite.

-Ya sabes –me dijo una tarde- que en una época ya lejana viajé a través de la cuenca septentrional del Saluén. Las leyendas que corren sobre esos territorios todavía desconocidos habían sido determinantes para mi elección. Montañas, bosques interminables, cursos de agua aún no descubiertos, una flora y una fauna exuberantes, tigres para cazar, todos encantos irresistibles...

Tan pronto me liberé de la escuela y de los consejos de la familia, corrí a visitar la India. Después, fascinado por mil estampas maravillosas, fui a Rangún a descansar y preparar un viaje menos precipitado por Laos y el Shan. Queriendo penetrar el alma de estos pueblos, me ayudé de una estratagema que mi escepticismo de entonces me presentaba como legítima.

-Me había dado cuenta de la extrema cortesía que los orientales manifiestan hacia los europeos. Sin embargo, me parecía algo forzado, dictada por sentimientos que no eran la simple bondad, o el temor. Creí que la explicación era la conciencia de una cierta superioridad sobre nosotros. ¿Pero en qué consistía dicha superioridad? Por otra parte, estos pueblos son profundamente religiosos. Incluso para un observador poco atento, está claro que la India y los territorios vecinos son terreno abonado para cualquier clase de sacerdotes. Los laicos pueden mofarse accidentalmente de tal o cual sacerdocio, pero, en el fondo, la veneración que les tienen y el temor permanecen intactos. Así pues, me creí muy listo convirtiéndome en budista. Ya hablaba el hindú. Estudié el pali para poder descifrar en los textos las palabras del Sublime. Me acostumbré a caminar con los pies desnudos, a contener mi actitud y mis miradas. Me deshice de mi equipo de explorador. Desconfiando de la rapidez con la que los más nimios incidentes se propagan de boca en boca, llegando a veces muy lejos, entre estas gentes a las que el trabajo no absorbe totalmente, fingí subirme a un paquebote que zarpaba y, con la complicidad de un amigo, me cambié de traje rápidamente en su cabina, tras lo que volví a bajar al muelle, transformado en monje mendicante. Un cambio tan radical en mis costumbres y mi régimen produjo toda una transformación de mi mentalidad. Me había convertido en un anónimo, solo, no poseía más que una toga, una escudilla y un bastón. Al cabo de unos días me olvidé del vividor que solía ser. Me sentía renacer en vigor corporal y lucidez cerebral. Me perdía en la fuga de los días, de las semanas, de los meses. Simplemente vivía. Eso es todo.

Antes creía que los bonzos siameses eran indolentes, desocupados, perezosos. ¿Acaso no nos los presentan nuestros orientalistas como simples concedores de algunas fórmulas rituales y algunos lugares comunes filosóficos? Pronto me di cuenta de mi error, apenas hube pasado unos días en un lejano convento en el que me hice acoger con facilidad. Cada novicio es asignado a un Perfecto al menos durante un año. Me confiaron a un hombre maduro, simpático y tranquilo. Pero, mientras que todos los errantes con los que nos encontramos tienen un aire ausente, este sacerdote mantenía un rostro afable y una eterna sonrisa. De complexión bastante corpulenta, con la cabeza rapada, una cara fina y ese aplomo eclesiástico que se encuentra en todas las latitudes, me recordaba a los sabios y vigorosos provinciales franciscanos o benedictinos que se encuentran en Italia, cuya silenciosa y activa inteligencia es el factor más efectivo para la perennidad del catolicismo.

Así era aquel que yo llamaba monseñor, al que lavaba los pies tres veces al día y servía.

Las primeras semanas fueron deliciosas. Levantado antes del amanecer para barrer el patio y poner orden mientras que todos estaban aún en sus celdas, yo gozaba ingenuamente del frescor, del aire embalsamado por el bosque cercano, del silencio, del exquisito cielo. Todo el día quedaba perfumado por dichas alegrías matinales. Y la lectura de la tarde me encontraba en la misma quietud.

Sin embargo, no me olvidaba del objetivo de mi viaje. Se presentó una ocasión para acercarme al mismo. Era la época en la que Francia empezaba a conquistar el Tonkín. Detalle poco conocido por nuestros diplomáticos, las hostilidades habían agitado todas las montañas donde nacen el Río Claro y el Río Rojo. En cuanto a las razones de estas inquietudes extraordinarias de tribus tan lejanas, nunca pude conocerlas.

Sea como fuere, mis budistas birmanos tenían relaciones con monasterios y ermitas perdidas hasta las cercanías de los Lolos. Había que realizar trabajos de construcción, trabajos activos, para los que me juzgaron muy apto a causa del vigor físico. Al principio, mi preceptor me dirigió un pequeño discurso en el que me expresó, con términos discretos, entre elogios y consejos, que no estaba muy convencido de la sinceridad de mis convicciones religiosas. Y, sorprendido por su inciso, yo protesté con indignación.

Está bien, hijo mío –me contestó sonriendo, sin mirarme a los ojos. Pero entonces ¿Por qué buscas el veneno?

Me quedé estupefacto, porque tenía razón. En secreto, había fabricado un cerbatana, hecho acopio de largas espinas y estaba buscando, para coger su veneno, a las terribles víboras grises, cuya picadura mata en un minuto. La razón era que, para mis futuras exploraciones, necesitaba armas contra las fieras. No le había dicho nada a nadie acerca de estos preparativos. Pensé que me habían espiado. Lo negué con la mayor sangre fría. Pero el Venerable volvió a decir: hijo mío, la mentira es un suicidio. El tigre ya no puede hacerle daño a aquel que ha vencido a la ira. Todavía debes vivir en la ilusión antes de ver lo Permanente. Ve pues a las montañas desde donde tu destino te llama, allí arriba aprenderás cómo quien se desprende de los doce encadenamientos puede penetrar en los pensamientos del otro.

Nos fuimos cinco o seis.

Todos los relatos de los viajeros se asemejan. Te contaré el mío. Te imaginas los encantos de esas largas jornadas silenciosas. Superaron lo que yo esperaba. Pero las noches fueron penosas a causa de los mosquitos y de las bestias venenosas. Sin embargo, por una casualidad singular, en dos meses de marcha a través de selvas, bosques, roquedos y marismas, ninguno de nosotros fue picado.

Paso por alto las largas semanas que empleamos en construir el Vihara. Yo me impacientaba, elaborando sin descanso nuevos planes para volver a desecharlos. Estábamos en la vertiente oriental del Río Negro. Por consiguiente, sólo me restaba seguir por uno de los numerosos arroyos que bajaba por la montaña para estar seguro de llegar en algunas semanas al corazón del Tonkín. Residíamos en una meseta herbosa rodeada de bosques. El aire de allí era aromático y estaba cargado de electricidad. También, de acuerdo con las escrituras, nuestro superior nos había ordenado una severa abstinencia.

Sólo yo tenía derecho a salir para recolectar las raíces y los frutos que constituían nuestro único alimento. Yo me sentía tranquilo, desapegado, un poco somnoliento, conquistado por la poderosa influencia de aquella frondosa naturaleza y por el magnetismo colectivo de este grupo de hombres de vuelta de todo.

Una mañana, en el bosque, saltando un árbol caído, el ruido que hice despertó a una de esas terribles víboras grises que estaba buscando. Se alzó más rápida que un relámpago. Mi mirada se cruzó con sus ojos fijos y fríamente crueles. Entonces huyó, tan rauda como el chasquido de la punta de un látigo. Pero el cazador que llevaba dentro resucitó de repente en mí. Me lancé sobre ella de un salto, teniendo la suerte de romperle

el cuello. Le arranqué los colmillos, recogí el contenido de sus glándulas de veneno en el hueco de una piedra. Decidí marcharme con la puesta de sol.

No había Luna esa noche. Yo escondía en mi toga amarilla mi cerbatana y mis pequeñas flechas envenenadas, poniéndome en marcha inmediatamente. La empresa era bastante temeraria. No había nada que temer de los que dejaba atrás, pero sí mucho de aquel país, infectado de bestias feroces. Las abruptas pendientes de esas montañas son un revuelto inextricable de altas hierbas, de arbustos espinosos, de rocas, donde merodean los tigres. Desde la segunda noche de marcha empecé a oírles. Así pues, para dormir un poco tuve que pasar las noches sobre los árboles, bastante alto. En cuanto a los reptiles, no había manera de evitarlos. Me confié a mi buena estrella.

Sólo encontré agua al sexto día. Bebí por un buen rato y seguí el arroyo, de cuya buena dirección me había asegurado a partir de la posición de las estrellas. Al cabo de una semana, el arroyo se convirtió en torrente. Luego su curso se sosegó. Pensé que podría utilizarlo. Me construí una especie de balsa con bambú y lianas, tras lo que me embarqué tranquilamente.

Sólo divisé a un hombre al cabo de otra semana. Era un individuo bastante grande que conducía bueyes. Hubiera querido detenerme, pero no pude hacerlo, ya que sólo llevaba una espadilla de timón. Había cambiado dos veces de curso de agua. Ahora navegaba por un río, la corriente era menos fuerte. De repente, algunas horas después de aquel encuentro, un rugido lejano llegó a mis oídos. Al siguiente recodo, el sonido aumentó, a la vez que mi balsa hacía piruetas sobre un remolino. Comprendí que se me aproximaba a unos rápidos. Mi corazón se encogió. Para maniobrar me hubiera hecho falta la destreza de un salvaje. Me sentí perdido, por poco alta que fuese la cascada o que tuviera rocas. Nada que hacer. El río se encajonó bruscamente entre paredes lisas. El ruido se volvió ensordecedor. Me sentí arrastrado como una hoja por los remolinos espumosos. Sentí una caída, una contusión, una zambullida. El instinto me hizo emerger a la superficie, yendo a parar agotado, zaherido, a una lengua de arena donde perdí el conocimiento.

Un dolor agudo me despertó. Me estaban desgarrando la espalda. Un peso enorme me aplastaba. Un olor a putrefacción me asfixiaba. Estaba acostado boca abajo. No podía moverme. Comprendí que un tigre estaba sobre mí. No se daba prisa por llevarse. Su lengua áspera lamía la sangre que manaba de mi hombro. Recobrando completamente mi entereza, vi con la lucidez de la desesperación el medio de sacar una flecha de mi pecho –era un milagro que no me hubiera dañado ninguna-, pero el animal me hubiera matado en su espasmo de muerte. Da igual. Hay que probar suerte. Con extrema lentitud, conseguí doblar un brazo, coger una flecha. Iba a tratar de volverme un poco para dirigir mi golpe cuando el animal profirió un rugido terrible y, con todo el peso de su cuerpo, metió aún más profundo sus garras en mis carnes. Creí que me moría de dolor. Mis movimientos convulsivos me habían orientado hacia la orilla del río. Por encima de mi cabeza veía el terrible morro de la fiera. No se ocupaba de mí. Miraba algo. Busqué con la mirada, divisando a un hombre de gran envergadura que venía tranquilamente hacia nosotros. El sufrimiento me había devuelto mi presencia de ánimo. Ya ni siquiera sentía las fuertes garras hundirse en mis músculos como si éstos fueran fundas ensangrentadas. Miré al recién llegado. Vestido de una tela amarillo rojiza, sus piernas y el lado derecho de su torso desnudo, mostraban una musculatura y una perfección de líneas admirables. Su espacioso pecho, sus hombros anchos y macizos, el gesto dominador de su cabeza, la grandeza de sus rasgos expresaban una fuerza poco común, tanto física como moral. Se trataba ciertamente de un europeo, o uno de esos brahmanes de pura casta cuya piel es tan clara como la de un provenzal. A pesar de mi aturdimiento, observaba con placer los armónicos movimientos de aquel hombre. Me sorprendió que llevara barba. Hubiera querido ver su rostro, pero sin duda, mi agotamiento sólo me dejaba ver, cuando enfocaba mis ojos, una bruma violeta sólo perforada por el punto brillante que era su rostro. El tigre

rugió. Oí cómo su potente cola golpeaba el suelo como azotando la dura superficie. El hombre sólo estaba ya a unos pasos. Las garras del tigre entraron más profundamente, como si fuera a saltar. Sentí cómo temblaban sus patas. Lanzó un maullido agudo. El hombre estaba allí, posando su mano sobre la frente aplanada de la fiera. Los terribles músculos se relajaron, el peso que me aplastaba se retiró. La bestia feroz se marchó, siguiendo los pasos de mi salvador, con las orejas gachas y las corvas flexionadas. En la maleza, el desconocido se paró y lo oí decirle al tigre en francés: No te castigaré: Vete, pero no ataques más al hombre. La bestia lamió los pies del singular domador, tras lo que desapareció entre la espesura.

Este hombre me levantó, lavó mis heridas, me hizo un vendaje con hojas atándolo con lianas. A continuación, habiéndome preparado una cama sobre una roca cercana, fue a buscar frutos para nuestra comida. Después de que yo hubiera comido y dormido, consintió en hablar. Ya habrás adivinado quien era mi salvador –sentenció Andreas tras un momento de silencio.

LA ORACIÓN

Retomo ahora el relato de nuestro paseo en el punto en el que lo había dejado. A pesar de que estos recuerdos revistan a veces formas un poco románticas, espero que se comprenda la intensidad del interés que yo ponía a las revelaciones de Andreas, si se tiene en cuenta de que, a pesar de los numerosos fracasos que sufrí en mi búsqueda de un verdadero maestro, había mantenido el entusiasmo de mi juventud, así como la asegurada certidumbre del éxito. Aquellos que han albergado una misma pasión durante toda su existencia me comprenderán.

Andreas, tras haber casi aceptado mi solicitud, se había puesto taciturno. Me ofreció tabaco y, prendiendo su pipa, me dejó a un lado, caminando durante un cuarto de hora solo por el medio de la carretera.

Cuando volvió a ponerse a mi lado, me mantuve en silencio, sin saber cómo reanudar la conversación. Fue él quien habló.

-Sí, doctor, créame. Las pruebas de las que habla Jamblique, el pozo de Raziel al que descendió Moisés, los antros olímpicos, los misterios de la Isla de Sein, los de Samotracia, los reductos subterráneos del Bramacharia, donde van a reunirse con él todos los dioses del inframundo, los dragones que impiden subir a la torre del Invariable Medio, los mismos tiranos, manchados de sangre, coprófagos y sodomitas, a los que adoran algunos hombres descarriados. La estancia en cualquiera de estos lugares, la presencia de cualquiera de estos seres no demanda tanta energía como el esfuerzo vulgar, diario, continuo y simple, hacia la Luz de las luces. En esta subida, hay momentos en los que nadie, comprende usted, nadie –y su voz rugía- tendría la suficiente fuerza como para levantar un párpado si un ángel no fuera enviado... ¡Ah! Doctor. ¡Eso es lo que nos enseña la oración!

Estas últimas palabras me desconcertaron. Siempre había considerado los misterios antiguos como el sumun de la gloria humana, cuya conquista exigía una voluntad todopoderosa. Resultaba que mis libros me habían engañado. Había otra cosa.

-Pero –pregunté yo-. ¿De qué iniciación habla usted? ¿De qué oración?

Se paró y, dándome un rápido repaso de la cabeza a los pies, respondió: He olvidado todas las iniciaciones. Te lo puedo asegurar. Pero, te comprendo. ¿Por qué rezar, piensas tú, cuando la Causa primera actúa con justicia, con bondad, con perfección? La oración no sería entonces más que una puerilidad, un síntoma de la ceguera de nuestro corazón, o un tenaz egoísmo. ¡Sería, según tú, el niño caprichoso que lloriquea por su juguete, el orgullo que se cree lo bastante importante como para que el universo se adapte a su voluntad, o el ser que no concibe que su deseo pueda no ser satisfecho!

-¡Oh sabio! –y su poderosa mano se depositaba amistosamente sobre mi hombro- ¿Nunca has visto a un lactante en el seno de su madre, a una mujer sobre el pecho de su esposo? ¿La piedra enterrada, no busca salir a la superficie? ¿Acaso no perfora la planta el muro para encontrar la luz? Las bestias se paran frente al Sol al menos una vez al día. El océano se levanta con regularidad por la influencia de los efluvios selénicos que lo revivifican. Los pueblos persiguen la felicidad, los planetas también, inclinándose por los polos. Tu inteligencia sólo es tan vasta porque ha preguntado mucho. ¿Quiere esto decir que cada uno de estos seres pregunta como habría que hacerlo? No, la creación entera es imperfecta, pero posee el sentimiento de esta impotencia, y el presentimiento de un éxtasis superior.

Si la perfección y el ideal no existiesen, ¿Habría tenido la Providencia el cruel valor de sembrar estos sentimientos en nuestras profundidades? El camino del hombre es similar al del resto de los seres. Que siga con toda simplicidad el sentido espontáneo de la vida, palpitante en su interior, y no será posible que yerre.

Me quedé un buen momento, por la oscura carretera, repitiéndome estas palabras. Me parecían preciosas y definitivas. Nunca había oído algo parecido. Mi emoción me impedía razonar. Todo lo que podía hacer era grabármelas en la memoria.

EL PHAP

Andreas continuó diciendo:

-El hombre del que quiere usted hablarme, doctor, es efectivamente aquel que vio usted con anterioridad, en el entierro de Desiderio. En Europa, se llama Teofanías. Me lo encontré por tercera vez en Lhasa, donde me detuve viniendo de Siam, después de haber realizado un trayecto por China, Mongolia y Kiajta.

Recordaré siempre con placer estos viajes, esos trenes atravesando la selva o la estepa, las siluetas de las fieras despertadas en las altas hierbas. De vez en cuando la negra cúpula de un solitario de ojos rojos. También los extraños compañeros de viaje: Ingleses o americanos vestidos de caquí, el caballero nativo con turbante y traje blanco, el tropel de santones de todas las sectas y todas las religiones, el bullicio de los grandes arrabales, los caravasares y los puertos, el dulce encanto de las playas, la majestad de las nieves perpetuas suspendidas sobre tu cabeza, la grandiosa melancolía de los desiertos de arena o de hierbas. Es así como aprendí a ver la belleza que reside en todo y en todas partes. A una casa de obreros de seis pisos le encuentro una poesía, lo mismo que al puntilloso Himalaya.

Había dejado a los brahmanes del Decán porque, cansado de los áridos estudios de la física oculta, esperaba entrar antes en el alma hindú iniciándome en sus formas de culto. Llegué a Benarés provisto de todas las cartas de recomendación necesarias para que el desprecio que inspiramos a los orientales no fuera sino una ligera desconfianza, puesto que la gentileza de aquellas gentes despierta la ironía del que conoce sus verdaderos sentimientos hacia los comedores de vaca, como nos llaman. Por otra parte, nuestros funcionarios o nuestros sabios no podrán conquistar la confianza de un oriental en sólo unos meses. Cada uno de estos interlocutores guarda cuidadosamente para sí su verdadera opinión, ya que cada una de las dos razas se cree, con la mano en la conciencia, superior a la otra.

Me había enrocado primero en el estudio de la ciencia natural, pero no llegué a extraer conclusiones satisfactorias de mis experiencias. Pensé que sólo debía fiarme de mí mismo, creyendo que mis facultades de observación y de reflexión no estaban lo suficientemente desarrolladas para extraer de mis trabajos las enseñanzas que los brahmanes decían que contenían. Era simplemente porque no disponía de suficientes documentos. Así pues, me fui para Java, luego hacia las planicies, para volver a las montañas.

Es al final de esta segunda estancia en el Himalaya cuando pasé por las pruebas de las que le hablé el otro día, de las que Teofanías, en su cuarta visita, supuso el desenlace. Yo me había ordenado lama. Como conocía los caracteres wu-wang, y podía casi escribir en tibetano, adquirí enseguida una buena posición en la jerarquía, poniéndome al servicio del astrólogo jefe de un gran monasterio, el Perún Mabré. Este palacio, esta ciudad más bien, está poblada por casi quince mil personas. Este lugar protege al Dalai, a pesar de que éste permanezca casi siempre invisible. Mi función era calcular cada día la hora de las ceremonias de un pequeño templo especial, ya que allí todo se rige por la astrología, y le aseguro que es una disciplina complicada.

Así pues, fue en una mañana de aquellos tiempos cuando volví a ver a Teofanías. Tenía aún la misma cara que hacía veinte años, pero la expresión de sus rasgos había cambiado, a pesar de que todas las líneas de su cuerpo y todos sus movimientos siguieran estando marcados por la misma potencia sobrehumana. Por la carretera donde estaba, se me juntó una caravana que escoltaba a un phap anamita hasta la ciudad.

Teofanías me vio, llegando hasta mí sonriendo. Apenas hube estrechado la mano que me ofrecía, un sentimiento inexpresable se apoderó de mí. Me sentí sumergido en un

baño de luz de una dulzura y una fuerza infinitas. Desde el corazón hasta la punta de los dedos, todas las células de mi cuerpo se estremecían con la misma sensación liberadora, como si hubiese pasado del fondo de un calabozo al aire puro que barre las cumbres al amanecer.

-¿Cómo estás –me preguntó- y qué tal está Stella?

Con este recuerdo, Andreas se detuvo para sonreír apacible, tras lo que continuó diciendo:

-Quise hablarle de mis trabajos de madurez, pero él me dijo: ¡Pronto tendrás noticias mías! Y se fue con la magnífica mirada que usted conoce quizás. Su escolta, que se había parado en un lado, se puso en movimiento. Me quedé mirando su silueta atlética subiendo la cuesta hasta que un recodo del sendero la ocultó a mi vista. Volví a mí de la especie de éxtasis que su aparición me había causado.

Así fue su tercera visita.

-Y sin embargo –dije yo- usted había visto muchas cosas, algunas terribles, en todos estos sacerdotes de oriente.

No oí la respuesta, puesto que yo mismo estaba absorto. Veía como las profundas tinieblas en las que erraba desde hacía tanto tiempo, eran perforadas por una tenue luz. Nada podía pasarme que fuera irremediable. Si me había metido en un callejón sin salida, podía volver al buen camino. Si me esperaba una decepción, ésta sería menos dura, puesto que ya la habría previsto. ¡Y si me encontrara ante la consecución de mis esfuerzos! En estas reflexiones me encontraba cuando la trompa de un tranvía nos anunció la proximidad de la ciudad. Nos separamos para volver cada uno a su casa.

LA AVIACIÓN

Charlábamos una noche, en casa de Andreas, del progreso extraordinario que la ciencia de la aviación experimentaba por aquellos días, y todo el mundo coreaba el atrevimiento, el ingenio y la pericia de los hombres volantes. Nuestro huésped no parecía compartir nuestro entusiasmo, y alguien le hizo el comentario.

-Claro que sí –protestó él. Encuentro que todo eso está muy bien. Además, al mismo tiempo se distrae a la opinión pública. Nos preocupamos menos de las cosas indispensables y molestas.

Uno de nosotros habló entonces de la civilización, de la defensa nacional, de la cultura de la energía, del espíritu empresarial necesario para que un pueblo pueda mantener su estatus.

-¡Claro! –respondió Andreas. Son previsiones muy acertadas, pero ¿llegarán a cumplirse? ¿Contribuirán todas las invenciones a la felicidad de la humanidad? Saben ustedes bien que sólo una cosa es necesaria tanto para las naciones como para los individuos: la ayuda del prójimo. Además, esos aviadores son atrevidos, sin duda, pero, si no hubieran tenido ninguna ayuda, a pesar de toda su perseverancia, de su ciencia, de su desinterés, de su valor, no hubieran alcanzado el éxito que han tenido. El hombre no se imagina cómo recibe ayuda en todo lo que emprende.

- ¡Muy bien! Si el Cielo ha ayudado a la aviación, ¿no se tratará de un excelente descubrimiento se mire por donde se mire?

-¿El Cielo? –dijo Andreas meneando la cabeza. Sí y no. Evidentemente nada puede ocurrir sin el permiso del Cielo. Pero deja hacer muchas cosas que no son más, en último extremo, que caprichos, curiosidades o codicias. El Cielo no se opone a toda la gente que pone demasiada mantequilla en la sopa, pero no se lo ha ordenado, puesto que les manda lo contrario.

-Pero entonces –replicó un joven pasante- si un pueblo no se mueve hacia delante, los otros lo sobrepasan, lo oprimen y finalmente lo conquistan.

-Sí, respondió Andreas con una sonrisa, es correcto, pero yo no digo que un pueblo deba dormitar en una apacible indolencia. La Naturaleza no lo permite, por otra parte. Mire lo que les ha pasado a los Boers...

-Entonces, ¿tienen razón los ingleses? Interrumpió enérgicamente un viejo empleado.

-¡Eh! No, yo no digo eso. Los Boers se equivocaban al no salir del aturdimiento de su existencia patriarcal, pero Europa se ha equivocado todavía más al no hacer nada por defenderles.

-¿Qué hace falta que haga un pueblo? Preguntó el aprendiz.

-Lo mismo que el individuo. Hace falta que trabaje, que se interese por todo, que se mantenga en su posición, y que no tenga miedo de molestarse y de gastar dinero para ayudar, cuando sea necesario, a pueblos más atrasados.

-¿No es eso lo que ha hecho Francia?

-Sí, a menudo. No es por casualidad –añadió Andreas con cierta gravedad- que Francia sea la hermana mayor de todas las naciones. Y no soy chovinista por decir eso.

-¡Oh! –dijo el pasante, que había viajado un poco. Nosotros somos los menos chovinistas. Hay que oír lo que los americanos, los ingleses o los alemanes piensan de su país, para darse cuenta de que somos modestos...

Andreas hizo un gesto evasivo que detuvo al joven abogado, pero se calló. Entonces, pregunté a mi vez.

-¡Bien ¿Y la aviación?

-¿Qué es lo que quieres saber? Preguntó nuestro maestro.

-Díganos algunas cosillas.

Andreas pareció hacer algunos esfuerzos de memoria, mientras que su mirada tomaba una expresión abstracta. Luego, habiéndose sentado, nos dijo lo siguiente:

Todo llega hasta el hombre a través de modelos (clichés), ya sea porque su camino los trae hasta aquí abajo, o porque el deseo humano los atrae. Pero muy pocos de entre nosotros son lo bastante fuertes como para desviar un modelo de su camino. Los modelos constituyen todo un mundo universal. Son el conjunto de los dibujos de Dios, de los trabajos que Él ha preparado para nosotros y para todas las criaturas. Hay modelos cósmicos. La creación es el mayor de los modelos. Modelos planetarios, continentales, raciales, nacionales, individuales. Los hay meteorológicos, astronómicos, religiosos, científicos, políticos. Una enfermedad, una boda, una catástrofe, un libro, un infortunio, un nacimiento, una muerte son todos modelos. Una batalla, un asesinato, una erupción volcánica, un gran premio, el álgebra, un gran discurso, esta reunión de esta noche aquí, todos son modelos. Incluso los objetos, un cañón, un navío, la catedral, las instituciones políticas, un tribunal, una ley, una ciudad, una montaña, un aparato, un automóvil, son modelos. Un aeroplano es también la materialización de un modelo.

-Eso es iluminismo platónico –dijo el doctor en letras.

-¿Cree usted, señor, que Plotino, Porfirio y los demás inventaron algo completamente nuevo, que no han hecho sino reproducir entidades intelectuales? Y sin esperar la respuesta, Andreas continuó agitando la mano vivamente.

-No, créame, el hombre no es más que un copista más o menos hábil e ingenioso. El cerebro no es más que un aparato fotográfico más o menos sensible.

-¿Dónde sitúa usted la voluntad? Replicó el universitario.

-Ella abre o cierra la espita –retomó Andreas. Pero –añadió con una especie de saludo– hay excepciones. La gente muy fuerte, muy inteligente, puede hacer mucho por medio de la voluntad. Mientras que nosotros, los comunes, somos conducidos un poco en rebaño. Estoy hablando de lo que ocurre en general. Bien. Entonces, da igual que el hombre, ávido por encontrar algo nuevo, o por ganar dinero, o por hacerse la vida más cómoda, o por cualquier otro motivo, busque a partir de su propio movimiento, o por voluntad de Dios o que la marcha natural de las circunstancias le sitúe en el camino de un modelo. Se producirán los mismos fenómenos. Si rechaza el modelo, éste se aleja, luego vuelve. Si el hombre lo rechaza una segunda vez, el modelo vuelve una tercera vez. Y si el hombre lo rechaza una vez más, se va definitivamente. De todas formas, si el hombre sólo acepta al segundo ofrecimiento, su tarea será más penosa que si hubiera acogido de inmediato el modelo. Si acepta a la tercera vez, la invención le costará muchas más penas. Lo que yo llamo aquí “el hombre” es otra cosa que la entidad de la que se ocupa la psicología. Me refiero al espíritu del hombre, del verdadero yo, de lo que está más alto que la consciencia.

Si el yo se interesa por el modelo, éste se detiene. Estos dos seres permanecen en presencia mutua durante un tiempo más o menos largo. Se penetran recíprocamente. El espíritu humano magnetiza, por decirlo así, al modelo, construyendo a partir de él una imagen vitalizada de mayor o menor fuerza. Cuando ese trabajo de asimilación espiritual, de digestión, finaliza, el modelo modificado se marcha, siguiendo su camino. Entonces la imagen sube encima del cerebro, de la mente, quiero decir y, cuando ésta la percibe, nace de repente, en la cabeza del hombre, una idea. Él no sabe de dónde le viene eso, o cree que es el resultado de su inteligencia, de sus investigaciones, pero éstas no intervienen para nada. La Naturaleza no tiene sentido de la propiedad ni del amor propio del autor. Una vez percibida la primera intuición por la consciencia, lo que el hombre llama normalmente la voluntad, se puede unir a este resplandor o despreciarlo. En el primer caso, la imagen flota por algún tiempo en torno al hombre y, si éste no se ocupa de ella con decisión, se va, con la posibilidad de que un cerebro más hospitalario, más abierto o más curioso la acoja. Si la voluntad acepta la intuición, ahí empiezan entonces las

inquietudes, los trabajos, los deberes del inventor, pero el éxito final hace que se olvide de todo.

-No quiero más que creerle –dijo el filósofo, tras un momento de silencio-, a pesar de que todo eso se parezca mucho a las leyendas mitológicas. ¿Pero cómo pasa esta misteriosa imagen del inconsciente a lo consciente?

-Voy a explicárselo –respondió Andreas-, en cuanto me haya usted enseñado antes con palabras o con letras cómo se convierte el cero en uno, cómo la sensación física produce la percepción, la idea. Ve usted que estamos encerrados, en un cercado, más aún, entre cuatro paredes. Estudiar las geometrías de las dimensiones que sean, es un ardid, no una solución. El instinto, la intuición perciben el no-yo por una especie de contacto, de puesta en presencia. Pero eso no es bastante para la inteligencia. Ella quiere darse cuenta. Entonces, la inteligencia diseca, corta, toma notas, destila abstracciones. Cuando está sana, llega a una idea correcta, pero a menudo no lo está. Entonces el sistema científico ya no responde a la realidad.

-Entonces, tengo mucha razón de no haber estudiado más –declaró un robusto y joven hombre de rasgos enérgicos, que había estado callado hasta ese momento.

-No, te equivocas –le respondió Andreas. Al contrario, hay que estudiar y hacer actuar a la razón. ¿Por qué si no nos la habría dado el Buen Dios? Pero hay que acordarse al mismo tiempo de que no sabemos nada. Reflexionar, deducir, alinear cálculos, hacer esbozos, ecuaciones, todo eso, son actos útiles. Simplemente, hay que dejarlos en su lugar. A aquel que, por ejemplo, tiene ganas de construir un aeroplano, la idea fundamental le viene de la visita del modelo, y de su deseo. Él se esfuerza por volverlo realidad por medio del conocimiento que posee de las leyes del mundo físico. Construir una bicicleta exige nociones de aritmética, de geometría, de mecánica, pero montar en bicicleta es un instinto. Los que tienen sentido del equilibrio aprenden antes. Sin embargo, no hacen cálculos sobre el desplazamiento del centro de gravedad. Razonan muy poco. Es la experiencia, la práctica, lo que les sirve. Lo mismo se cumple para el automóvil, la natación o el simple caminar. Cuando quisieron enseñarnos a caminar, cuando éramos pequeños, no nos hicieron ningún croquis. Admita pues que el trabajo del intelecto está siempre subordinado a una percepción instintiva o intuitiva.

- ¿Pero de qué depende a su vez esta percepción? ¿Del modelo? ¿Y el modelo, qué lo dirige? Preguntó una detrás de otra el joven.

-El modelo es un ser vivo –respondió Andreas. Así, los segadores son un modelo de muerte para las espigas que siegan. Tienen su propia existencia, su destino personal. Ciñéndonos al terreno de los descubrimientos, todos los aparatos que el hombre ha inventado son analogía de metal o de madera de órganos o grupos de órganos de la vida animal. El corazón es una bomba aspiradora y compresora. El sistema nervioso es un telégrafo, y así todo. Incluso se produce esto, de un diluvio al otro, en la tierra. Las tensiones psíquicas se convierten, entre treinta a sesenta siglos más tarde, en un aparato y, mucho más tarde, este aparato objetivo se convierte a su vez en un órgano fisiológico. Por ejemplo, en el curso del último año platónico, los Atlantes se ocupaban mucho de la transmisión del pensamiento. Sus esfuerzos terminaron por atraer a la atmósfera fluida terrestre las fuerzas que permitieron el telégrafo sin hilos y, quizás, después de uno o dos diluvios, habrá hombres naturalmente provistos de un sentido telepático.

-¡Qué imaginación! –exclamó el filósofo en voz baja.

-A que sí, señor –le dijo Andreas con una alegre sonrisa. La voluntad de una masa de hombres, mantenida durante mucho tiempo, atrae lo que le place, vive, evoca la vida. Lo que transmite el pensamiento, para seguir con el mismo ejemplo, no son fluidos, son, en el fondo, seres. Hace algo más de ciento cincuenta años, se acercó a nosotros un planeta en el que viven animales con muchas patas, ojos saltones y caparazón, como gigantescos coleópteros. Fueron ellos los que constituyen el modelo para el automóvil. Tras unos

cincuenta años, se hallan, en una región inexplorada del globo, algunas parejas de seres alados. Son ellos los que, sin quererlo, por su sola presencia, ayudaron a resolver el problema de ser más pesado que el aire.

-Si es así –preguntó el ajustador con los ojos brillantes de interés-, ¿no podemos hacer que estas criaturas se nos acerquen, aumentar su número y hacer algo para utilizarlas?

-Eso no –dijo Andreas. Podemos hacerlo, pero no hay que hacerlo. Cuando digo: podemos hacerlo, me refiero a que un hombre muy fuerte y muy atrevido podría hacerlo. Pero no conozco a nadie capaz de conseguir ese empeño. Ustedes deben haber comprendido, si he sido claro, que el mundo de los modelos es la llave de la vida universal. El Padre sólo la confía a aquellos que son los suficientemente sabios como para no servirse mal de ella. Y hay que sufrir terriblemente, créanme, para aprender esa sabiduría. Hay que haberse sacrificado, que haber perdonado, que haber trabajado durante siglos y siglos. Todos recibiremos un día esa llave, se lo prometo, pero pongámonos inmediatamente a la obra. ¿No piensan así ustedes? –Añadió, dirigiéndose a todos.

Luego, volviéndose hacia el doctor en letras:

-Ve usted, caballero, que en resumidas cuentas todas esas imaginaciones desembocan en la simple y común moral.

-Sí –concluyó el viejo empleado- ¡Manos a la obra! Sin embargo, me parece que al contactar un modelo con el espíritu humano, el modelo debe salir diferente de cómo había venido.

-Es correcto –respondió Andreas. Tenemos influencia sobre los modelos, una influencia inconsciente, pero real. Conténtese con ayudar al prójimo y cumplirá usted con su deber en todos los casos imaginables.

EN LA CORTE

A la semana siguiente regresé a Menilmontant. Encontré a Andreas trabajando. Sobre su mesa de trabajo estaba fijada la bola de hierro del grabador y, buril en mano, labraba los ornamentos de un pequeño gong, en cuyas volutas se enmarcaban caracteres hieráticos.

-Es vieja escritura china –me dijo sonriendo. Los señores que se hacen imprimir por Leroux se meterían en un lío si tuvieran que descifrar esto.

Stella apareció, acompañada de un visitante, un hombre grande y gordo, bien vestido, de exquisitos modales. Yo debía conocerle de los círculos oficiales, pero no fui presentado.

Después de informarme de si Andreas disponía de tiempo, le pedí la continuación de la historia que me de alguna manera me había prometido. Accedió con agrado. Había recuperado su aire paternal. Nunca se hubiera creído estar en presencia del mismo hombre que parecía leer en los corazones, tener poder sobre la enfermedad y levantar los ánimos decaídos.

-Comprenderá usted –me dijo-, por lo que conoce de la política oriental, que son muchas las razones que me impiden darle el nombre de los países y de los personajes que visité durante mi último viaje diplomático. No es que no tenga confianza en usted –añadió-, pero todo esto está repleto de secretos que no son los míos, y que no puedo revelarles.

-Le comprendo perfectamente –respondí yo. Usted me ha acogido con demasiada bondad. Le debo ya demasiado para oponerme a la reserva con la que juzgará usted pertinente dirigirse a mí.

-¡Ah! –siguió diciendo, parando de cincelar y dirigiéndose a su mujer. Para mí fueron muy tristes aquellos días pasados en los esplendores sucesivos del antiguo Oriente y del moderno Occidente. Yo sabía que estabas allí, muy cerca, amiga mía. Tú no ignorabas mi cercanía. Y ni siquiera una vez pude romper aquellas cadenas de la pompa que sin embargo me envidiaban los miles de pobres diablos que acudían de todas partes para ver al misterioso embajador de las misteriosas montañas. Incluso yo, reconocí, entre los diplomáticos y los engalanados estados mayores, más de un rostro que me había encontrado en otra ocasión. Nadie, sin embargo, de entre todos ellos, me dejó nunca ver en su fisonomía otra cosa que no fuese la curiosidad. Yo había debido cambiar mucho. Incluso tú, Stella, sin la clarividencia que da el amor, ¿hubieras encontrado en este hombre macizo, al que las nieves, los vientos y el sol habían arrugado la cara y endurecido la mirada, a aquel que en otros tiempos llamaban –y se rió suavemente- Andreas el guapo?

Su mujer se había puesto de rodillas, besándole sus delgadas y musculosas manos. Él la incorporó sin esfuerzo, continuando su relato apretándola junto a él. Estas efusiones, que ninguna pareja de su edad hubiera podido permitirse sin caer en el ridículo, por la nobleza de sus actitudes, por la gravedad de sus rostros, por un yo no sé qué de inexpresable, hacían nacer solamente la emoción pura de un espectáculo sobrehumano.

Andreas continuó con voz tranquila:

-Sin embargo, mientras que asistía una noche a una fiesta, impasible como debe ser, mientras mi pensamiento se lanzaba hacia ti, hacia tu querida presencia, de la cual sólo cincuenta horas de vías férreas me separaban; mientras que yo buscaba en vano algún truco que pudiera, durante algunos días, vencer la vigilancia de mis subalternos, vi, al lado del monarca que me alojaba, el augusto rostro de Teofanías. Mis huesos se estremecieron. Conservé aún la sangre fría necesaria para saludar y responder a los agasajos. Un pariente del rey me presentaba bajo un nombre falso a este hombre

misterioso en quien yo había depositado, poco a poco, toda mi confianza, ya que en aquella época, todos le creían menos noble que el altísimo dignatario tibetano que yo parecía ser.

Intercambiamos algunas frases oficiales en inglés.

Me dijo que había viajado por Oriente, habiéndose interesado mucho por la sabiduría de mis supuestos compatriotas. Se lo agradecí, en nombre de mis mandatarios, tras lo que nos sentamos a la mesa real. Mi falso rango de gran lama hizo que me sentara a la izquierda del soberano, mientras que frente a mí, Teofanías se sentaba a la derecha de la reina. A la vez que representaba mi papel, un papel bastante extraño, de cuyas dificultades sólo podía salir olvidándolas lo más posible, adquirí la certeza, más fuerte que nunca, de la existencia de un Principio divino que guía al hombre paso a paso hasta Él mismo, con una delicadeza y una ternura tan grandes como si nuestra conducta pudiera influenciar de alguna manera sobre su inmutabilidad esencial. Teofanías me miraba sin embargo. De sus ojos salía una fuerza, una atmósfera fluida, que aclaraba mis confusas intuiciones, que coordinaba mis energías dispersas, y me hacía descubrir, desde la cima del espíritu, un horizonte nuevo y más magnífico.

No vea usted, doctor, en esta especie de éxtasis interior, una fascinación magnética. Mis entrenamientos me habían despojado de toda pasividad a este respecto. Ninguna luz hubiera podido ni podrá bajar mi mirada. Hay en Teofanías algo que escapa a los sentidos, a los razonamientos, a las investigaciones. Es un no sé qué... No puedo explicarlo –añadió tras haberme lanzado una ojeada escrutadora. Creo haber recorrido todos los infiernos y todos los paraísos que los antiguos sabios de Oriente hayan podido descubrir desde hace dos o tres diluvios. Ningún ser, sea cual sea su aspecto, ningún ambiente, sea cual sea su fuerza, se parece al aspecto, al resplandor de aquel que debía, una vez más, como ya se lo he contado, salvarme de una muerte inevitable.

Nunca he visto a Teofanías servirse de los subterfugios que los aventureros de la política cosmopolita emplean con tanto arte. Pero su conducta, su actitud, el sonido de su voz, su mirada, su gesto, eran de una gran movilidad. En ocasiones, tenía la cabeza inspirada de un tribuno. Otras veces, el aire paternal de un buen padre de familia que escucha las cuitas de sus nietos. Otras, la sonrisa irresistible de un dios. Otras, la intensidad insostenible de un vistazo. Con amigos, la palabra se afirma, neta, golpeada como un bronce sonoro. Un instante después, tratando con un medio sabio, aparecen las dudas y las aquiescencias de cortesía. A la orilla de la carretera, consuela con compasión a la pobrecita cuyo marido no tardaba en volver de la taberna. En el palacio, predijo fríamente al príncipe las desgracias que iban a abrumarle. Resiste a cansancios aplastantes, al insomnio, al estruendo de problemas insolubles, y sólo se queja de una migraña. Resucita a los muertos, le da órdenes al mar, a la tierra, a los invisibles, y repite que ni sabe ni puede nada. Afirmando no abrir nunca un libro, pero sabiendo en qué pagoda se encuentra qué manuscrito, en qué resquicio de qué montaña crece una planta rara. Aconsejando al agricultor, al soldado, al diplomático, al cura, al marino, al tendero, al artista, al erudito. Ofreciendo a cada uno el medio de darse cuenta de la laguna técnica, de la debilidad de sus sentidos, de los defectos de su gusto, de la palidez de su voluntad. Sin altivez, pero nunca he visto a nadie comportarse con familiaridad hacia él. Sin servilismo, dando a cada uno la deferencia que exigía la etiqueta, pero varios de los grandes de la tierra se honran acercándosele. Un enigma, en una palabra, que sólo muy pocos edipos podrían adivinar.

-¿Sabe usted –pregunté mientras que Stella se ocupaba del almuerzo- lo que cuenta la leyenda de los Rosa-Cruces? Si lo he entendido bien, el último extremo de la evolución del hombre es el mismo: que el perfecto sea nombrado verdadero Rosa-Cruz, adepto, amigo de Dios, santo, o reintegrado, importa poco, ¿no es cierto?

-En efecto –contestó Andreas. Los sabios –se refería a los sectarios del ocultismo-

emplean términos idénticos para designar estados muy diferentes y también términos diferentes para designar el mismo estado. La Rosa-Cruz es una cosa, la santidad es otra, el amigo de Dios ha llegado a un desarrollo muy característico, al igual que el adepto, y así con todo. Pero en última instancia todo se unifica, para diferenciarse de nuevo según la voluntad del Padre, en el Cielo. Lo único es que, lo que yo llamo última instancia, el límite, está lejos, tan lejos, que ni siquiera Gautama pudo franquear la centésima parte de la distancia que nos separa de ello.

-En ese caso, qué debemos, qué debo hacer yo, si quiero llegar al estado en el que usted está, en el que está Teofanías?

-Pero, doctor –protestó Andreas con vehemencia. No crea usted que yo sea más que los otros. Yo no tengo ningún poder.

-Sin embargo, permítame que se lo diga, no es usted lógico, salta a la vista que usted sabe y puede hacer una infinidad de cosas que yo no puedo alcanzar.

-Se lo repito, doctor, yo no soy superior al resto de la gente. Incluso soy más pequeño que muchos otros.

Su pregunta es un poco, ¿cómo diría yo? Estrecha, ya que, ¿cómo puede usted juzgar con antelación qué se posee para alcanzar tal o cual estado?

-Es correcto –asentí. ¿Pero qué es lo que debería preguntar?

En este punto Andreas sorteó mi impertinencia diciendo:

-Discúlpeme, tengo que sacar vino del tonel –contestó con el mismo tono que hubiera empleado para hablar de los más oscuros misterios. Es a esa constante mezcla de las vulgaridades de la vida material y de las sublimidades de la vida espiritual, sucediéndose sin entrecrocarse, tan natural era en él la simplicidad, a la que atribuyo la especie de encanto que su recuerdo ejerce todavía sobre mí. Considero esta simplicidad como la prueba más concluyente de la verdadera grandeza de espíritu.

Cuando volvió a subir, con los brazos cargados de botellas, se detuvo frente a mí para decirme casi violentamente:

-Doctor, yo sé una cosa: hay que hacer la voluntad de Dios, hacer todo lo que podamos, más de lo que podamos, y no preocuparse de nada más.

HACIA LA INICIACIÓN CRÍSTICA

Y se marchó a la cocina para liberarse de la carga. Luego, sacó agua con la bomba, enfrió el vino en una paño mojado y volvió para rogarme que me sentara a la mesa.

Stella era una chef consumada. Tenía la teoría de que hay que alimentarse según se hace en la comarca que tiene el mismo clima que el lugar donde vivimos y, como ese día hacía mucho calor, había añadido especias terribles, sobre todo curry. Durante la comida, no me dejó beber otra cosa que no fuese agua, y un poco de aguardiente rebajado y perfumado que preparaba ella misma. Y se ocuparon los dos de mí a las mil maravillas, como si estuviese convaleciente. Yo me dejaba querer, ya que la cocina era exquisita. Por cierto que mis anfitriones comían muy poco.

Cuando felicité a Stella, ésta me dijo: Es Andreas quien me ha dado estas recetas. Durante un tiempo, es él quien ha cocinado. He probado platos extraordinarios pero, créame, donde mejor se come es en el norte de la India. Acaba usted de catar una muestra.

Sin embargo, yo no perdía de vista los verdaderos objetos de mi curiosidad, y de vez en cuando hacía una pregunta prudente:

-¿A qué llama usted "el límite"? ¿Es el Tao de Lao Tse? ¿Es el Parabrahm, el Ain Sof, el Nirvana?

-Todo eso –dijo él- son palabras. ¿Se escandalizará usted si le digo lo que pienso?

-Trataré de entenderle –respondí.

-Bien. Yo creo que el cerebro más poderoso de la tierra sólo puede reflejar la imagen de una fracción infinitesimal del cosmos. Yo creo que la inteligencia posee vida, pero que no es la Vida, que si la cultivamos con exclusividad, trabajamos con un reflejo, mientras que en nosotros hay una realidad, que es el corazón.

Bueno –pensé yo. Misticismo, bhakti...

Lo que yo llamo "corazón" –prosiguió, después de haberme lanzado una mirada perspicaz- no es el sentimentalismo contemplativo de la monja de clausura. Es también eso, sí, pero además son todos los sentimientos, todos los amores, todos los odios, todas las alegrías, todos los dolores, las risas, las lágrimas, las melancolías, la hinchazón del músculo para el esfuerzo, las emociones de la adolescencia, las ambiciones de la madurez. Es la vida entera que hay que vivir. Purificar nuestro cuerpo astral es ducharse para adquirir poderes mágicos. Es el acto lo que hay que purificar, sublimar, unificar. Esa es la verdadera imitación del Verbo.

-¡Ah! –exclamé yo- ya comprendo por qué Teófilo Schweighardt enseña que aquel que practica el primer libro de la Imitación de Jesucristo es ya casi un Rosa-Cruz. Hasta ahora sólo había visto ahí una simple religiosidad sin profundidad.

-Ese hombre tenía mucha razón –dijo Andreas.

-Entonces, ¿las palabras del Evangelio deben interpretarse literal y absolutamente? Si vivimos bien, ese "suplemento" que el Cielo nos da "además" lo abarca todo: ¡Ciencias, poderes, facultades trascendentes!

-Es exactamente eso –contestó Andreas, empujando hacia mí el bote de tabaco. Lea el Evangelio con la mayor simplicidad, con toda su inocencia. Poco a poco, lo que le parece insípido se volverá sabroso. La ley es simple... Hacer lo que se le pide, hijo mío... Servir es su lema... Aquel que sirve a los hombres será servido un día por los ángeles –decía envolviéndose en una nube de humo.

Frases vacías, pensarán quizás. Estas palabras son, en efecto, frías y vacías sobre el papel, pero cuando llegaron a mis oídos, ¡qué vivas estaban, qué vibrantes eran, cuantos ecos dormidos despertaron en mí! Cuánto echo de menos esas tranquilas sobremesas en aquella casita pintoresca, la calma de esa cuasi soledad solamente interrumpida por los

gritos de los niños, por el ruido de los pocos coches que pasaban. ¡La aparición de esa fuerte silueta, de modales llenos de bondad afectuosa, la vista de ese rostro rudo y augusto, a Stella trajinando, despierta y alegre, con los ojos preñados de aurora! ¡Mi melancolía se adaptaba tan bien a su magnífico otoño! Hoy, el invierno ha llegado a mí. Me queda su recuerdo, que me da fuerza, tanto como su presencia me había dado la luz en el pasado. Todavía me la da, algunas veces, renovándose en la tranquilidad de las noches.

-Así pues, maestro –dije tras un silencio- puedo abandonar la especulación, luchar contra el deseo de saber, contra el ardor de actuar según el ideal esotérico, como dicen los libros que obra el mago, según la serena voluntad que ha conquistado.

-¡Los libros! –exclamó Andreas mientras Stella sonreía con indulgencia. Pregúntele lo que piensa. Ha leído todos los de la tradición occidental, los alemanes, los ingleses, los latinos y los franceses. Yo he despachado muchos otros. Él que quiera quedarse ahí que se quede, pero quien quiera cumplir su verdadero destino, incluso en detrimento de sus aparentemente más nobles deseos, que ése se limite al Libro único, a la Vida que se multiplica a su alrededor, en cuya maraña le será permitido, cuando llegue el momento, poner un poco de orden.

-¿Y es verdaderamente más difícil vivir simple y llanamente que abstraerse, durante los días y las noches de toda una existencia, con áridos textos, al margen de todas las vanidades del mundo, de todos los falsos placeres sobre los que la muchedumbre se precipita?

-Ya lo verá usted, doctor, si prueba –respondió Andreas. Los actos más insignificantes pueden tener una gran influencia sobre su futuro y el futuro de los seres que le rodean. Sus filósofos han cavilado sobre el grano de arena de Cromwell, pero no han sospechado que muchas de las órdenes de las criaturas inateriales están unidas al hombre. Usted probablemente ha aprendido algo sobre el tema en “de revolutionibus animarum” de Loria.

-Sí –dije yo. He leído ese libro en Rosenroth.

-¡Y bien! Todo tiene su importancia. El matrimonio, por ejemplo, que hoy nos esforzamos en demoler a toda costa, ejerce una repercusión muy lejana en el futuro de los esposos, y está motivado por causas no menos profundas. Pero hay que entender que la búsqueda de ese pasado y de ese futuro sería vana para nosotros. El presente, ese es nuestro territorio. Buscar hacia delante o hacia atrás sería pueril. No digo que la gente que hace esas investigaciones se equivoque. Toda búsqueda es útil. Pero usted, doctor, que quiere la voluntad del Cielo, yo, que soy un ignorante, nosotros debemos contentarnos de aprender, en toda circunstancia –óigame bien- a olvidarnos siempre y en todo lugar en beneficio de los demás. El amor entre el hombre y la mujer sólo es por lo tanto una escuela elemental del amor de las almas para las almas. Cuando este último se inflama, los amantes pueden estar separados por toda la extensión del zodiaco. Aún así sienten su presencia mutua, y el coro de sus oraciones sube en un solo vuelo hacia el Padre, el Hijo y el Espíritu.

Como se había puesto de pie al pronunciar esta última frase, yo también me levanté para marcharme.

LA BABEL ESPIRITUALISTA

Habíamos ido a ver, Andreas y yo, una colección de papiros, recientemente presentada en el Louvre y subíamos los dos hacia Montmartre. Llovía. La Plaza de la Ópera, y sobre todo la Plaza du Havre parecían, con sus baches, sus charcos, sus empalizadas, una muralla bombardeada. Camiones, autobuses, tranvías y taxis, conjuntando sus trompas, sus sirenas y sus campanas, lograban conseguir el más ensordecedor de los estruendos. Entre las ciénagas, las lámparas eléctricas cegaban. Una multitud de enormes masas corría entre las tinieblas y las luces para coger los trenes de cercanías. Evidentemente, los diablos rabiosos hostigaban a esta gente, habiéndolos arrojado fuera de las tiendas, de las oficinas o de los talleres sólo para asarlos en otros hornos. La mayor parte de estos peatones estaba en silencio. Los otros charlaban deprisa, como si, para todos, la tumba no estuviera cercana.

-Y sin embargo –dijo Andreas, que parecía haber leído mi sensación-, es bueno para ellos que estén ahí y que se agiten así. Sí, eso les valdrá para avanzar...

-Pensaba también –contesté- en otra confusión, más cercana a mis inquietudes. Por todas partes, se intentan conciliar los diferentes espiritualismos. Se buscan los puntos comunes del yoga, de la cábala, de la gnosis, del budismo, del taoísmo, del pitagorismo, del catolicismo, del hermetismo, de todos los panteísmos y de todos los humanismos. Se analiza, se acerca...

-Y –interrumpió Andreas con una sonrisa- queriendo construir un monumento, sólo se consigue una chapuza.

-Es a causa de ese temor por lo que estoy buscando un indicio, una dirección.

-¡Muy bien! Cuénteme.

-Pues bien –proseguí-, durante esta última quincena, he leído libros de los líderes de las diversas escuelas neo-espiritualistas, psíquicos, neocatólicos, protestantes liberales, católicos que se definen como ortodoxos, investigadores que se creen convertidos en adeptos. Por supuesto que creo que todos esos sabios son sinceros y están convencidos. Lejos de mí la sospecha de que sean voluntariamente los secuaces de una diplomacia oculta. Pero digan lo que digan, veo que la mayor parte de entre ellos son anticristianos, yo diría más bien anticrísticos, si la palabra no sonara un poco desfasada.

-No estás del todo desencaminado –contestó Andreas.

-Por ejemplo, la Señora Blavatsky se sirve de las concordancias astronómicas que vemos en las vidas de los fundadores de religiones. Que Juan el Bautista haya nacido en el solsticio de verano y que el Cristo haya nacido en el solsticio de invierno, que haya resucitado en el equinoccio de primavera fue ya puesto de manifiesto por Dupuis, por Ragon, por Vaillant y por muchos otros, que ampliaron esta evidencia para Lao Tse, Krishna, Buda, Pitágoras, Platón y muchos otros. Partenogénesis, tentaciones, sufrimientos, identificaciones con lo Absoluto, suplicios, todo está ahí...

-¿Y qué prueba eso? –interrumpió Andreas. ¿No ves que querer deducir un parecido espiritual de un parecido material es una argumentación de materialista?

-Pero, sin embargo, las ciencias adivinatorias...

-Las ciencias adivinatorias van de lo físico a lo mental, pero no a lo espiritual. Del hecho de que la sangre, la linfa y los reflejos sean los mismos en el hombre y en el perro, ¿deducirías que ambos poseen la misma inteligencia y la misma alma?

-Yo sé bien que el Cristo es único, que es diferente de sus predecesores y de sus sucesores en la historia del mesianismo universal. Sé que en él, su cuerpo fluídico, astral, si se quiere, su cuerpo mental, fueron organismos sanos y santos, sabios y potentes como los de los más altos de entre los adeptos, pero que su yo, su individualidad, fueron un acto especial, una voluntad particular de lo Absoluto. En el hombre ordinario, el yo es

un elemento compuesto, en el seno del cual dormita la luz divina del alma. En Cristo, es esta luz, despierta, perfecta, resplandeciente, la que constituye su yo, su voluntad. Es realmente el hijo de Dios. Los otros salvadores sólo eran hombres, pero creo que algunos de ellos fueron inspirados por Dios a intervalos, y sobre todo creo que pueden ayudar a sus fieles con la simple pero indispensable condición de que éstos traten de practicar el mandamiento principal: la caridad.

-Sí, ahora veo –dijo Andreas- lo que han escrito los sabios de los que me acabas de hablar. No pueden comportarse de otra manera. Es mejor, o menos malo, que sigan con este razonamiento hasta el final de su línea de pensamiento actual.

No contesté nada, pues no era la primera vez que veía a Andreas no darse prisa por convertir a la gente a sus opiniones. Luego siguió diciendo:

-No, nuestro Amigo no ha dicho: “Mi Padre celestial y yo (mi ego encarnado) somos la misma cosa”. Si su ser visible hubiera sido el Padre, ni los hombres ni el planeta hubieran podido soportar su deslumbrante esplendor. Él dijo con mayor simplicidad y exactitud: “Yo y mi Padre, somos Uno”: la misma esencia y no la misma substancia.

Tampoco dijo: “Mi Padre, yo, vosotros, discípulos iniciados en mi doctrina, somos uno, consumados en la Unidad”, sino que dijo: “Que ellos sean uno, como nosotros somos uno, como Tú, Tú estás en mí y como yo estoy en Ti, que sean uno en nosotros. Porque esos discípulos saben de ciencia íntima y verdadera, saben que he salido de Ti”.

Entonces pregunté:

-El Cristo dijo: “Mi Padre es más grande que yo”, y en otro parte: “Mi Padre y yo somos uno”.

-No hay contradicción en ello: Es en ti donde está la contradicción que crees ver en ese texto. A veces, es Dios quien habla y a veces es el hombre. En el Evangelio, todo no puede ser dicho. Por otra parte, no lo comprenderíamos. O, por decirlo de otra manera, todo ha sido ya dicho, pero el hombre no comprende, y es imposible explicarle aquello para lo que no tiene ya en sí mismo una intuición latente. Hace falta tiempo.

-Es verdad –continué diciendo-, que hay una economía de la Revelación. Es verdad que la inteligencia humana se agranda. Pero entre el modernismo y el dogma ortodoxo ¿no hay acaso una simple diferencia de iniciación? La divinidad de Jesús es incompreensible, está por encima de la inteligencia. Es un fenómeno, un estado del ser que ha tenido lugar al margen de lo creado, de lo relativo, mientras que nuestro intelecto sólo puede funcionar en el interior de esas últimas esferas. Está claro que existió, en la Iglesia primitiva, una reserva acerca de ciertos dogmas, una iniciación si queremos decirlo así, pero la palabra del sacerdote nunca podía proporcionar esa luz al neófito. Es únicamente Dios quien posee la cualidad y el poder de hacerse conocer por aquél que juzga digno.

-Sí, hay verdad en lo que dices, amigo doctor, pero nadie – ¿me oyes? -, nadie ha visto nunca a Dios, en espíritu. ¿Cómo podemos entonces polemizar doctrinalmente? Está muy claro que la fraternidad, la obligación de la virtud, la existencia de lo Divino, la inmortalidad humana son puntos aceptados por todos. Pero si una escuela rechaza la oración, ya sea porque Dios no existiera, ya sea porque el hombre fuera indigno, ya sea porque el Absoluto no cambiara para agradarnos a nosotros, esa escuela no estaría en la verdad. Hay un Dios. El hombre es lo bastante bajo como para no tener vergüenza de su pusilanimidad. Sería mucho mejor que no pidiese nunca para sí mismo nada material, ¿pero dónde está aquel que tiene fe? Y por último, lo Absoluto, a pesar de que de esa manera contraría nuestra lógica humana, modifica sus planes y sus proyectos cuando así le apetece a uno de sus buenos hijos. Un proyecto nuevo no le preocupa, ni tampoco sacar algo nuevo de su tesoro. Como puedes comprender, sus recursos son infinitos. La oración se sitúa en las antípodas de los entrenamientos del Raja Yoga. Hay muchas clases de éxtasis, muchos más de los que los “adeptos” conocen.

-Por consiguiente –dije yo-, si Pablo de Samosata niega formalmente la divinidad del Cristo, si Arrio, en el 325, si el Concilio de Milán en el 355, si el Concilio de Esmirna en el 357, si el Segundo Concilio de Angora en el 358, declaran esta misma tesis; si en el 349, el Concilio de Antioquía proclama dicha divinidad y en el 380, el Concilio de Zaragoza sostiene que la naturaleza humana de Jesús no es más que una ilusión; si el Concilio de Éfeso admite las dos naturalezas, eso prueba simplemente que la luz intelectual abandona a los hombres a los que ya no alimenta la Luz moral. Viene a colación señalar, junto a un filósofo católico contemporáneo, las palabras de San Agustín a los maniqueos: “Aquellos que hacen estragos contra vosotros ignoran qué difícil es encontrar la verdad y evitar el error”.

-Sí, esas son bellas palabras –contestó Andreas meneando la cabeza. Tienes demasiada prisa, doctor. Tienes mucho tiempo delante de ti.

-Sin embargo, ¿es que no sería mejor perder ese tiempo?

-¿Eh? Sí, pero no de esa manera –dijo con una afectuosa sonrisa. ¿Descubrir si Dios es personal o impersonal? Ni siquiera comprendemos si una piedra puede o no tener libre arbitrio. Si la escuela oriental quiere decir que Dios no es antropomorfo, estamos de acuerdo. Si quiere decir que lo Absoluto es una entidad abstracta, vacía e informe, entonces no, entonces se está refiriendo a la Nada. No sabemos qué es lo relativo, ¿qué podemos decir de su relación con lo Absoluto? ¿Qué podemos decir acerca de lo Absoluto? No nos convirtamos en gallos. Humillémonos, reconozcamos que somos pobres y pequeñas cositas. Entonces llegarán las luces de ese incognoscible Espíritu puro.

-¿No es –pregunté- la Trinidad cristiana la Trimurti de Krishna, o el Sat-Chit-Ananda de los Upanishads? ¿No sería el Atma el Logos platónico?

-No, pero eso carece de importancia. Cuando eras pequeño, ¿tu madre se ocupaba de tus imaginaciones astronómicas o de tu obediencia?

Y pasando a otra idea, sin relación aparente con la precedente, como solía acostumbrar, Andreas siguió diciendo.

-La partenogénesis de esos hombres extraordinarios, del Cristo en particular, no es un símbolo, es una realidad, es incluso una necesidad fisiológica motivada por la excesiva tensión de los trabajos que tienen que realizar. Los gnósticos se equivocaron feminizando el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es la más desconocida de las tres personas. No, Dios no se encarna en todas las religiones. Los antiguos brahmanes lo sabían bien. Basta con leer su teoría de los avatares. Te digo esto a ti porque podría servirte para algo un día, pero son temas que habrá que estudiar durante siglos para llegar a algún éxito.

Muchos hierofantes modernos, a pesar de ser ricos en preciosas intuiciones, carecen de sentido práctico. La resurrección de cultos desaparecidos, revivificar dogmas petrificados, el revestimiento en hebreo, en griego, en sánscrito o en chino de teorías de autodeificación son las respetables ilusiones de hijos piadosos, la inocencia conmovedora de eruditos perdidos en el sueño, pero también conforman, hay que decirlo bien alto, los oscuros cimientos de una religión futura, compuestos de lágrimas, de sudor y de sangre. Estos pioneros, que no aceptan ni la ciencia positiva ni la fe eclesiástica, envejecen con jeroglíficos metafísicos, con fantasmas, con neurosis. Tendrán suerte si, después de veinte o de cuarenta años de estudios, se dan cuenta de que los símbolos, los arcanos y los ritos exhumados son las veladuras de los axiomas del sentido común, de la sana razón. Y los simples sienten eso instintivamente porque el corazón del hombre es el tabernáculo donde brilla esa Luz eterna de la cual los arcanos del ocultismo no son a menudo sino sombras deformadas.

El hombre moderno está mal equilibrado. La Naturaleza raramente da a luz obras maestras. En nosotros arden llamas que nos consumen, y los dioses del dinero, de la gloria, de la ciencia o del arte tiran de sus pobres devotos y los desorbitan. Es por eso que

los médicos, por ejemplo, encuentran tantas psicopatías en los espiritualistas, en los místicos, en la masa de creyentes y en los pseudoguías de dicha masa.

El experimentador de la hiperfísica puede permanecer frío, pero el sentimental, el que se lanza hacia el misterio con todo su corazón, ansioso y doloroso, deseando tocar lo impalpable y hablar con los moradores de los infiernos y los paraísos, ese, en una palabra, que tiene por objetivo todos los fenómenos ocultos, ese encuentra mil ocasiones para caer en una histeria cualquiera, en una manía, en una alienación mental parcial, o en un orgullo tan inocente como exorbitado. Sin embargo, todos estos enfermos son unos pioneros. No debemos ni despreciarlos ni burlarnos de ellos. Sin embargo, doctor mío, no exageres tus aprensiones. Dile al Señor de Tal, gran fundador de sociedades, que no es más que un orgulloso. Aunque sea verdad, ¿habrás conseguido algo más que herirlo? ¿Habrás cambiado su corazón? Mira en tu interior y verás que no. ¡Muy bien! Deja a los iniciados, a los esotéricos, a los aficionados al éxtasis y a los abstractos redomados. No les provoques. Escúchales si quieren exponerte sus teorías. No los detengas a no ser que te parezca que éstas desembocan en el mal. Trata de obtener de ellos una enmienda práctica, en actos o en pensamientos. Eso estará ya muy bien.

Y así fue como mis entusiasmos de ideólogo recibieron, bajo la penetrante lluvia, una ducha más.

TEOFANÍAS

Mi siguiente visita encontró a Andreas pintando cerámica al estilo noruego, de moda por aquella época. Mientras que él perfilaba sus follajes con un trazo puro, le pedí algunas explicaciones sobre la oración, acto al que parecía otorgar una gran importancia.

-Se ve que nunca ha recibido un tejazo en la cabeza –me contestó sonriendo. Su Cábala sitúa un axioma a la cabeza de sus enseñanzas, que probablemente usted ha leído y releído sin prestarle atención: Todo es un ser vivo –dijo en alguna parte Simeón Ben Jochai.

Hice con la cabeza un gesto afirmativo.

-Entonces, una alegría o un problema es, en cierto mundo, un ser que posee una forma, una inteligencia, una libertad. Sin embargo, si su yo físico está limitado, su yo astral, moral, etc, también lo están. Si un orangután es siete veces más fuerte que un hombre, ¿por qué no habría invisibles más fuertes que las fuerzas interiores que englobamos bajo el término de “voluntad”? Cuando uno de esos colosos le coge de la nuca y lo sacude, como hace usted con un conejo, ¿qué puede hacer usted sino pedir socorro? Eso es la oración. Si, en el bosque, usted es atacado, y usted ha sabido hacerse querer por sus servidores, éstos le defenderán. Por eso, hay que hacerse querer por los servidores del Cielo y, para eso, hay que hacer la voluntad del Padre. Así es como nuestra oración será escuchada.

-Sin embargo –dije yo- la fuerza moral del hombre es limitada.

-Sí, si se la dejamos. Pero ¿y si se la quitamos? ¿Cree usted por casualidad, que el más pequeño de los átomos de su individuo es suyo, que le pertenece? Desengáñese. Todo su yo es un préstamo consentido a su alma. Y, créame –añadió mientras que Stella entraba para sentarse junto a nosotros- sólo hay una cosa por medio de la que el hombre pueda vencer al mundo...

-No lo digas –exclamó Stella. Voy a buscarle la carta que ya sabes, tras lo que subió corriendo a su dormitorio. Luego, una vez abajo, me tendió un papel de China, cuidadosamente guardado en una cartera de cuero.

-Lea –dijo ella con gravedad.

Había algunas líneas en francés, de una caligrafía fuerte y presurosa que se parecía, aunque todavía más enérgica, a la de Napoleón I. Me embargó una emoción sin motivo, mientras que descifraba lentamente los jeroglíficos. He aquí el texto:

“Hija mía, no debe usted abatirse como lo hace. Lleva usted en su interior la fuerza eterna por la que subsisten los ejércitos cósmicos. Es el amor. El es el padre de lo que llamamos tiempo, el bien, el mal, el placer, el dolor. Su virtud todopoderosa transfigura las almas. Es el Maestro supremo de quien aprendemos todas las lecciones. Es la contraseña que aparta a los guardianes de todos los templos. Es la espada cuya sola visión hace huir a los enemigos. Él ignora los obstáculos del mal. Sólo ve en ellos la debilidad. Él olvida el pasado. El futuro no lo inquieta. Él sólo conoce el presente. Él vierte sin miramientos toda su riqueza en el presente. El es el fénix que se inmola sin cesar, recibiendo tras cada sacrificio un cuantioso tesoro de esperanza y de luz.

“Sigue pues tu camino, Stella, y no temas nada. Si has hecho cincuenta veces el mismo sacrificio, estate preparada para hacerlo cincuenta veces más si así se te pide”.

La firma era una especie de rúbrica ilegible, pero yo estaba seguro de que ese papel venía de Teofanías.

-Esa carta –me dijo Stella tras un largo silencio-, la recibí por intermediación de la embajada de China. Llegó dentro de otro pliego a la dirección del plenipotenciario, encargándole de hacerme llegar ese papel sellado con el sello imperial, el dragón de cinco garras. Afortunadamente, uno de los empleados de la embajada, que había sido mi

vecino en Neuilly, donde entonces vivía –hace tiempo, añadió ella como para disculparse-, me conocía. Me entregó con vivas saluciones el sobre que el Hijo del Cielo con seguridad había tenido entre sus manos.

El motivo por el que Teofanías pudo entrar en contacto con este monarca, al que protege el ceremonial más estricto, nunca pude conocerlo.

Contemplábamos en silencio el dragón de oro de cinco garras.

-¿No le parece a usted –retomó Stella-, que las palabras de este... hombre llevan con ellas, aún después de tantos años, no sé qué virtud que, como un soplo cargado de perfumes silvestres, vuelve a dar esperanza y el presentimiento de un Edén desconocido?

-¿Quién es Teofanías? ¿Quién es? ¿Qué es?

-Pero, querido doctor. ¿Crees que te lo diría aunque lo supiera? ¿Crees que si él quiere, no te lo dirá? ¿Has pensado seriamente en la verdadera disciplina de los auténticos secretos?

-Además, el Cristo dijo claramente: Heme aquí, estaré con vosotros todos los días hasta el final.

-Sí, se lo dijo a sus apóstoles.

-¡Todo es posible para Dios! Algunas sectas anunciaron un retorno de Cristo. Yo sé que su Cristo es falso, pero la idea es correcta.

-Sí, querido doctor. La idea es exacta. Hace dos mil años, había un hombre en cierta casa. Se ocupaba de sus asuntos como los hombres de hoy en día, y por la tarde se iba con los demás hombres a la plaza, como vamos nosotros a la cafetería. Si viviese ahora, llevaría chaqueta en vez de una túnica y así con todo. Es necesario acostumbrarse a estas ideas para hacerte más evidente la presencia del Amigo.

-Pero, quieren decirme que ustedes saben que en tal calle, en tal número, vive un personaje que sería... No, no me atrevo a acabar la frase...

-Ves, ves como a veces es mejor callarse. Decir eso sería terrible. Y sin embargo, diserta sobre la naturaleza humana y sobre la naturaleza divina, sobre el conocimiento infuso, el conocimiento experimental y todo lo demás. Diseca a Tomás de Aquino y relee a los jesuitas teólogos del Sagrado Corazón. Siempre llegarás a la misma conclusión: Nada es imposible para Dios.

-Sí, comprendo que haya que callarse. Por otra parte, me parece que el simple contacto íntimo del alma con Dios es tan serio, tan sagrado que, este fervor me superaría, nunca me atrevería a hablar de ello.

-En fin, acuérdate que hemos sido advertidos: Si le dicen que el Cristo está aquí o allá, no vaya. Eso es –retomó tras unos instantes de silencio- todo lo que podemos decirle, creo, en relación a Teofanías. El resto depende de usted. Cuando haya usted dado pruebas de su buena voluntad, cuando no tema perder el camino de su país, le encontrará. Quizás lo vea usted en la calle, o en su casa, o en casa de los grandes, o en un tugurio, o en otra esfera; pero seguramente, él vendrá a usted, cuando haya usted demostrado la humildad y la caridad que son la marca de los hijos de la Luz. Usted no lo conoce, pero él le conoce. Usted no sabe quién es, pero él sabe de dónde viene usted y a dónde va. Por otra parte, acuértese de que el médico está para los enfermos y no para los que están bien.

-¿Y usted sólo lo ha visto cinco veces en toda su vida? –pregunté un poco abatido. Porque si un hombre con la ciencia, con la energía y la bondad de Andreas sólo había obtenido tan escasas recompensas, ¿qué podrías yo esperar, con mi vacilante voluntad y mi falta de valor?

-Lo vimos en otra ocasión los dos juntos –contestó Andreas-, y probablemente nos hará una última visita antes de que dejemos esta tierra.

-¿Piensa usted que debe morir? –pregunté muy sorprendido, puesto que mis lecturas me habían enseñado que el hombre, llegado al grado de ciencia y de potencia en el que

yo tenía a mi interlocutor, debe poder prolongar su existencia terrestre tanto como le plazca.

-Las leyendas del elixir de la vida tienen fundamento –me dijo Andreas. Ha habido hombres, hay todavía algunos que están en la tierra desde hace siglos. Usted mismo los conoce, pero no le diré sus nombres para que no esté usted tentado de juzgarles.

-¿Es que hacen el mal?

-Eso no se debe hacer –respondió él. Cuando un hombre nace aquí abajo, su destino queda fijado. Si viola la ley, sea cual sea la pureza de su intención, sobrepasa sus derechos, y no puede hacer eso sin apropiarse ilegalmente de ciertas fuerzas, sin ejercer violencia sobre ciertos seres, sin trastorno y sufrimiento en torno suyo.

-¡Entonces, lo mejor, es someterse en todo y para todo!

-Sí, doctor. Hay que aprender a obedecer antes de querer mandar.

Se hacía tarde. Me despedí de mis anfitriones muy a mi pesar. Mi provisión de ideas nuevas era sin embargo bastante amplia y tuve, durante los meses que siguieran, muchas ocasiones para abundar en ellas.

LOS COMETAS

Por aquel entonces, hubo un cometa cuya aparición había sido anunciada. Todo el mundo quería verlo, y aproveché la ocasión para arrastrar a Andreas a uno de esos paseos nocturnos que él parecía disfrutar casi tanto como yo. El tren eléctrico de los Inválidos nos dejó una noche en el Val Fleury. Desde allí, los senderos forestales nos condujeron al llano de Villacoublay, desde donde el firmamento era visible casi por entero. Pudimos examinar a placer el astro melencólico.

La belleza de la noche nos tentó. Volvimos a bajar hacia el bosque oscuro y tupido, conversando de unas cosas y otras.

¡Qué paz al salir de la ciudad febril! ¡Qué frescor había en el aromático aire!

La belleza de la naturaleza era serena en su variedad, ya rodeáramos pequeños y cándidos estanques, ya apartáramos las ramas en la maleza, donde los ruidos de los bichos nocturnos se destacaban en el silencio, o cuando, yendo a parar al llano, la luna nos mostraba los altos tejados y las torres de la vieja granja cinco veces centenaria.

De vez en cuando los perros ladraban a lo lejos, en las casas forestales y, en la orilla de las avenidas, nos deteníamos un segundo a mirar a los conejos, al tiempo que Andreas hacía, en voz baja, sus comentarios sobre las costumbres de las bestias y las plantas. Él me mostraba la noble mata de artemisa, que se alimenta de piedrecitas y de desechos, y al humilde tusilago que indica los cambios higrométricos, y al fiero verbasco, preparando para la próxima luna la espiga de su flor fragante y pectoral, y otras muchas plantas por decenas, apacible población, multitud abigarrada y sin embargo armoniosa, amable y familiar como la delicada claridad de los cielos de la Isla de Francia, que Corot ha plasmado tan bien. Andreas también me hacía prestar atención a los ruidos del campo, del arroyo y de la espesura arbórea, al aullido inquieto del zorro que debía tener mucho miedo para arruinar así su caza, al rozamiento de los élitros, a un batir de alas.

Después de haber dejado a nuestra izquierda el Roble Ensangrentado y el Cordón de Arriba, desembocamos a un promontorio arenoso, donde madrigueras de tejones habían sido cavadas entre los brezos, los álamos y las hayas. Una paisaje de una mágica serenidad se desplegaba a nuestros pies. La colina bajaba por una cuesta empinada hasta la charca de Sarcelles que nos enviaba su frescura. Los bajos fondos de Velisy se extendían, sembrados de casitas, hasta las dos líneas de la vía férrea y, más lejos, subían los montes de Viroflay y de Ville-d'Ávray, y los bosques de Fausses-Reposes. El gran silencio lunar bañaba los perfiles estilizados de las colinas cercanas, y las estrellas, por miríadas, animaban los cielos inmóviles.

Nos sentamos para fumar como sachems¹⁹ para, sin duda, gran desesperación de tejones y garduñas a las que seguramente molestábamos en su regreso. Y Andreas habló, con esa voz sin timbre y sin resonancia que él sabía entonar cuando no quería que un tercero le oyese. Una vez había contestado a mi pregunta acerca del motivo de tal precaución.

-El campo tiene ojos y los bosques, orejas.

-Todas estas estrellas –dije yo-, ¿por qué? ¿Cómo?

-El porqué –contestó Andreas-, es el secreto del Padre, y es probable que nos lo diga un día cuando estemos preparados para entrar en su casa. El cómo... Todas las partes de la creación se parecen y se reproducen las unas en las otras. Simplemente, no percibimos, contemplándola, un todo continuo. Vemos fragmentos descoordinados. Esos

¹⁹ Jefe nativo de América del Norte. Nota del traductor.

fragmentos tienen una razón, y corresponden a otros fragmentos en nuestra facultad de conocer. Por eso, en esta tierra, percibimos a los hombres bajo un aspecto de individuos, y a los minerales bajo un aspecto de masa. Levantemos al cielo interior los ojos de nuestro espíritu y veremos a los hombres como un conjunto compacto. Levantemos hacia el firmamento los ojos de nuestro cuerpo, y el inmenso ejército de los astros nos mostrará, agrandado sin medida, el mismo espectáculo que el microscopio descubre en la molécula. La batalla rítmica de los electrones, de los iones, de los magnetones, no es otra cosa que una astronomía infinitamente pequeña.

De manera que –dije yo- quiere usted hacerme ver el axioma hermético griego bajo un nuevo punto de vista: Todo está en todo. Si lo comprendo bien, la ontología real enumeraría modos de existencia: el modo aritmético-lógico, el modo mecánico, el modo fluídico, el modo enérgico, el modo astronómico, el modo ser colectivo, el modo de libertad. Y cada forma viva, cada criatura, morfa o amorfa, definida o indefinida, consciente o inconsciente contendría todos esos modos juntos, pero estaría organizada de manera en percibir únicamente uno de ellos en las otras criaturas junto a las que vive.

-Sí, lo que dices es una especie de reducción de la biología en tabla de Pitágoras. Este procedimiento contiene sin duda aspectos positivos. Sin embargo, sólo es un procedimiento. Sólo te revelará un aspecto de lo Verdadero, bastante exacto y vasto, por otra parte. La sabiduría humana no ha encontrado, por mucho que me remonte al pasado de las doctrinas secretas, nada mejor. Pero el hombre que ha vuelto a ser puro, abandona esos instrumentos intelectuales, dirigiéndose sin intermediarios a los seres que necesita comprender.

-¿Tiene fin este polvo de estrellas?

-Sí, es un campo –me contestó-, al que el Padre ha hecho poner límites. La estrella polar es uno de esos límites.

-¡En efecto! –repliqué yo. Si es un límite, debe de ser la más lejana, y los astrónomos dicen que, de entre las estrellas más cercanas a la tierra, esta estrella polar posee una de las más débiles paralajes. Eso significa que está muy alejada de nosotros. Pero hay otras que lo están aún más.

-¿La Tierra está pues en el centro del mundo? –Dijo Andreas. ¿Tiene el cosmos forma esférica? ¿Y el Sol? ¿No está inmóvil?

Esto nadie lo sabe.

Por lo tanto, no se pueden juzgar las distancias, las grandezas y los brillos astronómicos, sino en relación a nosotros. Además, ¿nos hemos preguntado si, atravesando los entornos interastrales, los rayos luminosos sufren refracciones, o metamorfosis, y hemos podido calcular si eso existe?²⁰

-No que yo sepa –contesté.

-Por lo tanto, ves que, por exacta que parezca a primera vista, la ciencia astronómica no es segura... Su utilidad es en definitiva puramente moral, porque nos da idea de nuestra pequeñez, de la grandeza de la obra del Padre, de que, por los fracasos sucesivos de sus teorías y lo precario de sus descubrimientos, humilla nuestra vanidad.

-Es un poco lo que pasa con todas las ciencias. Pero entonces, ¿qué es todo este universo?

-¿Este universo? Para nosotros, sus habitantes, supone todo lo que existe. Fuera de él, sólo hay Nada. Y de todas formas, si pudiéramos ver la cosas desde el punto de vista del reino de Dios, nos daríamos cuenta de que la Nada también vive. Lo que impedirá siempre que los metafísicos se pongan de acuerdo entre ellos y con ellos mismos, es que esos dos puntos de vista coexisten en el alma humana, que esta alma es doble, a la vez creada e increada, que las percepciones del yo natural y del yo sobrenatural se mezclan

²⁰ Esto fue escrito en 1917. Nota de los editores.

siempre en nosotros.

-Por lo tanto intentar saber es inútil.

-Perdón doctor. Hay que intentarlo, con todas nuestras fuerzas, no para nuestra satisfacción personal, sino por caridad, o en otras palabras, para hacer vivir a las potencias racionales e intelectuales cuyo depósito nos ha sido confiado por el Padre, por obediencia y por amor a él.

-Pero –objeté-, quitarle al hombre el incentivo de un beneficio personal, es cortarles los brazos y las piernas.

-Sí, si el hombre no cree en Dios. Pero si cree, ¿qué felicidad hay más grande que obedecer al que amamos? ¿Qué motivo puede dar más energía, constancia y entusiasmo? Si eres un hombre, un portador de la antorcha del infinito, no hagas como ese zorrillo que acaba de esconderse ahí abajo, detrás de esa mata. Él cree que su única razón de ser es tragarse el mayor número de huevos, comerse a todas las gallinas que pueda, y enseñar a sus pequeños a hacer lo mismo. Nosotros tenemos otra misión.

Ahora, si te parece, vamos a echar una cabezada sobre esa arena, donde no sentiremos el rocío, mientras esperamos la hora en que encontraremos algo para comer entre los brezos.

Después de haber dormido algún tiempo, retomamos nuestro paseo, en la mañana deliciosa en la que el bosque entero brilla bajo la luz clara, como una virgen salida de la fuente agitando su pelo húmedo. Los paros, los abadejos, las currucas, las merlas, los escribanos soteños, cantan a esta hora a voz en cuello. El aire está lleno de perfumes nuevos, las hojas son de un verde más claro, el cielo de un azul más delicado, y las nubes más vaporosas. El pasado gris parece muy lejano, el futuro es amable, y una agradable benevolencia nos vuelve más alegres.

Traté de retomar la conversación.

-Los Puranas dicen también –comencé- que el huevo del mundo nace de un océano insondable. ¿Pero dónde están las bases y las orillas de este océano? ¿No son concepciones semejantes, hasta que nada las demuestre, un poco rudimentarias?

-Así sería en efecto –respondió Andreas- si la sustancia del mundo fuera completamente idéntica a la sustancia terrestre. Pero no es así. De esta manera, muy cerca de nosotros, se pasea un planeta invisible, en otro espacio que el nuestro, cuya densidad es sin embargo casi el doble de la de la Tierra. Así, una proyección fluídica imponderable de voluntad puede actuar sobre una masa pesada, y cuántos hechos análogos podría citarles. Nuestra consciencia sólo funciona bajo ciertas condiciones que nos limitan la percepción de lo sensible. No podemos hacernos una idea de condiciones diferentes. Sin embargo existen. Con mayor razón no podemos imaginar la Nada, no más de lo que podemos imaginar cuando vemos las estrellas y todo lo demás.

-Entonces es para preguntarse si las cosas existen. Si hay algo más que la apariencia.

-Pero claro, las cosas existen. El hombre lleva la vida en él. No puede crear la ilusión absoluta. Toda su debilidad consiste en ver formas cambiantes en vez de esencias puras. Y, en cada mundo, y en cada plano de cada mundo, la apariencia es una medida proporcional entre la esencia del objeto, su figura actual, la esencia pura del sujeto sensible y sus facultades de percepción más o menos sanas.

Es la base de la ciencia de los signos. El tronco de ese abedul no se nos presenta tan plateado, ni sus hojas tan móviles más que como la expresión terrestre de una fuerza universal. Las estrellas rojas, verdes y amarillas que mirábamos hace un momento son también signos.

-Entonces ¿tiene razón el pueblo cuando ve a los cometas como anunciadores de calamidades?

-Sí y no –respondió Andreas. Cuando va a llover, los caracoles salen, pero no llueve porque salgan. Cuando el cometa se vuelve visible, no es él quien provoca la guerra o la

epidemia, sino que es la consecuencia astronómica de un acto de demiurgo, de un modelo, del que la guerra es una consecuencia social terrestre.

Tenía muchas preguntas que hacer sobre el tema de los cometas, pero esa mañana pasó lo que en otras circunstancias similares. Muy a menudo, la conversación se desviaba por voluntad de Andreas. Sin embargo, él nunca hablaba el primero y no hacía más que contestar a mis preguntas. Yo olvidaba las preguntas que había preparado, o bien una timidez indefinible me impedía formularlas. Por otra parte, me consolaba pensando que mi maestro sabía mejor que yo lo que necesitaba y qué nociones me serían beneficiosas o inútiles.

De todas formas, esa mañana pregunté, si no me falla la memoria, algunos datos sobre el papel y la utilidad de los cometas.

-Cuando un hombre está enfermo –me respondió Andreas- y los medicamentos no funcionan, buscamos otros métodos de ingestión de los agentes terapéuticos que no sean la vía estomacal, como la piel, los pulmones, el sistema sanguíneo. El suero, por ejemplo, sigue en el organismo una trayectoria diferente de la ordinaria. El cometa es un regenerador similar del sistema solar. También es un estimulante. Le aporta a nuestro zodiaco algo inédito y, por consecuencia de una enorme dinámica, que proviene de otro zodiaco, restaura la función perturbada.

Para él, sus viajes son estudios. Le da alguna cosa a los mundos que recorre. También recibe alguna cosa. Y, después de su vuelta al mundo, ralentizada su velocidad, sometido a las reacciones de otros cuerpos celestes, su trayectoria cambia poco a poco, se ralentiza, convirtiéndose por último en el centro de un sistema. Tienes un proceso similar, en embriología, en las primeras horas que siguen a la fecundación del óvulo.

-Me parece haber leído algo semejante en un Djataka hindú.

-Sin duda. Son cosas muy simples. Sin embargo, el cometa tiene una tercera función, no ya en el orden cinético, sino en el orden individual.

-¿Cómo es eso? ¿Un cometa no es una persona como usted o como yo?

-No, es la ropa de una persona, como nuestro cuerpo es la ropa de nuestra individualidad. Todos los cuerpos celestes son ropas, y los seres que visten, a los que no conocemos, o a los que no podemos percibir sino después de penosos trabajos de acercamiento, cumplen cada uno una función. Los cometas revisten a los profetas, para bien y para mal. También revisten a los artistas que distribuyen la alegría, la esperanza, el entusiasmo, las noticias.

-Si dijera usted esas cosas al público, le tacharían de antropomorfismo.

-Por eso me callo. Por otra parte, es el hombre el que está construido a imagen de la Naturaleza y no la Naturaleza la que está construida a imagen del hombre. Pero estamos tan persuadidos de nuestra importancia que nos creemos indispensables para la marcha de los mundos. ¡Cuántas cosas sabríamos si fuésemos humildes!

Nuestro paseo nos había llevado hasta los desagües. Nos detuvimos para hacer honor a un desayuno campestre y la conversación se desvió.

LA INUNDACIÓN

Fue en la época de la gran crecida que hizo tantos desastres en la cuenca del Sena. Me fue completamente imposible, durante más de quince días, ir a ver a Andreas. Yo había tenido que abandonar mi laboratorio del hospital para ayudar en las consultas. Todas las camas ocupadas, camillas en todos los rincones, hasta en los rellanos. Un personal agotado, el economato desorganizado. Nuestro viejo edificio no había visto tanto movimiento desde el año de la gripe. Terminé haciendo que me pusieran un catre en la habitación de un interno, ya que entraban enfermos a todas horas. Pero, en mi primera mañana de libertad, a pesar de que tuviera mucho sueño atrasado, me escabullí a toda prisa hasta la casita de Menilmontant. Andreas estaba preocupado esa mañana. Tan activo habitualmente, estaba echado en un gran sillón de mimbre, fumando lentamente una larga pipa de tierra bruñida y pulimentada como los bambúes de opio cuando han sido usados durante cincuenta años.

-Bonita pipa –dije yo.

-Ayer por la tarde era blanca –contestó distraídamente.

-Entonces ha fumado usted toda la noche.

-Sí, y no me queda tabaco.

Le ofrecí del mío. Algunos minutos más tarde, Stella apareció, trayendo el café con leche, poniéndose a hablar del desastre que, desde hacía dos semanas, desolaba París y arruinaba el extrarradio.

-¿De dónde ha venido toda ese agua? –le preguntó a su marido. ¡No viene sólo de la lluvia ni de la nieve fundida!

-Ni de la tala de árboles –añadí.

-No sé –contestó Andreas- si es verdaderamente necesario buscar la causa de estas crecidas. ¿Qué ganaríamos con ello?

-Impedir que vuelva a pasar...

¡Ah! ¿Y si es la capa freática la que ha cambiado de nivel? ¿Los ingenieros van a perforar pozos de dos, tres o más kilómetros?

-¿Pero hay agua enterrada tan profundamente? Los parisinos conocen todos los pequeños estanques que había bajo la Ópera y el que se encuentra por debajo de la loma de los Molinos, restos del antiguo arroyo de la Grange Batelière. Es verdad –añadí- que los saboyanos hablan de un lago subterráneo en el que se pierde el Ródano, y los valdenses dicen que existe uno también en la extremidad del Lago de Joux.

-Hay muchos otros, doctor. Conozco, sólo en Francia, cuatro napas freáticas de agua situadas a profundidades que varían entre dos y cuatro mil metros, y varias se extienden sobre una o dos provincias.

-De forma –dije yo- que ¿si se comunican con alguno de esos agujeros, como los de la cordillera de la Côte-d'Or, donde los campesinos arrojan los cadáveres de sus bestias, y si hay movimientos profundos, los ríos podrían crecer sin medida?

-Sí, doctor. Pero eso no se produce sino en caso de que haya una ruptura de equilibrio en la masa mineral. Esas modificaciones no provienen sino de la precesión de los equinoccios o bien de una erupción subterránea, o quizás de del nacimiento de un nuevo foco magnético, como puede ocurrir por la cercanía de un cometa. Sin embargo, tales fenómenos no se deben al azar. Son queridos por inteligencias cósmicas o provocados como reacción a enfermedades sociales, étnicas, si se quiere entender así. Lo sabio es por lo tanto, a priori, dejar que ocurran.

-¡Y si hubiera ahí, de manera extraordinaria, la acción de un poder malicioso?

-No hay un ser que sea absolutamente malo. Lo que nosotros creemos malo, sólo lo es temporalmente, relativamente y, en cualquier caso, nunca actúa sin el permiso tácito o

expreso del Padre. De todas formas, si se pudiera modificar la marcha de los fenómenos de este orden, sería necesario que el operador pudiese conversar cara a cara con el príncipe, el señor y el espíritu de la tierra, que poseyese un conocimiento exacto del estado del sistema solar entero, que pudiese ser consciente del plano de los modelos cósmicos.

-¿Y existe aquí abajo un hombre como ese?

-Creo que lo sospechas un poco, querido doctor –me dijo Andreas sonriéndome con esa maravillosa bondad que a veces transformaba su rostro inmóvil y rudo.

- Y nosotros, ¿podemos hacer algo frente a tales cataclismos?

-Es un poco tarde. Hubieran hecho falta algunos hombres valientes hace cincuenta o cien años. A menos que un ser inocente, escondido en alguna parte, no quiera consagrarse a ello, sólo nos queda sufrir.

-¿A qué llama usted un inocente?

-¿Eh? Pues a alguien cuyo espíritu no conozca aún el mal...

-¿Y cómo hubiera podido evitar las catástrofes?

-Es con su espíritu con quien los dioses hubieran hecho un pacto. Nosotros no sabríamos nada del mismo y, probablemente, la inteligencia de ese hombre tampoco sería consciente de ello. Sólo veríamos sus desgracias, sus enemistades, sus traiciones, sus ruinas, sus sufrimientos morales.

-Otra cosa –proseguí yo. ¿Cómo puede ser que los astrólogos y los videntes no hayan anunciado esta desgracia pública?

-El Cielo no ama a los adivinos. Hizo decir hace tiempo, a través de sus amigos, todo lo que podía ser útil al hombre para que se corrigiera. Lo demás sólo es curiosidad, mezcla, confusión, iluminaciones fortuitas del intelecto, relámpagos falaces de los poderes de las tinieblas. En cuanto a mí, aunque conociera el futuro, no tendría derecho de revelarlo. Nos imaginamos que el universo se preocupa de nuestra suerte. Sabe usted bien que sólo somos pobres cositas.

Hice un gesto de abatimiento y me quedé silencioso, pensando en esos miles de pobres diablos, de mujeres anémicas, de niños malnutridos, sin hogar, sin calefacción, sin pan.

Stella nos había dejado. Andreas se callaba, perdido en una profunda ensoñación. Fuera, la lluvia golpeaba los cristales. Una somnolencia se apoderó de mí durante un buen rato. Me pareció que un hombre entraba en la habitación. Era de gran altura. No pude discernir ni su cara ni su ropa. Sin embargo, vi que irradiaba luz. Luego, todo se volvió oscuro. Volví a abrir los ojos. Andreas estaba de pie frente a mí. Tenía la cabeza alta y el pecho echado hacia delante, como si fuera a despegar de la tierra, y me miraba a los ojos. Salía de él como un aura fluida, fresca y fuerte. Un misterio se daba entre nosotros y yo pensé que estábamos los dos reunidos en nombre de Alguien.

Me dijo con voz átona.

-Vas a ir a buscar a tal y tal persona- y me nombró a un carpintero de Batignolles y a una gran señora muy conocida en París por su elegancia y por el fasto de su casa. Les pedirás de mi parte que se comprometan a tres cosas: no hablar mal de nadie, no defenderse, sea quien sea el que les ataque; rezar por todo lo que ellos crean útil, hasta que las peticiones sean escuchadas, aunque tengan que pasar en ello noches enteras. Y tú, tú te unirás a cada uno de ellos. Y, aguantáis con firmeza de aquí a San Juan, algunas desgracias les serán evitadas a vuestra patria. Es el Cielo quien lo promete.

EL CHINO

La inundación no se detuvo en absoluto, pero Andreas no hablaba de ello. Esperaba a un visitante desde hacía algunos días, un anciano chino cuyo célebre nombre no me sorprendió poco cuando lo oí. Ignoraba cómo ese alto funcionario, famoso, rico y poderoso, podía encontrarse en casa de Andreas. Llegó, una noche después de la cena, en una calesa bastante modesta, en compañía de un pequeño mandarín taciturno y de un soldado de infantería de marina, de baja por convalecencia. Yo estaba invitado a estas sabrosas reuniones en las que un amarillo, señor, después de su emperador, de cuatrocientos millones de hombres, lo suficientemente fuerte como para hacer fracasar toda la diplomacia europea, hablaba con la simplicidad de un soldado, a un oscuro médico y a un anticuario.

Para hacer honor a su anfitrión, la mujer de Andreas había decorado una de las habitaciones según el estilo chino. Una amplia cama de ébano, estereras, paños bordados, una estantería cargada de jades y de bronces, un magnífico incensario dispuesto sobre el suelo, transformaban totalmente esa pequeña estancia.

-¡No ha escatimado usted en gastos! –le dije a Andreas.

-¡Eh! Sí, querido doctor. Al oriental le gustan las formas. No hay que herir a nadie. En otros tiempos, cuando estuve en casa de este príncipe, todo su yamen fue movilizad. ¿No estás al corriente de sus fórmulas de cortesía? Muy bien, mírame, haz como yo. Hay que respetar las costumbres de los viejos. Además, ese hombre está muy por encima de nosotros, socialmente hablando. Pongámonos en nuestro justo lugar. Es él quien debe indicarnos con qué tono desea que le hablemos. Y tú también, Marius, le dijo al soldado, imagínate que eres el ordenanza del general en jefe.

Cuando oímos la calesa, fuimos los tres al encuentro del príncipe, que entró, después de cumplidos recíprocos, curvando su gran estatura y agitando sus largas mangas en señal de alegría, según el rito confuciano. Hablaba muy correctamente francés, con una voz pesada y rugiente. Su rostro graso e inmóvil, agrietado por una multitud de arrugas, dejaba ver, a pesar de la bondad de la vejez y de la voluntad de ser cortés, el inmenso orgullo de un hombre que se sabe parte de cuarenta y cinco siglos de una genealogía sin roturas. Y, a pesar de toda la elocuencia florida de sus cumplidos, demasiadas cosas nos separaban para que yo no fuese a menudo molestado por la mirada penetrante y clara de sus pupilas incoloras, en la estrecha ranura de sus párpados abotargados.

Tomó asiento sobre la cama baja y, por cortesía, fumó primero en una pipa que Andreas le presentó. Luego, Marius preparó el opio y, al cabo de una decena de pipas silenciosas, Shun-Hing se puso a preguntarme sobre toda suerte de objetos. También respondía a mis preguntas. Tenía una memoria prodigiosa y, según la costumbre de la gente de letras, citaba sin cesar a los poetas de su país, indicando, por medio de un recitativo intencional, secretos dobles sentidos escondidos en la forma literaria. Andreas, por su parte, echaba mano de los clásicos, de los románticos, y de los contemporáneos, y sabía sugerir, tanto como su ilustre interlocutor, por la música de su elocución, símbolos inesperados, por lo menos para mí.

Aquella noche, Shun-Hing hablaba de las inundaciones.

-¿Qué dicen, hermano –le preguntó a Andreas- los mandarines de tu país cuando vuestros dragones se ponen furiosos?

-O venerable, los sabios de por aquí no saben lo que es un dragón. Para ellos es como si no existiese, siempre dormitando en el fondo del mar.

-¿Es eso posible? –se sorprendió el príncipe sin que se estremeciera una arruga de su rostro. Entonces, si me permites una pregunta estúpida, ¿qué hacen vuestros mandarines cuando la plaga llega y cuando se va, a pesar de que –¿es acaso creíble?– tú me afirmes

que no pueden predecir su llegada?

-Hacen como los oficiales manchúes en tus innumerables viajes. Dan órdenes de construir diques y buscan dinero para reconstruir las casas. Los pueblos vecinos han enviado ayuda y, en eso, en la medida en que mi pequeña inteligencia puede juzgarlo, esta plaga es beneficiosa, ya que ha permitido a las naciones de raza blanca un gesto de fraternidad.

-Tienen necesidad de ella –dijo el anciano. ¿Pero quién puede sondear las voluntades de los que no tienen voluntad?

-Mi izquierda –respondió Andreas, donde se encuentra mi corazón, es la derecha de mi hermano, y su izquierda está a mi derecha, y tenemos los dos, él y yo, un solo corazón.

-Tu sabiduría es grande, respondió Shun-Hing, sonriendo de placer. Depositó su pipa apagada, sus ojos estrecho lanzaron un fulgor, pero se calló.

-Dígnate en recordar –continuó Andreas- que yo no soy un mandarín. Ese de ahí –dijo señalándome- es uno en el arte de curar. Pero, en este país, los hombres sabios de sabiduría sin palabras no son casi nunca altos dignatarios, como debería ser. Así se cumple la ley del Tao: El mérito vive en nuestra casa en la sombra y a resguardo de los honores y las cargas...

-Eso ya lo sé, viéndote vivir tu vida –interrumpió el príncipe con un gesto de deferencia.

-Aquellos pues que sospechan de la existencia de dragones, no llevan insignia alguna, no están revestidos de ninguna autoridad, y no mandan más que sobre su hogar. Entre ellos, unos solamente han sentido el viento de sus alas cuando se desplaza. Otros, muy raros, piensan que esos animales divinos sólo viven por encima de las nubes. Pero, vaya, no conozco, en todos los pueblos de rostro de color, a un hombre que pueda seguir los seis movimientos del Dragón de Cinco Garras.

-¿No conocerás a un hombre así, en verdad? –murmuró Shun-Hing, poniéndose de pie en un único gesto.

-El Yin y el Yang no se separan nunca –contestó mi maestro levantándose también para añadir: Conozco al hombre.

El viejo príncipe encogió su alta estatura. Andreas se acercó. Se quedaron los dos frente contra frente, con los ojos bajados, en silencio, mientras que sus dedos hacían gestos rápidos, intercambiando de esta manera los signos de reconocimiento de la más secreta de las fraternidades asiáticas.

Luego, cada uno retomó su lugar. Las pipas volvieron a ser encendidas, se bebieron licores raros y Andreas retomó la palabra dirigiéndose a mí:

-Hay una centena de ciclos, si contamos como los astrónomos del Imperio Celeste. Nuestros pueblos de Europa sabían que existen dioses, diosas, genios y fluidos. El hombre es parecido en todas partes. Nuestros ancestros rendían culto a esos espíritus, y violaban la Ley del Supremo Regulador, tal y como el populacho lo hace aún hoy en el imperio de nuestro muy venerable amigo. Así va el mundo, a la extrema izquierda, luego a la extrema derecha. Él llama a eso las recompensas y las penas y, si algunos conciben, siguiendo el ejemplo de Kong-Tse, la invariabilidad en el medio, buscan ese medio en el caos de los cinco elementos en lugar de encontrarlo en el equilibrio espiritual de la Via.

-Tus pueblos –dijo Shun-Hing- pierden la cabeza en los cinco elementos y en los veinticuatro asterismos.

-Sí, lo ves con exactitud, viejo de aguda inteligencia –replicó Andreas mirando fijamente a su interlocutor, que parecía dormir. Pero acuérdate de los días en los que recibía sin que fuese digno de tu virtuosa hospitalidad. En aquellos años, entraba en los templos sin puertas... y salí de ellos.

-Me acuerdo, hermano mayor.

-¿No dicen los lamas del Techo del Mundo que Tzong-Kapa viene de occidente?

-Sí –dijo el príncipe examinándome, pues se había dado cuenta de que mi interés estaba muy excitado. Hablas como un hombre muy viejo, y yo intento contestarte con la misma sapiencia... sin conseguirlo. Pero al lactante la leche, al viejo la buena cocina, y al hombre maduro arroz sano y pescado. ¿Nuestro hermano menor nos dirá que piensa de los dragones que hacen desbordarse los ríos y que revientan las nubes?

-Yo sólo sé leer en los libros impresos. He visto que todas las naciones creen en cosas semejantes. Los sujetos del Imperio Celeste conocen también los unicornios, los leones, pájaros extraños y peces de ensueño. Sus hermanos arios tienen su buitre Garuda, y su cisne Hamsa, y sus serpientes multicéfalas, y los Gandharvas, y cuantas tribus de seres que vienen a visitar las contemplaciones de los ascetas desnudos en los bosques. Y los del Tibet, sobre las mesetas heladas, y los de la Luna Creciente en sus tórridos desiertos, ven pasar, en las noches, toda clase de criaturas...¿Qué puedo decir que no sepan sus dos sabidurías, venerables padres? Lo único que he hecho ha sido leer libros muy viejos. Todos los pueblos en el estado natural saben que los dragones existen, y también animales y seres que nuestros ojos oscurecidos no pueden percibir. Hay en el océano, en el golfo, en el estrecho, en la laguna, en el lago, en el estanque, en la cadena montañosa, en la cima y en el precipicio, en el desierto, en la ciudad y en el bosque, en la piedra, en la planta y en el árbol, en la nube y en el aire y bajo la tierra, en el rayo, en el viento y en la lluvia, en el continente, en la nación y en el pueblo, en el Sol, en la Luna y en las estrellas, en el eclipse y en el cometa, en el meteorito, en la noche, en el día y en el crepúsculo, en el mes, por último, en el ciclo y en el año. ¿Es esto cierto? Yo os lo pregunto, oh caballeros del dragón.

-Lao Tse dice que son formas errantes.

-Sin embargo –preguntó Andreas ¿No dijo el viejo Lao Tse que todo ser tiene un nombre, que no es el Nombre, aunque esté contenido en el Nombre?

Y Shun-Hing, asintiendo, recitó con una voz rugiente el verso al que Andreas hacía alusión.

-¿Habrás podido decir ese viejo sabio que las cosas indefinidas tienen un nombre? ¿Todo es por lo tanto individuo? ¿Qué opinas, oh muy prudente?

-Tu has entrado en el templo sin puertas –contestó el chino.

-Mira pues esa roca, por ejemplo. Mirala con todos tus poderes –retomó Andreas, dirigiéndose a mí. Es decir, de manera que ninguna de tus fuerzas esté ocupada en otra cosa. Libera para ello tu cuerpo inmóvil de los estremecimientos del acto que viene de completar y del recuerdo mismo de ese acto. Despoja de tus fluidos toda polarización precedente, de tu cuerpo todo sentimiento, de tu inteligencia todo pensamiento que no sea esa roca. Mira, con los ojos bajos. Escucha con las orejas cerradas. Palpa con las manos inmóviles. Al principio no verás el espíritu de esa roca, sino a diferentes clases de seres que son envoltorios, guardianes, viajeros. Solamente después de ellos, cuando los hayas apartado, percibirás al genio y, si tu virtud iguala a tu fuerza, podrás hablarle. Porque tu espíritu conoce cualquier idioma.

-¿Un sujeto sonámbulo? –pregunté yo. ¿Magia?

-La magia está prohibida, lo sabes bien –contestó Andreas. Nunca encontrarás a un sujeto cualificado para penetrar tan dentro.

-¿Entonces? –dije yo. Pero Andreas continuó sin contestar a mi pregunta.

-Sí, todo existe: los faunos, los sátiros, los aegipanes, los silvanos, las ninfas, las dríades, las hamadriades, y los semidioses. Hércules y los demás, y las diosas, Afrodita y sus hermanas, y las musas, y las parcas y las furias, y Zeus y todos sus pares, y los genios, las huríes, y los kobolds, los trolls, los gnomos, las melusinas, las hadas, los duendes, los trasgos, los korrigans, no sólo son alucinaciones de campesinos supersticiosos. Y Teutad, y Thor y el Walhalla; y los dioses hindúes, de cuatro y de diez brazos, y sus saktis; y los dioses egipcios con formas de animales; y el catoblepas, y el

basilisco y la roca, y todo el bestiario de la Edad Media. Todos esos y muchos seres más, todo eso existe, todo eso ha vivido en otro tiempo sobre esta tierra sólida, en los llanos, en los bosques y en las ciudades donde irá a vivir.

¿Quiere usted decir que eran o que son criaturas reales, individuales, como un perro o un caballo, que no son símbolos de meteorología, o de astronomía, o de filosofía, o de fuerzas naturales? ¿Son animales o humaniales? ¿Entonces, los demonólogos Pierre d'Aban, Agripa, los legendarios rosa-crucianos Sinistrari, Gaita?

-La Naturaleza hace seres. Es el hombre el que hace símbolos –me contestó Andreas sonriendo. ¿Tú crees que el Toro con cabeza humana de Asur, la Esfinge de Tebas, sólo han sido imágenes hábilmente combinadas? Cuando el rishi canta: “El alma del yogui monta a horcajadas al pájaro divino Hansa, que lo lleva en un vuelo rápido hasta la morada del supremo Brahma”, ¿crees que no está contando simplemente lo que ha visto? ¿Crees que se divierte haciendo el trabajo del retórico? Sin embargo, ¿no eres profesor de filosofía, ni miembro de ninguna fraternidad misteriosa supuestamente rosacruziana, o budista o templaria? Pero –añadió parando de reírse e inclinándose hacia el viejo príncipe- si mi muy respetable huésped se digna, ¿podríamos aprender de su boca elocuente muchas cosas que sus pueblos conocen y que esconden a los rostros rojos?

-Yo soy un ignorante –dijo Shun-Hing, con tono modesto y grave. Si hablo sólo es para obedecer a mi hermano mayor y porque a veces es necesario que algo sea dicho aunque sea por una voz indigna. He olvidado muchos caracteres que antes había admirado y copiado con un pincel respetuoso aunque poco diestro. ¡Ah! ¡Qué virtuosos fueron los sabios de los viejos tiempos! ¡Y qué justo es que sea a ellos a quien se ha recompensado cuando, en mi larga carrera, gracias a su invisible presencia y a su ayuda constante, pude hacer alguna cosa útil para el pueblo, conforme a la Voluntad suprema! Pero perdona que un débil viejo tembloroso llegue desnudo a casa de los ancestros bien amados...

¿Y qué podría decir yo –siguió diciendo tras un corto silencio- que nuestro hermano menor no haya leído en nuestros viejos libros? Los diez mil seres, los animales del aire, de la tierra, de las ondas y de la madera y del fuego aparecen en el arrozal, crecen, luego disminuyen y desaparecen... Así, la crueldad de los hombres produce demonios en el mundo del Revés y estos demonios subyugan a los que los han producido. Luego, cuando se han cometido muchos crímenes, los demonios toman la sangre esparcida y las carnes mortificadas, y sus príncipes se construyen cuerpos con ellas. Entonces aparece el tigre, que mata a estos mismos hombres, gracias a cuya maldad la puerta de la tierra se abrió para él. Y cuando el “devorador de hombres” ha matado a todos los que llevaban su marca, su fuerza disminuye, su cuerpo mengua en el trascurso de los ciclos, convirtiéndose en un gato, elegante, egoísta y miedoso. Así, hubo en otro tiempo lagartos gigantescos y crustáceos tan grandes como bueyes, y muchas otras criaturas, desvanecidas en el reverso de este mundo visible.

-La ciencia oculta fluye por tus labios, oh muy viejo –dijo Andreas. Háblanos más.

-Así son los diez mil seres, continuó el príncipe. Las cien familias aparecen en la tierra, pero ya aparecieron en mil tierras. Primero habitan en los sueños de los hombres sabios, luego, estas criaturas nacen con escamas, plumas, o pelos, sin huesos o con huesos. Luego disminuyen y desaparecen de la vista de los hombres sabios. Luego los dioses las toman y las conducen hacia otras tierras. Así, este mundo es un mar de olas innumerables. Míralo pues, hermano menor, con corazón piadoso y sereno. Ningún ser debe ser temido, ninguno debe ser despreciado y, tú mismo, debes saber que no eres nada y que lo serás todo, pero si quieres convertirte en todo, serás reducido a la nada, como terrón de tierra machacado en un mortero.

-Habla más, mi muy sabio padre –le pedí al viejo mandarín- ya que una especie de emoción había animado su discurso y yo sentía cómo brotaba hacia él un simpático reconocimiento.

-Me callaré –respondió agitando su pipa mientras que el soldado redondeaba con una llama la esperada perla de opio. Sí, me callaré –repitió dirigiéndose a Andreas- ya que sólo tú que has luchado contra el dragón puedes actuar. Yo sólo sé hablar. Tú eres el padre de éste hermano menor. Ábrele una de las puertas blancas, taponas su oído aquí, con el fin de que oiga por el otro lado, cierra sus párpados a esta tiniebla de aquí, para que vea las antorchas sostenidas por los leones de crin corta. Wen-Wang viene con nosotros.

Luego, volviéndose hacia la pared, se mantuvo en silencio.

-¿Lo oyes? –me dio Andreas. ¿Quieres que probemos?

-¿Probar qué? –Pregunté yo, y habiendo comprendido inmediatamente, añadí: Sí, mientras esté usted ahí y no sea demasiado largo.

-Uno o dos minutos. Deja tu pipa, disponte cómodamente.

Pero apenas había dicho la primera sílaba cuando la habitación desapareció de mi vista. Me vi de pie, cogido del brazo por Andreas. Shun-Hing, sentado, nos observaba. Un puerto de Extremo Oriente apareció y desapareció. Luego un ancho río, cubierto de juncos malolientes. Luego arrozales, una montaña, arbustos, una caverna. Todo muy rápido, como los fotogramas de película que corren por el cinematógrafo, pero con una nitidez extrema. Y de repente me encontré en la nave de Nuestra Señora de París. Luego en la primera cripta, que conoce todo el mundo. Luego en la segunda, que había sido, de lo cual tuve la certeza irreflexiva, el suelo de un templo de Júpiter. Por último, en un tercer subterráneo, vi grandes piedras, lanzas galas, una hoz oxidada, el fantasma blanco de un druida. Oigo un golpe seco, como el de una fuerte hoja metálica que se desploma sobre una armadura. Luego una respiración dificultosa y grosera, aunque enorme, percibiendo, a dos pasos, un monstruoso cuerpo extendido en una sombra pegajosa.

Me pareció que tenía una quincena de metros de largo, unas patas bajas, retorcidas, de muslos rugosos y ralos, cubiertos de una piel malsana, que no bastaban para levantar su peso. Era gris, reluciente, viscoso. Su espalda estaba cubierta de escamas y una cresta dentada de puntiagudas espinas la coronaba. Su cabeza feroz, surcada de profundas arrugas, terminaba con un enorme pico de pulpo, pavimentado de varias filas de dientes. Unas antenas filamentosas y temblorosas salían de ese pico entreabierto, desplegándose para intentar palparnos a Andreas y a mí. Pero mi maestro se contentaba con levantar el brazo, como se hace con un perro agresivo. Este monstruo relucía con colores tornasolados, lívidos y venenosos. Sus alas membranosas colgaban sobre el suelo estremeciéndose. Los ojos, grandes, saltones, desnudos, de párpados verdosos y enfermos, nos lanzaban miradas humanas. Miradas insoportables. La bestia estaba visiblemente furiosa, y su rabia aumentaba con su pavor, ya que Andreas le fascinaba.

-¿Ves? –me dijo éste de repente. Bastaría que dijésemos una palabra a este animal para que se ponga furioso. Lo destruiría todo y en tres días, el Sena habría desaparecido, ahí arriba, por encima de nuestras cabezas, y París se desplomaría. ¿Te acordarás? Tratarás de entenderlo, ¿verdad?

Hice un gesto afirmativo. Todo desapareció. Me volví a encontrar en la habitación china, con sus tres ocupantes en la misma actitud en la que les había dejado.

-¡Bien! Querido doctor –me dijo Andreas contestando a mi secreta pregunta con una voz lenta, a la vez que su rostro se inmovilizaba y que el fuego de su mirada se volvía insostenible, conservando su bondad fraternal. ¡Trabaja! ¡Trabaja! ¡Quiere!

-¡Ah! –se oyó decir a la voz ronca de Shun-Hing callendo sin eco en el aire enrarecido. Nosotros, los hijos del Cielo, nos quedamos inmóviles y, por medio de su esencia secreta, la Vía viene a nosotros. Pero en vosotros, los hombres de rostro rojo, vuestros corazones brillan. ¿Quién ha tomado el atajo más corto?

-Muy poderoso hermano, muy viejo y muy sabio –le dijo Andreas ¿Qué es el Nombre? Es la Palabra. ¿Qué es la Vía? Es el Movimiento. ¿Qué es el Movimiento? Es la Vida.

¿Qué resulta de la Vía? La muchedumbre innumerable de seres vivientes, es decir, la Verdad.

Shun-Hing levantó la mano para solicitar una pipa. Pero la media noche acababa de sonar. El joven secretario entró. Y, cuando yo lo saludé, el viejo príncipe volvió suavemente su rostro hacia la pared, mientras que Andreas seguía fumando en la atmósfera opaca.

LA PIRÁMIDE

Siempre he creído que, para una determinada época, cualquiera que fuese el número y la divergencia entre las doctrinas que en ella aparecen, siempre hay entre ellas, hermanas enemigas, unnexo común, una arquitectura secreta, una armadura profunda por la que encuentran que en resumen, sólo son las resonancias discordantes de una misma palabra, inaudible para la masa pero perceptible por algunos.

Esa tarde, quería obtener de Andreas alguna indicación que me permitiera mostrar un ejemplo de esta secreta unidad organizadora del mundo metafísico. Entre Alfred Fouillée, Secretan y Bergson, por ejemplo, entre Taine, Peguy y el Barón Seillière; entre la Acción Francesa, la Democracia y Claridad, un espíritu completamente imparcial debe darse cuenta, primero de los parecidos y, por debajo, de los puntos de contacto situados en esa región de penumbra donde se difuminan las disciplinas clásicas del intelecto, las fugas románticas de la pasión, los sistemas de la voluntad, pero donde aparece poco a poco el sol del Espíritu. Me esforzaba pues en colocar muy bien los diversos argumentos de los pensadores, y Andreas me escuchaba con paciencia, colocando aquí y allí algunas palabras aclaratorias.

-Toda regla –decía entre otras cosas- es amarga por fuera y suave por dentro. Todo capricho, sin embargo, da sensaciones inversas. Toda pasión agota, toda acción regenera siguiendo la calidad de sus móviles, todo se precipita alternativamente de unos extremos a otros. Así, la verdad no sólo pertenece al orden intelectual. Puede que un bruto la capte mientras se le escapa al más libre de los pensadores. La verdad no reside en absoluto aquí o allá. No es ni esto ni eso. No es esto combinado con aquello. Ni el análisis, ni el sincretismo, ni la síntesis, ni la analogía pueden aprehenderla infaliblemente. La vista completa de un árbol no se obtiene ni de abajo a arriba, ni de arriba abajo, ni dando vueltas alrededor, ni siquiera, por imposible que sea, si pudiéramos situarnos en su centro vital. La asimilación de lo verdadero comporta una serie de tratamientos de los fenómenos y de los conceptos que se parece mucho a las manipulaciones químicas. Así, hay una catálisis psicológica y una catálisis filosófica. Existe afinidad entre los sentimientos y las ideas. Una crisis pasional se parece a la lucha de los iones en el átomo, y la inspiración, al relámpago que combina los cuerpos heterogéneos.

-¿En qué lugar del Evangelio encontraría referencias a este punto?

-Casi en todas partes –me contestó Andreas. La parábola de las vírgenes, la de las bodas, y quizás una historia sucedida durante la estancia de la Santa Familia en Egipto. Voy a contártela. Sabes que, a causa de la hostilidad de los lugareños, cambiaron varias veces de residencia, terminando por asentarse no lejos de un pequeño pueblo de pescadores, cerca de la Gran Pirámide. Cerca de ese monumento acampaban nómadas de una clase completamente diferente a la de los nativos. Entre ellos hablaban un idioma extranjero, no mezclándose en la vida de los locales, aunque se ocupaban de sus enfermos. Se decía que provenían del occidente numídico, donde viven los beduinos, a pesar de que se parecieran a los antiguos invasores ninivitas. Observaban constantemente los astros, y los campesinos se habían dado cuenta de que dejaban el lugar y volvían sin que se pudiese encontrar en la arena las huellas de sus camellos. Se creía que habían descubierto antiguos subterráneos y eran temidos.

Sus sirvientes, los cuales iban todos los días al pueblo para extraer agua, y comprar grano o fruta, supieron pronto de la llegada de la humilde familia judía. San José, yendo a trabajar, y la Santa Virgen, se habían encontrado con algunos de estos nómadas, entablando conversación y contándoles su historia en algunas palabras.

Una noche, nuestros exiliados se aproximaron a las pirámides. El Sol declinaba y, a la sombra de los enormes triángulos de piedra, ardían las hogueras del campamento

beduino. Allí empezaba el desierto. Ese mundo donde la inmensidad se petrifica, donde sólo habla el trueno y el viento, donde la soledad invade al viajero y los desnuda frente a sí mismo. Los milanos negros planeaban en el maravilloso cielo. Su declinante esplendor coloreaba con fasto real los pobres mantos remendados. Uno después de otro, los grandes barbudos beduinos se levantaron para saludar al viejo José y a su joven y taciturna esposa, haciendo jugar al pequeño niño rubio.

Este pequeño ya les había sorprendido. Un día, de lejos, habían visto a una leona lamerle los pies y, otras veces, habían visto al fénec, habitualmente tan miedoso, salir de su agujero en pleno mediodía para correr con él. Se habían dado cuenta de que las najas y las cerastas habían dejado sus refugios de matorral espinoso y aún más cosas. Finalmente, uno de aquellos solitarios le había preguntado a José la fecha de nacimiento de ese niño encantador.

Mientras que su padre y su madre hablaban, el pequeño Jesús, al abrigo de una roca, parecía divertirse dibujando líneas sobre el suelo con la ayuda de una ramita de caña. Luego, corrió al más viejo de los beduinos, llevándolo a que viera su obra, como todos los niños que han realizado alguna frágil obra maestra. Pero apenas el viejo de rostro impassible hubo echado una mirada sobre dibujo, palideció un poco, inclinándose con presteza sobre esa confusa geometría. En ella descubrió, en un gran triángulo isósceles, el plano de las construcciones realizadas en el interior de la pirámide: la cripta, la cámara del Rey y la de la Reina, los pasadizos, los pozos, en fin, todo. Sin embargo, esos nómadas eran los únicos que conocían esa estructura secreta. Herederos de tradiciones antediluvianas, sabían que la pirámide, junto con la Esfinge, es uno de los libros de piedra donde los patriarcas depositaron todas las llaves de su saber. Su posición geodésica, su orientación, sus medidas exteriores e interiores, los ángulos de sus aristas y de sus pasillos, las referencias de sus cámaras proporcionan elementos de astronomía general y terrestre, de geografía, de sociología, las leyes de la historia política, filosófica y religiosa, las de la fisiología, las de la psicología...

-Pero –interrumpí yo- los trabajos de Brück, de Piazzzi-Smith, de Lagrange nos ilustran sobre eso.

Sí –continuo Andreas- pero esos sabios no lo dijeron todo. Y, por otra parte, en la época de los Tolomeos, nadie sospechaba esas cosas. Cuando nuestro nómada hubo suficientemente mirado, estudiado y medido el dibujo del pequeño niño y reconocido su exactitud, su sorpresa se tornó extrema y un sentimiento de profundo horror se apoderó de su alma.

-En efecto –exclamé yo. Me imagino a un hombre que, después de haberse peleado con todas las ideas, después de haber vencido todas las pasiones, de haberse enfrentado a todos los dioses, de haber conquistado por fin la certeza, descubre su tesoro en manos de un niño, encontrándose con el milagro, él, para quien el milagro no es sino la aplicación de una fórmula secreta. ¡Qué derrumbamiento de sí mismo!

Sí –contestó Andreas. El terremoto ejerce más violentamente su poder sobre la montaña más sólida. Sin embargo, para acabar con mi historia, cuando el pequeño niño juzgó que ya se había admirado lo suficiente su obra, retomó su cañita y completó su dibujo trazando en el interior del triángulo nuevas líneas que hicieron aparecer una cruz exactamente igual a la que, treinta años más tarde, los verdugos judíos elevaron sobre el Monte Calvario. Sin decir nada aún, indicó al beduino lo que parecían ser puntos de referencia. Después de haberlos medido y de haber realizado cálculos, el rostro moreno del adepto se volvió como la ceniza y su alta estatura se postró a los pies de aquel misterioso pequeño ser. Pero éste, como haría un niño corriente, se sentó cerca del aterrorizado hombre, poniéndose a jugar con los flecos de su manto.

-Su historia es curiosa –dije yo. ¿No se trataría de ancestros de los Rosa-Cruces del siglo XVII, de esa escuela que pretende comenzar en Enoc, el hijo de Caín, el fuerte

centralizador, influenciada por Elías, en su atracción hacia lo alto, que se desarrolla entre el endurecimiento y la esperanza?

-Esa –replicó Andreas levantando la mano – es otra leyenda. Lo que quería hacerte ver es de qué manera ese solitario libio, poseedor de todos los elementos de cuya combinación nace la verdad, pudo percibir y aprehender esta verdad. Piensa un poco en ello.

-Tenemos, por una parte a la Naturaleza, la puesta de Sol, los monumentos centenarios. Luego tenemos a algunos hombres que los estudian. Por último tenemos a tres personajes extranjeros que no estudian, que no dicen nada. Dos de ellos se preocupan únicamente de proteger al tercero. Éste es el más pequeño, el que pasa más desapercibido, y sin embargo, jugando, hace ver la Verdad. ¿Y después? Pregunté yo.

-Pero –contestó Andreas- tu análisis es completo. Es así como se encuentra la Verdad, pero no comprendes porque no paras de razonar. Es necesario, en ciertos momentos, dejar de razonar y simplemente, ver. Por eso la mujer recibe mejor que el hombre las verdades intuitivas que conforman los rayos primitivos de la Verdad. Dios quiera que ella no se separe de tan bello privilegio, que no se ponga a razonar como un hombre. Hay que razonar, claro, pero con medida, no todo el tiempo. Sobre todo, no hay que volverse ciego. Es necesario poder detener la máquina mental en cuanto ésta comienza a dar vueltas en redondo y ponerse a mirar, a sentir, a aspirar la Vida, a vivir, a amar. He aquí el método, doctor, que no es un método, pero cuyo empleo sólo pueden concebir los que han agotado todos los métodos.

EL AVE MARÍA

Andreas y Stella habían regresado desde hacía poco de un viaje a Polonia, donde habían sido los huéspedes de un gran señor que les había paseado por todos los rincones de sus inmensos terrenos. Andreas se había traído varias plantas raras, y una cierta especie de muérdago, de la que quería extraer medicamentos desconocidos. Me habló largo y tendido de su preparación. Luego, la conversación se centró en el pueblo polaco, del que me hizo elogio.

-¿Se ha dado usted cuenta, doctor –me dijo- de cómo ama esa genta a la Santa Madre de Dios, a la “swienta Matka Boza”?

-En efecto –dijo Stella- son muy devotos de la Virgen, en todas las clases de la sociedad, salvo los intelectuales, que han tomado la costumbre de irse a Alemania a estudiar. Lo curioso es que el culto popular, que brota espontáneamente del corazón de las masas, se forma casi siempre en los llanos, en los bosques donde hay muchos robles.

-Sí –respondí. Hacen una famosa peregrinación en Czenstochowa, como otras veces se hacía en el desaparecido bosque de la Beauce la peregrinación de la antigua Virgen negra de Chartres. En Bretaña, donde se ama mucho a la Virgen, hay muchos robledales. Incluso en Meudon, donde los seminaristas de Fleury han colocado una estatua de la Virgen, la han dispuesto dentro de un roble.

-Pero –objetó Stella- Lourdes, la Salette, el Puy-en-Velay, es la montaña.

-Sí, pero esos lugares –contestó Andreas- han sido creados desde Arriba. No vienen de los hombres.

-Por otra parte –pregunté yo- todas las Vírgenes milagrosas de los llanos son negras, y a menudo se las adora en criptas. ¿Cuál es la razón?

-Pero, querido doctor, el roble, el muérdago, las criptas, todo va unido. Sabe usted bien que es de las sustancias más nocivas de donde se extraen las más maravillosas medicinas. El muérdago es un parásito, el roble es un árbol atormentado. Es como el olivo, que sufre mucho para crecer, pero que da un aceite que se ha convertido en el símbolo de la paz.

-¿Cómo, el olivo sufre?

-Pues claro que sí. ¿Nunca ha mirado usted un olivo? Hacemos la energía eléctrica con carbón. Cuando los antiguos querían atraer cualquiera de los fuegos del firmamento, operaban en las criptas. Usted debe de saber todo eso tan bien como yo, ya que ha estudiado los misterios. Debería usted decirnos sus ideas sobre la Virgen. Conoce usted seguramente muchas teorías.

-Efectivamente, conozco varias, pero ninguna me satisface.

-Cuéntenos usted –me dijo Stella para animarme. Él le dirá después.

-Bueno –comencé después de un signo de aprobación de Andreas. Hay dos clases de teorías: las que consideran a la Virgen como un símbolo, y las que la consideran como una fuerza viva, personal o impersonal. Las primeras son sistemas filosóficos, más o menos producto del platonismo. Pero no me interesan. Para mí, las ideas no son abstracciones, sino que tienen una forma, una sustancia, una energía. Me cerniré por lo tanto al segundo grupo de teorías.

-Seguramente se ha dado usted cuenta –me dijo Stella- de que las creencias populares sobre la Virgen, como sobre las fuerzas de la Naturaleza, les dan a todas las formas de lo Invisible una personalidad. Así, en toda la Tierra existe la leyenda religiosa de una Virgen que da nacimiento a un Salvador.

-Sí. El pueblo lo ha creído llanamente, pero los sabios han declarado que era un símbolo. Sólo que cada clase de iniciados han querido apropiarse del símbolo para su uso exclusivo...

-¡Oh! Doctor –interrumpió Andreas. Los iniciados no están en posesión de toda la Verdad, pero a pesar de eso hay entre ellos sabios imparciales y tolerantes. Hay que hacer justicia a cada cual. Pero continúe, se lo suplico –añadió viendo que estaba un poco incómodo.

-He visto –dije yo- en los libros de alquimistas, que ellos consideraban que la piedra era la imagen del Verbo en el mineral, y que su materia prima real era, según ellos, la Virgen. Robert Fludd explica este punto. Un brahmán del Decán enseñaba que el Padre, el Hijo y el Espíritu de la Virgen existen en el hombre. El Padre, según él, es la raíz de la voluntad. El Hijo es el punto proyectado de voluntad. La Virgen es la forma imaginativa que alimenta a este punto exteriorizado. El Espíritu es la vibración de todo el sistema.

-Conozco esa teoría –me dijo Andreas. Es casi la misma que la de Sri Srimat Sankaracharya en su Ananda Lahari, a propósito de las relaciones entre Shiva y su esposa.

-Los brahmanes ortodoxos hablan de la Maya, la ilusión universal. María –añadí un poco doctoralmente- es Maya que ha recibido la R, el signo de la existencia propia.

-Es una opinión –dijo Andreas. Creo que es de Fabre d'Olivet. ¿Pero cómo explica que los brahmanes quieran escapar de la Maya y que los cristianos, al contrario, se lancen a los brazos de María?

-No he leído nada sobre eso –respondí.

-Por mi parte, yo creo- doctor- que el oriental quiere escapar del mal huyendo de la vida, del cambio, del devenir. Se refugia o trata de refugiarse en el cero. El cristiano, en sentido contrario, trata de escapar del mal elevándose a otro modo de existencia.

-En efecto –exclamé- comprendo. Si Mariah significa espacio celeste, lugar de vida absoluta, ella es la madre del Verbo, a pesar de que sea su criatura, ya que ella le proporciona, si podemos decirlo así, la sustancia de su desarrollo. En la gramática de d'Olivet, el nombre es el Padre, el verbo, el Hijo, la relación, el Espíritu y el signo, la Virgen.

-¡Oh! Bien –me dijo Stella- no hace falta saber sánscrito, hebreo y cálculo para eso. ¡Lo que dice usted está escrito en francés en todos los libros de oración!

Pero Andreas la reprendió sonriendo.

-¡Mira que eres exigente! ¿Acaso no has buscado tú por mucho tiempo lo que estaba delante de ti? Y yo también. ¿No he recorrido miles de leguas en vez de simplemente extender la mano? Entonces déjalo. Nada es inútil.

Y volviéndose hacia mí dijo:

-Esto es lo que yo haría en su lugar. Podría contarle interminables historias sobre todos los Mayadevis, los Kuan-Yin, las Saktis, los Hiram y las Miriams imaginables. Si no lo hago, sabe usted bien que no es por dármelas de iniciador haciéndome de rogar. Es para hacerle ganar tiempo. Entonces, mire a su alrededor, busque lo que la Naturaleza y la gente, obedientes al instinto vital, han elaborado. En ningún otro lugar que no sea Europa se encuentra el culto a la Virgen. ¿Cuál es la base de este culto? El Ave María, extraído del Evangelio, las letanías, y algunas otras cosas especiales de las diferentes fiestas litúrgicas.

-Es cierto –confesé. El Ave María incluye el saludo del ángel y el de Isabel que se encuentra ya en la liturgia de Santiago el Menor y en el Antifonario de San Gregorio el Grande. Baronius dice que la tercera parte viene del Concilio de Éfeso del 431, salvo las palabras: ahora y en la hora de nuestra muerte, atribuidas a los franciscanos. La oración fue importada de Alejandría, creo. Habría sido introducida en Francia por Luis el Gordo. El Ave María procede pues realmente del cristianismo apostólico.

-¡Qué erudito es usted! –dijo Stella sonriendo.

-¡Erudición de aspirante! Pero –le pregunté a Andreas ¿Cuál es la razón real de la supresión del culto a la Virgen en el protestantismo? ¿Por qué prohibió Cromwell la

recitación del Ave? Yo creo que su importancia es vital, ya que el rey de los místicos protestantes, Boehme, lo reinventó, bajo el nombre de Sofía. Claro que es verdad que los pastores le persiguieron.

El protestantismo –respondió Andreas, sin nunca criticar, según su costumbre-, el protestantismo es excelente por el espíritu de libertad que lo anima. Va hacia adelante, pero tiene un gran inconveniente. Sus fundadores, al cultivar el libre examen, cultivaron el racionalismo, y el racionalismo mina poco a poco la creencia en la divinidad de Cristo. En el siglo XVI, todos los reformadores tenían esa convicción. Hoy, un gran número de ellos, expertos en exégesis, reniegan de ella, viendo en Jesús a un hombre más avanzado, un reformador social, un adepto, un discípulo de los egipcios o de los hindúes, e incluso un mito. Esta ceguera actual ha sido preparada, desde hace tres siglos, bajo mano, por ciertos seres, por medio del desconocimiento de la auténtica dignidad de la Virgen. Éste, es el cómo de su pregunta, pero el porqué, doctor, es muy difícil de concebir.

Yo me sorprendía de que un hombre tan sabio y tan docto como Andreas profesara la opinión común y popular sobre el Cristo y sobre la Virgen. Pero, mientras Stella nos servía té, me dijo, contestando a mi pensamiento:

-No crea usted, doctor, que yo me permitiría afirmar tan simples opiniones. Le digo estas cosas porque las sé.

Yo quería decir: ¿Cómo las sabe usted? O ¿es ese su criterio? Pero Andreas añadió:

-Todo está vivo, nada muere, y la Verdad viene hasta aquel que la busca con todo su ser.

Bebimos en silencio y, habiéndome ofrecido tabaco, me preguntó si podía indicarle la doctrina ortodoxa de la Iglesia de Roma con respecto a la Virgen María.

-He aquí lo que enseña –respondí. La Virgen es la primera de las criaturas, reina de los ángeles y de los hombres, concebida sin pecado por la gracia del Todopoderoso, en vista de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo y ella es siempre virgen. Madre de Dios, porque su hijo es Dios. A pesar de que su divinidad no proceda de ella, la Virgen fue ascendida y coronada por su Hijo el mismo día en cuerpo y alma. Recibe el culto de hiperdulía. Ella es el canal de todas las gracias descendentes y por consiguiente, de todas las oraciones ascendentes, ya que su hijo se lo concede todo. La Iglesia griega profesa la misma doctrina.

-Me acuerdo de haber leído libros al respecto –dijo Stella. Era en el tiempo en que conocí a Eliphas Levi, hacia 1872. Eso no me hace más joven. El pobre Eliphas tenía ya hidropesía. Le gustaba mucho salir conmigo. Vivía al final de la rue de-Sèvres. Era casi el campo en aquella época. Toda Plaisance estaba llena de huertos. Había *guinguettes*²¹ en la carretera de Meudon. Íbamos allí a comer y a beber vino blanco. Yo le pedía clavículas y él les ponía colores, y letras e imágenes. Cuando yo conseguía venderle a buen precio uno de sus manuscritos, él se apresuraba a invitarme a gastar el montón de monedas, como el estudiante bohemio que seguía siendo, aunque su barba ya fuera completamente blanca. ¡Eran buenos momentos de asueto para mí! –Y Stella sonreía con su marido contando esos viejos recuerdos. Desde entonces, vea usted cómo he envejecido. Si hasta ya chocheo. Lo que quería decirle es que Eliphas Levi había sido diácono, un alumno problemático del seminario. Había publicado, bajo el nombre de “Abad Constante”, *La Madre de Dios*. Tenía entonces entre treinta y treinta y cuatro años, y me había prestado ese libro.

²¹ Una guinguette es una taberna popular del extrarradio parisino que funciona como restaurante y a veces como baile. Nota del traductor.

-Pero –dije yo- perdone que le interrumpa. ¿Poseyó usted el manuscrito de Eliphaz Levi? ¿Lo tiene usted quizás todavía?

-Le vi caligrafiar una docena de sus “clavículas”, pero no sé lo que fue de todo eso. Sabe usted –añadió lanzando una mirada de confianza y de amor sobre Andreas- hace tiempo que esas cosas perdieron toda atracción para mí. ¡Bien! En ese libro Eliphaz, diácono, resumía la doctrina teológica sobre la Madre de Dios. En él citaba a San Buenaventura, a Galatino, con un estilo muy oratorio, explicaba todo lo que usted acaba de decirnos, describiendo a la Virgen como personaje histórico, en su esencia teológica, comentando el capítulo VII de los Proverbios, mostrándola en su misterio de intercesora y, con María de Agreda, como la Jerusalén del Apocalipsis, como la esposa del Cantar de los Cantares, como el modelo de la Iglesia.

Es San Epifanio, en el siglo IV, el que compara primero a la Virgen con la Esposa del Cantar de los Cantares. San Bernardo desarrolló esa idea. María de Agreda copió un poco a San Buenaventura, que escribió sobre la Virgen un Comentario del Salve Regina, Un Pequeño Salterio, Los Elogios, el Espejo. Este último tratado es un comentario del Ave María. Los Elogios son la explicación de las figuras del Antiguo Testamento: la Fuente del Paraíso, el Árbol de la Vida, el Paraíso, el Arca, el Arco Iris, la Paloma, la Escalera de Jacob, el Arbusto en llamas, El Jarrón del Maná, el Asta de la Serpiente de Bronce, la Vara de Aarón, la Estrella de Balam, el Templo, Judith, Esther, etc.

-Todas esas son, en efecto, figuras de la Virgen celeste –dijo Andreas. Si es usted curioso, doctor, puede usted estudiarlo por su parte, más desde el punto de vista del símbolo que según el jeroglífico de la letra. Sin embargo, recuerde que la ciencia adquirida por el solo entendimiento se desvanece.

-He leído –interrumpió Stella- la Ciudad Mística de María de Agreda, pero en español. Es muy bonito, mientras que las traducciones francesas caen con cuentagotas como las fuentes de malvavisco. Esta dominicana hace un elogio ditirámico de la Virgen...

-Que no tiene ya sino a medias –dijo Andreas. Tienes sangre hugonota en las venas. Lo que dice María de Agreda es bastante verdadero, únicamente haría falta colocar su visión en su contexto. Pero siga²² ensamblando sus recuerdos. Le diré mis ideas más tarde.

-Sin embargo –dijo Stella- la Ciudad Mística está llena de utilidad. Ella muestra una vida ideal de muchacha, de esposa, de madre, haciéndonos acariciar la posibilidad de interesar al Cielo en las acciones más vulgares...

-¿Sabe usted otra cosa? –preguntó Andreas.

-No –contesté yo. Todos se repiten. San Ambrosio y San Epifanio son los primeros que enseñan la Inmaculada Concepción desde el doble punto de vista del pecado original y del pecado actual. San Bernardo, Jacques Sanazar, el Señor Olier se copian un poco los unos a los otros.

-¿Y los místicos no católicos?

-Sólo conozco a Boehme y a su escuela: Law, Gichtel, Pordage, Frankenberg. Hablan poco de la Virgen. Según ellos, ella había proporcionado la materia del cuerpo de Cristo y su naturaleza humana. Ella era, en cuanto a su alma, una emanación de la Virgen Sofía, de la Naturaleza-esencia, pero solamente después de la concepción de su Hijo. Por sí misma no es más que una mujer santa, que no participa en las prerrogativas de la divinidad. Y ahora –añadí tras un silencio- ¿puedo pedirles que me digan algo?

-Escuche, doctor. Permítame no juzgar las teorías que me ha expuesto. Yo le diría, lo más honestamente posible, mi opinión personal. A usted le corresponde comparar, pesar, decidirse. Tendrá usted el deber de hacerlo. Se trata de asuntos importantes. Esto es lo que yo entiendo de ese misterio. Cuando el Verbo ha tomado un cuerpo terrestre, le ha

²² En Francia, en determinados contextos, los cónyuges se tratan de “usted”. Nota del traductor.

hecho falta, por bondad, arreglar la debilidad de la materia física. Se dice que la espada desgasta su funda. Si eso es verdad para los hombres, con mucha más razón debía el cuerpo destinado a convertirse en instrumento del Todopoderoso haber recibido un templado muy puro. Hacía falta por lo tanto que la madre física de Cristo, el instrumento de ese milagro, estuviera exenta de las taras de la materia orgánica ordinaria. Por eso, ella es la reina de los santos, como es la reina de los ángeles al haber permanecido pura después de haber pasado por el fango.

-Me parece captar una nueva idea –respondí a la muda interrogación de Andreas.

-Por lo tanto, carece de importancia –siguió diciendo- por lo menos en lo que a nosotros nos concierne, que como enseña la Iglesia, María haya sido creado pura desde su primer contacto con la tierra, quince años antes del nacimiento del Verbo, o que, como dicen los partidarios de la reencarnación, haya descendido muchas veces a la tierra, llevando sin falla una vida constantemente santa y preparándose así para la muy alta gloria de su última encarnación.

-¡Ahora me explico –dije yo- por qué Boehme la llama “salvación de este valle de dolor” y otro “aflicción purificada”!

-Es por eso –siguió diciendo Andreas sin que al parecer me hubiera oído- que ella es el camino para ir a Cristo ya que, cualquiera que sea la teoría que fabriquemos, es un hecho que la Virgen siempre cumplió toda la Ley.

-Todos los Padres de la Iglesia le otorgan el título de Puerta del Cielo –dijo Stella. Vintras también –añadió.

-¿Y yo que pienso –pregunté- que los títulos que se le confieren en las letanías y en los himnos litúrgicos son otra cosa que elogios poéticos?

-Ciertamente –me contestó Andreas levantándose. Todo es verdad, se lo repito, pero en su contexto. Las razones de esos títulos están contenidas implícitamente en la Anunciación angélica. Voy a intentar demostrárselo a continuación.

Y mientras pasaba a su taller para escribir en un olvidado trozo de papel, Stella continuaba, por así decirlo, con su enseñanza:

-Mire –decía- esta oración tiene tres partes: Una que dice el ángel, una que dice una criatura privilegiada, la madre del Precursor, y una inventado por hombres piadosos.

Sin embargo, cada una de esas tres partes se divide en dos frases, y “así sea” termina el heptasílabo. Así, el número 7 se encuentra aquí por haber jugado un gran papel en su vida.

-¿Cómo es eso? –pregunté.

-Andreas me ha dicho que a los siete años ella había tenido la intuición de su misión, que a los catorce se había casado, a los veintiuno su Hijo la dejó, a los cuarenta y nueve lo vio morir y a los sesenta y tres recibió su corona.

-Ya veo. Hay ahí un ciclo planetario completo: “Dios te salve, María, llena eres de gracia”, es la postración; “el Señor está contigo” es el resplandor divino; “bendita tú eres” es la energía multiplicadora; “el fruto de tu vientre Jesús”... es el corazón solar del sistema; “Santa María, ruega por nosotros” evoca la dulzura celestial; “en la hora de nuestra muerte” hace revivir a los guías conductores de muertos: Anubis, el Hermes psicopompo, Yama; “Amén”, es la forma del número siete que, según Boehme, corporiza todo deseo, y...

La reaparición súbita de Andreas cortó de un tajo mi exposición hermética. Se sentó, retomando la conversación en el punto al que su mujer la había llevado.

-El número siete parece ser el que se encuentra más frecuentemente sobre esta tierra. Debe de tener por lo tanto una relación estrecha con la ley de la vida humana. Pero eso no es asunto nuestro de momento. Dese cuenta más bien de esto: Es un ángel quien saluda a la Virgen, es una mujer recta la que le concede un justo elogio, son los pecadores quienes la eligen; o, si usted prefiere, el ángel nos muestra que ella está

delante de Dios, Isabel nos indica su lugar dentro del género humano, mientras que la tercera parte es la conclusión inevitable de las otras dos.

-Así pues, ¿recomienda usted el culto a la Virgen, el culto de hiperdulía? –Pregunté.

-Querido doctor –yo no prescribo nada. Aquellos que se sienten inclinados a que la Virgen presente sus oraciones no se equivocan. Eso es todo lo que sé.

-Explícanos cómo sigue, ¿quieres? –Pidió Stella.

-El Ave María, en latín, en francés, o en cualquier otra lengua, tiene una interpretación y un sentido diferente. Pero dese bien cuenta, doctor, únicamente en el reino de la palabra humana. En el reino de la palabra divina, sólo existe un sentido. La lengua de ese reino es el Espíritu quien nos la enseña, y hay que prepararse para recibir sus lecciones mediante el trabajo, mediante el acto. He ahí tan simple misterio. La Virgen no era feminista, nunca presidió ninguna logia masónica, ni colaboró con un gran periódico. Fue una niña obediente, una a la que casaron sin preguntarle su opinión, una mujer sometida a las sospechas de su esposo, a los cuchicheos, a las labores del hogar, una madre condenada a las peores inquietudes, coronadas por el más inmenso dolor. Una viuda activa y bondadosa, que encima se ocupaba de la casa de los apóstoles. Una vida oscura, una vida corriente, anti-intelectual. Aquellos que mejor se harán oír por ella serán la gente de la misma condición, los trabajadores pobres, cuya mezquina existencia se consume entre el cansancio y la inquietud por la comida cotidiana. Esos no saben de geometría ni de mantras. Cuando piden algo es con un grito de su agotado y viejo corazón. Están muy cerca del reino de la Palabra. El Cielo los escucha mucho mejor que a los iniciados.

-¿Entonces Catarina Emmerich tiene razón cuando dice que la Virgen es el modelo de la mujer? Preguntó Stella.

-Es el modelo de la humanidad. Pero es difícil hablar de alguien sin juzgarle. Ella me perdonará, si digo alguna cosa inexacta o que os choque, doctor.

-Creo –dije yo- ser lo bastante sabio como para no rechazar lo que no comprendo. Pero, se lo ruego, ¿por qué el Arcángel Gabriel la nombra y la llama, “llena de gracia”?

-En cuanto a su nombre, doctor, permítame no decir nada. La de los nombres es una ciencia que no estamos en estado de soportar. Por otra parte, no la conozco. En cuanto al título: llena de gracia, eso quiere decir que en María todo ha sido renovado por el Cielo. Ella no experimentó corporalmente la muerte, usted lo sabe. Sin embargo, desde la luz central de su alma, desde los maravillosos órganos de su espíritu hasta la más diminutas moléculas de su cuerpo de carne, todo en ella fue lavado de las manchas del egoísmo.

-¿Cómo es eso? Pregunté.

-¡Bien! Cuando un hombre cede a la cólera y golpea a su interlocutor, los músculos de su brazo, que han realizado dicha acción, se desarrollan, ya que han actuado según su fin. Pero al ser perversa la intención, el deseo, como decía San Martín, que los ha puesto en movimiento, su trabajo tiene consecuencias nefastas que se extienden a todos los movimientos ulteriores de esos mismos músculos. Para purificarlos, es necesario pues que el Cielo transforme todas esas fibras musculares, además de la conversión moral que debe provocar. Por lo tanto, si la Virgen hablaba poco, si la afabilidad, la simplicidad y la dignidad de sus modales alcanzaban la belleza, es porque todo el mal que revela un verbo prolijo, una actitud carente de gracia, había sido retirado de ella y sustituido por la gracia, por la luz gratuita bajada del Cielo.

-Ahora comprendo, Maestro, por qué las letanías la llaman “Espejo de la Trinidad”, “Trono de la Sabiduría” y “Madre de Gracia”, porque San Bernardo dice que ella es el Cielo y el Arco de Dios.

-Existen todavía otros motivos para dichos títulos, doctor, pero créame, no se preocupe por esas especulaciones tan lejanas. ¿Qué ganaría usted sabiendo cómo ella es una estrella por encima del mar universal, a qué ceremonias invisibles se refieren los títulos de

Puerta de Cristal, de Sala del Festín, de Rosa mística, en qué drama cósmico juega ella el papel de Torre de David, de Torre de Marfil, de Casa de Oro? No hay que ser demasiado curioso. Es una lección que he aprendido a mis expensas.

-Entonces –dije yo. ¿No hay que estudiar?

-No se vaya a los extremos. Haga lo que se puede hacer. Limite sus estudios a lo que incumbe a su vida actual. Su ámbito ya es lo suficientemente vasto. Por ejemplo, para volver al asunto que nos ocupa, comprenda que, si el ángel le dice: el Señor es contigo, es porque la considera la más humilde de las criaturas...

-Leí hace tiempo un manuscrito jansenista que decía exactamente lo mismo – interrumpió Stella.

-Es también porque ella está, en esencia, indisolublemente unida, por su amor, a su Hijo. Es porque, no solamente durante su vida terrestre conocida, sino siempre y en todo lugar, ella se encuentra en comunicación constante con él –no por un esfuerzo magnético o mental, sino a causa de su amor. Es esta presencia de Dios la que le permitió soportar tantos sufrimientos, superar tantas pruebas, materiales y morales. Creo, doctor, que no ha leído todavía como hace falta el Evangelio.

-Dios mío –dije yo. El Evangelio, al igual que todos los libros sagrados, alberga varios significados, que se pueden descubrir por medio de cálculos literales y numerales de las palabras, los números, las letras, los capítulos y los versículos. Al igual que toda lengua tiene su aspecto jeroglífico, las traducciones ordinarias son susceptibles de manipulación, pero la versión latina, la griega y la aramea son todavía mejores...

-Va usted muy deprisa, doctor –interrumpió Andreas. Para que un estudio semejante diese verdaderos resultados, haría falta por lo menos que conociese la ciencia de los números y de la de las letras. Sin embargo, nadie, oye usted, nadie, ni siquiera los más reputados, sabe más que la primera letra del alfabeto de esas ciencias. ¡Vea usted la precisión que deben de tener las operaciones teosóficas, las trasposiciones, los cuadrados mágicos y lo demás!

Al no contestar yo nada, desconcertado como estaba, Andreas prosiguió:

-El Evangelio, por lo tanto, no posee varios sentidos, tal y como usted, en tanto que ocultista, entiende esta expresión. Los diferentes sentidos de los libros sagrados son como nuevas frases que aparecerían en un texto criptográfico leído según códigos de desciframiento diferentes. El Evangelio es siempre uno, siempre central. Su lector encuentra en él el centro del plano en el que se desarrolla su vida espiritual. La significación de la palabra del Verbo se nos muestra así más o menos alta, más o menos profunda o universal, según estemos nosotros mismos más o menos alejados del verdadero centro. ¿Comprende usted por lo tanto, doctor, que cada palabra de ese libro es absoluta?

-Es verdad –dijo Stella. Cuando estoy un poco cansada, digo “estoy terriblemente cansada”. Eso no es exacto. Aplicamos todo el tiempo términos hiperbólicos, extravagantes, a las cosas más nimias. El Evangelio da a todo sentimiento, a toda idea, a todo hecho, su expresión exacta. Es lo que los literatos llaman su simplicidad.

Mientras yo asentía con la cabeza, extrañado de no haber nunca pensado en cosas tan evidentes, Andreas continuó:

-El ángel la saluda. Es una cortesía. ¿Sabe usted lo que es la cortesía, o al menos, lo que debería ser?

-Bueno –dije yo riéndome con fingida simpatía- creo que no me da usted mucho margen de maniobra para responderle.

-Sin embargo –dijo con seriedad Andreas- si alguien le molesta, a usted no le gusta, su cortesía es una mentira. Procede de las tinieblas y da a luz tinieblas. No es demasiado grave, evidentemente, pero, si no hacemos las cosas pequeñas, ¿cómo podremos hacer las grandes? El saludo de Gabriel está pues animado por un sentimiento sincero. ¿Cuáles

son las cualidades de los ángeles? La obediencia, la inocencia. Sin ello no serían ángeles. Al saludarla, Gabriel reconoce en esta mujer una pureza y una obediencia más grandes que las que él mismo posee. Y, en efecto, al venir al mundo, el espíritu de María era puro y se mantuvo puro durante toda su vida.

-¿Entonces admite usted la Inmaculada Concepción?

-Vamos, doctor, ¿si una mujer enferma tiene un hijo, le saldrá sano? Si el carácter, el temperamento, la mentalidad, en una palabra, la naturaleza humana del Cristo eran perfectos, aquella que fue el laboratorio de ese diamante podía estar pervertida en lo más mínimo?

-Para volver a la palabra: llena eres de gracia no se refiere a la belleza física en lo más mínimo...

-¿Por qué no, doctor? La Santa Virgen era muy bella, pero no con la acepción que le damos a esa palabra, exceptuando a algunos artistas. La intensidad de la vida interior modelaba su rostro. Éste era extremadamente móvil y, como ello lo hacía todo con la mejor voluntad, su figura expresaba, para cada una de sus acciones, el tipo ideal de la facultad que ella utilizaba. No sé si me explico.

-Me parece que sí. Cuando rezaba, por ejemplo, ella habría sido para un artista la encarnación viviente de la oración. Cuando daba limosna, la de la caridad, y así sucesivamente.

-Es lo que quería decir, doctor. Hay otra cosa. Lo que la Iglesia llama "la gracia", es una fuerza que el Cielo nos envía gratuitamente, incluso cuando creemos haberla merecido por una buena acción. Para usted, doctor, la gracia es la operación por la que el Cielo reemplaza en nosotros una célula física, mental, astral, o del orden que sea, que está enferma, por una célula pura que viene de su Tesoro. Pero, en la Virgen, todos los organismos visibles e invisibles habían sido renovados de esa manera. Sólo subsistía, si puedo decirlo así, la trama del trabajo de la Naturaleza.

-Me parece –dije yo- haber leído algo como eso en Henricus Madathanus.

-Es posible, doctor. Los primeros Rosa-Cruces, a pesar de ser protestantes, amaban a la Virgen.

-Y también –pregunté- ¿no hay una relación entre las gracias que recibió y los nueve coros de los ángeles?

-Hay una, en efecto, desde el punto de vista católico. San Buenaventura habló de ello. Pero se lo repito, es un detalle, y es todavía demasiado difícil para nosotros.

-Y no me ha dicho usted nada sobre el nombre de María.

-¡Oh! Doctor. Conoce usted tan bien como yo todas las glosas místico-hebraicas a las que ese nombre ha dado nacimiento. No quiero hacerle perder el tiempo. Créame, volveremos a ver eso dentro de unos siglos.

-¡Sólo si –dije yo- la Providencia quiere hacerme el favor de volver a encontrarle!

-¡Ah! ¡Sí! –Exclamó Andreas riéndose dulcemente- ¡ese sería un gran favor! ¡Hablemos de ello! ¡No hay que tener esas ideas, doctor!

-¡Oh! –Exclamó suavemente Stella con un tono de reproche. ¿Por qué dices eso? Vas a herir sus sentimientos. Pero, levantándose, lo rodeó con un brazo.

-¡Bien, doctor! –Me dijo con gravedad- le prometo, ya que quiere usted acompañarme, que le pediré al Cielo que le, o más bien que nos dé la fuerza para hacer siempre su voluntad. Es el mejor medio que conozco para seguir juntos para siempre.

Yo también me había levantado. Un aire más ligero parecía llenar la habitación. Un sabor de primavera dilataba mi ser. Ya no pensaba más, me relajaba como en un baño de rejuvenecedora luz. No era la primera vez que sensaciones similares, siempre igual de repentinas, me invadían. Su pureza, su fuerza rebasaban en mucho todo lo que yo había podido imaginarme a partir de la lectura de los relatos de los místicos extáticos. Y yo no era el único que gustaba el encanto de esos inefables efectos. Siempre, después de uno

de esos demasiado breves minutos de paraíso, me daba cuenta de que, sin el menor esfuerzo de mi parte, adquiriría una especie de prestigio, ejercía una indefinible atracción sobre los otros. Mis enfermos, cuando se iban, decían experimentar una sensible mejoría, un apaciguamiento físico y moral, del que no podían, ni yo tampoco, explicar la causa.

Tras unos instantes, Andreas se puso a fumar, continuando con su enseñanza:

-La bendición que el Ángel Gabriel otorga a María, es la elección especial de la que ella fue objeto. Fue la primera criatura en la que se produjo el misterio que la Iglesia llama "nacimiento interior del Cristo". Es el ejemplo perfecto de un ser obediente, humilde y cariñoso. En realidad, la mujer, o más bien todo el lado femenino del universo, se ajusta más a la Ley que el masculino. La vida de la Virgen le fue siempre, en todas las cosas, totalmente conforme. De manera que, hablando con propiedad, no deberíamos dedicarnos tanto a la imitación de Jesucristo, ya que el modelo es demasiado perfecto, sino a la de su Madre.

Abrí la boca para preguntar la razón de un engrandecimiento tan excepcional, pero Andreas me advirtió:

-Por otra parte –dijo- todo lo que le digo, no se engañe, no son más que aproximaciones. El Cristo y la Virgen son misterios. Su estatura desborda nuestro intelecto. Su secreto es el de la misma creación. Sólo podríamos conocerlos sabiendo el porqué de la Vida. Quizás un día el Verbo se revele, pero nunca seremos merecedores de ese favor, si se nos otorga. Para nosotros será siempre una gracia gratuita.

-Entonces, la bendición de Jesús, que hace Isabel, es el reconocimiento y el amor de aquellos que él salva.

-Simple y llanamente, doctor. Y encima, pocos son los que piensan en algo tan simple. La gente piadosa, o que dicen serlo, saben muy bien pedir cuando necesitan algo, pero se olvidan casi siempre de agradecer. Hay que hacerlo, no porque el Cielo se indisponga por nuestra descortesía, sino porque nuestra gratitud, por muy insignificante que sea, es agradable a sus ojos, y porque les da ejemplo a los seres que tenemos la misión de educar.

-En cuanto a la tercera parte del Ave María –dije- me parece que está muy clara. La santidad de la Virgen se deduce de los títulos que le ha dado el Ángel Gabriel. Sin embargo, ¿ese papel de intercesor que se le atribuye, es real?

-Sí doctor. Sabe usted que todo lo que pasa en esta tierra deja una huella. Habiendo vivido la Virgen en la tierra, proviniendo los elementos de su cuerpo de la materia física, la estela luminosa que su partida produjo puede ser encontrada más fácil por nosotros que el surco de su Hijo, por ejemplo, cuyo cuerpo físico era extraño en nuestro planeta.

-Una tríada druídica dice algo similar sobre el cuerpo del Verbo.

-Era una intuición lejana –retomó Andreas- pero hablaremos de ello en otra ocasión.

-Sí –contesté- se está haciendo tarde, en efecto. Antes de irme, una última pregunta. ¿Por qué la orden terciaria de San Francisco introdujo "ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte"?

-A su yo real, doctor, usted no lo conoce. El campo actual de nuestra consciencia es muy limitado, sólo engloba una pequeña parte de nuestro ser. Por eso cuando rezamos, nuestro cuerpo físico participa en nuestro acto, el espíritu de sus células materiales sale, si puedo decirlo así, y va de aquí para allá buscando la luz, como un perro husmeando por el campo, como un sonámbulo que busca un objeto perdido. Nuestro espíritu encontrará más rápidamente la huella de una luz que emana en otro tiempo por un cuerpo físico semejante al nuestro. La oración dirigida a la Virgen llega por lo tanto más fácilmente a su destino.

-Pero, ¿"en la hora de nuestra muerte"? –Preguntó Stella.

-¡Bien! Sabéis que después de la muerte, hay un juicio individual. En ese tribunal, la justicia está representada por los genios que tenían la misión de vigilarnos, de ayudarnos

y de orientarnos. Si no hemos hecho uso de sus servicios, lo dicen. Pero el Cielo interviene siempre para paliar nuestras faltas y excusar nuestras negligencias. Así, la forma del Cielo, el rayo de lo Absoluto más cercano a la tierra, es la Virgen. Por esto la religión nos la presenta como la socorredora de los agonizantes.

Le di las gracias a mis anfitriones y me despedí, ya que el estruendo de los coches de los lecheros que bajaban de Montfermeil hacia París anunciaba la venida de la mañana. Y volví lentamente a mi casa, bajo un amanecer de color ceniza, por las calles relucientes por la lluvia en las que se movían las siluetas de los barrenderos.

LA VIRGEN

La particular dulzura de aquel día de diciembre nos había seducido. Nos paseábamos por el pequeño jardín de Andreas, bajo la vigilancia de su perro, entre las peleas de los gorriones de la familia. Hablábamos de Olive Schreiner, que acababa de morir en el Transvaal. También se trató en nuestra conversación de las feministas, de las muchachas modernas, de las abuelas de la vieja escuela, y llegamos a la conclusión de que la amazona batalladora de hoy corría el gran riesgo, a pesar de su elocuencia, de no alcanzar sino una influencia muy externa, muy superficial, muy incoherente. Mientras que las mujeres de antaño, cuyo reino sólo se extendía desde la cocina al trastero, ejercían una regencia mucho más efectiva, más profunda, más sana. Una vez más, se cazaba a la sombra y no a la presa.

-Sin embargo –objeté yo- hay muchos excesos, muchos abusos de autoridad, abusos legales por parte de los padres, de los tutores, de los maridos. ¿Y el destino de las madres solteras? ¿Y el de los hijos naturales?

-¡Oh! Lo sé –respondió Andreas meneando la cabeza- se han vertido muchas lágrimas, muchas existencias han sido envenenadas por los prejuicios, por la avaricia, por la soberbia. Y sin embargo, toda esa aflicción ha sido útil, toda sin excepción. ¡Ay! Si los hombres pudieran ver lo que son las mujeres, si las mujeres pudieran ver lo que son los hombres, si quisieran mirarse entre ellos sin las decisiones inflexibles que se toman por amor o por odio, cuantos dolores se evitarían!

-Pero, ¿qué habría que hacer?

-¡Eh! –Dijo Andreas. ¡Sólo tienen que mirar a la Virgen María! Y Andreas dio, pensativo, algunos pasos. Además, no te imaginas –retomó- qué criatura tan maravillosa era la Virgen. Ningún artista, no, en verdad, ningún artista la ha visto, ningún artista ha tenido todavía el alma lo suficientemente grande para verla. Su persona reunía todas las bellezas de la raza judía, en la que, contrariamente a la opinión de los etnógrafos, el vasto Oriente había fundido sus múltiples bellezas. Las esbeltas formas egipcias, el vigor de los nómadas del desierto, la potencia caldea, la clara gracia de las muchachas celtas exiliadas, la languidez siria, todo eso descansaba en ella, saliendo cada cosa a su vez según las urgentes palpitaciones de la vida interior más rica y más vibrante. Sin duda, Cimabue nos pintó su misterio; Giotto, su nobleza; Fra Angélico, su fervor suplicante; Lippi y Botticelli, su gracia festiva; Leonardo, la sutileza de su inteligencia; Bellini, su tristeza; Miguel Ángel, su fuerza; Van Eyck, su sufrimiento; los artistas franceses de la Edad Media, sus heroicas virtudes ocultas; y Rafael, el pintor que siente más difícilmente, su virginidad. Pero todo eso, no son más que retratos accidentales.

Como tampoco te imaginas la increíble riqueza de su vitalidad. En la sombra violeta de la pequeña casa, ella resplandecía como un topacio ardiente. Todas las antorchas del entusiasmo y de la inteligencia brillaban en sus ojos en los raros minutos en los que ella no tapaba sus radiantes rosetones con las cortinas de sus largos párpados. Sobre las cenizas del hogar, sobre la masa de pan, sobre la jarra de aceite, ella se inclinaba como una gran flor viviente. Lo magnificaba todo, lo embalsamaba todo.

Te has dado cuenta, de que hay seres que, cubiertos con las ropas más feas que puedan producir las fábricas de confección, parecen sin embargo aristócratas; seres cuyas manos deformadas por los más duros trabajos siguen siendo expresivas, cuyos rasgos insultados por la miseria o por largas intemperies siguen siendo nobles y ricos en numerosas significaciones. La Virgen era así. Una mano medio levantada, una inclinación de la cabeza, una sinuosidad de los labios y la esperanza y la desesperanza, la poesía y el abatimiento, el cansancio y el éxtasis se alzaban ante el espectador, desplegando sus dramas infinitos. ¡Pero qué ojos, doctor, sus vastos ojos tan puros, sus ojos donde todas

las miradas se apretaban, como las naves en un puerto! ¡Y su voz, clara hasta la muerte, transparente, limpia, alada, salvo en las raras ocasiones en que, entreabriendo las puertas de su alma, dejaba adivinar en la entonación de una palabra las fastuosas armonías de una sensibilidad tan exquisita como profunda! No, amigo mío, no se puede concebir la maravilla que fue esa mujer, y yo, yo sé además que en torno a ella nadie la comprendió nunca, salvo su Hijo. Me ha sido otorgado medir la anchura y la longitud, el abismo de su humildad. Me ha sido otorgado concebir por qué motivos nunca abrió la boca para quejarse, ni para defenderse, por qué enterró siempre en silencio todos los tesoros de gracia, de sensibilidad, de ternura de los que el Padre la había magníficamente dotado. Siempre se calló. Piensa en ello, querido doctor: ¡mutismo bajo el desprecio, mutismo bajo el dolor, mutismo frente a la admiración, la compasión y la veneración! ¡Nunca nadie vio una lágrima de ella, de la Virgen, y de qué virginidad! ¡La madre, y de qué Hijo! ¡Y de qué niños tan ingratos de su adopción! Cuando, luego, oigo lamentarse a las mujeres, y a los hombres, que no sufren nunca tanto como las mujeres, quejarse más todavía, ¡qué falta me hace pensar intensamente en la piedad inagotable de nuestra Madre espiritual para que rápidas compasiones hacia el dolor de los seres se levanten en mí! ¡Ay! Nunca, nunca nadie comprenderá a esa mujer!

-Sin embargo –aventuré yo- ¿no será que sufrimos, que lloramos, que incluso nos matamos para escapar a la tortura de la existencia?

-Sí, sin duda, yo también me digo eso. Sé bien que la misma pena deja insensible a uno mientras martiriza a su vecino, pero también sé que, si sufrimos, es porque no queremos sufrir, porque, para no sufrir, habría que poner a nuestros pies a nuestro muy querido orgullo. ¡Ay, cuando Dios agobia a uno de sus servidores con esa terrible carga que es el discernimiento de las conciencias, debería llevárselo de este mundo, vestíbulo del infierno! Y sin embargo, todo lo que Dios hace está bien.

Yo no sabía qué contestar. Entreveía, como en un precipicio donde flotan las nubes, los terribles conflictos que habían debido agitarse entre las dos naturalezas, humana y divina, del Maestro de Andreas, del Maestro de todos nosotros. Pasaron largos minutos, y la conciliación entre esas incompatibilidades no llegaba.

Luego Andreas, levantándose, dio algunos pasos y dijo:

-Así pues, cueste lo que cueste, es absolutamente necesario, que un día u otro vivamos como ha vivido María. Cuando las criaturas desgraciadas vengan a llorar delante de ti, no las rechaces, pero no te precipites. Escucha las quejas en silencio, y no hables hasta que sientas en el fondo de tu corazón como te desgarran el mismo arado que desgarran a esas víctimas. Entonces, pero solo entonces, las tres palabras que digas actuarán eficazmente. Toda pena es al mismo tiempo ilusoria y real. Trátalas con unas manos puras y un corazón respetuoso.

-En efecto –exclamé suavemente- todas nuestras angustias vienen de nuestra prisa. Queremos poseer esto o lo otro, inmediatamente. Nunca admitimos que nuestros deseos puedan estar equivocados. Tal madre no concibe que su hijo pueda amar a tal muchacha que a ella no le gusta. El hijo tampoco concibe que su madre, a quien el amor no despoja de su sentido crítico, se oponga por consideraciones de fortuna o de conveniencias sociales. Tal esposa no imagina que su marido desearía ser amado de otra manera de la que ella imagina. Cada cual se cree provisto de una inteligencia perfecta...

Sí, doctor –interrumpió Andreas- sería necesario que nos quedáramos toda la vida en el último banco de la escuela de la Vida. Si ni siquiera sabemos el alfabeto de esa lengua, estamos muy lejos de poderla hablar. ¡Ay! Callarse, hablar sólo para mantener el valor y la alegría en torno a sí. Esa es la buena receta. Nunca dominar, nunca reclamar –añadió sonriendo.

-Y, ¿no es cierto? –dije riéndome yo también- no fastidiar a los otros con ásperos sermones sobre la inutilidad de dar sermones...

PARÁBOLAS

Hacia el final del mediodía, Andreas me llevó al Café de la Paix²³. Nos sentamos en la terraza, bajo los rayos declinantes de un sol de invierno cuya calidez fuera de temporada no hacía más que despertar la ola de inquietud que se apoderaba de nosotros ante lo anormal. Con una ropa de corte pasado de moda, un corte de pelo a la antigua y una camisa resplandeciente, Andreas recordaba al tipo de hombre de letras que florecía en el bulevar sobre la década de 1880. Algunos transeúntes se daban cuenta de su rostro, tan diferente de los rostros de hoy en día. Él veía desfilar a la muchedumbre, la doble fila de coches, las iluminaciones repentinas de la publicidad moderna, y yo, como de costumbre, buscaba cómo hacerle decir cosas. Pero, esa tarde, se puso él mismo a contar historias.

-¿No te parece –me dijo- que las costumbres de nuestra época son iguales en todas partes? Aunque estés en Singapur, en Hong-Kong o en Shangai, verás a la misma gente sentada en las mesas de los cafés, las mismas caras rígidas y duras, la misma preocupación sobre el precio del trigo, del dólar o de la libra, el mismo interés por agradar al patrón o a los señores secretos de la vida pública. Por aquí también pasan frente a nuestros ojos de soñadores o de realistas, gente de todos los países y gente de ninguna parte, los que nunca serán nada y los que, quizás, dentro de diez años tendrán Europa en sus manos. Mira todas esas cabezas de potentes mandíbulas, con la frente entrada de los girondinos, con esas bocas tan crueles en su mayoría. Son ideólogos de feroces apetitos. Son utópicos, pero que sólo comprenden lo material. Son destructores. Son espíritus lanzados sobre la curva descendente de su parábola individual. Examinando a estos hombres, ¿puedes creer en la evolución humanitaria que profetizó la gente de 1848, en Jaurès, en la Liga de Derechos Humanos? El ideólogo es incurable. Le oíamos celebrar la paz en julio de 1914, hoy empieza de nuevo con sus ditirambos, quiere la paz, pero no quiere a Dios. ¡Qué miseria intelectual! ¿Podemos de verdad decir que esta muchedumbre que deambula ante nosotros está compuesta de hermanos? Míralos empujándose en el Metro. Si no hubiera agentes de policía, ni numerosos inspectores de seguridad, oíríamos un tiroteo, puesto que no hay nadie en esos cien metros de bulevar que no se cruce con dos o tres enemigos mortales.

-Estoy de acuerdo con usted –le contesté a Andreas- lo único es que no veo solución. La situación social e internacional actual es después de todo consecuencia del mismo impulso hacia el individualismo libre que engendró la Reforma, la Francmasonería, 1789, 1848, la Internacional, nuestra República. Pero este impulso, tan noble, tan generoso, a sido llevado, por reacción contra el catolicismo tradicionalista, a admitir únicamente la razón y a remplazar el culto a Dios por el culto a la Humanidad. Por otra parte, la historia nos lo demuestra, el principio de autoridad, tanto en política como en religión, tiende también hacia lo excesivo. Estas luchas, estos equilibrios entre doctrinas hostiles ¿no están también inscritos en la naturaleza de las cosas terrestres?

-Claro que sí, querido doctor –contestó Andreas con un tono casi indiferente. En la Naturaleza no hay ni círculos, ni esferas, todo es elipse u ovoide. Como, además de la Naturaleza, Dios interviene, hace con estas formas curvas o sólidos, pero nunca de forma regular. Sólo hay parábolas y –yo diría- paraboloides. Además, tú lo sabes bien, el Verbo habla a través de parábolas.

-Pero –dije yo. ¿No se trata de un simple juego de palabras?

-Claro que sí –contestó sonriendo mi interlocutor. Claro. No creo más que tú que el nombre de Rambouillet venga de Ram, ni que la palabra cristal venga de Cristo, ni que todas las plantas en las que domina el color rojo sean buenas para la sangre. Pero en las

²³ Café de la Paz. Nota del traductor.

analogías, en las homonimias, en las homofonías, hay a veces un resplandor. En todas partes hay resplandores, lo único es que todo es extremadamente complicado aquí abajo. Las formas terrestres, vistas desde arriba, como resultados, son producto de innumerables fuerzas. Si la hoja de roble es de un cierto verde, y la hoja de sauce de otro verde, hay quizás dos o tres mil causas para esa diferencia. También sus virtudes son diferentes. Además, el color no es el único elemento significativo. También está la forma, el sabor, el olor, la densidad. Sin embargo, el hecho de que esas dos hojas sean verdes indica que tienen una propiedad en común, querido doctor, sólo una.

-Así –dije yo- cuando el Evangelista escribe: Jesús se expresaba con parábolas, hay que darse cuenta primero de que esas parábolas no deben ser ni ejemplos, ni símiles, ni comparaciones, ni simbolismos, ni alegorías ni, en resumen, ninguna figura retórica. Luego, hay que decirse que entre el lector y Jesús existe una larga distancia, un espacio muy vasto que no es un desierto, sino un mundo, varios mundos, poblados de luces, de sustancias, de fuerzas, de habitantes, y que todo eso puede desviar el rayo de luz y deformar el sonido y la palabra divina.

-Sin duda –interrumpió Andreas. De todas formas, hay que saber también que, en cuanto el oyente hace lo que hace falta, Jesús suprime la distancia, la disminuye incluso en la medida en la que nos inclinamos bajo su dulce ley. Las vistas intuitivas están muy bien, pero ¿hasta dónde llegan? No es trabajo pequeño hacer que nuestras intuiciones se vuelvan tan puras, tan espirituales, tan vigorosas, que vayan a dar con la verdad allí donde ésta se encuentra, es decir, en el centro de nosotros mismos, allí donde brilla la chispa del Verbo. Si los románticos, si los monistas, si el Señor Bergson y William James, y nuestros jóvenes surrealistas hubieran comprendido que existe lo Creado y lo Increado, no hubieran hecho del hombre un dios omnisciente. No se imaginaban que el sumun del arte o del pensamiento sea ponerse en estado receptivo, esperar y anotar las imágenes que pasan. Sin duda, el verdadero místico se sitúa delante de Dios en estado receptivo, pero antes trabaja constantemente para hacer que todos sus órganos físicos y psíquicos sean capaces de recibir a Dios. El adepto oriental sigue esta disciplina según un sistema de conocimiento tradicional, y en ello se equivoca, puesto que todo sistema de conocimiento es provisional. Mientras que el servidor de Cristo, que olvida su propio perfeccionamiento para pensar únicamente en obedecer en el trabajo, ese, al dejar a su maestro actuar en su lugar, ese no se equivoca en nada y llega al objetivo.

-En resumen, dije yo entonces- si las lecciones orales que dijo el Verbo encarnado eran parábolas, las acciones del Verbo eterno son también parábolas. Él lanza a las criaturas sobre los campos del Universo, y como el grano sembrado en invierno vuelve a ser grano al otoño siguiente, nosotros volveremos a ser, al final del año cósmico, los mismos granos que fuimos en su inicio, pero multiplicados y aumentados.

-Con la diferencia, doctor, con la inmensa diferencia de que, si el grano de la cosecha es idéntico en naturaleza al grano de la siembra –aunque habría mucho que decir sobre eso, ya que la vida quiere siempre crecer- si la elipse, en la materia, casi se cierra, para nosotros, los humanos, el sacrificio del Verbo abre esa elipse, lanza su segundo foco al infinito y la transforma en parábola.

-De lo que dice –hice notar- se puede deducir que cada uno de esos transeúntes que desfilan delante nuestra lleva dentro, sin saberlo, una palabra del Verbo. Entonces por qué están casi todos tristes, preocupados o perdidos? ¿Por qué la expresión de sus rostros o el aspecto de sus cuerpos no son nunca serenos?

-Claro, esa gente está inquieta o dormida. Ven mal o no ven. Lo que pasa es que no han aceptado la palabra divina que el Verbo les murmura, no la quieren. Quiero decir que por el momento tienen miedo de ella, se resisten contra ella, más tarde la aceptarán, pero después de cuántas batallas. Sin embargo, podrían ser felices inmediatamente. Pero la materia, el mundo, y la razón les fascinan. Ya ves, somos una elipse. El adepto busca

convertirse en un círculo, quiere que los dos focos sean uno sólo, pero nuestro Cristo enseña que por el contrario, es necesario abrir la elipse, proyectando uno de sus focos hasta el infinito.

-En efecto, las curvas cerradas son el Destino. Las curvas abiertas, son la Libertad. Y todos los rostros en torno a nosotros, cuyas bocas son tan amargas y cuyas miradas son tan secas, ¿no están así a causa de una lucha colérica contra la Fatalidad? La niegan, se proclaman libres, rechazan toda herencia, no quieren más leyes, ni jerarquías. Pero uno sólo se rebela contra su tirano. Por lo tanto, se trata de que se sienten prisioneros, y no se dan cuenta de que cada una de sus revueltas le da una vuelta de tuerca a sus dificultades.

-Sin duda, sin duda –dijo Andreas. Hay en nuestros días un gran número de hombres extremadamente inteligentes. Lo han leído todo, lo han analizado todo, comprendido todo, admirado todo, en lo que concierne a lo humano. Han adquirido un exceso de cultura. Su cerebro sufre de indigestión y sus nervios están al límite. Así, puedes ver a los más ricos de entre esos temperamentos de artista y de poeta, retornar a las formas primitivas del arte, a los balbuceos de los lirismos prehistóricos. Y sólo llegan a lo ingenioso artificial. El entusiasmo espontáneo no se disimula. El hombre solo no puede volver a la candidez del niño. Para ello tiene que aceptar el socorro del gran Médico de almas, pero no lo quieren. Por lo tanto, esperemos. Ninguna revuelta agota la paciencia divina.

Este discurso no me satisfacía sin embargo. Andreas me parecía un poco simbolista esa tarde y no pude evitar hacérselo saber. Sólo me comprendió a medias:

-Quédate tranquilo –me dijo. No me he convertido en un malabarista de palabras, pero cuando se charla libremente, con un viejo amigo, al final de un plácido día, ¿no crees que nuestras palabras puedan ir más lejos que nosotros dos? Me extrañaría que, dentro de un tiempo, tú que te quedas en esta ciudad, no leyeres algún manifiesto de una nueva escuela donde encuentres, a grandes trazos, las ideas que acabamos de intercambiar. Ni yo, ni tú somos grandes personajes, pero nuestros discursos siguen también sus pequeñas parábolas. Además, no creo que yo deforme el sentido de un texto evangélico. Las historias que Jesús les contaba a sus discípulos no eran, lo repito, alegorías. Cuando se las explica, no se las comenta a la manera de los antiguos iniciadores. Jesús no es un orador ordinario, tú lo sabes bien –y la voz de Andreas se volvió más baja y más grave. Cuando Jesús dice algo, él crea esa cosa. No importa que nos hable de granos sembrados en diferentes suelos, o de árboles, o de levadura, o de perlas. No se trata de imágenes. Se trata de Él. De Él, ¿lo entiendes? Esas semillas, son Él. Ese grano tan pequeño, es Él. Esa cucharada de levadura, es Él. Esa perla, es Él. En cierto lugar secreto, viven la perla, la levadura, y la semilla. Esas cosas, están ya en el Reino eterno. En el momento en que Jesús las nombra, descienden al alma de la Tierra, comienzan a existir. Ya ves, querido doctor, lo que los hombres no quieren comprender, es que la perla de incalculable valor, se encuentra ya a su alcance; es que los granos de Luz donde duermen la Verdad, la Belleza, y la Bondad eternas, sólo tienen que recibirlos y alimentarlos. Estos hechos, estos fenómenos, estos objetos situados en el centro de nuestro mundo, irradian de la palabra todopoderosa del Verbo. Cuando su resplandor cae sobre las piedras de este globo, o sobre las plantas, o sobre los animales, se produce un cuerpo o un vegetal o un animal nuevo. Cuando ese resplandor cae sobre el espíritu de un hombre y éste reflexiona sobre su intelecto, sobre su sensibilidad, sobre su cuerpo, eso engendra una idea más verdadera, un arte más bello, una fuerza mejor, y todo eso, con muchas otras consecuencias colaterales, es el lento descendimiento del Reino de Dios, de la realización progresiva de la voluntad de Dios... ¡Qué bueno es Dios!

Tras un silencio, Andreas se levantó, dirigiéndonos hacia Auteuil, donde habíamos previsto cenar.

LA HUMILDAD

Había ido a ver a un enfermo de la zona entre Saint Ouen y Clignancourt. La nieve nocturna había blanquecido los tejados de planchas y de cartón de las miserables chozas donde vive un pueblo de lo más heteróclito. Todas las tribus de Europa Oriental mezclan allí sus andrajos, sus dialectos y sus parásitos. Un médico encuentra allí cien ejemplos de enfermedades raras, y un filántropo descubre mil formas de los antiguos sufrimientos del frío y del hambre. En esas chabolas, las mujeres cocinan comidas insospechadas, los niños lloran, los viejos recuperan toda clase de despojos. Hay coches de bohemios con sus jumentos enganchados y sus perros sarnosos. Hay estañadores, herreros, reparadores de bicicletas y a veces esqueletos prehistóricos de automóviles desguazados. Hay comerciantes de sopa, cazadores de ratas, ladrones de perros, y toda clase de revendedores.

Yo llevaba medicamentos para mi enfermo –extrañamente, se trataba de un francés- pero no tenía grandes esperanzas de salvarlo. Y sin embargo, ¿acaso sabemos qué recursos vitales se esconden en los cuerpos que no han conocido más que las privaciones, los alimentos dudosos y el alcohol? Mi visita había atraído a unas vecinas, y en pocos minutos me encontré provisto de una numerosa clientela. No podía negarme a escucharlas, llevando a cabo lo mejor que pude esta consulta al aire libre. Ya había escrito nombres en mi libreta y elegido al menos harapiento de los asistentes para venir a mi casa a coger las muestras que los laboratorios envían a los médicos, cuando pude ver, saliendo de una chabola, a un grupo de viejos judíos rodeando a un hombre al que reconocí inmediatamente.

Era Andreas. Estrechó mi mano y dijo: Termine doctor, le veo en un momento.

Tuve para un buen rato. Andreas había desaparecido, para mi gran decepción. Para regresar a París, dudaba si ir hacia la derecha o hacia la izquierda, pero al estar más cerca de Clignancourt, me dirigí hacia ese lado, porque era el camino para volver antes a mi clínica donde seguramente me esperaba el trabajo.

Ni rastro de Andreas durante el trayecto pero, una vez franqueado el edificio de otorgamientos, lo vi pasearse delante de la entrada del Metro. Vino a mí todo sonriente.

-Comamos juntos –si le parece bien, doctor- propuso. Conozco un comerciante de vinos donde el estofado es honesto y el camembert recomendable.

Una vez sentados en la trastienda, observé a mi maestro, al que no había visto desde hacía casi un año. Físicamente no había cambiado, pero la expresión de su rostro me pareció aún más indescifrable que de costumbre. Los artificios del marco, del traje, de una escena inhabitual, resaltan para nuestro ojo distraído la rareza de un perfil o la nobleza de un gesto. Cuando nos paseamos por los suburbios, no nos damos cuenta de cómo las miradas son bellas, algunas de seres de rasgos marchitos y toscas vestimentas, y nos envuelven en silencio. Está la belleza de la forma y la belleza de la expresión. Esta domina sobre aquella al igual que el espíritu domina sobre la materia. Y Andreas, a pesar de su vigorosa estatura y de su rostro masivo, Andreas es todo espíritu.

Así pues, yo lo miraba buscando comprender los signos contrarios repartidos en su fisionomía: Esa cabellera negra, ondulante y tupida, ese cansancio de su tez, esa intensidad penetrante de sus ojos grises, la dulzura de su sonrisa, la potencia de esa vasta frente de sombras y claros, la modestia del lenguaje, la bondad de la actitud, la fineza alternada con la candidez, la alegría reticente junto a una sonriente melancolía, la tormenta apagada de pasiones formidables y la tranquilidad del marinero que ha realizado todos los viajes. Pero comprender, es igualar y, una vez más, renuncié a mis análisis.

¿Acaso no son las fascinantes figuras que alumbró el genio de nuestros artistas monótonas e inertes frente a las bellezas que vienen del Cielo? El arte es una alusión a la vida, dijo un gran poeta. Sin duda, pero una alusión a la vida terrestre. Es en la vida divina

en la que debería hacernos soñar. Y, por muy vulgar que pareciera a primera vista, el rostro de Andreas me arrastraba siempre irresistiblemente hacia lo inexpresable, hacia lo increíble y hacia lo inefable.

No, la belleza según Dios no es una extensión de la belleza según los hombres. Es lo contrario. Viene de dentro. Trasfigura incluso lo que los hombres llaman fealdad. No, la verdad según Dios no es el total, ni el producto de las verdades humanas, sino que se sitúa en las antípodas. No, la bondad según Dios no se parece a la bondad humana. La bondad de Dios ve lejos, juzga desde lo alto, da sin ninguna contraprestación.

Era lo que yo pensaba.

-Tienes razón, doctor –me dijo Andreas saliendo de su mutismo. Lo que hace el Cielo sigue siendo inexplicable para nuestra pequeña sabiduría. Si juzgar al prójimo está prohibido, lo está mucho más juzgar a un soldado de Cristo. Sin embargo, es a él al que todo el mundo condena. Él es el inocente. Y es bueno que así sea. Cuanto más nos acercamos a Dios, más vemos las cosas desde otro punto de vista. Los que no se preocupan de Dios no pueden comprenderlo. ¿Qué es lo que interesa al soldado del Cielo? Expandir la Luz, guiar a los hombres hacia la Luz. Su vida sólo será pues una serie de sacrificios, pero, por otra parte, si dentro del ejército de Cristo tiene una determinada graduación, aunque sea la más pequeña, tendrá, dudoso privilegio, que hacer trabajar a aquellos que le han sido confiados. Será necesario que muestre a aquel que está orgulloso de su virtud, cómo ese orgullo vuelve frágil esa virtud. Deberá ingeniárselas para que ésta persona pague su deuda lo antes posible, para que ésta no aumente, con el riesgo añadido de tener que pagarla con él. Pondrá al otro frente a la inanidad de sus ambiciones, porque el triunfo lo habrá hecho perderse demasiado dentro de las tinieblas. Y así todo...

-Creo que le entiendo bien –interrumpí yo- pero no se puede repetir lo que dice usted porque, ¿dónde está el iluminado, dónde está el espiritualista que no se crea un soldado del Cielo? ¿Y a qué locuras nos conducirán semejantes ideas?

-Lo único que tienes que hacer es callarte tú también, querido doctor.

-¿Entonces por qué me cuenta usted esas cosas?

-Para que las olvides. Mira, la humildad –porque mientras que no se es un cero no se es un soldado- la humildad no es, por supuesto, hacer reverencias o decir frases obsequiosas. Pero sentirse menor ante un jefe, un sabio o cualquier hombre eminente, eso tampoco es humildad, sino simple sentido común, es modestia. Para volverse humilde, es necesario que, a los ojos de la gente, parezca que deliramos. Imagina un general victorioso que le diga sinceramente a un soldado: “Si se gana la batalla, el mérito no es mío. En mi lugar, tú lo hubieras hecho tan bien como yo o mejor”. Es probable que los oficiales del estado mayor que oyeran eso pensarán: El viejo ha perdido la cabeza. Tendrían razón desde el punto de vista social. Pero desde el punto de vista eterno, sería el viejo general el que tendría razón.

-Así es como –dije yo- he visto a amigos suyos dejarse burlar por camaradas mucho más fracasados que ellos, o dejarse mandar por una mujer autoritaria y corta de luces.

-¡Claro! Querido doctor. Esa es la escuela de la humildad. La retórica de este programa se lleva a cabo cuando se ama a alguien de todo corazón, cuando nos agotamos dándole todo lo que es posible, cuando le profesamos todo el cariño del que somos capaces y le damos pruebas de ello, y sin embargo esa persona os desprecia, os explota, se burla de vosotros. Cuando os rechaza, cuando no quiere creeros, atribuyendo vuestra bondad a las capitulaciones que resultan a veces de la tiranía de una pasión. Esa es una clase difícil. Y además, aunque hayamos seguido la lección, aunque nos hayamos tragado todas las culebras, dando las gracias, y hayamos continuado amando, mientras creamos que estamos actuando con humildad, no poseeremos la humildad.

-El camino que describe usted ahí es un poco frustrante. Y además, si yo hago un

esfuerzo ¿cómo puedo no saber que lo hago? ¿Según ese razonamiento, sería imposible la conquista de la humildad, o de cualquier otra virtud?

-Tienes razón –respondió Andreas- pero lo que es imposible para el hombre es posible para Dios.

-¿Quiere usted decir –pregunté- que en cierto momento el esfuerzo de soportar las más duras humillaciones llega a su límite? ¿Qué, si comparamos el corazón del orgulloso con un diamante, la virulencia de los ácidos de la ingratitud, de la injusticia, de la envidia, es capaz de transformar esta joya en un magma inconsistente y que entonces, esa materia ablandada recibe como una fulguración el fuego divino de una determinada virtud?

-Cómo te expresas –dijo Andreas sonriendo. Yo me puse a reír también, ya que sabía que no le gustaban las grandes palabras. Pero tus comparaciones aclaran bien lo que yo no he sabido decir.

-Ahí está mi lección –pensé yo. Sin embargo, Andreas siguió con un tono casi indiferente:

-Sí, saber que somos esto o lo otro, esa es nuestra cadena. Olvidar lo que somos, esa es nuestra liberación.

-¿Pero en la práctica? –Pregunté.

-¿En la práctica, doctor? –Repitió sorprendido. En la práctica, hay que ir a la escuela y esforzarse. Cada uno debe hacer lo que pueda, lo que de verdad pueda, es decir, ir cada vez hasta el límite de sus fuerzas. Sabes, el límite de nuestras fuerzas está lejos, muy pocos llegan a él. Imagina que tienes un colega que busca pelea contigo, que te juega malas pasadas y termina llevándote a una mala posición. Y ahí estás tú, delante de tus colegas, acusado de cualquier cosa. No tienes pruebas, tu adversario sí tiene. Eres juzgado, condenado, despreciado. Te parece que lo único que puedes obtener de tu herido amor propio es no hacerte justicia a ti mismo. Te quedas pues tranquilo y vuelves a tu casa oyendo sarcasmos. Bueno. Al día siguiente, te encuentras con tu enemigo delante de los testigos de la escena de la víspera. ¿Qué vas a hacer? Desafiarle, si eres lo que el mundo llama un hombre de honor. Pero si quieres imitar a tu Maestro, irás a tu enemigo y le saludarás cordialmente, preguntándole por lo bajo si no va a insultarte por tu aparente cobardía. Ahí, has alejado los límites de tu pequeño posible. Continúas en la misma dirección. Un día los insultos no despiertan en ti ninguna reacción. Sólo tus orejas los oyen. Los escuchas pero no piensas: Es un pobre hombre. Pero te dices: Quizás tenga razón, voy a examinarle sobre ese punto. Ese día, ya no has hecho un esfuerzo, eres humilde.

-En resumen –quise responder... Pero Andreas estaba de pie. Dos jóvenes mecánicos se peleaban frente al mostrador, y el patrón se preparaba para echarlos fuera. Andreas eligió un momento en que tanto los consumidores como los combatientes retomaban aliento para preguntar la dirección de una fábrica de acumuladores que había en el barrio cuyo nombre había olvidado. Todo el mundo se puso a indicarle el nombre de distintas empresas. Cuando uno de los dos mecánicos le dio una indicación, su adversario le dio otra, y una discusión técnica se entabló entre estos dos hombres que, tres minutos antes, trataban de molerse a palos. Andreas ofreció a todos una ronda, distribuyó tabaco, apretones de manos, y nos marchamos del establecimiento. Pero la conversación se desvió hacia la mecánica y la electricidad.

EL LOUVRE

Esa mañana, Andreas me había llevado al Louvre a ver, antes de la apertura, la Colección Camondo. Allí se encontraba una estatua búdica notable por la expresión de un gesto muy particular. Buscándola, pasamos frente a una ventana abierta. Un busto siamés, un viejo bronce de un azul verdoso, se alzaba sobre un pedestal. Detrás de él, el cielo primaveral de París extendía sus sedas cambiantes entre las perspectivas clásicas del Carrusel y los elegantes árboles de las Tullerías. Y allá a lo lejos, en lo alto de una subida malva y gris, robusto, el Arco del Triunfo, perfilaba su silueta de jade sobre los nácares rosas del occidente. Delicioso paisaje, sonrisa de París, gracia francesa, ordenada con encantadores imprevistos, llena de matices, de alientos, con esa nitidez en el diseño que detiene la ensoñación, obligándola a convertirse en pensamiento.

-Mira –me decía Andreas- mira el alma de Francia.

-Sí, la miro con todo lo que dan mis ojos...

-Y todavía no la miras lo suficiente. ¡Ay! Querido doctor. He conocido muchos países, ¡Pero Francia! No sabemos todo lo que el Cielo le ha dado a Francia.

-Pero –dije yo- se plantea una cuestión. ¿Cómo es que sea Francia la que parezca conducir a Europa a todos los desórdenes, a las violencias, a los escándalos?

-Primero doctor, es porque, por gracia de Dios, cuando Francia hace el mal, lo hace más a la vista de todos que cualquier otra nación. Poder hacer eso es un gran privilegio. Además, acuérdate de tu alquimia: hay que llevar las fuerzas a la extrema izquierda para que vuelvan a la extrema derecha. Francia, en este atañor de la raza blanca, es la sangre del león.

-¿Será pues esa la razón de que, en nuestra época, y sobre todo en nuestro país, todas las tendencias políticas, filosóficas, religiosas y sociales se irriten y se pongan tensas? ¿Sería éste un ejemplo del mundo de la cólera del que habla Boehme, que rabia y hierve de furor hasta el crujido, hasta el rayo de Fuego?

-Toma esas imágenes si te convienen, son bastantes exactas. Mira alrededor tuyo, mira tu propio campo, la medicina. ¿No te parecen que los esfuerzos más atrevidos resultan una violación de las leyes de la Naturaleza?

-No querrá usted decir que los trabajos de Carrel –puesto que se trata del esfuerzo más arriesgado ¿no es verdad?- son antivitales. Yo veo en ellos los sueños de los alquimistas casi superados. Entreveo un futuro de un esplendor casi pasmoso, es...

-Yo, querido doctor, te veo en una de tus crisis de esoterismo –interrumpió Andreas sonriendo. La verdad según la Naturaleza y la verdad según Dios son dos verdades. Lo sabes bien, la alquimia, vista según la Naturaleza llega a resultados científicamente verdaderos. Vista según la Sobre-Naturaleza, es falsa.

-Sí, pero Carrel no hace alquimia.

-Claro que sí, querido doctor. Los alquimistas obligan al mineral a vivir como un vegetal. Hoy se obliga al tejido animal a vivir como un vegetal. Es una violación espiritual. ¡Por no hablar de todas las complicaciones futuras de esas células desorientadas! ¡Cuántos sufrimientos para los enfermos y para los animales! ¡Cuántos gritos, del otro lado, cuando mueran!

-¡Ay! –suspiré- es más de: No le pongáis un trozo nuevo a una vieja prenda de vestir, ¿no es cierto, Maestro mío?

-Claro que sí. Y sin embargo, todo es tan simple. Si los hombres quisieran, el Cielo les mandaría milagros constantemente. El Padre es tan bueno, ¡si tú supieras!

Y el viejo Andreas meneaba la cabeza, arqueando sus anchos hombros. Y el sutil aire del espíritu pacificador pasaba sobre nosotros, en aquellas salas en cuyos muros resplandecían los esfuerzos extremos de la extrema cultura humana. ¡Qué diferencia

entre esas dos atmósferas!

EN COMPIÈGNE

Vino un año en el que la política europea se complicó terriblemente. Uno de mis amigos, que trabajaba en cierta oficina de Asuntos Exteriores, me dijo que esas complicaciones habían sido provocadas por la esposa de un célebre banquero, en beneficio de su amante, un aventurero cosmopolita. Éste tenía enormes necesidades de dinero. Para satisfacerlas, la mujer tejió toda una intriga con la amante de un soberano, lo que dio lugar, tras algunas campañas de prensa, a un tal nerviosismo en la opinión pública que los Parlamentos de tres reinos votaron al mismo tiempo solicitar créditos para la defensa nacional. La gran banca pudo ganar así centenas de millones de beneficios, y el aventurero consiguió su dinero. Sin embargo, la guerra era inminente.

Andreas me confirmó la exactitud de este relato.

-Las grandes catástrofes históricas, debe usted de haberlo visto, no tuvieron causas menos fútiles. Tenemos pues que prestar atención si estamos en posición de intervenir de manera útil. Nosotros, los franceses, tenemos más que cualquiera el derecho y el deber de amar a nuestra patria con fuerza y entrega. Si tienes, querido doctor, algunos conocimientos de las cosas de lo Invisible, sentirás cuantas luces y generosas bellezas han llegado a Europa por nuestra Francia, a pesar de todas las locuras de sus hijos y de todas las extravagancias de sus príncipes. Ningún pueblo ha infundido tanto como el nuestro su impulso a las naciones menores. El Cielo no ha intervenido tan directamente en los asuntos de ningún otro pueblo. Es conveniente por lo tanto que nosotros amemos Francia, porque somos hijos suyos y porque somos hijos del Cielo.

-Sí, Maestro –contesté yo. ¿Pero qué relación hay entre lo que dice usted y la historia de cama de hace un rato?

-¡Bueno, mi querido doctor! Hablemos de medicina. El hecho de que el tongseng de Anam haga sus diagnósticos a partir de las relaciones del glóbulo rojo con la luz vital, con la luz mental y con la voluntad; si el espagirista busca con el mismo objeto las relaciones entra la sal, el mercurio y el aceite sulfuroso, si Van Helmont analiza las tensiones de las arcadas, si hoy se buscan fermentos microbianos, si el magnetizador disecciona fluidos, si el espiritista se interesa por las entidades invisibles, eso no prueba que unos u otros se encuentren completamente en el error o completamente en la verdad, ya que cada uno juzga según su punto de vista. Eso prueba que un fenómeno físico es el último eslabón de una cadena muy larga. Eso prueba que dicho fenómeno nace por la conjunción de una serie de causas inmateriales. Eso prueba que todo fenómeno se desarrolla a partir de un germen imperceptible...

En este punto, Andreas vació cuidadosamente su pipa.

-...Y lo que podrás ver es que, casi siempre, el ser humano es la tierra donde crecen todos esos granos.

-Entonces –cuestioné yo- para el caso que nos ocupa?

-¿Eh? Es muy sencillo. La ingratitud, sabes, no es únicamente patrimonio de los hombres. Los individuos que el grandilocuente Eliphas Levi llama egrégoros, poseen también este defecto. Los egrégoros de los otros pueblos, no sienten reconocimiento alguno por los de nuestro país. Al contrario, les gustaría someterlos y matarlos para enriquecerse con sus despojos. Y el Adversario, que merodea siempre que hay posibilidades de camorra, los ayuda todo lo que puede. Ellos encontraron en las tres personas de las que hablábamos hace un momento un maravilloso caldo de cultivo. Ninguna de las tres tiene ni patria ni religión. Su dios, son ellas mismas, y los invisibles se van a esforzar en beneficiarse de las pasiones egoístas de esos tres seres, que tienen en sus manos las más poderosas palancas de la vida social para poner a nuestro país por los suelos.

-Empiezo a comprender. Pero –dije yo- si me permite la indiscreción, ¿es que piensa usted intervenir en esa coalición?

-Por supuesto que sí, querido doctor. ¿Acaso no es mi deber, si la Providencia me otorga los medios para ello?

Yo empezaba a acostumbrarme a Andreas, pero el carácter fantástico de estas ideas, formuladas plácidamente por un hombre que, esa tarde, presentaba el aspecto de un valiente empresario retirado de los negocios, me dejaba un tanto perplejo. ¿Tiene usted tres o cuatro días para concederme? Me preguntó.

-¿Cuándo nos iríamos?

-Mañana por la tarde, a las cinco en la Estación del Norte.

-¡Muy bien! Voy a cambiar mis consultas. La mitad para mañana y la mitad para la semana siguiente.

Al día siguiente, encontré a Andreas en la estación.

-Debo –me dijo- presentarle mis excusas. He cogido plazas en tercera. Son incómodas pero sólo vamos a Compiègne y tengo previsto encontrar información en el tren.

Contesté lo que la cortesía exigía y nos adentramos en el andén. Andreas, como de costumbre, recorrió todo el tren, examinó la locomotora, saludó a los mecánicos, y eligió por último un compartimento vacío. Una campesina y su hijo pequeño subieron a continuación. Luego un hombre, con su hija pequeña y maletas.

Nos fuimos. Llovía. El hombre y Andreas se hicieron cumplidos. Hablamos del mal tiempo, de las cosechas en peligro, de los acaparadores de trigo, de los impuestos mal repartidos. El hombre era un comerciante de vino de Epinettes. Acompañaba a su pequeña a casa de un primo agricultor. Dio la casualidad que tenía familia en Compiègne.

Hay allí, al parecer, viejas iglesias, antigüedades romanas.

-Exactamente –dijo el hombre. Hay todavía en Compiègne una vieja torre en la casa de una prima mía, casi en las orillas del Oise. Podemos ir allí si quieren ustedes.

-Comprendido –dijo Andreas- y cenaremos juntos. Es la torre donde Juana de Arco sufrió la primera etapa de su calvario –añadió para mí.

-No puedo de ninguna manera –dijo el comerciante de vinos- a causa de la pequeña. Hay dos leguas de camino hasta la casa de mi pariente, llegaríamos demasiado tarde.

Pero Andreas lo convenció para que aceptase. Dejamos atrás Chantilly con sus blancas barreras, sus limpios pastos y sus confortables casas; Creil y sus fábricas, los grandes campos salpicados de bosquesillos, los amables horizontes de la Isla de Francia, el Oise, gris y tranquilo, y llegamos.

Cenamos en el Hotel de la Cloche. Cocina apetitosa, comensales acogedores, vino peleón. Nuestro invitado, encantado, hablaba fuerte. Retomaba contacto con viejos camaradas. Andreas invitaba a todo el mundo, ofrecía puros, bromeaba, sin perder ocasión para dar un consejo o una receta.

-Ya ve –me dijo aparte- tenemos suerte. Si hubiéramos cogido billetes de segunda, no hubiéramos conocido a este hombre, que ha trabajado veinte años de mozo de equipajes en el banco de Israel del que hablábamos ayer noche. Me informa sin darse cuenta.

-Yo no me daba en absoluto cuenta de lo que una vieja torre podía tener que ver con la situación política europea –dije- pero usted me ha acostumbrado a los planes incomprensibles. ¿Es posible que un delgado hilo una al banquero con el tenor, las dos mujeres, la política, la heroína de Vaucouleurs, y los lugares a los que íbamos a ir de excursión?

-Hace cuatrocientos veintiún años casi exactamente que Juana de Arco fue encarcelada allí donde vamos a ir dentro de un momento... contestó Andreas.

No comprendí nada, pero no pregunté más.

Después de la cena, Andreas encontró un pretexto para despedirse del comerciante de vino, prometiéndole ir a verle pronto.

-Comprendes –me dijo- era necesario que supiera si Juana de Arco había estado realmente presa en esa torre. Hacía falta que conociera a alguien del país, y ese hombre es del país, y desde hace mucho más tiempo de lo que él cree. Ahora, es necesario que estemos solos en esa torre.

Volvimos a la ciudad. Eran casi las once, y nos dirigimos a la casa que nuestro compañero de viaje nos había indicado al pasar.

En el momento en que Andreas abría la puerta, un perro ladró, pero Andreas le silbó muy suavemente y, en cuanto hubimos entrados, el guardián, supongo que seducido, vino a hacernos mil caricias.

-Quédatelo contigo –me dijo. Escóndete detrás de estas barricas. No te duermas, no te muevas bajo ningún pretexto. Veas lo que veas u oigas lo que oigas. No fumes. Por lo demás, no hay ningún peligro.

Seguidamente, subió a la torre, quedándose todo en silencio. Solamente los relojes, el tiro de un carretero, el silbido de un rápido enturbiaban la quietud nocturna. De vez en cuando, la somnolencia caía sobre mis ojos como un golpe de maza. Entonces me despabilaba, ya que había prometido no dormirme. Así pasó una media hora.

El perro se había acostado entre mis piernas. De repente, lo sentí temblar. Buscando a mi alrededor el motivo de su miedo, ya no vi la casa, el gallinero ni los almacenes. Del suelo de los viejos muros de piedra habían surgido –había antorchas, dentro de sus vainas, clavadas en el portal- personajes que iban y venían, vestidos con trajes del siglo XV: gente con toga, caballeros, servidumbre. Hablaban una lengua difícil de comprender. Reconocí en ella entonaciones borgoñonas y palabras inglesas. Entonces comprendí. Andreas recreaba, mejorándolo, la famosa cena de los muertos de Cagliostro. Este hombre le había dado la vuelta a la rueda del tiempo. Habíamos retrocedido cuatrocientos cincuenta años hacia atrás. Sin ritos, sin preparaciones, sin ayuda, con un formidable gesto de voluntad, había conseguido la evocación de Juana de Arco.

En efecto, algunos instantes más tarde, la visión cambió y, en una sala abovedada, vi a Andreas de pie, hablando con una mujer joven vestida con el traje que todos los pintores han atribuido a la heroína. Sin embargo, no era una visión, porque sentía bajo mi mano el frío del muro, oía la voz de los interlocutores e incluso tomé parte en la conversación.

Una hora más tarde, todo se había esfumado. La casita, el patio, el perro, todo estaba de nuevo allí. Pero lo primero que me dijo Andreas fue para hacerme prometer que guardaría secreto sobre todo lo que había oído, y sobre todo lo que podría oír o ver al día siguiente o al siguiente.

No merecía la pena pensar en buscar un hotel en la pequeña ciudad a las dos de la mañana. Entramos en el bosque a través de pequeños senderos y descansamos un poco en una cantera abandonada que Andreas supo descubrir.

Por la mañana, encontramos bastante rápido un albergue, donde desayunamos. Andreas entabló conversación con los pocos clientes que allí había: un guardia forestal, un profesor de primaria, un campesino, y yo acabé comprendiendo que intentaba que le indicaran el emplazamiento de las ruinas de un castillo no mencionado por ninguna guía.

Saliendo del albergue, tras habernos provisto de una reserva de cerillas, dimos algunos rodeos por los “caminos de tierra” –como dicen en la región- para despistar a los curiosos, y comenzamos nuestras exploraciones. Fuimos al priorato cisterciense de Saint-Jean-aux-Bois, al Convento de Benedictinos, a La Renardière, sin tener éxito. Al día siguiente visitamos Pierrefonds, pero Andreas declaró que había demasiada gente. Sólo fue al tercer día, en la salida del Camino de los Litigantes, cuando me dejó pensar que pronto conseguiríamos nuestro objetivo. Una ancha meseta circular de un kilómetro de largo, sembrada de viejos y rectos fresnos, altos y silenciosos, apareció ante nosotros al final de un repecho. Un suelo mullido de hojas muertas amortiguaba el ruido de nuestros pasos. La corta frase de la oropéndola, escondida lejos bajo la maleza, el grito colérico del

arrendajo revoloteando entre las ramas intermedias, la llamada de una urraca encaramada sobre la frondosidad subrayaban a intervalos el silencio. El olor agreste de las colmenillas se mezclaba con el perfume tónico de la madera hinchada de sabia. Entre la columnata de los grandes y lisos troncos se filtraba el azul del cielo y los rayos bajos del sol crepuscular surgían como jabalinas de oro en manos de ángeles guerreros.

-Esta es –dijo Andreas- la asamblea de los viejos del pueblo forestal. Más sabios que los hombres, ellos hablan poco. Han visto desde hace tanto tiempo a enanos aparecer y desapareces allá abajo, a sus pies. Acogen a las criaturas débiles. Como le ocurre al sanniasi que busca la liberación, sentado en la murmurante selva, los pájaros anidan en su cabellera enredada. Ellos proporcionan a esos pequeños comida y cobijo. Sumergido en el gran alma hospitalaria del suelo paterno, su espíritu contempla, ve como dan vueltas las ruedas de las generaciones. Día tras día, la nieve tras el verano, los vientos tras los céfiros, pueblo tras pueblo, todo eso circula a su alrededor. Ellos conocen la ley. Saben que todo obedece al gran dios, el tiempo, ese tiempo que les hizo nacer de una miserable semilla, ese tiempo que los hace crecer y que, en la hora inscrita en su libro invisible, enviará fatalmente al leñador asesino.

Era mediodía. El bosque entero dormía la siesta. De repente, Andreas me retuvo. Había distinguido un movimiento insólito en un bosquecillo, a trescientos metros. Yo también vi que algo se movía:

-Es un ciervo y dos ciervas –susurró en voz baja. Regresan después de haber bebido, porque es el ciervo quien va detrás. O quizás algún temor les haya sacado de su refugio. Vayamos allí de donde vienen. Encontraremos agua u otra cosa.

Y, en efecto, algunos minutos más tarde, llegamos a un pequeño arroyo, que se convertía en charca para a continuación retomar su caprichoso curso.

-¿Ves lirios?

-Sí, mire, a la izquierda.

-Para eso tengo mi antídoto

Y dos minutos más tarde, me daba para que guardara en mi mochila unos puñados de dragontea que había cogido con raíces.

-Ahora –dijo- hay que encontrar las ruinas. No se ve nada con esta maleza. Habría que encontrar una buena vista. Vayamos hacia un camino ecuestre.

Y se fue hacia la izquierda, con pasos lentos, inspeccionando los árboles con atención, golpeando el suelo con su bastón, recogiendo de vez en cuando un poco de tierra.

- ¿Ves? Buscamos maleza y serpientes, por lo tanto, terreno seco, arenoso o rocoso, brezos, hierba cortante, enebro quizás, robles, abedules. ¡Ah! Mira, sin duda, ahí, detrás de esos brezos. Además, me ha parecido ver alumbrarse un cañón de fusil frente a nosotros... Y Andreas aceleró el paso.

En efecto, un poco más lejos, a través de un sendero que se cruzaba con el nuestro, apareció un guardia. Andreas, respondiendo a su saludo, le dijo:

-¿Ha visto al ciervo, cerca del arroyo, hace un momento?

-No –dijo el hombre.

-Venía del pequeño charco, se desvió a la izquierda. Tenía dos ciervas.

-¡Ah! Sí, dijo el guardia. Debía de venir de lejos, sabe usted. Algún furtivo a debido desalojarlo esta mañana.

Andreas se había desviado mientras hablaba. Dio algunos pasos hacia atrás, yendo a tropezar con unos haces de ramitas que se secaban al borde del sendero. Restableciendo su equilibrio exclamó:

-Mire, una víbora, indicándole al guardia los haces.

-¡Ah! ¡Bah! –dijo éste. Normalmente no vienen hasta aquí. Hay una colonia en una pendiente, a un kilómetro de aquí. No se puede ver a causa del monte alto, pero hay un gran círculo pedregoso, cubierto de maleza. Eran las antiguas canteras, pero no paso

nunca por allí.

-¡Oh! Nosotros tampoco. Y Andreas se sentó, ofreció tabaco al guardia y, habiendo encendido su pipa, se informó del camino de Compiègne. Hablamos todavía un poco y el hombre, después de tocar su quepis, nos dejó.

-Ahora es la nuestra –dijo Andreas- frotándose las manos. Vayamos a esa maleza.

Llegados allí, tomó el paquete de hierbas que había cogido al borde del arroyo, me dio la mitad y, remetiéndose los pantalones dentro de sus zapatos, se hizo una corona alrededor de los tobillos con las hierbas, previamente compactadas.

-De esta manera –dijo- no nos morderá ninguna víbora. Sin embargo, ande con precaución. Por otra parte, no se puede ir muy rápido por ahí.

Y, en efecto, nos encontramos en tal enredo de ortigas, de espinos, de acacias, de cañas y de cardos que a cada paso parecía imposible dar otro. Serpientes de todos los tamaños huían sin cesar. Un sol pesado y el calor que subía del suelo me agobiaban, y los grandes troncos silenciosos parecían batallones de lanzas inmóviles vigilándonos con innumerables ojos.

El cuerpo masivo de Andreas iba y venía por la maleza, abriéndose camino sin ruido. Yo le seguía, empapado de sudor, cuando Andreas profirió un grito sordo. El terreno bajaba bruscamente en vertical y, más allá del barranco, vimos una ruina cubierta de vegetación.

-Sigamos –me dijo, en vez de bajar. Tiene que haber restos de una puerta falsa.

Tardamos tres cuartos de hora en dar la vuelta y, casi llegados a nuestro punto de partida, descubrimos los restos de los pilares de un puente levadizo. Tuvimos que bajar por las piedras sueltas, luego subir asustando a muchos lagartos. Me senté. Andreas cortaba ramas secas e hizo varios haces:

-Esto nos servirá de antorchas –explicó.

-¿Quiere usted bajar a los sótanos? –Pregunté con cierta aprehensión.

-¡Claro que sí! E incluso, si no me engaña el olor que flota alrededor, vamos a descubrir una cosa muy rara. Pero no te asustes, querido doctor. Vayamos en búsqueda de las escaleras. Sígueme.

Quedaban trozos de las enormes murallas, pero tan enterrados en el humus, tan cubiertos de plantas trepadoras, tan defendidos por viejos árboles, que había que tocarlos para verlos. Allí había toda una fauna rara, así como una flora inesperada. Enormes coleópteros, grandes nidos de avispas, abejas que se habían vuelto salvajes, enormes digitales, praderas de brezos tan altos como nosotros, euphorbias, algunos robles tenían muérdago.

-Es algo raro en Francia –me dijo Andreas. Sólo queda muérdago de roble en el Menez, en Bretaña, y los campesinos lo protegen con ferocidad.

Yo estaba demasiado atento a dónde ponía el pie como para mantener una conversación, pero él iba y venía sin cansancio aparente, como si se estuviera paseando por las Tullerías.

-Aquí está el patio, allí el pozo, que no tomaremos, y la torre del homenaje debe estar no en el medio, sino enfrente, en la periferia, y es por ahí por donde se debía bajar a las mazmorras. Vayamos a ver. En mitad de las escaleras, Andreas tomó un pasillo estrecho, construido en el espesor de la muralla que nos condujo a una capilla subterránea, donde nos sentamos.

Allí, se produjo una escena similar a la de la víspera, pero mucho más dramática. No puedo contar nada más. Todo lo que se me permite añadir, es que, algunos años más tarde, Europa entraba en el más espantoso ciclón que sus pueblos hayan sufrido nunca.

NAVIDAD

Me pasó que había tenido que prestar a una joven pareja del mundo cosmopolita, uno de esos servicios banales cuya enojosa consecuencia es que hay que aceptar como si estuviéramos encantados la liberalidad que lo paga. Mis anfitriones me habían invitado, la noche de Navidad, a uno de esos lugares de París donde el lujo es más palpable y de mejor estilo. La sabia delicadeza de la señora, la elegancia de los comensales no consiguieron sin embargo que la ceremonia se me hiciera menos larga. La hora de irse había por fin llegado cuando, en el momento de despedirse, vi en un grupo de hombres que también salían, la potente estatura de Andreas. Iba en traje de noche, y sus acompañantes, entre los cuales reconocí algunos rostros famosos, parecían obsequiarle con los pequeños cuidados con los que se agasaja a un personaje importante.

Él me vio, vino a mí y, despidiéndose de sus comensales, me propuso pasar con él las dos o tres horas que nos separaban del día. Tenía que visitar muy temprano a algunos enfermos interesantes, luego subiríamos juntos hasta su casa y entonces podríamos pasar un rato juntos. Acepté y nos pusimos en marcha.

Andreas había adelgazado. Su belleza, que normalmente parecía recubierta por el halo del vigor corporal, salía más a la superficie tras la depuración ocasionada por fatigas demasiado largas. Su pelo, que ahora llevaba largo, acentuaban el carácter sobrehumano de ese rostro cuyas líneas y partes planas irradiaban cada vez más el poder de la dulzura. Las arrugas se acentuaban en su admirable frente, alrededor de sus vigilantes ojos, de su boca, de tan conmovedora sonrisa. Pero su mirada seguía siendo luminosa, límpida y magnífica. Según su costumbre, me interrogó con frases cortas, cuyo sentido no se comprendía al principio.

-¿Qué dices tú, doctor, de toda esa ciénaga en la que el mundo entero se enfanga? ¿Qué se dice a tu alrededor?

-Nada que usted no sepa, seguramente –contesté yo- a juzgar por la diversidad de las condiciones de las personas con las que se le ve. Todo el mundo se queja o se irrita, pero es el abatimiento, el descorazonamiento de los hombres de buena voluntad lo que me parece más significativo y lo que más me irrita.

-Sin embargo, no hay nada por lo que descorazonarse –contestó Andreas encendiendo su pipa- a menos que la gente que tú llamas “de buena voluntad” no sean servidores del Cielo. Quizás piensas: ¿Quién es un verdadero servidor del Cielo? Sí, tienes razón en preguntártelo: ¿Quién sirve al Cielo? Yo también me lo pregunto. ¿Soy yo un servidor?

Hay tanto que hacer, tanto que hacer...

-¡Pero es usted –dije yo- quien dice las palabras más descorazonadoras! ¿Si usted estima que el trabajo supera sus fuerzas, y es usted, qué podemos decir nosotros, qué puedo decir yo?

-Dirás –contestó Andreas sonriendo- que soy un viejo chocho. Ya ves, yo sé muy bien que las cosas parecen ir mal, y lo siento mucho. Pero también sé que las cosas van como tienen que ir, como es bueno que vayan, y sigo confiando. Tú, tú eres un ser joven y simple. Lo ves todo en blanco, o todo en negro. Yo, yo soy un viejo gruñón y complicado.

-Le gusta decir eso –dije yo. Todo lo que yo pienso de usted, es que usted es servicial y bueno. Creo en efecto, que me hago de los seres y de la vida una representación demasiado simplista. Yo no soy simple, soy simplista, mientras que usted es simple. No es para nada lo mismo.

-En efecto, la vida se desarrolla con innumerables matices. Es por eso que no se ha inventado todavía un sistema que abarque todo lo posible. Es por eso que el destino de ninguna criatura es definitivo. Ninguno de los secuaces del Adversario está metido en las Tinieblas con el mismo grado. Ninguno de los servidores del Cielo posee exactamente la

misma cantidad de Luz. La mayor parte incluso, el grueso de cada uno de los dos ejércitos sólo es una masa incoherente, flotante, indecisa en los resplandores difusos de un templado crepúsculo. Es por eso que, si quieres involucrarte en hablar de Dios a los hombres, necesitas primero prudencia, luego, prudencia, y por último, prudencia.

-Con tanta prudencia ¿no acabaré simplemente quedándome bien tranquilo en mi casa?

-No, nunca –declaró Andreas con energía. Te equivocaría. Hay que salir. ¿Acaso crees –retomó tras una pausa- acaso crees que, cuando me ocupo de alguien, no se me muestra su futuro y lo que hará con la Luz que le doy? ¿Acaso crees que, de cien individuos que vienen a pedirme trabajo, sólo veo a uno, quizás a dos, que harán el trabajo hasta el final? Sabiendo eso, ¿puedo negarles su pequeña Luz a los otros noventa y ocho, tengo derecho a negársela?

-Sin duda –dije yo- las traiciones o, si usted prefiere, las desafectos conscientes, no me sorprenden ni me afectan. Pero las dejadeses involuntarias, los abandonos inconscientes de los corazones que apreciamos, a los que querríamos darles todo, y que no pueden recibir, que van a la izquierda creyendo ir a la derecha, que se imaginan trabajar cuando lo único que hacen es vivir del trabajo de los demás...

-¿En qué puede afectarte eso, querido doctor? Contestó Andreas. Te piden, tú das. Se ofrecen, tú aceptas. Rechazan tu regalo, tú lo recoges con cuidado. Se van, tú le pides al buen Dios por el viajero aventurero. Si quieres hacer algo por tus hermanos, que no te sorprenda ninguna de sus fantasías. No podrás retener a nadie contra su voluntad. Lo esencial es que, mientras que te escuchan, tú pronuncias verdaderamente una palabra de Vida. Aquellos de entre tus amigos que quieran trabajar, que trabajen dos veces: para ellos y para los novicios que, creyéndose amigos tuyos, no trabajan. El valor de unos, la indolencia de otros, todo eso se volverá a encontrar más tarde. Nada se pierde. ¿Mientras que no te abandonan, es que se quedan, no es verdad? Por eso, no te atormentes por otra cosa que por darles hoy lo que todos te piden hoy. Mañana será otro día, para ti, para ellos y para mí.

-Acepto sus buenas palabras –contesté- con todo mi corazón. Pero permítame por último, esta pregunta indiscreta. ¿Usted no se equivoca así en sus elecciones? ¿Sabe usted siempre con quién está tratando?

Tú también, desde el primer vistazo, sabes con quién estás tratando. No te lo confieras a ti mismo porque el Cielo te ha dado humildad. Pero lo sabes. Yo también lo sé, o más bien, nosotros no lo sabemos, es la Luz que hay en nosotros la que nos da la información. Además, ¿No sabía Jesús, desde el primer día en que lo conoció, en su infancia, que Judas le traicionaría? ¿No lo aceptó a pesar de eso? ¿Y a Pedro? También, ¿verdad?

Habíamos llegado cerca del viejo cementerio de Belleville. Algunas luces de la aurora perforaban la oscuridad azul de una noche que tocaba a su fin. El frío era intenso. Algunos cantos aislados llegaban hasta nosotros, pareciéndonos inapropiados para Aquel al que pretendían ensalzar. La inmensa ciudad, aún con todas sus luces encendidas, flotaba en la tinieblas indecisas como una gran nave llena de sordos rumores entre las brumas del océano septentrional. Un misterioso espectáculo que podía ser una metáfora de mi irresolución. La profunda voz de Andreas rompió su encanto.

-Sí –dijo- sólo somos ignorancia y ciegos conduciendo a ciegos. A veces la omnisciencia nos traspasa. Su breve e imprevisto destello debe bastarnos. Siempre coincide con una posibilidad importante. No esperemos de nuestro trabajo actual una cosecha normal. Sin embargo, por raras que puedan ser las espigas maduras, su valor sobrepasará siempre nuestras penas. Si consideramos la inmensa solicitud del Padre y el pequeño número de corazones que aceptan recibirla, ¿no parece que, también él, se equivoca constantemente? Sin embargo, él no se equivoca nunca. Así pues, querido doctor, afirma tu alma, consolídala, haz de ella una roca irrompible. Las deserciones, las

traiciones, sólo son pasos atrás para coger impulso y dar un salto hacia delante en el futuro. ¿No somos nosotros personas a las que, en el fondo, ningún fracaso desconcierta? Los otros que se dispersan regresarán seguramente un poco más tarde, y el lazo sólido y holgado que de todas formas les ata a nosotros, es precisamente nuestra primera acogida, a la que tú incorrectamente reprochas ser una falta de clarividencia o de firmeza. Ve, doy fe frente a la Verdad de que andas por buen camino. Pero acuérdate siempre de que es difícil... Y –añadió retomando su aspecto habitual de afectuosa bondad- vamos a la casa a pedirle a mi mujer una buena taza de café.

ANTIBES

Esa mañana, una ráfaga de mistral barría las nubes lluviosas que, desde hacía unos días, habían arrojado una beneficiosa agua sobre los campos secos desde hacía meses. Hacia el horizonte septentrional, las cimas italianas extendían unas nieves que el sol naciente decoraba con un precioso rosa. Las colinas se despertaban en la bruma de amatista que subía desde sus valles. El mar, contrariamente, profundizaba los azules metálicos de los días de mucho sol y, en el pequeño puerto, las tartanas eran aparejadas con lentitud, abriendo sus techos plegables, grises y rojas, bajo la mirada de los viejos e inmóviles pescadores.

En la parte de atrás de una barcaza livornesa, un hombre charlaba con los marineros. Su silueta no me era desconocida. Cuando me acerqué, descubrí con sorpresa que se trataba de Andreas. Andreas me vio pasar y, con un guiño, me hizo comprender que se reuniría conmigo en un momento. Yo lo esperé paseando por un astillero de lanchas. Luego, la barcaza largó amarras y, unos minutos después, Andreas vino a mí, con el mismo aspecto tranquilo y la misma sonrisa paternal, con la misma poderosa y bondadosa mirada.

Pero su rostro envejecido mostraba las huellas de agotadoras fatigas e inmediatamente, le hice saber mi inquietud.

-No es nada –me contestó. No es nada. No te atormentes. Sabes bien que si yo se la pido, el Padre me otorgará la victoria de aquí a tres días, pero tenemos tiempo para ganar, ¿entiendes? No tenemos prisa por acabar. Sólo debemos tener prisa en esparcir la Luz. Cuanto más larga haya sido la lucha, más alto subirán los seres.

-¡Ah! –Repliqué yo. Encuentro que es usted el mismo de siempre, inamovible, como si estuviera de pie sobre el umbral de la eternidad.

Él hizo un gesto de sonriente negación:

-A ver, querido doctor, no hagas literatura. Yo soy un hombre semejante a todos los demás. No te calientes la cabeza. La vida ya es bastante complicada tal y como es. Tenemos cada uno nuestro pequeño trabajo. Hagámoslo, simplemente, pero hasta el final. Pero, ¿Y tú? ¿Qué es de tí?

-Lo sabe usted de sobra –dije yo. No estoy muy satisfecho...

-¿Quién puede estarlo? Por ejemplo. Mira la barcaza. Tiene buen viento. Llegaré a Porto Maurizio a la hora prevista. Ya ves, las cosas siempre se arreglan cuando no perdemos la confianza. Ayer por la tarde nada iba bien. Mañana todo irá perfectamente, si Dios quiere. Tú, querido doctor, sigues siendo el mismo. Te preocupas demasiado. Paciencia, paciencia. A cada día su afán. Cuando seas santo, entonces empezarán las verdaderas dificultades. Por el momento, la faena es fácil.

-La faena es fácil –interrumpí yo, un poco sorprendido. Sin duda, pero hay que hacerla las veinticuatro horas de cada día para que esas horas sean perfectas, definitivas, para que no haya que volver a ocuparse de ella. ¡Qué difícil se me hace eso!

-Tienes muchísima razón, nada es más difícil –afirmó Andreas con tono grave. El error que cometemos es vivir hoy pensando en pasado mañana. Yo no prohíbo la previsión, pero esta previsión de hoy mismo, aunque apunte al mes siguiente, pertenece al trabajo de hoy.

-Sí, ¡Dedicarse por entero al trabajo actual! Es posible para usted pero ¿para nosotros?

-Para todo el mundo, querido doctor, porque, si yo tengo un Amigo, ya que tu eres mi amigo, tú también tienes a este Amigo. Y tus amigos pueden tenerlo también. Todos aquellos de entre tus camaradas que atravesaron la guerra sin accidente, es porque supieron ser simples. Y yo te digo que si siguen siendo simples, podrán atravesar la paz, lo que llamamos la paz. Sólo tienen que no ser pedantes, en su corazón, con el buen

Dios. Ya ves, ¡todo es muy sencillo! El Cristo es simple, sus órdenes están claras, somos nosotros quienes lo complicamos todo...

-Sin embargo –me aventuré yo- encontrar dinero para los pobres, encontrar fuerzas para los afligidos, encontrar la curación para los enfermos, no es sin embargo tan sencillo, me parece a mí. Y ganarse el pan honestamente, entre todas las codicias, no es nada cómodo.

-Claro que sí. Es sencillo. Simplemente vosotros, todos vosotros, buscáis la simplicidad por medio de la complicación. Sería mejor ir a la simplicidad por la simplicidad, es decir, haciéndose muy pequeño, muy pequeño. Mira a los grandes literatos, a los grandes pintores. Hay aquí en este momento. Iremos a charlar con ellos un día de estos. En sus comienzos, todos hicieron libros o cuadros muy densos, con un montón de investigaciones, de procedimientos, de sobrentendidos, de palabras raras, de técnicas eruditas. Y luego, se dieron cuenta de que estaban haciendo un oficio, no arte. Entonces empezaron a tachar, a restringir su vocabulario o su paleta. Sobre todo, empezaron a abrir su sensibilidad, a agrandar su comprensión, a ennoblecer su alma. Ahora, son casi simples. Podían haberlo sido treinta años antes si hubieran leído el Evangelio. Tú, de igual manera, vuélvete simple en tu corazón y luego, encontrarás procedimientos simples para sanar y para ayudar.

Aquí, Andreas puso cara de sumergirse en uno de los largos silencios a los que estaba acostumbrado. Como yo temía perderle de vista, quizás durante meses, le pedí otros consejos para alcanzar ese estado de solidez interior que favorece la actividad más intensa a la vez que permite el más libre de los desarrollos a nuestros deseos nobles y a nuestros entusiasmos. Esto es, aproximadamente, lo que me contestó.

-¿Sabes? Se equivocan los que creen que, ya que han entregado a Cristo su vida será tranquila y monótona. También se equivocan los que creen que, puesto que se han entregado a Cristo, su vida será un largo martirio. Los unos y los otros sólo tienen razón en una cosa: haberse entregado a Cristo. Pero, puesto que se han entregado al Cristo de cuyo omnipotencia e infinita bondad están seguros, ¿de qué se preocupan entonces? Ya que están en las manos del Padre, que cumplan con su deber hasta el final, que rueguen por todo, eso basta. Si nos concede lo que pedimos, bien está, si nos lo niega, bien está. Si nos da pruebas, bien está, si nos manda alguna felicidad, bien está. Mira, precisamente, ese viejo señor que baja de su coche y que viene, lo reconoces sin duda.

En efecto. Era un muy gran personaje del que todo el mundo entonces conocía el nombre. Se había detenido, esperando un gesto de Andreas, exactamente como yo había hecho hacía un momento, en el puerto.

-Ves, tus camaradas, en cinco años, se han escapado diez mil veces de la muerte. Están vivos. Él, desde hace tres años, ha sido perseguido por miles de hombres, acosado, sin dinero, sin refugio. Se cree que está en una fortaleza o sepultado bajo la nieve, en algún lugar del Este. Ahí está. Ha sabido permanecer simple. Vayamos a saludarle, ya que tú también lo conoces. Almorzaremos juntos.

LA BATALLA

Un mensaje solicitaba mi presencia en Nyon y llegué a la estación de trenes con bastante retraso. Cuando corría a la ventanilla, alguien que estaba delante de mí, saludándome, me dijo: No corras, querido doctor, tenemos que esperar todavía diez minutos, porque supongo que coges el tren de Pontalier. La locomotora no funciona, tienen que cambiarla.

Era Andreas. No me dejó reponerme de la sorpresa.

-Voy al telégrafo –siguió diciendo. Cógeme un billete de segunda y espérame. ¿Quieres que vayamos juntos hasta Dijon? Yo voy a Creusot.

El tren salió efectivamente con el retraso anunciado. Habíamos encontrado un compartimento vacío. Andreas me ofreció un periódico, pidiéndome permiso para trabajar. Tenía para una hora escasa, tras lo que podríamos charlar. Yo sabía lo que quería decir. Comprendí el accidente de nuestra locomotora y por qué teníamos la suerte de estar solos en un tren atestado de gente. Yo me senté en el otro extremo de la banqueta y, volviéndome hacia la puerta, dejé de ocuparme de mi acompañante. Cuando, excepcionalmente, Andreas no trabaja solo, quiere que se le ignore absolutamente. Tuve todo el tiempo para saborear aquel feliz encuentro. Una tarde, tras haberme dejado, se había zambullido en la muchedumbre, que se había cerrado tras él como lo hace el mar con el barco que se hunde. ¿Cuántas veces durante el sangriento cataclismo que devastaba Europa no había pensado tristemente mi corazón en ese hombre? ¿Qué hacía durante la inmensa pesadilla? Incumpliendo la regla que Cristo impone a sus soldados, yo me extrañaba de no oír hablar de Andreas en la crónica secreta. Hubiera querido verlo dándoles consejos a los grandes jefes. Y allí estaba, de repente, tan tranquilo, tan afectuoso, con su sonrisa paternal. Ciertamente, yo sentía que no había puesto freno a sus misteriosas actividades. Como antaño, el aire e ntorno a él vibraba con toda clase de presencias, yo respiraba fuerza e inmutabilidad. Era el mismo, el mismo de la cabeza a los pies.

Un poco después de Fontainebleau, Andreas rompió el silencio:

-Bien, querido doctor, ¿qué dices tú de todo eso?

-¡Ah! Tengo demasiadas preguntas, demasiadas peticiones. Ya ve usted todo lo que me falta, todo lo que nos falta a todos. ¿Qué puedo yo hacer?

-Pero Francia posee todos los elementos de la victoria. El Cielo se la dará cuando así lo quiera. En lo que a ti respecta, está en plena tormenta. Sigue en tu puesto, aguanta hasta el final. Es necesario...

-Pero aguantar no es suficiente. Yo no estoy haciendo nada. Soy un inútil.

-Nadie es inútil, querido doctor, ten paciencia. Sabes bien que no me gusta nada dar consejos. Eso aumenta las dificultades, sobre todo para nosotros, que somos observados por los secuaces invisibles del Adversario. Porque la verdadera batalla tiene lugar en lo Invisible. Esta guerra fue extraordinaria: a la vez militar, política, etnográfica y espiritual. Los ejércitos físicos se encontraron en la prolongación exacta de los dos ejércitos místicos de la Luz y de la Tiniebla. ¡Somos afortunados por haber vivido en semejante época!

-Sí, los que pelearon, ¿pero y los demás?

-Que peleen ahora. Está la batalla cívica. Todos vuestros escritores lo han indicado. Sin embargo podría hacerse más.

-¿Qué, dígame qué?

-No hacer otras cosas, pero las que hacemos, hacerlas más a fondo: la ayuda social, el comportamiento moral, la propaganda mediante la prensa, mediante la conversación... Y aún más cosas, porque hay muchas clases de combates –añadió Andreas, tras haberme lanzado una mirada escrutadora.

Yo me recogí un instante, luego me decidí:

-Escuche –dije. Es probable que no quiera darme órdenes. Pero explíqueme lo que usted me cree capaz de realizar. Lo pensaré.

-Sí –continuó Andreas como si no me hubiera oído- las trincheras, las granadas, los obuses, los gases asfixiantes, el cuerpo a cuerpo, todos esos espantosos horrores solo son la sombra de lo que pasa del otro lado. Sin embargo, si, para enfrentárseles, si para simplemente comportarse como un buen ciudadano, hace falta ser heroico, ¿quién será capaz de la guerra espiritual? ¿Qué hombre puede pedir eso? ¿Qué hombre puede mandar eso?

-Pero Cristo busca a esos hombres. Me lo pide a mí, yo lo sé, como sé que no le he vuelto a encontrar por casualidad.

Tras un corto intervalo, Andreas prosiguió:

-Las acciones brillantes son preciosas, pero las acciones que sólo Dios ve son superiores. Las primeras son las flores, las segundas son las semillas, y Cristo es el jardinero. Sólo los que saben callarse pueden llevarlas a cabo. ¿Tú conoces a gente que sepa callarse?

-Conozco a gente discreta.

-Sí, todo el mundo es discreto, pero con la condición de que el vecino se dé cuenta de que estamos guardando una información sensacional. Y Andreas se rió un poco.

Existe una discreción interior, una circunspección mental. No sólo habría que callarse, sino también no dejar ver que podríamos hablar. Habría que olvidar efectivamente y recordar según queramos. Que el ojo más penetrante no pueda leer en mi rostro que guardo alguna cosa. Que los demonios sutiles ni siquiera lo sospechen.

Ahí está, querido doctor, esa es la primera consigna. Sabes que las consignas en campaña tienen la muerte como castigo. Imagina lo que arriesga el soldado del Cielo. Y es justo, puesto que el acto no conlleva en sí todo su valor, sino que depende en gran parte de aquel que lo efectúa. Es inútil darte ejemplos, ¿verdad? Esa es la razón de que una cosa tan nimia como no criticar a nadie sea tan importante para nosotros. A nuestro alrededor, cientos de seres se ajustan a nuestro aspecto, y otros centenares nos espían para hacernos caer.

-Sí, me acuerdo. Me dijo usted eso en otra ocasión. Pero nunca le damos suficiente importancia a los trabajos simples. También, en el futuro...

Andreas me detuvo:

-Está bien, es suficiente. Tú conoces tu deber, ejecútalo hasta el final, con obstinación. ¿Si mueres de cansancio, que más da?

-De acuerdo –respondí yo. Además, está la oración.

-¿Cuál? ¿La oración oportunista? ¿La oración económica, cortada en rodajas preparadas? ¿La oración pusilánime, la egoísta? ¡Ah! No, doctor. Una oración perpetua que abarque desde los detalles más pequeños hasta los objetos más grandes. Una oración de ternura desbordante, y sin embargo impasible. Una oración desnuda, recta, segura de Jesús, pero abnegada, eso es lo que hace falta. Desde un corazón incandescente cae la lluvia fresca del buen Dios sobre el suelo desecado por el infierno. Ante nuestro Rey, nada es pueril, nada es irremediable. Ante ti, pues, que todo aparezca como una semilla de eternidad. Para aquel que, en esta hora, asuma el empleo de la oración, no habrá ni vigilia, ni sueño, ni descanso, ni lectura, ni esparcimiento. Sólo oración y pena. Que fuerce su yo hasta romperlo. Que su cuerpo se someta o que caiga. Y, si el cuerpo cae, el espíritu continuará, del otro lado, con el trabajo...

Esas fueron, en resumen, las palabras de Andreas, dichas con el tono familiar de la charla. Pero toda una avalancha de fuerzas vibraba por debajo de esta voz tranquila. La certidumbre soberana, la sabiduría, y las más vastas concepciones se adivinaban. De ella no se desprendía el entusiasmo instintivo que suscitan los fanatismos. Pero mi voluntad

subía hacia un mundo nuevo. Sin lugar a dudas, las luces se despertaban en mí. Sentía que me convertía en otro.

Todavía escuchaba el eco interior de sus últimas frases cuando Andreas siguió diciendo:

-Por otra parte, hay reacciones. Ahí está lo más duro del trabajo de rezar. Entre nuestros enemigos, hay hombres inteligentes, hombres con un fuerte magnetismo. Es evidente, ya que sirven al Príncipe de este mundo, quien entre otras cosas gobierna los magnetismos. Los espíritus de estos hombres atacan nuestros espíritus, con la fuerza y con la astucia. Un soldado de Cristo pide, por ejemplo, que un prevaricador sea detenido. Inmediatamente, los genios de todos los engranajes administrativos afectados por dicha prevaricación, los espíritus de los cómplices, los de los enemigos, de todas sus formaciones correspondientes, de sus ciencias, de sus fábricas, de sus centros intelectuales, todos los falsos ángeles de su religión, todos los servidores de la Bestia, en una palabra, todo eso reacciona e intenta abrumar al servidor del Cielo. El Ejército de la Materia contra el Ejército del Espíritu. Si el soldado de Cristo, viendo que todos sus esfuerzos han sido provisionalmente infructuosos, se desanima, si su tranquilidad se altera, si se irrita, si critica, entonces hay que volver a empezar todo. El general, en medio de su estado mayor, prepara sus planes con una relativa tranquilidad. El soldado de Cristo es a la vez combatiente y estratega. Tiene que sufrir y permanecer lúcido. Por otra parte, debe tomar una ocupación material cualquiera.

-Entonces veo que nadie puede decir: yo seré un soldado.

-No, querido doctor, o al menos, no... y sí.

-Bien, lo he entendido.

-En ese caso, camina –concluyó Andreas. Y trata de que otros te acompañen. El Cielo ayuda a los débiles. No tengas miedo, querido doctor –añadió sonriendo mientras me miraba fijamente a los ojos con una mirada clara y fuerte mientras que una extraña sensación de tranquila alegría me inundaba, aligerando mi cuerpo e iluminando mis facultades.

-Debe de haber –pregunté tras unos minutos de reflexión, en las purificaciones morales, una especialmente adecuada en hacer que nuestras plegarias sean satisfechas.

-Lo primero es la caridad, el acto de caridad es lo mejor para todo. Por otra parte, si no nos da miedo lo mucho que cuesta hacerlo, abstengámonos de hablar mal, no solamente de una persona, sino incluso de un animal, incluso de un objeto, incluso del tiempo... Claro que sí –añadió Andreas ante mi gesto de sorpresa. Un animal tiene inteligencia, un objeto, la lluvia, todo eso, son seres que viven. Parece que has olvidado que el discípulo de Cristo se encuentra en espíritu en la casa de Cristo, donde todo es vida, inteligencia y amor.

-Sí, lo había olvidado, en efecto –murmuré.

-Bueno, alguna vez lo recordarás –dijo a modo de consuelo. Lo sabes bien. Nosotros somos servidores de Cristo, del Verbo... del Verbo, ¿lo entiendes? Pero el verdadero Verbo, es el acto. Es por eso que, durante la guerra, fue el soldado raso el que ocupó el papel principal. El civil, aunque sea un santo, aunque sea un hombre brillante, sólo se encontró en segundo plano. En cuanto a esos que se quedan en el mismo lugar, sin moverse, peor para ellos. Prolongan su deuda sobre la tierra por seis mil años más, quizás más todavía. Pero, ya ves, yo le digo a la gente que se calle y sin embargo, yo hablo como una cotorra. Adiós, querido doctor, adiós... No te molestes, quédate sentado.

Y cuando el tren entró en la estación de Dijon, Andreas se apeó.

¡Qué rápido habían pasado esas horas!

¡Y cuántas preguntas aún, y cuántos sueños que contarle, cuántos deseos que formular! Pero, inexorable a pesar de su sonrisa, Andreas había bajado. Dirigiéndose hacia la salida, me decía adiós con la mano. Y, a medida que se alejaba, yo comprendía

más todo lo que me había dicho, y cómo, en resumen, tan poca información englobaba todo lo único Necesario.

RESURRECCIÓN

Los últimos episodios que acabo de contar habían producido en mí una impresión definitiva que, sin duda, la torpeza de mi relato no hará compartir al lector. Me adentré con ardor en la estrecha vía que ahora me parecía haber descubierto. Pero tardé poco en recoger los frutos de mi inexperiencia. Quise comprobar con hechos la verdad de las doctrinas de Andreas. Curaba gratuitamente a los enfermos, daba mi dinero y mi tiempo, pasaba noches en blanco, sufría los caprichos de mis amigos, suprimí mis deleites con el arte y la literatura, vendí mis libros. Entonces se rieron un poco de mí, luego se compadecieron de mi debilidad de carácter. Las consultas fructuosas se espaciaron en el tiempo. Los que me escribían, como yo ya no elogiaba sus manías de magismo, de adivinación y de fenómenos, me juzgaron timorato. Mi reputación disminuyó en los círculos de iluminismo. Algunos casos desesperados que no pude curar hicieron nacer en mí dudas que aumentaron gradualmente hasta llegar a una taciturna desesperación.

Poco a poco, el valor me abandonó. Todo se me hacía insípido y fastidioso. Tomé drogas para dormir, para no pensar. Salir me era odioso. Quedarme en casa era un suplicio. Leer me aburría. Casi ni me tomaba la molestia de alimentarme.

Al cabo de tres meses de esta melancolía, cuando me había resignado a esperar el final sin mover un dedo, cuando me parecía evidente que ni el universo ni yo mismo teníamos sentido ni meta, vinieron a buscarme una noche. Una mujer joven del vecindario se moría de tisis desde hacía un año. Estaba en las últimas. Ningún médico quería molestarse en verla. Y su marido, desesperado, me explicaba que ya no contaba con verla curarse, pero que se ahogaba, que había que aliviarla por lo menos una hora, el tiempo que durase la agonía. Yo era demasiado indiferente a todo como para negarme.

Me fui con él. Eran las dos de la madrugada. Por otra parte, en la calle, delante nuestro, apareció un hombre, viniendo a nuestro encuentro. Era de gran estatura, pero tan bien proporcionado que sólo me di cuenta de ella cuando estuvimos muy cerca de él. Nada en su traje lo hacía entrever, pero tenía aspecto de gran señor. Cuando nos cruzábamos, levanté los ojos hacia él maquinalmente, recibiendo su mirada como una llama de suave luz. Nos había sobrepasado. Me volví hacia él. Él se volvió a la vez. Entonces, sin pensarlo, fui hacia él. Puso su sombrero en la mano y me dijo:

-Doctor, creo conocerle. Perdone mi indiscreción pero, ¿no es usted amigo de Andreas?

Yo también me había descubierto, bastante desconcertado.

Sí, contesté. Y cuando todavía estaba yo buscando las palabras, dijo:

-Va usted a ver a un enfermo, seguro. Quizás yo podría serle útil, si me permite acompañarle.

Y, de repente, comprendí. Era Teofanías. Era él. Mi corazón se puso a dar brincos. Desesperaciones, rencores, obsesiones, amarguras, hastíos, sentía como todo eso se disipaba en pesadas volutas reptantes a la vez que le explicaba a mi cliente:

-Es un doctor de mis amigos, un especialista. Vamos a llevarle a ver a su mujer.

El hombre, perdido en su dolor, no contestó nada y pronto llegamos a su casa.

Era el hogar pobre y conmovedor del empleado, con su banal decoración de falsa comodidad. La madre de la enferma estaba allí, ya sin lágrimas, con los rasgos fijos en una especie de estupor. Le dijo a su yerno con voz ausente:

-Es demasiado tarde. Ha muerto.

Yo me incliné sobre la cama de la enferma. Ningún ruido del corazón, ningún aliento. La delicada nariz había adelgazado. La cara había recobrado esa calma inmóvil que no engaña. Un poco de calor persistía únicamente en el hueco del estómago. Pero el pobre cuerpo, tan terriblemente descarnado, con grandes hinchazones en las articulaciones,

parecía suplicar que lo dejaran ya tranquilo en las apacibles tinieblas del ataúd.

-¿Cree usted que esté muerta? Dijo de repente Teofanías. Su voz sonaba como cantando en el silencio.

Hice un gesto afirmativo.

-La ama usted ¿verdad? ¿Tiene usted hijos? Le preguntó consecutivamente al marido. Y, sin esperar la respuesta, continuó:

-Entonces, si vuelve a la vida, si la despertamos en un momento de entre los muertos, ¿se mostrará usted agradecido al Cielo, se quedará con ella, no la abandonará, ni de corazón, ni de cuerpo?

El pobre hombre, desorientado, no atreviéndose a comprender, nos miraba sin poder decir nada.

-Estese tranquilo –le dijo Teofanías, muy suavemente. No esté triste. Respóndame en conciencia.

-¿Pero será posible? Balbuceó el marido. Pero no puede ser que se esté burlando... Sí, si usted lo dice, puede revivir.... Se lo prometo... Entonces se derrumbó, estremecido por los sollozos, mientras que la vieja madre, hundida, besaba apasionadamente el cuerpo ya frío de su hija.

Y Teofanías, acercándose al cadáver, le cogió las dos manos con su mano izquierda y, levantando la cabeza inerte en su mano derecha, le dijo dulcemente en voz baja –pero todos lo oímos: Niña mía, hija mía, ven, vuelve, se te tendrá en cuenta. Te necesitan.

Y, sin que nos dieran escalofríos –fue todo muy natural- la muerta resucitó. La mujer abrió los ojos, se levantó, miró la habitación.

-He soñado –suspiró.

Su madre y su marido, de rodillas, le besaban las manos y ella, acurrucada sobre el pecho de Teofanías, se puso a llorar silenciosamente.

-Encienda una segunda lámpara, dijo Teofanías.

La madre se levantó, titubeante, volviendo con una lámpara la colocó para iluminar bien a la enferma.

Ya lo ve –nos dijo- se recupera. Y en efecto, al cabo de un cuarto de hora, las carnes habían vuelto un poco alrededor de los ojos. La cara estaba más rellena, con más color. Arrebatado de alegría, el marido se tiró a los pies de Teofanías, mas éste lo levantó como yo hubiera hecho con un niño.

-No, no, le dijo, es al Cielo a quien hay que agradecerse, tras lo que añadió, dando un paso hacia atrás:

-Acuérdese de lo que ha prometido. Hay un libro en el que están escritas historias de muertos que volvieron a la vida. Hagan lo que enseña ese libro. Bueno, adiós. E irradiando afectuosa bondad, besó a la mujer, a la madre y al marido, saliendo conmigo.

Yo creía que estaba soñando. Sin embargo conocía la calle por donde caminábamos. Aquí una empalizada, más lejos un solar, allí abajo el horno del panadero, a la izquierda el bar donde gritaban noctámbulos de baja estofa. Sí, aún estaba en la Tierra, en París. Caminaba al lado de un desconocido. Era él, Teofanías, el iluminador, el tan esperado guía, cuya sola presencia disipaba mis tinieblas, ahuyentaba mis dudas, consolaba mi cansancio.

Me explicó que a las cuatro de la mañana tenía que tomar el rápido de Brindisi, que no podía retrasar su viaje, ya que ese tren sólo circulaba una vez por semana, que –por otra parte, tenía mucho que decirme y que, si yo estaba libre, me invitaba a ir con él hasta Modane. En su compartimento personal nos sentiríamos como en casa. Yo estaba encantado. Llegamos tranquilamente a la estación de Lyon y, durante diez largas horas, siguió instruyéndome sin dejar de fumar. Porque parecía, como Andreas, vivir según la costumbre ordinaria.

Hablaba sin prisa, con frases cortas y simples, sin buscar un efecto. Parecía haber sido

el espectador de todo lo que me contó. Me explicó mi persona a mí mismo, desmontando los engranajes más ocultos de mi consciencia. Su mirada perforaba la oscuridad opaca de los siglos desaparecidos. No puedo contar aquí todo lo que me enseñó esa noche. A ella se oponen toda clase de motivos, pero imagínense la más grande concentración mental funcionando de acuerdo con una limpidez perfecta de la inteligencia. Imagínense una comprensión inmediata y siempre exacta de las relaciones entre causas y efectos, una memoria que recordaba los más pequeños detalles, una sensibilidad exquisita que abarcaba tanto a seres actuales como a seres alejados en el tiempo y en el espacio. Una alegría muy íntima, muy tranquila, muy limpia, ese era mi estado de ánimo esa noche, de tal manera que el cansancio, la fiebre, la pesadez y la somnolencia fueron olvidadas. Pero las palabras no pueden de ninguna manera expresar la exquisita, la ideal frescura, la vigorosa vitalidad, la serena confianza que bañaron con chorros a presión mi debilitado espíritu.

Esta felicidad, y las que la siguieron, creo que nunca podré pagarlas, aunque tuviera que sufrir sin cesar en todo mi ser, durante toda mi existencia. Mi única pena hoy, es que haya tantos hombres que pasan justo al lado de ese Cielo sin conocerlo, no porque esté escondido, sino porque, no saliendo de sí mismos, no quieren ni pueden verlo, porque no miran.

INDICE

1) Estado de ánimo	4
2) Andreas	6
3) Orientalismos	9
4) El niño raquíptico	11
5) Proletarios	12
6) Examen del Vedanta	14
7) El brahmán.	19
8) El Duracapalam	24
9) La evocación brahmánica	32
10) Consuelos	35
11) El espiritualista	38
12) El magnetizador	43
13) La Unión de Espiritualistas	46
14) Incertidumbre	49
15) La visión de lo mental	52
16) En Plaisance	55
17) El hombre unido a la tierra	58
18) La momia	62
19) El primero de mayo	65
20) Los invisibles	68
21) La vid	72
22) Avalancha en el Himalaya	76
23) La prueba	80
24) El tigre	83
25) La oración	87
26) El Phap	89
27) La aviación	91
28) En la corte	95
29) Hacia la iniciación crística	98
30) La Babel espiritualista	100
31) Teofanías	104
32) Los cometas	107
33) La inundación	111
34) El chino	113
35) La pirámide	119
36) El Ave María	122
37) La Virgen	132
38) Parábolas	134
39) La humildad	137
40) El Louvre	140
41) En Compiègne	142
42) Navidad	147
43) Antibes	150
44) La batalla	152
45) Resurrección	156